

V R E U G D E N H I L

# HISTORIA BIBLICA

# PARA LA JUVENTUD

TOMO V - NUEVO TESTAMENTO



1914

Johan Vreugdenhil

**HISTORIA BÍBLICA  
PARA LA JUVENTUD**

NUEVO TESTAMENTO  
— TOMO V —

EDITORIAL  PEREGRINO





## Índice

1	<i>Las profecías</i>	7
2	<i>El cumplimiento del tiempo</i>	15
3	<i>Llamarás su nombre Juan</i>	25
4	<i>El humilde nacimiento del Rey de reyes</i>	34
5	<i>Ahora, Señor, despide a tu siervo en paz, conforme a tu palabra</i>	48
6	<i>Los Magos de Oriente</i>	56
7	<i>Jesús, en la casa de Su Padre</i>	69
8	<i>La predicación de Juan el Bautista</i>	77
9	<i>El Señor, bautizado por Juan el Bautista</i>	88
10	<i>Tentado por el Diablo</i>	91
11	<i>Los primeros discípulos del Señor Jesús</i>	101
12	<i>Jesús, en las bodas de Caná</i>	110
13	<i>La Pascua en Jerusalén</i>	117
14	<i>La mujer samaritana</i>	128
15	<i>¡Ve, tu hijo vive!</i>	139
16	<i>En la sinagoga de Nazaret</i>	148
17	<i>La obra del gran médico</i>	156
18	<i>Una bendición inesperada</i>	163
19	<i>Señor, si quieres, puedes limpiarme</i>	167
20	<i>El parálítico sanado</i>	176
21	<i>La conversión de un publicano</i>	187
22	<i>El que estuvo parálítico treinta y ocho años</i>	197
23	<i>El hombre de la mano seca, sanado en el Día de Reposo</i>	207
24	<i>Ovejas que no tienen pastor</i>	215
25	<i>Jesús enseña al pueblo en un monte</i>	221
26	<i>El noble centurión romano y su criado</i>	232



## Capítulo 1

# ==== LAS PROFECÍAS ====

Seguramente que habréis presenciado alguna vez la salida del sol o habréis visto otras veces subir al sol por encima del horizonte.

Sin embargo, no es esto exactamente lo que quisiera decir. ¿Habéis visto alguna vez cómo la noche va transformándose en luz de día, hasta que nace el alba, y, al final, el sol aparece con todo su resplandor?

Es cierto que la noche es oscura, lóbrega, de modo que ni siquiera distinguimos la mano delante de nuestros ojos. Pero al amanecer, mirando hacia el oriente, hay una escasa luz al principio, hasta que aparece muy hermosa el alba en el cielo, para luego ensancharse sobre toda la redondez de la tierra. Y al final, aparece la luz, antes que veamos al sol.

Mientras seguimos mirando así, de pronto aparece la bella aurora, y todo el cielo oriental se pone dorado: señal indubitable del acercamiento del sol. Las nubes van tomando un resplandor ardiente y la luz se hace cada vez más clara, para producir la sensación de que estamos presenciando el incendio de toda la atmósfera. ¡Qué espectáculo más hermoso! ¿Verdad? Entonces el oriente va poniéndose más y más claro. Después el cielo va perdiendo el color tan fulgurante que antes tenía, para tomar color naranja... purpúreo... ¡Qué resplandor tan bonito!

Al ver desarrollarse tan augusto espectáculo, mucha gente

queda maravillada de la manifestación de la gloria de Dios, que de la nada creó todas las cosas, Y, entonces, ¿qué? Cual un disco rojo como la sangre, el sol se levanta muy lentamente para luego echar los primeros rayos de luz sobre los campos, praderas, árboles y arbustos. Mirad, pues, cómo tras un proceso lento, la noche ha ido transformándose en día.

Pero, me preguntaréis, ¿por qué todo este prólogo? ¡Esto no es historia bíblica! Y tenéis razón, queridos jóvenes, cien veces razón, que no es historia bíblica. A pesar de todo, lo he escrito porque de ello quería sacar una lección: quería contaros algo como una parábola, para luego presentaros la imagen de otra cosa. Y en realidad para comprender bien lo que va a seguir, hay que prestar mucha atención, ya que entender la historia bíblica no es nada fácil.



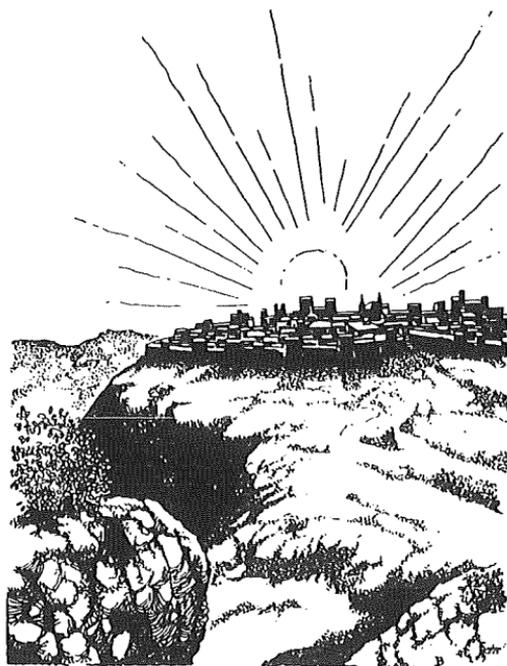
En un pasado extremadamente remoto, cuando Adán y Eva se paseaban por aquel maravilloso Paraíso, no conocían congojas ni zozobras, dolores ni lágrimas. La tierra entera era en aquel entonces como un inmenso parque de recreo. Todo lo que allí había cantaba con alegría y regocijo los loores y alabanzas de nuestro Dios. Pero entonces vino el horrible pecado: Eva comió el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, y, por lo tanto, infringió el mandamiento de Dios. Sedujo también a su marido, para que Adán también infringiese el mandamiento de Dios y que él también cayese en el pecado. De golpe perdieron la paz y la alegría, y de repente conocieron el espanto y el temor, de modo que temblaron al oír la voz de Dios en el Paraíso, cuando dijo: "¿Dónde estáis?" Y ¿qué les sucedió entonces...?

Vosotros conocéis esta historia, ¿verdad? Dios, después, pronunció maldición sobre toda la Creación. La maldición de Dios no sólo alcanzó a Adán y a Eva, sino también a los animales, plantas, y hasta a la tierra misma.

El animal, desde entonces, atacará a otro animal para

devorarlo, y la tierra producirá cardos y espinas. Los primeros seres humanos, por añadidura, perdieron la gloria divina que tenían; también perdieron la alegría y el gozo celestial que antes disfrutaban. Además, la ira de Dios, el santo enojo del Creador afrentado, aplastaba a Adán y a Eva. ¡A la muerte!

Porque así dijo Dios: "Polvo eres, y al polvo serás tornado." No sólo Adán y Eva, sino también sus hijos y todo el género



*Los albores del gran día de salvación*

humano, desde entonces, estaban sometidos a la muerte espiritual, es decir, iba muriendo de muerte temporal, después de la cual había de venir la muerte eterna, allá en el infierno...

Acaso preguntarán: "¿Qué es todo esto?"

- Muerte espiritual quiere decir que todo el género humano yace en el pecado, y que por ello está perdido. Es decir, los hombres no pueden por menos que pecar, ni tampoco quieren hacer otra cosa sino pecar y otra vez pecar. Hombres, mujeres, jóvenes, niños y ancianos, todos VIVEN en el pecado, habiéndose constituido esclavos del pecado.

- Muerte temporal quiere decir que todo hombre tiene que morir. Sin embargo, Dios creó al hombre para que tuviese vida eterna, para la gloria de Dios. Pero debido al pecado todo ser humano morirá y será enterrado.

- Muerte eterna se refiere al gran Día del Juicio, en el que todos los hombres resucitarán. Entonces todo ser humano: espíritu, alma y cuerpo, se lamentará bajo el peso de la ira de Dios en pleno estado de perdición.

Esta es, pues, la grave y horrible consecuencia del pecado, y nadie podrá ayudar a nuestra pobre humanidad perdida. Las tinieblas de repente cubrieron la tierra, la noche se hizo impenetrable. Ya comprenderéis que no puede tratarse de una noche ordinaria y pasajera. ¡Ni mucho menos! Queridos amigos míos, es una oscuridad mucho más grave a la que me refiero.

Pero en medio de esta oscuridad Dios prometió la venida del Señor Jesucristo para que viniese a este mundo a padecer y a morir. En realidad, el Señor Jesús tuvo que venir como sustituto para sufrir el castigo en lugar del hombre. Y este Jesús es Hijo de Dios, el gran Salvador y Redentor que es suficiente para quitar todo pecado, y para librar al hombre del castigo que el pecado le acarrea. Dicha promesa está en Génesis 3:15, y dice así:

“Y enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.”

He aquí, pues, el primer albor del nuevo día de gracia que Dios nos tiene anunciado. Desde entonces hay posibilidad ser salvo, de librarse de la esclavitud del pecado. Y nuestra generación presente sigue con esta misma posibilidad de escape. Adán

y Eva creyeron, y Dios les dió un nuevo corazón. Desde entonces esperaban y anhelaban ver al MESÍAS y SALVADOR prometido. Todo género de preguntas surgieron en el corazón de los primeros seres humanos. "¿Quién será...?" "¿Cuándo nacerá...?" "¿Dónde nacerá...?". A tales preguntas no encontraron respuesta. Una cosa si sabían: vendría el Salvador como Dios les había prometido. No conocían más detalles. Murieron Adán y Eva y aumentó en gran manera la población del mundo. Por muchos hombres que hubiese, ni uno era bueno, todos pecaban contra el Señor. El mundo iba haciéndose cada vez más ateo. Homicidios y asesinatos, como hoy, andaban a la orden del día... Sí que en esos tiempos también vivían hombres con un nuevo corazón, pero sólo unos pocos. Por ejemplo: Set, Enós, Enoc.

Al final vino el Diluvio Universal, en el que se ahogaron los escarnecedores y blasfemos. Ocho hombres se salvaron, ni más, ni menos. Noé y sus familiares se refugiaron en el arca, y allí escaparon del castigo sanos y salvos.

Pero cuando, más tarde, Cam se burló de su padre Noé, mientras Sem y Jafet iban a cubrir la desnudez de su padre, Noé pronunció maldición contra Cam y bendijo a Sem y a Jafet diciendo: "¡Bendito sea el Señor, el Dios de Sem!" Esta bendición reveló que el Señor Jesucristo tenía que salir de la descendencia de Sem. Noé, pues, sabía algo más que Adán: Sabía que el Salvador no saldría ni de Cam ni de Jafet, sino de Sem. Siglos más tarde, Dios llamó a Abraham fuera de Ur de los caldeos, prometiéndole que el Salvador saldría de la estirpe de Abraham. Dicha promesa reveló cuál había de ser el PUEBLO en el que naciera el Mesías.

Dicha bendición se transmitió a Isaac y a Jacob, pero toda la raza de Israel fue destinada a aumentar en gran manera para hacerse innumerable, como las estrellas del cielo.

Y Jacob, yaciendo en su lecho de muerte, profetizó por la fe que el Mesías saldría de la tribu de Judá diciendo: "No se apartará de Judá el cetro." Dicha profecía revela que el Salvador no había de nacer de otra tribu, sino de la de Judá. A cada paso encontramos más datos y pormenores.

Muchos siglos más tarde, el rey David, hombre según el corazón de Dios, ascendió al trono. A David, el Señor le dio la promesa de que el Salvador saldría de su propia estirpe, para indicar cuál sería la familia escogida. En realidad, había muchísimas familias en Judá, pero la familia escogida fue la de David.

¡Oh, si Adán y Noé lo hubieran sabido! Para ellos, no cabe duda, habría sido noticia de gran gozo.

El nacimiento del Señor Jesucristo iba acercándose; más detalles y pormenores eran dados por medio de los profetas. Dios, a la verdad, venía a predecir con más y más claridad y precisión que la venida del Salvador prometido se acercaba. El profeta Miqueas, contemporáneo de Isaías, ya indicó por profecía el lugar donde el Mesías habría de nacer: "Mas tú, Belén Efrata, pequeña para ser en los millares de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel: y sus salidas son desde el principio, desde los días del siglo." El, pues, nos reveló que el Señor Jesús tenía que nacer en Belén.

El tiempo también es declarado. Daniel dice: "Aún setenta semanas." Al decirlo se refiere a semanas, no de siete días, sino de siete años; siete por setenta son cuatrocientos noventa años

Jeremías, el profeta de las Lamentaciones, predice la matanza de los niños de Belén. El profeta Oseas profetiza que Jesús tendrá que huir a Egipto. Zacarías anuncia la Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén. Isaías profetiza la Pasión y Muerte del Señor Jesucristo. Zacarías, también, profetiza que Jesús será vendido por treinta siclos de plata. Además, las profecías del Antiguo Testamento dicen claramente que Jesús tendrá que ser azotado, escarnecido y crucificado, y que sobre sus vestidos echarán suertes y que Le harán beber vinagre mezclado con hiel. Pero lo que también es anunciado y pregonado en el Antiguo Testamento es el hecho de que Jesús resucitará de entre los muertos y que ascenderá al cielo. Los detalles y pormenores abundan más y más.

Igual que al levantarse el sol, el cielo se esclarece más y más y las nubes se colorean, también se tintaba de promesas divinas el cielo del Antiguo Testamento, para que los israelitas comprendiesen que se acercaba la venida del Salvador y Redentor.

Pero ¿estaban contentos los israelitas...? ¿Esperaban al Señor Jesucristo...? ¿Anhelaban ver al Señor Jesús...? Unos pocos judíos piadosos, sí; los demás, no. Eran un pueblo de ídólatras, y no precisaban al Señor para nada. Por épocas enteras parecía que nada iba a suceder, y además con harta frecuencia la Tierra Santa era territorio ocupado por los enemigos, lo que era un castigo de Dios por causa de la incredulidad del pueblo.

Al final, fueron llevados al destierro babilónico, como prisioneros, y Jerusalén y el Templo fueron asolados. ¡Vaya, todo perdido! Ya no había posibilidad de escape.

“¡No!” - gritó Ezequiel -. “Imposible no es: Para Dios todo es posible, que Jehová volverá a llevaros a vuestra tierra, que iréis a reconstruir el Templo, y Jerusalén volverá a ser habitada.” Se cumplió la profecía: Volvieron los judíos, y mientras reconstruían el Templo, Zacarías y Hageo profetizaron que el Mesías - Jesús - visitaría ese mismo Templo. Hasta que finalmente Malaquías, el último profeta del Antiguo Testamento, vino a proclamar: “Luego vendrá a su Templo el Señor a quien vosotros buscáis,” lo que quiere decir que vendrá sin más tardanza.

Dios es fiel. Lo que promete, también lo cumple.

El Diablo intentaba detener al Señor muchas veces, y si hubiera logrado detenerle, hubiera salido vencedor. En tal caso, nadie hubiera podido salvarse, y el Diablo sabe muy bien que fuera del Señor Jesucristo no hay salvación.

Faraón, rey de Egipto, mandó echar a los niños hebreos al Nilo.

La impía Atalía intentó asesinar a toda la familia de David, y Amán dio orden de matar a todos los judíos.

Sin embargo, todos los intentos impíos fracasaron, y ¿por qué...? Porque no el Diablo, sino Dios es el Vencedor.

Y murió Faraón, fue matada Atalía y a Amán lo ahorcaron. Dios mismo dirige todos los acontecimientos, por lo cual todo tenía que fracasar, porque ningún enemigo se levantará contra el Dios Omnipotente.

El Diablo, con todos los ejércitos de demonios, se vio privado del poder de detener la venida del Señor Jesús, porque Dios mismo tenía resuelto que viniese el Mesías.

El mismo Rey venció al Diablo hiriéndole la cabeza. El mismo Rey fue a pagar por los pecados de todos sus elegidos. Él mismo vino a quitar la ira y la maldición de Dios para llevar a su pueblo a la gloria eterna.

Y viene ahora la importantísima pregunta para todos nosotros: "¿También nos llevará consigo al cielo?" "¿Expiará también nuestros pecados para librarnos de la esclavitud del pecado?" No hay más remedio, no hay otro camino por el que podamos salvarnos. En la actualidad hay muchísima gente que dice que los hombres mismos encontrarán alguna solución para arreglar su vida por sus propios medios. Ya comprenderéis que es erróneo tal pensamiento, además de ser mentira. Tenemos que nacer de nuevo, es decir, tenemos que recibir un nuevo corazón.

Doblad, pues, las rodillas con mucha frecuencia para pedir al Señor que os revele todas vuestras culpas y pecados, y que Él mismo os salve de toda iniquidad. Una vida de oración vale mucho más que una vida de indecisión e indiferencia. Y el Señor ha prometido: "Me hallan los que temprano me buscan."

## Capítulo 2

### = EL CUMPLIMIENTO DEL TIEMPO =

¡Cuántas historias del Antiguo Testamento os hemos contado! En realidad, os hemos hablado acerca de la Creación, del primer mundo, del Diluvio Universal, de Abraham, de Isaac y Jacob, de Moisés, de los Jueces, de los Reyes... Muchas cosas... ¿verdad? No cabe aquí volver a relatarlas. Sin embargo, a través de todas estas historias, nos hemos dado cuenta del hecho de que Dios reina: Dios gobierna los países y las naciones.

Dios, ante todo, ha vigilado sobre el pueblo de Israel; el Señor lo ha defendido contra todos los poderosos enemigos que le atacaron. Cada vez Dios ha vuelto a ayudarles, dándoles un modo de escapar de los peligros que le amenazaban. Y... ¿por qué? ¿Tan buena era la nación israelita...? ¿O es que lo habían merecido...? ¡Ni mucho menos! Todo lo contrario.

Desgraciadamente, ya lo sabemos.

De todos los pueblos que en aquel entonces vivían en este mundo, era el pueblo de Israel el que más afligía al Señor. Cada vez afrentaban y enojaban más a Dios. Muchas veces abandonaron a su Dios para hacerse otros dioses, ídolos, y para servirles. De vez en cuando, toda la tierra israelita estaba llena de santuarios paganos...

Pero ¿por qué Dios ha seguido gobernando y ayudando al pueblo de Israel y vigilando sobre él...? Era debido al pacto que tenía hecho con dicho pueblo. Dios le había dado sus leyes y

estatutos. Dios le había dado las más sublimes y ricas promesas. Y de este mismo pueblo había de nacer el Rey de reyes: el Salvador. Dios lo tenía prometido, y así fue. Dios siempre cumple sus promesas, lo que nosotros, muy a menudo, no hacemos. Al final llegó el tiempo de la venida del Mesías prometido. Había tardado mucho en venir, es cierto, pero al final vino.

Los hombres habían pecado contra el Dios vivo, por haber sido desobedientes. Y la consecuencia, el pago de la desobediencia, es el castigo que viene irremisiblemente. Dios, entonces, tuvo que castigar a la humanidad: Dios debía infligir a los hombres el castigo merecido a causa del pecado, porque Dios es justo.

Los animales, en realidad, no pecaron, sino nosotros, los seres humanos. Y por causa de nuestra prevaricación, la maldición de Dios está sobre los animales también, sin que ellos tengan culpa alguna. Es, pues, culpa nuestra. A consecuencia de nuestros pecados, toda la Creación gime. ¿Os habéis fijado en esto? Por ello, no maltratéis nunca a los animales, porque ellos no han hecho ningún mal.

Todos los hombres han pecado, sin excepción alguna. Entonces... todos se han constituido culpables de una severa pena por parte de Dios. ¿Han de ser condenados a la perdición eterna todos los seres humanos...? Acaso contestaréis que no, que el pueblo de Dios no ha de ser echado al infierno, por haber sido perdonados sus pecados.

Pero ¿de dónde procede el perdón de Dios? ¿No castiga Dios a su pueblo por causa de sus pecados...? Quizá os parezca difícil este asunto y no podáis dar una contestación. Escuchad, pues, lo que os voy a decir.

El castigo por los pecados del pueblo de Dios ya ha sido cumplido. Dios ejecuta las penas sentenciadas en asuntos de pecados, sin distinción de personas. Con la única diferencia que los pecados de las personas convertidas, es decir del pueblo de Dios, han sido expiados por otro Hombre que sufrió el castigo por estos pecados. Para tal expiación, el Señor Jesucristo se hizo HOMBRE. El Señor Jesús, por consiguiente,

llevó el castigo, en vez del pueblo de Dios. El Señor Jesús sufrió toda la pena, por lo que el pueblo de Dios queda absuelto por toda la eternidad.

Por ello, siendo un niño pequeño, lo acostaron en un pesebre, y por ello también, sufrió azotes inmerecidos y la maldita e ignominiosa muerte de la cruz. ¿Y por qué consintió en hacerlo...? Porque amó a su pueblo con amor eterno. Por esta razón, jóvenes amigos míos, el Hijo de Dios vino al mundo, y por ello, asimismo, se revistió de NATURALEZA HUMANA.

Es muy probable que en vuestra adolescencia no comprendáis exactamente el significado de lo que acabo de decir. Más tarde comprenderéis mejor. De momento, sin embargo, comprenderéis por lo menos algo.

Pero antes de contar la historia del nacimiento del Salvador nuestro, Jesucristo, quisiera dar una descripción de la vida y costumbres de los hombres en aquellos siglos tan remotos. Hay que prestar mucha atención, porque el capítulo siguiente también va a ser bastante difícil.



Nos encontramos por un momento muy lejos de Jerusalén, allá en Italia, en la ciudad que en la antigüedad era tan ilustre y magnífica: Roma, metrópoli llena de templos y palacios suntuosos.

Uno de dichos palacios era la residencia del emperador romano, que gobernaba el extenso Imperio. Su nombre era Octavio, el cual, sin embargo, no le parecía bastante excelso, por lo que se puso el nombre de AUGUSTO, porque, en lo sucesivo, pediría a sus súbditos que le tributasen el mismo honor que se daba a los dioses que él mismo veneraba. Los sacerdotes tenían que ofrecerle incienso como si fuese un dios.

En aquel entonces, los romanos gobernaban casi todo el mundo conocido. El inmenso reino de Babilonia ya no existía, y el persa se había derrumbado también. Por ello, los romanos eran los dueños de todos aquellos países. La tierra de

Canaán también pertenecía al poderoso Imperio Romano en la época del reinado de Augusto y todos los pueblos y tribus del Imperio, millones y millones de almas, eran súbditos del poderosísimo Emperador.

Anteriormente, mientras el mundo se encontraba dividido en diversos reinos más pequeños, había muchas guerras. ¡Cuántas veces los israelitas lucharon contra los filisteos, los moabitas y los sirios...! Y en tiempos de guerra, las carreteras no son seguras. Inmensos ejércitos marchan por todo el país, alborotándolo y azotándolo todo. Pero durante el reinado de Augusto no había guerras. ¡Paz en toda la tierra! Nadie se atrevía a atacar a los romanos, porque todo el mundo sabía de antemano que saldría perdiendo.

Y cuando más tarde los discípulos del Señor Jesús iban a predicar el Evangelio por doquier, podían ir caminando de una ciudad a otra sin que nadie les molestase, porque reinaba la paz por toda la tierra: "pax romana."

Los emperadores romanos se afanaron en construir carreteras por todo el Imperio, por las cuales todo el mundo podía viajar sin temor alguno y de las que los siervos de Dios también podían hacer uso.

Cuando viajamos al extranjero, por desgracia, muy a menudo no entendemos el idioma hablado en otro país; nosotros hablamos un idioma y ellos hablan otro distinto que quizá nunca lograremos aprender. En Inglaterra hablan inglés; en Francia, francés. Cada nación tiene su idioma, y muchas personas no entienden la lengua de la nación vecina. Pero durante el reinado de Augusto era distinto: los millones de súbditos romanos entendían el griego.

Si bien es cierto que todos no hablaban griego, el súbdito que se respetaba, por lo menos lo comprendía.

Asimismo, en cada provincia o región de un país, hablan distintos dialectos o idiomas. Pero a través de la lengua nacional las provincias y regiones pueden comunicarse unas con otras.

En el Imperio Romano, el griego servía de vehículo de

comunicación de una nación a otra. Asimismo, el uso general del griego facilitaba mucho la predicación del Evangelio a las naciones asiáticas, africanas y europeas.

Esto casi nos hace pensar que en aquel entonces los hombres debían de haber sido dichosos, ¿verdad? Pues no, queridos amigos míos. No había dicha y bienaventuranza. ¿Y por qué? Era un inmenso mundo pagano: Abundaban los templos paganos dotados de estatuas de piedra de los dioses que entonces se veneraban. Eran ídolos y con Dios nada tenían que ver, y los sacerdotes paganos iban por doquier para sacrificar a los ídolos. Sin embargo, los mismos sacerdotes no creían en sus dioses: Sabían que, en realidad, estaban engañando al pueblo.

Y mucha gente del pueblo ya no creía en ellos tampoco. Claro que, por conveniencia, volvían a los templos de vez en cuando, pero era una mera formalidad, como muy a menudo ocurre en tiempos de prosperidad. Con todas sus riquezas, con toda su prosperidad, no estaban contentos. Querían otra cosa. Querían algo mejor. Pero... ¿qué querían? ¿Qué, pues, había de acontecer? No lo sabían exactamente, pero todo el mundo sentía que algo tenía que cambiar, y que no podían seguir viviendo en un mundo de engaño y mentiras. Cundía el ateísmo, y la gente vivía en los más graves pecados. Nadie podía ayudar a los hombres de la antigüedad; nadie podía sacarlos de apuros.

En dicha época, millones y millones de judíos vivían fuera de su patria. Vivían en la "diáspora," esparcidos por todos los países entonces conocidos: En Egipto, Grecia, Asia Menor, hasta en la Roma imperial, en todos los sitios abundaban los judíos.

Con ocasión de las fiestas solemnes, solían viajar a Jerusalén para celebrar la Pascua o para Pentecostés, pero terminadas las fiestas volvían a sus hogares, esparcidos por todas las provincias del Imperio.

Los judíos de la dispersión, sin embargo, no eran gentiles, no servían a los dioses paganos, sino al solo Dios de los cielos y de la tierra, al único Dios verdadero. Es cierto que la mayoría de ellos servían a Dios con los labios, y no con sinceridad,

de todo corazón. Pero no doblaron las rodillas delante de los dioses ajenos.

¿Qué hacían, pues, los judíos de la diáspora? En todos los sitios decían que el Dios de Israel era el único Dios verdadero. Y también decían que el Mesías, el Cristo, había de nacer.

Entonces millones de gentiles tenían celos de los israelitas, porque se habían dado cuenta de que era verdad lo que decían. Y sin pensarlo, más o menos disimuladamente, los gentiles también esperaban la venida de aquel Salvador prometido. Ellos también querían ver al Rey hasta entonces desconocido. ¿Acaso sería el remedio para el mundo?

Así era la vida de muchos gentiles: No estaban contentos con su religión pagana. Dentro de su corazón esperaban que aquel Salvador - que había de nacer allá en tierra judaica - viniese a ayudarles también.

Por ello, cuando más tarde los discípulos fueron a predicar, millares y millares de gentiles se hicieron cristianos.

Nos convendría dar un vistado a la Patria de los judíos, a la tierra de Canaán. Nos convendría conocer las costumbres de los judíos que no habían abandonado su tierra natal. También esperaban al Mesías que había de venir? ¿Anhelaban ver al Mesías prometido? En realidad, después del destierro babilónico, los judíos ya no servían a los ídolos, lo que sí hacían antes del destierro. Eso no; al contrario, se esmeraban en conocer las leyes que Dios les tenía dadas. Muchos eran los judíos que pasaban horas y horas diarias estudiando las escrituras, es decir, el código de las leyes divinas. Los que realizaban dichos estudios se llamaban ESCRIBAS, cuyo trabajo era el de enseñar al pueblo.

En muchas ciudades y aldeas construían iglesias llamadas SINAGOGAS. Y cada sábado los judíos iban a la sinagoga para allí recibir las enseñanzas de los escribas.

Durante los cultos, solían leer trozos de las escrituras, como, por ejemplo, pasajes sacados de los libros de Moisés, o del de Josué, o de uno de los profetas, porque en aquel entonces disponían de todos los libros del Antiguo Testamento, si

bien no tenían, como nosotros, libros impresos, sino escritos en inmensos rollos de pergamino.



*Un fariseo*

Al pueblo le enseñaban las historias de antaño, haciendo hincapié en las promesas de Dios. Al hablar de las promesas, también se referían a la venida prometida del Mesías, del Hijo de David. Pero entonces decían que el Señor habría de venir a salvar a los judíos del poder de los romanos: Según ellos, el gran Rey iba a vencer a los ejércitos romanos para luego hacerse Rey del pueblo de Israel, de modo que pudiesen volver a vivir tranquilos y prósperos como antes, durante los reinados de David y Salomón.

Según ellos, el Mesías vendría a establecer un reino terrenal, y nada más. Y eso no era cierto, ni mucho menos. Porque el Señor Jesús había de venir para pagar por los pecados, para sufrir y morir. Pero los escribas soslayaban dicha misión mesiánica, porque tal misión ellos no la juzgaban necesaria. Si tan sólo el Mesías lograba echar a los romanos del territorio de Israel, bastaría para hacer felices y contentos a todos los judíos.

Por ello los judíos estaban cada vez más convencidos de que el Señor Jesús se constituiría en Rey poderoso. Ciertamente, el pueblo de Israel anhelaba ver al Mesías prometido. ¿Y por qué...? Porque si fuese cierto lo que decían, lograrían echar de su país a los romanos, tan odiados y detestados, para volver a constituirse en nación libre e independiente como antes.

De este modo enseñaban al pueblo de Israel. ¡Qué lástima! Así, pues, engañaban al pueblo. Y cuando al final el Señor Jesús vino a los suyos, no Le recibieron, porque habían esperado un Mesías completamente distinto.



Antes de terminar este capítulo, quisiera contaros algo más. Cuando a continuación vamos a explicar historias del Nuevo Testamento, a cada paso toparemos con los FARISEOS, por lo cual cabe aquí una explicación para saber quiénes eran. He aquí, pues, un hombre de alto copete paseándose por las calles de Jerusalén muy despacio. Va andando por medio de la calle de modo que todo el mundo pueda verle. Los transeúntes le saludan muy corteses, inclinando la cabeza.

Y al llegar a la esquina de la calle, el paseante se para de repente. Y levantadas las manos, ora.

Y allí pasa por lo menos media hora orando. ¡Qué hombre más piadoso! Porque la oración es obra excelente. Pero... ¿es en realidad hombre piadoso?

Al parecer sí, aunque, en realidad no lo es. Entonces... ¿Qué clase de hombre es...? Es un fariseo, uno de aquella gente

que a los ojos de todo el mundo vive según todas las reglas de la convivencia, muy honradamente. Pasa largos ratos leyendo libros del Antiguo Testamento, y mucho tiempo orando en el Templo, y también, a menudo, en la calle o junto a la esquina de una casa. Pero ¿no está bien lo que hace...? ¿No tiene derecho a hacerlo...?

La oración sí es buena y recomendable, pero los fariseos no oraban para la honra y la gloria de Dios. Lo hacían por vanagloria y nada más. Esperaban ser vistos de todos por lo cual su actitud de oración era para llamar la atención de la gente: Oraban muy orgullosos. Si alguien parecía mirarles, se ruborizaban de contento.

¿Qué, pues, pensáis de dicha manera de orar? ¿Es ésta la oración que Dios oye? ¡Cierto que no! ¿Verdad?

Los fariseos, en realidad, creían ganar el cielo por sus propios esfuerzos. Creían que Dios tenía que darles el cielo en recompensa. En realidad, los fariseos, tan piadosos, no precisaban para nada al Salvador, según ellos. No, muy al contrario; los fariseos se creían capaces de salvarse a sí mismos, por lo cual, más tarde, se manifestaron como los enemigos más acérrimos e implacables del Señor Jesús.

En realidad, según las enseñanzas del Señor Jesús, el género humano está hundido en pecados y delitos. Se dedicó a enseñar que todos los hombres estaban perdidos, en estado de muerte. Pero, al mismo tiempo, dijo al pueblo que El había venido a pagar por los pecados, para llevar al hombre a la vida: Les enseñó que podían salvarse por GRACIA, con lo que quería decir que el ser humano no puede MERECER la vida eterna, la cual le sería dada sólo y únicamente por Gracia.

Pero los fariseos despreciaban la gracia y ni siquiera creían en ella. Con el Señor Jesús no querían tener nada que ver, y sentían odio contra El.

¡Pobres fariseos! Ellos no se daban cuenta de que se estaban engañando a sí mismos, y que, sobre todo, engañaban al pueblo. Ni siquiera se daban cuenta de que tenían el corazón extremadamente malo y depravado, el cual, por consiguiente,

tenía que ser reformado y regenerado por el Espíritu de Dios.

Sin duda alguna, también habréis leído u oído algo acerca de la secta de los SADUCEOS: Otro grupo más entre los israelitas. A diferencia de los fariseos, los saduceos no oraban nunca. Ellos preferían comer y beber bien, y les gustaban mucho las fiestas. No creían en la existencia de ángeles y demonios; ni siquiera admitían el que todos los muertos han de resucitar un día. Según ellos, un muerto era un muerto; la resurrección no cabía dentro del criterio de los saduceos. Para ellos, los hombres eran iguales a las bestias...

Por ello los saduceos solían decir: "Pasemos nuestra vida en deleites y alegrémonos, que no hay cielo ni infierno."

Es el colmo del hedonismo y del racionalismo, ¿verdad? Según la Biblia, es una verdad fundamental la de la resurrección de los muertos; el cielo existe, pero el infierno también existe. En el gran día solemne del Juicio, el Señor Jesús viendrá en las nubes del cielo a juzgar a los vivos y a los muertos.

Los saduceos estaban equivocados, y de su gran error se daban cuenta, después de la muerte, al abrir los ojos en el infierno. Para ellos también vendrá el postrer día del Juicio, el cual será horrible. Entonces se lamentarán mucho de su necesidad, pero ya no habrá remedio, porque contra tal sentencia definitiva no habrá recurso.

Los más ilustres sacerdotes pertenecían al partido de los saduceos.

En tierra judaica también había unos millares de ESENIOS, una clase de monjes que no querían vivir entre la demás gente. Se creían demasiado santos y piadosos para convivir con el pueblo. ¡Qué tontería la de vivir en lugares apartados y solitarios, donde no tenían trato con el mundo de alrededor! Vivían en las cercanías del Mar Muerto.

Al concluir este capítulo, sabemos, por lo menos, algo acerca de la vida y de las costumbres de los fariseos, saduceos y esenios.

Por muy poco que sea, es importante saberlo para comprender mejor los capítulos siguientes.

## Capítulo 3

# = “LLAMARÁS SU NOMBRE JUAN” =

### Lucas 1:1-25

Un sacerdote va andando por las calles de Jerusalén para ir al Templo, con la finalidad de dedicarse al servicio sacerdotal que le toca cumplir en la Casa de Jehová. Su rostro muestra una profunda alegría.

¿Por qué? ¿Quién es este sacerdote...? ¡Atended!

Día tras día, los judíos traían ofrendas al Templo para sacrificarlas: No sólo en los días de fiestas solemnes, sino cada día, subía el humo del altar de los holocaustos. A las nueve de la mañana traían el sacrificio matutino: En tierra de Canaán, dicha hora correspondía a la hora tercia. Y a las tres de la tarde, el sacerdote encendía el holocausto vespertino, cuya hora correspondía a la hora novena hebraica.

Degollaban la víctima expiatoria y la colocaban sobre el altar; luego el sacerdote tomaba la sangre del animal para llevarla al Lugar Santo. Al mismo tiempo, llevaba el perfume, porque en el Lugar Santo estaba el altar de sahumero, hecho de oro, colocado delante del velo detrás del cual se encontraba el Lugar Santísimo. Y en este mismo altar de perfume encendía el incienso; y con su dedo untaba con sangre los cuatro cuernos de oro del altar. Dicha sangre se vertía para que sirviese de tipo del sacrificio cruento del Señor Jesús, que había de venir.

Porque de la misma manera que era vertida la sangre de la víctima expiatoria, del cordero, también habría de verterse, más tarde, la Sangre de Cristo para la remisión de los pecados del pueblo de Dios.

Encendido el incienso y untados los cuernos del altar con sangre, el sacerdote volvía al atrio donde el pueblo le estaba esperando, y allí extendía sus manos para bendecir al pueblo. (Como nuestros pastores hacen al final del culto para despedir a la congregación). Tal servicio de expiación se hacía por un solo sacerdote cada vez, pero en realidad había millares de sacerdotes aptos para hacerlo. Por ello este servicio sacerdotal se cumplía siempre por un sacerdote distinto. Para establecer el orden de turnos, echaban suertes, y a quien le tocaba, estaba de servicio. Era quizás el modo más equitativo de establecer turnos de servicio sacerdotal, y el que había realizada su turno, ya no volvía a entrar en suerte. Durante toda la vida de un sacerdote, le tocaba servir una sola vez, y nada más. Como la raza sacerdotal era tan numerosa, muchos sacerdotes no estaban nunca de turno. Sin embargo, cada uno de ellos anhelaba cumplir una vez esta función.

Y esta vez la suerte ha recaído sobre nuestro sacerdote que va andando hacia el Templo: De esta manera se explica, pues, el gran gozo que tenía en aquel día. Era ya anciano, y durante toda su vida había esperado con ansia poder cumplir tal acto de expiación. Pero al verse alcanzar una edad tan avanzada, quizás ya había perdido la esperanza de tan insigne privilegio. Y de repente, quizás sin haberlo esperado, la suerte le tocó a él. Esto le llenó de gozo y sus ojos resplandecían de alegría.

Y al llegar su turno, se dirige al Templo para asumir la función de sacerdote, y, muy devoto, sube la gran escalera.

Pero ¿quién es este sacerdote...? Se llama ZACARÍAS. Es casi seguro que vivía en Hebrón, ciudad situada al sur de Jerusalén, a unas pocas horas de marcha. Hebrón era ciudad de sacerdotes, es decir, una de las seis ciudades de refugio, en la que también vivía Elisabet, su mujer. Los dos, Zacarías y Elisabet, eran judíos verdaderamente convertidos, en el senti-

do bíblico de la palabra, que vivían en el temor de Dios.

Sin embargo, en la vida de dicho matrimonio había algo que les afligía en gran manera: No tenían hijos, lo que, en Israel, era una vergüenza. Zacarías había orado a Dios muchísimas veces, sin que, al parecer, sus oraciones hubieran sido oídas. Y entonces, alcanzada una edad bastante avanzada ya no era posible... Tenían, pues, que morir sin hijos.

Debido a ello, Zacarías experimentaba tan gran alegría cuando, una vez en su vida, tenía la suerte de traer a Dios el sacrificio matutino, y luego también el vespertino; al menos, tenía este insigne privilegio...

He aquí que sube el humo de la ofrenda. Zacarías recoge la sangre en un plato, y con la otra mano toma el incienso, el sahumero aromático, para entrar en el Lugar Santo.



En el Lugar Santo del Templo hay un silencio impenetrable. Ceremonioso y devoto, Zacarías se acerca al altar del perfume, hecho todo de oro, delante del cual coloca el plato de sangre en el suelo, para luego encender el perfume con fuego que trae consigo también. A continuación, sube un humo denso de incienso. Después se inclina, toma la sangre, se moja el dedo en dicha sangre y con ella unta los cuatro cuernos del altar.

Por desgracia, muchos sacerdotes cumplían tal acto ritual por mera costumbre, y nada más, sin convicción alguna. Para la mayoría de ellos era una mera formalidad; no pensaban en el significado del acto ni un momento.

Zacarías, por el contrario, cumple su deber sacerdotal con reverente acatamiento, en una actitud de fervorosa oración. Por fe, ve al gran Salvador que ha de venir, y cuya venida espera con ansia. Por la fe sabe que habrá remisión de sus pecados por la obra del Redentor y Fiador del nuevo Pacto.

De repente, se asusta a la vista de un Angel del Señor, de un mensajero del cielo, que se pone delante de él, al lado dere-

cho del altar. Zacarías se conmueve al verle, hasta temblar... pero escucha lo que dice.

Entonces sale de la boca del Angel una voz suave y cariñosa: "No temas, Zacarías, porque tu plegaria ha sido escuchada, y Elisabet, tu mujer, te dará a luz un hijo, al que pondrás por nombre Juan. Será para ti gozo y regocijo, y muchos se alegrarán en su nacimiento, porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni licores y desde el seno de su madre será lleno del Espíritu Santo."

Así habla el Angel, pero el mensajero del cielo sigue hablando: dice que el niño será el Precursor del Señor Jesús. Terminado el mensaje, se hace un silencio muy profundo durante un momento. Al oír todas estas cosas, Zacarías queda maravillado, pero luego se manifiesta un rasgo de incredulidad en el rostro del sacerdote, porque en la mente del hombre entra la duda... queda perplejo, porque como no es oro todo lo que reluce, quiere averiguar si no se ha equivocado.

"¿En qué conoceré esto?," le pregunta Zacarías, desconfiado. "Porque lo que acabas de decir ya no es posible; para ello somos demasiado viejos ahora." Es como si dijera: "¡A mí no me vengas con cuentos! ¿En qué conoceré, pues, que dices la verdad?"

En tono de suave reproche, el Angel le contesta: "Yo soy Gabriel, que estoy de continuo ante Dios..." Es como si le contestara: "¡Vaya, Zacarías! ¿Qué piensas de mí? ¡Yo sirvo ante Dios! ¿Crees, pues, que vengo a contarte cuentos? Dios mismo me ha enviado a anunciarte estas nuevas de gran gozo. ¿Por qué estás dudando? ¿Crees, pues, que Dios es embustero...?" ¿Qué horror!

Gabriel, afligido, por la incredulidad de Zacarías, sigue hablando: "Pues bien, señal pides, señal tendrás: Desde este mismo momento estarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto se cumpla. Sufirás, pues, el castigo de tu incredulidad y desconfianza."

Entonces el Angel vuelve al Cielo, y Zacarías queda atrás,

solo. No sabemos lo que, ese Zacarías incrédulo, habrá pensado en aquel momento. Acaso se habrá arrepentido de su duda...

Con todo eso, su trabajo no está terminado, ya que, fuera, en el atrio, la gente está esperando la bendición sacerdotal. La gente se impacienta por tener que esperar tanto tiempo esta vez. Pero, al final, ¡helo aquí!

Pero Zacarías ya no puede pronunciar la bendición por estar mudo, y con un ademán hace señas a la congregación para despedirla. Entonces la gente entiende que algo insólito ha acontecido, y se da cuenta de que debe de haber tenido una visión. La congregación se va maravillada, discutiendo con vehemencia sobre lo que acaba de acontecer.



*Zacarías y Elisabet*

Zacarías no tarda en volver a su residencia. Pero no puede decir nada a su esposa, y por ello ésta le entrega una tablilla encerada. En dicha tablilla, podía escribir lo que había acontecido en el Templo, y la causa de su mudez. Entonces, su mujer, Elisabet, se entera de todo. De aquí en adelante, Zacarías tendrá que escribirlo todo cuando quiera hablar a alguna persona.

No cabe duda que la mudez, con todas sus consecuencias, le habrá causado un sinfín de tristezas. Ahora, cual mudo, sigue viviendo día tras día; consecuencia amarga de su duda e incredulidad.

### Lucas 1:26-56

Al norte del país de Canaán, lejos de Jerusalén, está situada la pequeña ciudad de Nazaret, en la que vive José, humilde carpintero. Diariamente sale a trabajar con su caja de herramientas, para realizar toda clase de faenas. Tiene novia, la cual se llama María, vecina de Nazaret también. Ninguno de los dos pertenece a la clase aristocrática, muy al contrario, son muy pobres. Pertenecen a la clase humilde de la nación.

Sin embargo, José y María son de noble alcurnia, descendientes de David, poderoso rey de Israel. Pero de tan antigua y rica casa real quedan muy escasas huellas. Toda la gloria, todas las riquezas, pertenecen a un pasado ya muy remoto. Según la genealogía, José es príncipe y María princesa, pero dada la condición tan humilde en que viven, tal dignidad no es aparente, ni mucho menos: José tiene que dedicarse a duras faenas para ganarse el sustento, y María, con la que va a casarse, no tiene bienes terrenales tampoco. Sin embargo, los dos sirven al Señor con sinceridad: Tienen el corazón transformado por Dios, lo que vale mil veces más que todo el oro del mundo. ¿Verdad...? O ¿qué preferiríais tener: Riquezas y honor según este mundo presente, o un corazón que Dios mismo ha renovado y que teme al Señor...?Un día, como de

costumbre, María se dedica a las faenas de la casa. De repente, un Angel del Señor se le aparece. Maravillada de la aparición, María se pregunta a sí misma cuál será el significado de todo esto...

“¡Salve, muy favorecida!” - le dice el Angel. Pero ¿quién es ese Angel...? Es Gabriel, el mismo que se había aparecido a Zacarías, cuando servía en el Templo, unos seis meses atrás. A continuación Gabriel le dice a María que iba a dar a luz un Hijo, el cual sería el Señor Jesús, Hijo de Dios, Mesías y Salvador desde tantos siglos prometido. Al mismo tiempo, el Angel le dice que Elisabet, la mujer de Zacarías, iba a tener un hijo también.

Es curioso saber el porqué de tal comunicación a María, porque ¿qué tiene que ver con ella aquella mujer desconocida...? ¡Oh, no! Desconocida, ¡no! Que María conoce muy bien a Elisabet, por ser prima suya. Las dos mujeres son de la misma parentela.

Y María, ¿se muestra incrédula como Zacarías...? ¿También pide señal...? No, afortunadamente, no, ya que, a diferencia de Zacarías, contesta con voz suave: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.” Lo que en otros términos quiere decir: ¡Está bien!

Después de esta aparición, María se va de viaje. Va a visitar a Elisabet. Suponemos que las dos mujeres habrán hablado largo rato juntas: Elisabet va a ser la madre de Juan el Bautista, precursor del Señor Jesús, y María va a ser la madre del Señor Jesús mismo. Se entienden muy bien mutuamente; para las dos ha habido visitación de gran gozo. Las dos han creído.

Cantan las alabanzas del Señor, por causa de los caminos tan maravillosos que El les tiene trazados. Creen que el Señor Jesucristo padecerá y morirá por ellos, también será su Salvador. Ciertamente, María y Elisabet son seres pecaminosos, al igual que todos los hombres, pero por la reconciliación para con Dios alcanzan remisión de todos sus pecados por el Hijo de Dios. María se queda en casa de Elisabet por espacio de tres meses, para luego volverse a su casa allá en Nazaret.

---

## Lucas 1:57-80

A los pocos meses la casa de Zacarías y Elisabet se llena de alegría y alborozo: Lo que Dios, por el conducto del Ángel Gabriel tenía prometido, se cumple ahora. Dios les quita la vergüenza de no tener hijos, porque a ellos les acaba de nacer uno. Dios mismo es el autor de este gran gozo. Los vecinos conocidos se enteran del suceso y vienen a dar la enhorabuena a Elisabet, la dichosa madre. Zacarías también presencia el hecho a la vez alegre y triste. Por raro que parezca, está contento de tener hijo, pero al mismo tiempo, es concebible que esté triste por haber seguido mudo, sin poder pronunciar ni una palabra.

Ocho días más tarde el hijito será circuncidado, porque los judíos tienen la circuncisión por señal del pacto. Según dicha institución ritual, todos los hijos tienen que ser circuncidados a los ocho días de nacidos. En realidad, Dios ya lo tenía mandado a Abraham. Con ocasión de la circuncisión los judíos suelen poner nombre al niño.

Los vecinos y conocidos quieren ponerle por nombre "Zacarías," porque su padre también se llama así. Según la costumbre judaica, el hijo primogénito tenía que llevar el nombre del padre o del abuelo. Lo mismo sucede en muchos países. Pero Elisabet mueve la cabeza diciendo: "No, nuestro hijo no se llamará Zacarías, sino Juan." Los vecinos quedan atónitos. ¡Increíble! "¿Juan? y ¿por qué? Nadie se llama Juan en vuestra familia." "¡Mujer, te habrás equivocado, es cierto que el niño se llamará Zacarías!"

Pero Elisabet hace hincapié en que se le ponga al niño el nombre de Juan y que no se ha equivocado. Entonces hacen señas a Zacarías para preguntárselo a él, porque al fin y al cabo, es decisión que incumbe al padre y no a la madre, según la costumbre judía.

Pero Zacarías, por estar mudo, no puede contestar. Por

ello pide que se le dé la tablilla de la que se ha servido por tantos meses, y con caracteres firmes escribe: "Juan es su nombre." Por curiosidad las mujeres allí presentes lo leen, encogiéndose de hombros. Ahora ya no comprenden nada, pero al fin y al cabo, Zacarías y Elisabet deben decidir por tratarse de su propio hijo.

Pero al instante, Dios vuelve a abrir la boca de Zacarías, para volver a darle la facultad de hablar. Y ¿qué va a decir ahora...?

"¡Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y hecho redención a su pueblo!"

Ahora el corazón del anciano sacerdote se llena de alegría celestial. La Biblia dice que estaba lleno del Espíritu Santo y que profetizaba. Se pone a hablar del Salvador, del Redentor que pronto va a venir: El Salvador que salvará a todos sus elegidos para librarle los del poder de sus enemigos... Pero ¿qué enemigos...? Al decir enemigos, habla del pecado y del Diablo. Y el niño Juan recién nacido, va a ser el precursor de dicho Salvador. Más tarde, alcanzada la mayoría de edad, irá a predicar para indicar a los judíos el camino de la salvación, del perdón de los pecados, es decir, la grande salvación que el Señor Jesucristo va a adquirir para su pueblo. De la cara de Zacarías se desprenden rayos de gozo y alegría, ya que por fe vislumbra la venida del Salvador.

Nosotros, al celebrar las Pascuas de Navidad, seguimos cantando este himno de alabanzas.

Los vecinos y conocidos se van atónitos de lo que acaban de ver. ¡Muchas cosas extrañas y maravillosas han sucedido en el transcurso de unos pocos meses! No es, pues, nada extraordinario que en toda la comarca estas cosas estén a la orden del día. El uno lo dice al otro, y todos los que se enteran del suceso, hacen voto de seguir observando a tal niño... Quieren ver lo que más tarde sucederá en la vida de tal joven extraordinario.

Acerca de esto leemos en la Biblia: "Y el niño crecía..." lo que quiere decir que iba creciendo, que aprendía a andar y a hablar.  
¡Qué años más felices para Zacarías y Elisabet!

## Capítulo 4

# EL HUMILDE NACIMIENTO DEL REY DE REYES

Lucas 2:1-7

Mateo 1:18-25

En una pequeña ciudad de Galilea, como hemos visto anteriormente, vivía una pareja de novios: José y María. José, el carpintero que diariamente se dedicaba a sus faenas, y María, la muchacha sencilla, que se dedicaba a las tareas domésticas. Nada especial se desprendía de ellos, de modo que los demás vecinos de Nazaret no se daban cuenta de que en la vida de los novios algo extraño había acontecido, porque José y María habían guardado el secreto para sí mismos. En realidad María ni siquiera se lo había dicho a José, su futuro marido. Sin embargo, José lo supo, pero de una manera muy especial...

Un ángel del Señor se lo había revelado de noche, en sueños. En aquella noche memorable el ángel le había dicho a José que María, la mujer que estaba desposada con él, iba a tener un hijo, y que tal hijo sería el Señor Jesucristo que salvaría a su pueblo: Su divina misión sería la de librar a su pueblo del poder del pecado.

José habrá hablado con María acerca de dicha revelación, no cabe duda alguna, sin encontrar solución a los muchos problemas que habrán surgido.

- ¿Problemas?
- ¿Qué clase de problemas?

- El que Cristo había de nacer en Belén, según dijo el profeta Miqueas. Pero Belén se encontraba allá en Judea, en el medio día de la tierra de Canaán, mientras que ellos vivían en Nazaret, pueblo de Galilea, en el norte del país: Belén estaba a varias jornadas de distancia. No tenían dinero para viajar, y, además de esto, ¿qué tenían que hacer en Belén...? No, según ellos, Jesús nacería en Nazaret, pueblo de residencia de José y María... Pensando en tan insuperable problema, ya no comprendían nada. No sabían qué rumbo tomar. Por insuperables que fueran sus problemas, Jesús había de nacer en Belén, ciudad de David. El profeta lo tenía dicho, y así había de acontecer. Pero ¿cómo...? ¿Cómo, pues, habían de viajar a Belén para cumplir la profecía?



*Aconteció en aquellos días que...*

José y María no podían contestar a todas estas preguntas. Les parecía imposible. Para Dios, sin embargo, todo es posible, y Dios mismo se encargará de conducirles a Belén a su debido tiempo. José y María no intentaban arreglar el asunto valiéndose de sus propios medios, sino que, creyentes y confiados, esperaban que viniesen el tiempo y las oportunidades de Dios.

Para nosotros esto debe ser una lección, porque nosotros, muy a menudo, nos esforzamos por arreglar los asuntos de nuestra vida recurriendo a nuestras propias fuerzas. Le pedimos al Señor que El nos ayude, y ni cabe duda que El tendrá a bien ayudarnos, pero si el Señor no lo hace en seguida, ya no nos atrevemos a esperar más. Y ¿por qué no? Es que, en realidad, desconfiamos del Señor. No tenemos fe, o, por lo menos, no actuamos según nos dicta la fe. José y María esperaban confiadamente. Vaya ¡qué actitud de fe! Y sus esperanzas no quedaron frustradas: el que de veras espera a Dios, nunca sale frustrado.

A continuación vamos a ver cómo Dios arregló el viaje de José y María hacia Belén.



¡Qué cantidad de gente va caminando a lo largo de las carreteras de Canaán! Los ricos viajan en carros o sentados en camellos, mientras los pobres van a pie. Sin embargo, toda esta gente no camina en la misma dirección, sino cada comitiva se dirige a un lugar distinto. Una comitiva se dirige hacia el norte, otra hacia el sur. Una migración de gentes cual caravanas, en que todo el mundo aparece en movimiento. La casi totalidad de la población israelita va de viaje... Pero, para una migración de esta envergadura, debe de haber algún motivo o finalidad.

Ya sabemos que el poderosísimo emperador romano Augusto reinaba en aquel entonces sobre todo el inmenso Imperio Romano. También sabemos que su no nombre original era Octaviano, pero que por orgullo se había puesto el de Augusto.

Y por ser tan poderoso y augusto emperador, se hizo venerar como un dios...

Resultó, pues, que un día estaba sentado en su magnífico palacio, allá en Roma. Orgullosa y jactancioso estaba meditando, cuando de repente se le ocurrió un pensamiento espléndido: El de proceder al censo de todo el Imperio, para saber el número exacto de sus súbditos de cada provincia y colonia.

A este efecto promulga una ley, un edicto, según el cual todo el mundo, es decir, todos los países del Impero, tienen que ser empadronados.

Al poco tiempo de promulgado el edicto, los mensajeros imperiales van corriendo por todo el Imperio para dar las correspondientes instrucciones. Así, pues, en tierra de Canaán, también es anunciada la ley del orgulloso emperador. Porque los judíos también tienen que ser empadronados. En vista del empadronamiento, cada judío tiene que volver a su pueblo natal o, más bien, al pueblo del que era oriundo el linaje a que pertenece. Para ello los que, alguna vez en su vida, han cambiado de residencia, ahora tienen que regresar al pueblo de origen, incluso los que desde varias generaciones han vivido fuera del pueblo del que su familia descende. Sabedores, pues, de toda esta historia, comprendemos mejor la razón de la migración general: Todos van a su propio pueblo o aldea de origen.

En una de estas comitivas, lentos y con mucho cuidado, un hombre y una mujer van caminando. Se ve que traen larga jornada. No son ricos; su apariencia muestra su humilde condición. Es muy probable que muchos les hayan mirado con cierto desdén. Pero... ¿Quiénes son y adónde van? No es difícil adivinar quienes son: José y María. Ellos también tenían que ir de viaje, y por ser descendientes de David, tenían que ir a Belén, pueblo natal de David. Por ello van viajando a Belén, viaje largo y dificultoso de varios días. Si María cabalgaba en un asno, no lo sabemos; la Palabra de Dios no nos revela nada al respecto. José era quizás demasiado pobre para comprarse un asno.

Cansadísimos tras una larga jornada llegan al pueblo de destino. Nada sabemos acerca de sus pensamientos al llegar a su tierra de origen, pero podemos estar seguros de que en todo este viaje, aunque forzado, habían visto la mano de Dios.

Pero el orgulloso Augusto, ignorante respecto al plan de Dios, no se da cuenta de que sólo y únicamente ha sido un instrumento en las manos de Dios para llevar a Belén dos seres tan pobres como José y María. Augusto no sabe que es un instrumento que Dios utiliza para cumplir sus promesas.

Helos aquí, andando por las calles de Belén, contentos de poder descansar, pensando que podrán encontrar lugar en el mesón, lo que llamaríamos hoy un hotel, en el que los forasteros suelen pernoctar. En Belén había tal mesón, y José y María tienen prisa por ir allá.

“¿Hay camas para nosotros?” preguntan al mesonero, pensando poder encontrar alojamiento en seguida.

El mesonero mira quienes son, y moviendo la cabeza, contesta que no, que todo está completo. Y sin atenderles se va, porque tiene mucho que hacer. Pero... ¿en realidad no había camas disponibles? Creo que si José y María hubiesen sido gente adinerada, el mesonero hubiera encontrado alguna habitación, pero de una pareja tan pobre, no se preocupa para nada.

José y María se miran muy tristes, porque la desilusión es enorme. ¿Qué hacer...? Pasar la noche en la calle no era nada conveniente. Quizás podrán disfrutar de la hospitalidad de unos vecinos de Belén. Si hubiesen sido gente rica, bien vestida, de alto copete, a lo mejor habría sido algo distinto... ¡pero vaya...! para personas de la casta inferior no hay sitio.

El Diablo lo hace todo para impedir la obra de Dios, ya lo sabemos. Hay sitio para todo el mundo, menos para el Señor Jesús. Para el Salvador del mundo, todas las puertas se cierran.

¿No es así en nuestros corazones...? Encontramos tiempo para hacer cualquier cosa, pero para ir al culto o a una reunión de oración, muy a menudo no nos sobra tiempo. De repente esta-

mos muy atareados. En verdad nuestros corazones están llenos de todo lo que el mundo nos brinda, de modo que ya no caben el Señor Jesús y su obra... Aquí están, pues, José y María. ¿Qué hacer...? ¿A dónde ir? Ya está anocheciendo. Al final, tras muchas búsquedas, encuentran sitio con un poquitín de paja... en un establo. El relato bíblico no menciona el nombre del propietario del establo, pero hay quienes opinan que habrá pertenecido a los pastores allá en el campo, pero si es verdad o no, nadie lo sabe, es cosa de poca importancia: Sea lo que sea, Dios se cuida de la joven pareja para que no tenga que pernoctar fuera.

Y allá, en el establo de Belén, nace el Señor Jesús, Rey de reyes y Salvador del mundo, Hijo de Dios.

No, María no puede ponerle vestiditos caros y hermosos. Unos pañales, que María lleva consigo, y nada más. En ellos, pues, envuelve al Niño Jesús.

Un hijo de rey tiene su cuna suntuosa bien preparada, con cortina azul celeste bordada de perlas y diamantes. Pero para el Rey del Cielo no hay cuna. Por ello María Le pone en un... pesebre, comedero para el ganado.

No puede haber mayor humillación, sobre todo para un Hijo de Rey como el Señor Jesucristo. Ningún palacio real, ni vestiditos preciosos, ni cuna hermosa. No, muy al contrario, Jesús tuvo establo por palacio, los más humildes pañales por ropa y pesebre por cuna. ¿Hay algo más humilde...? ¿Hay algo más pobre en este mundo? Pero lo que ante todo nos conviene saber, es el porqué de esta humillación; Jesús nació en un estado tan mísero para librar a su pueblo de toda miseria y para llevar a sus escogidos a la gloria eterna. En realidad el Señor Jesús se hizo pobre para enriquecer a su pueblo. El se humilló a sí mismo para levantar al pueblo redimido.

Helos aquí, José y María, callados al lado del Niño recién nacido. ¿Qué habrán pensado...? ¿Es éste el Rey de reyes...? ¿Es éste el Hijo de David prometido desde muchos siglos...? ¿Por qué tantas extrañezas y maravillas?

-----

Cuando en una monarquía nace un príncipe, todo el mundo arbola la bandera nacional. Los cañones disparan salvas. Los diarios están llenos de noticias y fotos del príncipe, de la familia real, y hoy en día los reportajes se transmiten por el mundo entero, haciendo uso de los medios de comunicación más modernos. Todo esto demuestra que el regio infante es bienvenido.

Aquí en el establo de Belén también nació un Rey. Y esta vez no es un rey terrenal, sino el Rey Celestial, el Rey de reyes.

Pero ahora nadie arbola la bandera. No hay regocijo ni júbilo en el país. Este Niño no es bienvenido; a este Niño nadie Le espera. Todo el mundo duerme y nadie sabe lo que ha acontecido en esa noche y nadie se preocupa del suceso. En Roma, la gran ciudad imperial, el emperador Augusto acaso duerme en un lecho suave y cómodo, cubierto de una manta azul celeste, y en Jerusalén vive el sumo sacerdote, y allí mismo residen muchos escribas, fariseos y saduceos, judíos ilustrísimos. Pero ninguno de ellos sabe lo que acaba de acontecer en el sucio establo de Belén. Y si lo hubiesen sabido, no lo habrían creído tampoco. ¿El Mesías acostado en un pesebre, en uno de esos establos...? ¡Imposible! Seguramente habrían dicho esto, o por lo menos lo habrían pensado. Pero no saben nada en absoluto.

En aquel entonces hubo muchos doctos y célebres. Pero la noticia de Belén no llegó a ninguno de ellos.



## Lucas 2:8-20

Vamos a ver cómo están las cosas en Belén; vamos a recorrer la aldea en nuestros pensamientos. Vamos a dar, pues, un paseo por los callejones tranquilos y desiertos. Todas las puertas están cerradas, no se oye rumor alguno. El silencio de la noche prevalece en toda la aldea. Pronto estamos en los campos de las afueras.

Por los mismos campos también pasaba Rut recogiendo

espigas en las tierras de Booz, y allí mismo, muchos siglos atrás, reteñían los sonidos tan puros del arpa, y resonaba la voz clara del joven David, de aquel pastorcito tan sencillo. Pero ahora todo está tranquilo. No vemos nada por ser de noche. Pero... mirad al horizonte... Distinguimos un resplandor de luz, y al ver la luz nos acercamos de prisa. ¿Serán acaso unos hombres reunidos alrededor de un fuego? Se les nota que no están alegres, muy al contrario, se muestran bastante sombríos. Pero ¿quiénes son y qué están haciendo a tan altas horas de la noche...? ¿Por qué tienen las miradas tan tristes y sombrías?

No es difícil adivinar. Son unos pastores que pasan la noche vigilando los rebaños. Les quedaban pastos en cantidades suficientes, por lo cual no han llevado las ovejas al redil. Mientras encuentran pastos, las ovejas permanecen en los campos. Sin embargo, hacia medianoche, empieza a hacer fresco, por lo cual hacen lumbre. De este modo pueden calentarse un poco y, por lo demás, donde hay fuego las fieras no se acercan.

Tienen el aspecto triste y sombrío, porque cada vez más los judíos se sienten sometidos al poderío de los romanos, y por ende privados de sus derechos de hombres libres. El pueblo de Israel ha dejado de ser nación libre e independiente, y los romanos se enseñorean de todo el pueblo. Si bien es cierto que en Jerusalén hay un rey, él es extranjero, es de Edom. Se llama Herodes. Además de esto, Herodes es siervo del emperador romano también.

Y los pastores, pensando en la situación política en que se encuentran, tienen miedo. ¿No vendrá, pues, el Mesías prometido? Jacob lo había dicho acostado en su lecho de muerte: "No será quitado el cetro de Judá..." Pero, según parece, ha sido quitado el cetro desde mucho tiempo, y por añadidura ha sido promulgado el edicto imperial según el cual toda la nación judía tiene que ser empadronada. Ahora conocemos la causa de la tristeza de muchos israelitas, la cual les incitaba a esperar la venida del Mesías como Libertador de su nación. Pero el Mesías tardaba tanto en venir que, como es natural y comprensible, iban desalentándose.

De repente se asustaron sobremanera al ver una apariencia resplandeciente a su lado: Les circundaba el resplandor de la gloria celestial, y se amedrentan diciendo: "¿Qué es esto?"

"¿Qué significa esto...?"

Con voz suave el ángel dice: "No temáis, porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor." Es como si el ángel dijera: Teníais miedo de que no se cumplieran las promesas de Dios. ¿Verdad? Vosotros vacilabais en creer, al final, en la venida del Rey prometido. ¡Pero es ciertísimo que vendrá! Porque en realidad acaba de venir. ¡Esta misma noche ha nacido para vosotros! A vosotros también os libraré del poder del pecado. A vosotros también os salvaré. Esta alegría no es para vosotros solamente, sino para todo el pueblo, es decir, toda la Iglesia de Dios. No vaciléis, pues, en ir a Belén, y allí Le veréis. El aspecto del Niño, desde el punto de vista humano, no revela nada especial."

"Hallaréis al Niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre" -dice el mensajero angélico.

¡Oh los pastores sencillos, hay que verlos como escuchan, la boca abierta de asombro, mientras sus corazones se llenan de alegría celestial!

Dichas estas palabras, el mensajero del cielo vuelve a marchar arriba. En este mismo momento el cielo se abre y una multitud de las huestes celestiales aparecen sobre los campos de Belén volando por el espacio, las cuales, alabando a Dios, cantan:

"Gloria a Dios en las alturas  
Y en la tierra paz,  
Buena voluntad para con los hombres."

¡Cuán hermoso este cántico celestial, de divina armonía que en esta tierra no conocemos!

¡Gloria a Dios! Todo lo que ha sucedido, redundará en la alabanza y gloria de Dios: A Dios Le será dada la máxima gloria.

¡En la tierra paz! Lo que, por supuesto, no quiere decir que no habrá más guerras y miserias en este mundo; por desgracia

habrá guerras hasta la consumación de los siglos. La Biblia es muy clara a este respecto: Hasta el fin, el mundo seguirá lleno de odio y de partidos opuestos. No, queridos amigos, la paz a la que me refiero, por lo contrario, quiere decir paz en los corazones de los hijos de Dios, que viven en esta tierra, porque el Salvador ha venido a pagar la deuda de ellos: Jesús, en verdad, padecerá y morirá en la cruz del Calvario para dar satisfacción a Dios para el tiempo y la eternidad. Por la pasión y muerte del Señor Jesucristo el pueblo de Dios, la Iglesia de los redimidos, conseguirá paz y alegría. ¡Paz con Dios! ¿Y por qué?

Es porque Dios tiene buena voluntad para con los hombres, por muy pecaminosos que sean; porque Dios quiere salvar a su pueblo escogido. Los que en El creen, serán absueltos de toda deuda y de todo castigo. Por desgracia no toda la raza humana conseguirá esta salvación, sino únicamente los que tengan el corazón renovado.

¡Qué dichoso debe de ser el pueblo de Dios! El Diablo lo promete todo y no cumple nada, y el mundo parece tan bonito y alegre. Pero no es oro todo lo que reluce. Escuchad, pues, los gritos de alegría, la exaltación y fanfarria de los impíos... Son apariencias que engañan, y nada más. A fuerza de reírse a carcajadas, el mundo intenta ahogar sus miserias. ¡Qué pobreza la de este mundo impío! Porque en este mundo no encontramos la verdadera dicha, ni la paz que tanto anhelamos. ¿Y vosotros? ¿Buscáis también vuestra felicidad en esta tierra? Nunca la encontraréis. Sólo Dios la puede darnos.

Los pastores quedan atónitos al presenciar tan sublime espectáculo; sus ojos brillan y sus corazones palpitan de emoción.

Después cesan los maravillosos cánticos de alabanza y los ángeles vuelven al Cielo. Durante unos breves momentos cantaron, pero la plena alegría del canto eterno queda reservada para el Cielo. Luego la obscuridad vuelve a cubrir la tierra.

Los pastores quedan reunidos un rato más, sin decir una sola palabra. Ya no están tristes, ni desalentados. Una intensa alegría llena sus corazones.

“Venid” - dijo el uno al otro -; vamos a ver en Belén el cumplimiento de la palabra que acabamos de oír, según la promesa de Dios.” Quieren ver con sus propios ojos lo que Dios les ha anunciado.

Helos allí, con prisa por llegar a Belén, sin pensar en sus rebaños. Lo que para ellos es más importante, es ver lo que acababan de oír, dejando las ovejas a la custodia de Dios. Cuando Dios tiene cuidado de ellas, ni una se perderá. Ahora llegan al establo, abren la puerta y entran. Allí mismo una mujer sencilla, María, está sentada y a su lado José, vestido de un traje muy sencillo. Luego dan un vistazo al pesebre, en el que ven un Niño acostado, envuelto en pañales, cuyo aspecto no revela nada extraordinario. Para los pastores, sin embargo, no es un niño ordinario; para ellos es el Salvador que había de venir, y que pagará por sus deudas también. Por mucho que el Niño se parezca a todos los demás niños, POR LA FE ven en Él al Mesías, Rey de reyes. Y, creyendo, se hincan de rodillas para adorar.



*Los pastores en el camino de Belén*

José y María, atónitos, se maravillan de lo que los pastores dicen y hacen. Para ellos debe de ser una experiencia singular.

Luego los pastores van a anunciar a todo el mundo lo que acaba de suceder en los campos de Efrata. No pueden callar, porque de la abundancia del corazón habla la boca. Estos hombres han experimentado un gozo, una alegría sin igual. Estos hombres, por cierto, han celebrado las pascuas de Navidad, en el término mas bíblico de la palabra. Al final los pastores vuelven a su tarea, a guardar sus rebaños. Enriquecidos por su sublime experiencia hacen algo más: Alaban a Dios dándole toda la gloria, por todo lo que han visto y oído. Y lo habrán dicho a otras personas también, no cabe duda. La Biblia, sin embargo, no nos revela que otras personas fueron a ver al Niño allá en Belén.



Aquí se termina el relato del humilde nacimiento del Rey de reyes. Año tras año celebramos las Pascuas de Navidad en conmemoración del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. En la actualidad, por desgracia, hay más fiesta que conmemoración, hasta olvidar el verdadero significado de la Navidad. En todos los sitios arden luces y velas; en muchos hogares hay árboles de Navidad adornados de bolas y cadenas de cristal. Largas guirnaldas se ponen en las ramas, en las que muchas luces se fijan también. Y en Nochebuena todas las luces se encienden.

Sobre todo en las regiones boreales de nuestro continente es una fiesta importantísima, con ocasión de la cual las familias se reúnen. Los hijos que están ausentes del hogar paterno vuelven a casa. Puede ser una buena cosa mientras el mensaje navideño ocupe un lugar central en los corazones, pero, por desgracia, en muchos hogares celebran la Navidad sin Cristo, sin pensar en El ni un momento..

De esto modo, la Natividad de Cristo se convierte casi en una fiesta pagana: La fiesta de la luz, como se celebra por ejem-

plo en los países escandinavos. Le han dado un adorno cristiano los mismos predicadores cristianos de muchos siglos atrás, los cuales en vez de predicar el Evangelio se conformaron con las costumbres paganas en más de un concepto. Por ello tenemos ahora un paganismo cristianizado, pero muy pocas almas en realidad convertidas.

Las canciones de Navidad, por bien que las canten, las cantan por mera tradición. El Diablo permite las velas y las piadosas canciones de Navidad, pero al tratarse de ir a Belén nosotros mismos, en el pensamiento, para meditar sobre el sentido bíblico de la fiesta de paz, el Diablo se opone como se opuso al principio, para que muy pocos presenciaran el acontecimiento a la vez augusto y sencillo...

En realidad, en aquel establo de Belén, no hubo arbolito de Navidad ni guirnaldas, ni velas, ni luces para llamar la atención de la gente. José y María, sin embargo, con los pastores de los campos de Efrata, sí celebraron la Navidad como nunca después hemos vuelto a celebrarla. Por el nacimiento de Jesús la salvación comenzó su obra en sus corazones: Navidad en el CORAZÓN, es lo que ellos experimentaron. Una fiesta de gozo y alegría según Dios, sin señal alguna que recordase alguna fiesta pagana como muchos cristianos suelen hacer.

Es una señal de pobreza de nuestra cristiandad la de querer disimular la falta de luz en nuestra vida, con la luz ficticia de las velas... El Diablo se deleita en gran manera en tal simulacro religioso, para satisfacer nuestros instintos de piedad meramente humana, mientras en el ambiente tan austero del establo de Belén no encontró satisfacción alguna. Según Cristo mismo dijo más tarde: "Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en Mí." Desde que el mundo religioso celebra las Pascuas, no con su corazón, sino con su CABEZA, el Diablo las celebra con ellos...

Si ahora pensamos en el porqué de la venida del Señor Jesucristo a esta tierra, en la profunda humillación inherente al humilde nacimiento del Hijo de Dios que dejó los cielos para iniciar la peregrinación por este mundo manchado de pecado

y maldito por causa de él; si, pues, pensamos en el porqué de la venida de Cristo para sufrir la ignominia de la muerte en cruz por Dios mismo maldita, para que por su muerte salvase del pecado a su pueblo, a su Iglesia, ya no haremos fiesta casi pagana con luces y guirnaldas, sino doblaremos las rodillas para pedir a Dios que nos dé un corazón enteramente nuevo, y nos salve de la perdición eterna por amor del Hijo suyo amado, Jesucristo.

Navidad, sí, es fiesta de gozo y alegría para conmemorar la venida del Hijo de Dios; del Sol de Justicia (según profetizó Malaquías), a este mundo pecaminoso que gime bajo la maldición. Y por ser fiesta de gozo e inmensa alegría, es fiesta de luz.

Los que con toda sinceridad celebran la Navidad, experimentarán más alegría en sus corazones que el mundo religioso, que se deleita en sus fiestecitas y verbenas, que tienen el descaro de llamar cristianas, dejándose arrastrar incluso a la borrachera... Sin hablar aún de las veladas de baile navideñas...

Los que en verdad celebran la Navidad se postrarán con reverente devoción delante del pesebre en aquel sucio establo de Belén, en el que el Hijo de Dios está acostado: El Hijo de Dios que vino a apagar la ira de Dios, a cerrar las puertas del infierno, a vencer la muerte y a aplastar la cabeza de la vieja serpiente que se llama Diablo y Satanás, y a pagar todo el precio por Dios impuesto, vertiendo su SANGRE en el Calvario.

## Capítulo 5

# “AHORA, SEÑOR, DESPIDES A TU SIERVO EN PAZ, CONFORME A TU PALABRA”

Lucas 2:21

Hasta hoy día, los niños pequeños de las congregaciones cristianas se bautizan. El bautismo apunta a la purificación de los pecados. Al igual que lavamos nuestros cuerpos con agua, nuestras almas necesitan ser lavadas con la sangre del Señor Jesús. Los judíos todavía no conocían el bautismo. Sus niños (sólo los varones) se circuncidaban. Esta circuncisión significaba lo mismo que el bautismo.

Sin embargo, el bautismo, no basta para salvarnos, puesto que la triste realidad nos enseña que millones y millones de personas se pierden con bautismo y todo...

Sin conversión, en nuestra vida, el bautismo no salva, ni la circuncisión de los judíos tampoco, por mucho que los dos se refieran a la purificación de los pecados.

El mismo Señor Jesús, a los ocho días de nacer, fue circuncidado. Y ¿por qué? Pese a que el Señor Jesús nunca había pecado, y que por ende no precisaba dicha purificación ritual, se circuncidó. Vamos topando aquí con otro misterio que no

comprenderemos inmediatamente, pero por difícil que parezca, es necesario que a continuación demos un resumen sucinto de tan profundo misterio divino:

El Señor Jesús no se circuncidó para limpiarse a sí mismo, porque no tenía pecados. Vino al mundo para salvar a su pueblo de sus pecados, de todo el estado pecaminoso en que todos los seres humanos se encuentran hundidos. Por ello el Hijo de Dios se hizo HOMBRE. Al respecto tuvo que hacerse igual a los hombres: Se cargó de los pecados de su pueblo, para que estos pecados le fuesen imputados a Él. Por ello el Señor Jesús fue circuncidado también, como cualquier otro niño judío.

¡Cuán grande humillación para el Hijo de Dios la de encontrarse entre los mayores pecadores! Fue circuncidado para luego constituirse Salvador en verdad.

Dios mandó a Abraham circuncidar a todos sus descendientes; dicho mandamiento se repitió en las leyes que, más tarde, Dios dió al pueblo de Israel. De esto concluimos el que el Señor Jesús vino BAJO LA LEY, para cumplir la Ley. Más tarde entenderemos mejor, a medida que crezcamos en la fe.



#### **Lucas 2:22-40**

Las puertas del Templo de Jerusalén están abiertas de par en par, y los sacerdotes entran y salen vestidos de blanco. Día tras día los judíos vienen al Templo a sacrificar animales. Pero no solamente son llevados al Templo animales para ofrendas, sino también niños recién nacidos. Para explicarlo, tenemos que volver al relato del Antiguo Testamento, al Egipto del tiempo de Moisés.

Allá en Egipto, ya lo sabemos, fue la matanza de los primogénitos de todas las familias egipcias ejecutada por el ángel exterminador, en aquella noche horrible. De los primogénitos de los israelitas no murió ninguno, porque por orden de Dios los israelitas pusieron sangre de cordero en los dos postes y en

el dintel de las puertas de sus casas. Cubiertos con sangre estaban seguros.

Entonces decretó Dios que todos los primogénitos en Israel le perteneciesen a Él. Pero cuando el pueblo se encontró acampado al pie del Monte Sinaí, donde habían construido el Tabernáculo, el Señor no escogió a todos los primogénitos para el servicio del Tabernáculo sino que, para tal servicio, designó una sola tribu, la de Leví.

Sin embargo Dios mandó llevar al Tabernáculo y, más tarde, al Templo, a todos los primogénitos, para que fuesen presentados al Señor.

El sacerdote tomaba al niño en sus brazos y lo alzaba como si quisiese decir: "Este niño te pertenece a Ti, Señor." Es, pues, lógico que cada día llevarsen niños al Templo. Para el sacerdote era trabajo cotidiano, y es concebible, también, que al final hiciesen el trabajo por mera costumbre, sin pensar en el acto ritual que cumplían. Muy a menudo era un mero rito, desprovisto de consagración espiritual.

Conociendo, pues, el significado de dicha presentación, también comprendemos el porqué del vaivén de sacerdotes por el recinto del Templo: Estaban esperando a los padres israelitas que venían a presentar al niño al Señor.

¡He aquí un joven matrimonio que entra en la casa de Dios. De un vistazo el sacerdote los mide para darse cuenta de que no tenían la bolsa llena. Con ocasión de tal acto de presentación los ricos tenían que sacrificar un cordero. La clase pobre no tenía que ofrecer más que un par de tórtolas, o dos palominos, según Dios mismo había previsto en su Santa Ley. Este matrimonio, como muchos otros en Israel, no traía más que un par de palomas, la ofrenda de los pobres. Pero... ¿quiénes son este padre y esta madre?

El marido es José, con su mujer, María. Y el Niño que vienen a traer es el Hijo de Dios, el Mesías. En cuanto a la descendencia divina del Niño Jesús, el sacerdote no sabe nada; para él es un niño ordinario que no revela rasgos de descendencia especial.

El Niño Jesús acaba de alcanzar cuarenta días de edad, es decir, el número de días requeridos para la purificación de una madre después de dar a luz un hijo (véase Levítico 12: 2-4). Para cumplir la Ley de Dios, José y María han venido de Belén a Jerusalén para presentar al Niño en el Templo. El sacerdote toma las tórtolas o los palominos, los degüella, recoge la sangre en un plato y ofrece los animalitos a Dios. Luego toma al Niño pequeño en sus brazos, Le levanta para presentarle al Señor. Oh, si el sacerdote hubiera sabido a quién estaba levantando! Pero lo ignora todo.

Y... al instante, entra un hombre en el atrio. Un hombre que parece muy serio, con un paso solemne, y sin dar un rodeo, se acerca al pobre matrimonio que está al lado del altar de los holocaustos.

Y... ¿entonces? Los ojos del anciano brillan; yergue su cabeza y... ¡mirad...! Toma al Niño en sus brazos temblorosos de gozo y alegría, y con voz vibrante exclama:

“Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz,  
Conforme a tu palabra;  
Porque han visto mis ojos tu salvación,  
La cual has preparado en presencia de todos los  
pueblos;  
Luz para revelación a los gentiles,  
Y gloria de tu pueblo Israel.”

El sacerdote, que presencia el acto, esta atónito. No comprende nada en absoluto; nunca en su vida había visto cosa semejante. José y María también están atónitos y maravillados de lo que sucede. Ellos, en realidad, no conocen al hombre. Pero... ¿quién es ese hombre, y por qué tantas cosas extrañas...?

En Jerusalén, todo el mundo conoce al anciano; el sacerdote, seguramente, también le conocía, porque venía a la Casa del Señor muy a menudo. Pero José y María, por ser “extranjeros en Jerusalén,” no saben quién es. La Biblia nos revela su nombre: se llama Simeón.

Vamos a leer ahora lo que la Biblia dice acerca de él: “Este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el

Espíritu Santo estaba sobre él." He aquí, textualmente, el testimonio que la Palabra de Dios da de él.

Por muchos años había esperado la venida del Salvador prometido. Había esperado la consolación de Israel. El Señor mismo había prometido a Simeón que no moriría antes de que naciera el Salvador. Más aun: Que no moriría antes de que sus propios ojos viesan al Salvador, al Señor Jesús.

Cuantos años ha tenido que esperar, no lo sabemos. Es muy probable que Simeón haya esperado muchos años. Largos años de ansiosa espera. El Señor tardaba tanto en venir... Se habrá preguntado a sí mismo de vez en cuando, si era del todo posible que él mismo viera el cumplimiento de la promesa de Dios. ¿No podía morir de repente, sin haber visto al Rey? Una cosa es cierta, que el Diablo, el enemigo de nuestras almas, habrá zarandeado y atormentado más de una vez a nuestro Simeón, ejemplo nuestro de perseverancia en la fe.

Ahora viene al Templo. Y ¿por qué...? Que la Biblia misma nos diga el gran secreto: "Movido por el Espíritu, vino al Templo."

Al acercarse a este matrimonio tan pobre un gozo profundo, una alegría celestial, va llenando su alma. ¡Oh, sí...! ahora lo siente perfectamente bien, no puede equivocarse, porque el Espíritu Santo se lo dice en su corazón: "Este Niño es el Rey de Israel, el Hijo de David."

Mientras el sacerdote no ve nada especial en el Niño, Simeón sí. Lo ve con ojos espirituales. Por la fe reconoce a Cristo: El Niño que ha venido a constituirse Cordero de Dios, para quitar el pecado del mundo.

Por ello exclama jubiloso: "¡Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz!" Es como si dijera: "Ahora puedes dejarme morir; despídeme, Señor, que ahora tengo la tranquilidad de mi alma, por haber visto con mis propios ojos al Salvador."

Simeón, sin embargo, ve mucho más aún: Jesús no le salvará a él solamente; no será Salvador del pueblo de Israel únicamente, sino de los gentiles también, para congregarlos de

todas las naciones, lenguas y tribus. Jesús, en verdad, salvará a muchos lavándolos de sus pecados, por ser Él la Luz para revelación a los gentiles.

Al oír estas cosas, todos los asistentes enmudecen; José y María se maravillan.

Entonces Simeón mira a María, madre del Niño Jesús, y con voz grave dice: "He aquí, éste, está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha." Es como si dijera: "María, ya verás que no todos creerán en Él, ni mucho menos, porque muchos Le desearán con infernal escarnio y desdén."

Por ser sabedor de todas estas cosas, por la fe, Simeón sabe de antemano que el Señor Jesucristo será escarnecido y desechado por miles y miles. "Y una espada traspasará tu misma alma," prosigue diciendo a María.

Es como si en este momento viera a María, en sus pensamientos, de pie al lado de la cruz de su Hijo, y que sintiera el vivo dolor y tristeza que traspasará cual espada su corazón de madre. Por ello Simeón profetiza lo que va a suceder en la vida de Jesús.

Muy despacito y tímidamente, una mujer muy anciana se acerca. Se llama Ana, profetisa, y viuda hacia ochenta y cuatro años. Desde mucho tiempo no se ha apartado del Templo, y ha servido a Dios de noche y de día con ayunos y oraciones. Es, pues, mujer piadosa y temerosa del Señor que, como Simeón, ha esperado por muchos años la venida del Salvador.

Y cuando al final logra juntarse al puñado de gente allí reunida, su alma se llena de alegría celestial. Ella también va a dar testimonio de su fe en el Señor, porque ella también ve en este Niño sencillo al Hijo de Dios, su Salvador.



Tras este breve rato de comunión espiritual, todos se van, cada uno por su lado. María y José vuelven a Belén con su Niño. El sacerdote también se aparta y a lo mejor se lo dice a

los demás sacerdotes. Simeón y Ana también salen del Templo.

Simeón vuelve a su casa; en su corazón reina la paz de Dios, mientras la sonrisa en sus labios da expresión al gozo celestial que experimenta.

Ana, sin embargo, no vuelve a casa inmediatamente: Ella va a ver a sus numerosos amigos en Jerusalén, almas salvas por la gracia de Dios y por Dios convertidas, que de todo corazón anhelaban el cumplimiento de las promesas divinas que abundan en el Antiguo Testamento. Va a decirles todo lo que acaba de ver en el Templo; ella no puede callar. Sus ojos brillan, y su voz vibra de alegría. Debe de haber sido un gozo celestial. "¡Escuchad, amigos míos, acabo de ver al Señor; el Mesías ha estado en el Templo!" De este modo estos creyentes se han enterado del nacimiento de Cristo.



Encontráis bella esta historia, ¿verdad? Al meditar estas cosas, es como si estuviéramos presentes allá en Tierra Santa, por lo menos un breve rato. Pero la sensación de estar presentes no basta. Sería satisfacción religiosa, y nada más, y con mera satisfacción religiosa no llegaremos al cielo. ¿También anheláis ver al Señor Jesús para que tome posesión de vuestros corazones?

Por naturaleza no deseamos para nada al Señor Jesús. Más bien Le aborrecemos, porque creemos poder prescindir del Salvador. Así pensamos, ¿verdad? Pero si así pensamos, nos equivocamos, porque sin Salvador nunca alcanzaremos la verdadera paz para nuestras almas.

Amigos míos, ¿también escarnecéis y menospreciáis al Señor Jesucristo...? El Salvador ha venido a visitarnos. No sólo a los judíos, sino a nosotros también, a todos los pueblos, tribus y linajes de este mundo. Vosotros también podéis alcanzar salvación. ¡Cosa horrenda sería el tener que encontrar a Dios inconversos, y en tan mísero estado caer en las manos del Dios vivo!

Doblad, pues, las rodillas para pedirle a El que a vosotros también os dé un corazón nuevo. A nosotros nos conviene implorar la gracia de Dios cada día, para que nos salvemos por gracia.

## Capítulo 6

# == LOS MAGOS DE ORIENTE ==

### Mateo 2:1-12

Unos pocos viajeros vienen avanzando incesantemente por el inmenso desierto que se extiende entre la tierra de Israel y los antiguos reinos de Babilonia y Persia. Es el mismo desierto por el que Abraham y Lot también caminaron muchos siglos atrás, cuando el Señor llamó a Abraham para que saliese de Ur de los caldeos. Y por este mismo desierto volvió la nación israelita después del destierro babilónico, encabezada por Jesúa y Zorobabel.

Los viajeros cabalgan en sus camellos, y con bastante prisa atraviesan la extensa llanura de arenas. De día quema el sol, de modo que hace un calor sofocante y casi insoportable. De noche hace frío, hasta tal punto que el agua se hiela. Su destino es Jerusalén, capital de Israel.

Son unos magos que viven allá en el lejano oriente y que han resuelto realizar el viaje a Palestina. Sin embargo, para emprender viaje tan difícil y penoso como el de atravesar un desierto, han de perseguir un objetivo muy especial, el cual, para nuestra historia, nos interesa sobremanera. Es que - en su país - habían visto una estrella tan hermosa, tan esplendorosa y fulgurante como no habían visto nunca antes. Siendo conocedores del firmamento estelar, conocían los destellos de los

astros y estrellas. Maravillados en extremo, miraron hacia la estrella fulgurante y con gozo y júbilo exclamaron que ésta había de ser la señal del nacimiento del Rey de Israel...

Pero... ¿cómo podían saberlo? ¿Y por qué dicha estrella ha sido una señal tan cierta para ellos? ¡Alguien se lo habrá revelado!

Para saberlo hay que conocer un poco la historia de la antigüedad. Allá en el lejano oriente había magos; una clase de astrónomos que, de noche, cuando el firmamento estaba sereno, se esmeraban en estudiar las estrellas. De aquella tierra vino Balaam, al cual Balac, rey de Moab, llamó para que maldijese a Israel. El Señor, sin embargo, se lo impidió y Balaam profirió bendiciones, en vez de las maldiciones que le mandaron pronunciar.

Y en una de dichas bendiciones habló Balaam acerca de la estrella que saldría de Jacob...

Balaam, sin embargo, no volvió a su país: Fue matado por los israelitas cuando lucharon contra los madianitas. Siglos más tarde vivía otro sabio en dicho país: Daniel. Nabucodonosor, rey de Babilonia, "engrandeció a Daniel y le dio muchos honores y grandes dones, y le hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia." No cabe pues duda que Daniel les habrá revelado el significado de la sentencia de Balaam, ya que, en su profecía, les habló del Mesías y Rey que había de venir.

Daniel murió, pero después de su muerte los sabios y magos seguían esperando con ansia que apareciese dicha estrella. A sus hijos también se lo dijeron para que ellos siguiesen esperando la aparición de tan esplendorosa estrella. De este modo, generación tras generación, por cinco siglos enteros, seguían esperando tan augusta aparición en el firmamento... hasta que, cumplido el tiempo, de repente vino a aparecer una estrella de extraordinario resplandor. Por ello los magos no tardaron en creer que ésta era la estrella desde muchos siglos prometida: La señal del nacimiento del Rey de Israel. No cabía duda, porque la estrella tan fulgurante constituía señal extremadamente clara y convincente.

Por ello, unánimes, decidieron rendir homenaje al Rey que acababa de nacer: Mucho más aún, decidieron ir a buscar al

Rey para ADORARLE. Entonces se prepararon para emprender el largo viaje por el desierto.

Y ahora, en nuestra historia, están caminando hacia la tierra de Israel. En primer lugar van a Jerusalén, capital del país, la cual debería estar de fiesta...



*"La estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos"*

Pues bien, al cabo de un largo viaje a la par dificultoso y peligroso, llegan a las orillas del río Jordán, el cual atraviesan para entrar, unas horas más tarde, por una de las muchas puertas de la metrópoli.

¡Pero cuál no habrá sido su desilusión al ver que la capital israelita no está de fiesta! La vida de la capital se desenvuelve como de costumbre, nada especial que revele el nacimiento de un príncipe. La única cosa que sucede en las calles de Jerusalén, es que la gente mira a los magos con curiosidad.

“¿Dónde está el Rey que acaba de nacer?” - preguntan a los transeúntes - “porque hemos visto su estrella en el oriente y hemos venido, no sólo a tributarle homenaje, sino también a adorarle...”

Los vecinos de la capital, sin embargo, se encogen de hombros y miran a los forasteros con estupefacción. “¿Un rey de los judíos nacido hace unos pocos días?” - les preguntan incrédulos - “No sabemos nada en absoluto; ningún rey ha nacido aquí.”

Una desilusión sin igual se apodera de ellos, y, perplejos, se miran como si quisieran decir: “¿Nos hemos equivocado? ¿Hemos viajado en vano por el inmensa desierto exponiéndonos a toda clase de peligros?” En realidad, son unas preguntas legítimas.



El rumor no tarda en correr por la ciudad, diciendo que unos cuantos forasteros habían venido a Jerusalén para adorar al Rey de los judíos. Al oírlo los vecinos de la capital se turban, según nos revela la Biblia.

El Rey Herodes el Grande no tarda en enterarse también. Se asusta de la noticia... ¿Un Rey de los judíos? ¡Demasiado peligroso para él! Entonces el Rey de los judíos vendría a quitarle el trono; lo sabe de antemano por haber oído muchas cosas sobre el Mesías prometido. Los judíos mismos le habían dicho que el Rey de los judíos se encargaría de librar a Israel

del yugo de los romanos, y que, por consiguiente, a él también le quitaría del trono.

Herodes, no quiere para nada perder su dignidad real. Para mantenerla hizo asesinar a su mujer y a sus propios hijos. Y ahora, ¿quién sería el nuevo Rey que vendría para quitarle del trono?

Herodes se pone nervioso, e inmediatamente llama a los sumos sacerdotes y escribas para preguntarles dónde habría de nacer el Rey de los judíos. Para los escribas no era pregunta difícil. “¿El Rey de los judíos? Es sabido que nacerá en Belén, ya que siglos atrás el profeta Miqueas lo profetizó.”

Herodes escucha con atención, para que ninguna palabra se le escape. Después de marcharse los sacerdotes y escribas, Herodes queda atrás solo. Se pone cada vez más nervioso e inquieto: Le amedrenta la duda, ya que, si a pesar de todo, los forasteros tienen razón, el nuevo Rey va a poner fin a su reinado.

Sin embargo, Herodes no se resigna a esperar quieta y tranquilamente, sino que se apresura a tomar medidas. Habiendo recobrado el ánimo, Herodes sonríe. Una sonrisa satánica y sarcástica, por supuesto. Se le ocurre un pensamiento que le parece acertado: Hay que ir con mucha sagacidad para lograr su fin...

Mientras los magos permanecen perplejos en Jerusalén, sin saber qué rumbo tomar, les alcanza un mensaje del rey: Quisiera darles audiencia para hacerles algunas preguntas. No vacilan en ir al palacio real, donde son recibidos sin tardanza y tratados a cuerpo de rey. Herodes, sin embargo, es hombre muy listo y diestro para arreglar la conversación de modo tal que nadie tenga recelos. Los llama en secreto, porque el pueblo judío no debe saber lo que intenta hacer.

“Vosotros vinisteis a rendir homenaje y adorar al Niño, ¿verdad?, les pregunta con mucho cariño: “pues, bien, hay que ir a Belén, aldea que será el lugar donde nacerá el Rey, y ojalá encontréis al Niño. Y cuando lo hayáis encontrado, os ruego tengáis a bien volver acá para decírmelo a mí, para que yo también vaya a adorarle...”

Impresionados por la gentileza de Herodes, le prometen que volverán a verle, y se marchan.

Y Herodes, sonriendo con sarcasmo, queda atrás. Una vez más, lo ha arreglado todo con destreza, ya que, según le parece, los forasteros le han dado crédito o, por lo menos, le han dado la promesa solemne de volver al palacio para facilitarle los informes que él precisa. Ellos, en realidad, creen que Herodes también iría a adorar al Niño. Al pensar en el verbo "adorar" se pone a sonreír con escarnio; no, la "adoración" de Herodes consistiría más bien en pinchar con su puñal bien afilado el cuerpo tan tierno del Niño. Manejando una vez más el arma fatal, podría deshacerse para siempre de todos sus pesares. Y de este modo lograría salvar su reinado. He aquí el plan diabólico de tan soez y brutal individuo como Herodes, verdugo de su propia mujer e hijos... Se ríe... y Satanás se ríe también, porque un plan de esta índole es obra del Diablo: No quiere permitir que el Niño venga. El Diablo se valdrá de Herodes para quitar de en medio al real Niño divino.

A ver si tendrá éxito...

— — — — —

He aquí los forasteros que vuelven a salir de la ciudad. Quizás mirados de reojo por mucha gente. Sea lo que sea, ellos están contentos de saber que encontrarán al Niño en Belén.

"Allí nacerá el Rey," ha dicho Herodes. Belén les ha sido indicado; a Belén irán. No se les caen las alas del corazón, porque tras realizar tan largo viaje, no saldrán de la Tierra Santa antes de haber alcanzado el objetivo. Han visto la estrella, por la cual recobran ánimo. En Jerusalén no tienen nada que hacer, tienen que ir a otro lugar:

En Belén encontrarán la cuna. Así, pues, van de un lugar a otro. Ningún sacerdote o escriba les acompaña. Entre paréntesis, ¿sabéis a qué se parecen los sacerdotes y escribas? Son la imagen de un poste, cuyo destino es el de indicar el camino.

Son útiles e imprescindibles, porque como consejeros

mudos guían una multitud de gente sin equivocarse en nada. Sin embargo, siguen quietos en el lugar donde han sido puestos. Al final, viejos y desgastados, se despedazan a golpes de hacha y se echan al fuego. Esta imagen, por horrible que sea, corresponde a la realidad: Los sacerdotes y escribas también indican el camino a los gentiles. Con sorprendente exactitud saben decirles donde podrán encontrar al Salvador, mientras ellos mismos quedan en Jerusalén. No se dignan acompañar a los gentiles al lugar del encuentro con Él.

Y vosotros, queridos amigos, ¿también queréis ser uno de esos postes? De esos indicadores que, después de haber indicado el camino a otros, serán desechados; los que, después de haber dado buen consejo a otros, se perderán por no haber seguido el buen consejo que ellos mismos habían dado. Ojalá fuerais no sólo postes e indicadores, sino anduvierais en el sendero de la justicia tal como está trazado por los mandamientos de Dios. Pedid, pues, a Dios que renueve vuestro corazón. El corazón nuevo es imprescindible para la vida espiritual.

Es sabido que Belén no dista mucho, de Jerusalén. No sabemos lo que se habrán dicho los magos mientras viajaban a Belén, pero lo que es cierto, es que Dios, conocedor de los corazones, no ha permitido que sean frustradas las esperanzas que los viajeros albergaban en sus corazones.

De repente, al acercarse a Belén, sucede un acontecimiento alegre, inesperado: Tienen las miradas fijadas hacia arriba, porque allá en el firmamento vuelve a aparecer una estrella resplandeciente, la cual reconocen en seguida, por ser la misma que habían visto en el oriente. Tienen el rostro radiante de alegría, porque su viaje no sera infructuoso. Y lo que la Biblia dice al respecto es de suma importancia: "Y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el Niño."

En otros términos: La estrella les indicaba el camino. La única cosa que tenían que hacer, era seguir... y al llegar a Belén la estrella se paró sobre una casa.

Apresurados y temblando de ansia e impaciencia, aunque alegres, entran... y allí encuentran al Niño con su madre María. La Biblia alude a una casa, de lo que concluimos que María y José ya no estaban en el establo, pero en realidad, no sabemos en qué casa han vivido.

Los magos, sin embargo, no hallan allí una cuna bordada con oro y perlas, ni manto azul celeste, ni Niño vestido de vestidito real. No, muy al contrario, lo que hallan es un Niño que no revela nada extraordinario. A pesar de todo, para ellos, no es cualquier Niño: Por fe ven en aquel Niño tan sencillo al Rey de reyes... Llenos de santa devoción se postran para adorar al Niño. Sus almas se llenan de gozo celestial. Allí encuentran al que habrá de salvarles: Al Salvador del mundo.

Entonces abren sus tesoros y ofrecen oro, incienso y mirra, regalos preciosísimos dignos de un Rey. Al día siguiente los magos volverán a Jerusalén para decir a Herodes que en realidad han hallado al Rey. Sabrán indicarle exactamente el lugar donde podrá encontrar al Niño. Tendrán que hacerlo en cumplimiento de su promesa.

Pero de noche el Señor se revela a ellos en sueños para avisarles que no vuelvan a Jerusalén, sino regresen a su tierra por otro camino.

Los magos obedecen; no saben el porqué de dicha orden, pero regresan por otro camino. Amigos míos, podemos estar seguros de que el viaje de regreso ha sido más alegre que el de ida, como siempre ocurre cuando no tenemos que volver a casa de vacío.

Aquí mismo empieza el cumplimiento de la profecía de Simeón: "Luz para revelación a los gentiles." Los magos del oriente fueron, pues, los primeros, y ojalá tuviéramos todos la dicha de hacernos partícipes de esta luz... Ellos han entrado y nosotros, Biblia en mano, ¿permanecemos fuera?



## Mateo 2:13-15

Prevalece el silencio de la noche. Los vecinos de Belén duermen y las calles están desiertas. No se oye rumor alguno, menos unas pocas personas que, de noche, salen de la aldea. Nadie las ve. Nadie lo sabe. Es un hombre acompañado de su mujer que lleva en brazos a su niño... El que conoce el relato bíblico inmediatamente reconocerá a José y María con el Niño Jesús.

Si María va cabalgando en un asno, no lo sabemos. Es probable, porque ahora tienen dinero. La Biblia no dice nada al respecto, aunque muchos pintores la representan sentada en un asno. Este detalle, sin embargo, no es tan importante, pero lo que sí nos interesa saber, es el porqué de esta salida nocturna tan repentina.

En el pasaje bíblico aludido leemos que el ángel del Señor había aparecido a José para advertirle de los malos designios de Herodes. José, pues, tiene que huir a Egipto con su mujer y con el Niño, ya que en Egipto Herodes no buscará al Niño para matarlo. De este modo el Señor se adelanta a los designios de Herodes o, mejor dicho, del Diablo. Van a fracasar, pues, las astutas maquinaciones de Herodes.

José no tarda en levantarse. Despierta a María, y los dos preparan todas las cosas necesarias para el viaje. María toma al Niño y juntos salen de la aldea sin hacer ruido alguno. No es un viaje ordinario, es más bien una huida... La pasión del Señor Jesucristo empieza el día mismo de su nacimiento. Qué humillación para el Rey de reyes: No hay para El sitio en el mesón, su nación no Le recibe. Muy al contrario, tiene que huir para salvarse.

Al amanecer José y María ya se han alejado mucho de la aldea, rumbo a Egipto.

-----

## Mateo 2:16-18

A la mañana siguiente, Herodes está sentado en su suntuoso palacio. Sigue esperando que los magos vuelvan a

verle, según su promesa... Las horas pasan despacio, pero de los forasteros no se ve ni rastro. Podemos estar seguros de que más de una vez Herodes habrá mirado por la ventana, para ver si están llegando.

La cara de Herodes se vuelve cada vez más sombría. Los forasteros tardan mucho en venir. Herodes no comprende nada. Se torna inquieto porque ¡ay de él si fracasan sus desig-nios!

Al final Herodes se da cuenta de que está esperando en vano. En su corazón nace un odio terrible, sus ojos chispean de ira, y sus puños se aprietan convulsivos. Pasea de un lado a otro por los inmensos salones de su palacio, dando pasos gigantes y fogosos.

“¡Me han engañado!” - grita airado - “¡Me han engañado! ¡No vuelven a verme! ¡Granujas, canallas! ¡Me lo habían pro-metido!”

En realidad, los magos se lo habían prometido a Herodes.

Aquí surge un problema, porque una promesa dada tiene que ser cumplida. En este caso, si reflexionamos bien, no hay problema: Los magos no han engañado a Herodes, sino más bien Herodes ha engañado a los magos. Herodes, en verdad, ha dicho que quería ir a adorar al Niño, mientras intentaba ir a matarlo. Quería ir a pinchar el pecho del Niño con su puñal. Herodes mismo tiene la culpa del proceder algo raro de los forasteros. Si Herodes hubiera dicho la verdad, los magos, por cierto, no habrían faltado a la cita.

Pero en esto Herodes no había pensado. Se siente engaña-do. Pero pese a todo, quiere llevar adelante sus planes de matar al Niño a toda costa. Porque si el Niño sigue viviendo, será la perdición de Herodes, y se acabarán su gloria y poderío. Herodes no tarda en tomar medidas draconianas; llama a un capitán romano con sus soldados y manda matar a todos los niños menores de dos años que encuentren en Belén y alre-dedores...

¿Y por qué los menores de dos años...? Porque era confor-me al tiempo que Herodes había inquirido de los magos, pre-

guntándoles cuándo les había aparecido aquella estrella. Podemos estar ciertos, además, que no habrá fijado demasiado justa la edad de los niños que habían de matarse... Muy al contrario, quiere ante todo asegurarse de que no se le escape el Rey de los judíos...

Y los soldados romanos no tardan en ir a Belén para ejecutar las crueles órdenes del rey. Pronto se acercan al pueblo,... y lo que va a suceder entonces es tan horrible que casi no nos atrevemos a decirlo.

Entonces... los soldados romanos comienzan a matar a todos los niños menores de dos años, no sólo en Belén, sino también en los alrededores. La crueldad de los soldados no conoce límites: sacan a los niños de sus camitas a secas, para matarlos.

Hay que oír ahora los lastimeros lloros de las pobres madres sentadas al lado de los cadáveres de sus queridos hijos. Pero los soldados romanos son duros y no se dejan enternecer, y así prosiguen su horrible tarea hasta que, acabado tan horrible trabajo, sus espadas estén llenas de sangre. Ejecutadas tan crueles órdenes vuelven a Jerusalén para decir al sanguinario rey Herodes, que todo ha sido conforme a su mandamiento. Ya vemos al impío Herodes haciendo muecas, mientras allá en Belén y alrededores todo el mundo está de luto. Por todo aquel paraje se oyen las tristes endechas y lamentaciones de toda la población.

Acerca de tan horrible matanza el profeta Jeremías profetizó:

“Voz fue oída en Ramá,  
Grande lamentación, lloro y gemido;  
Raquel que llora a sus hijos,  
Y no quiso ser consolada, porque perecieron.”

He aquí el triste cumplimiento de dicha profecía, porque allá en los alrededores de Belén, Jacob sepultó a Raquel, su mujer, muchos siglos atrás.

“Ahora está bien” - piensa Herodes - “muerto el Rey de los judíos recién nacido, puedo estar tranquilo.”



*Herodes manda matar a los niños*

¡Pobre Herodes, que te equivocas de medio a medio! Ya que cerca de la frontera meridional de la tierra de Israel hay una pareja que, huyendo, llevan a Egipto al Rey que tú quisiste matar. Herodes, sin embargo, ignora esto.

### **Mateo 2:19-23**

A los pocos años de haber ordenado tan horrible matanza, Herodes murió de una enfermedad horrible. Algunos escritores dicen que había sido roído por los gusanos. En todo caso fue vengada la sangre inocente de todos aquellos niños. Herodes murió de muerte dolorosa, y muriendo tuvo que dar cuenta de sus hechos delante de un Dios santo y justo. Herodes sufrió la consecuencia de sus hechos todos los días de su vida, y aún en el más allá la sangre de los inocentes seguirá persiguiéndole por toda la eternidad.

Entre tanto José vive en Egipto con su familia, seguro. Y

los regalos que habían recibido de los magos los vinieron muy a propósito. Con todo el oro, incienso y mirra, consiguieron mucho dinero, no cabe duda alguna, por lo menos tanto como precisaban para vivir. Vemos, pues, como Dios tuvo cuidado de ellos. Nada les faltó durante toda su estancia en Egipto.

Muerto Herodes, el ángel del Señor vuelve a aparecer a José en sueños y le manda volver a la tierra de Canaán. Puede volver ahora sin temor alguno, ya que Herodes, por lo menos, no puede hacerle ningún daño.

Al instante José obedece, pero cuando se entera que Arquelao, hijo de Herodes, ha asumido el reinado de Judá, no se atreve a volver a vivir en Belén. El Señor también dirige a José en este respecto; por orden de Dios tiene que vivir en Nazaret, por lo cual va derecho a Nazaret, aquel pueblo menospreciado allá en Galilea, al norte del país. Según los profetas del Antiguo Testamento, el Señor Jesucristo se llamaría "nazareno," y para cumplir la profecía, José y María van a vivir a Nazaret.

El regreso de Egipto también fue predicho por el profeta Oseas:

"De Egipto llamé a mi Hijo" Oseas 11:1.

Todos los cumplimientos demuestran que aquí se concluyen todos los escritos del Antiguo Testamento: En la persona de Jesucristo se cumplen todos los mensajes que los profetas habían proferido varios siglos atrás. Dichos cumplimientos constituyeron, pues, pruebas convincentes para los judíos, para que creyesen que Jesús verdaderamente era el Cristo, es decir el Mesías prometido. Pero, por desgracia, por muy convincentes que hayan sido las pruebas, los judíos no creyeron en el Señor Jesucristo, hasta que al final Le desecharon con odio tozudo. Los mismos judíos gritaron hasta enronquecerse las gargantas: "¡Crucifícale, crucifícale!" Para nosotros, queridos amigos, las pruebas que nos son dadas llevan suficiente fuerza probatoria para creer que Jesús es en realidad el Mesías prometido. Vamos a orar, pues, pidiendo a Dios que nos conceda la gracia de tener corazones receptivos que sean tabernáculos en los que el Rey de reyes, y único Salvador nuestro, pueda vivir.

## Capítulo 7

# JESÚS, EN LA CASA DE SU PADRE

---

---

**Lucas 2:41-52**

En Nazaret vivía una familia muy sencilla, de muy humilde condición. El padre, carpintero, se llamaba José. Y María, la madre, no poseía tampoco bienes terrenales. Su hijo, Jesús, era muy joven todavía.

Sin embargo, el hecho de que los dos, José y María, fuesen de noble alcurnia por ser descendientes directos del rey David, todo el mundo lo ignoraba. Los vecinos de Nazaret no sabían que, en realidad, José y María eran príncipe y princesa. Pero lo que sobre todo ignoraban, era que el hijo de dicho matrimonio fuese el Mesías prometido de Israel, el Hijo de David.

José y María sí sabían quién era su Hijo. El arcángel Gabriel se lo había revelado antes del nacimiento. Pero ellos no se lo decían a nadie, porque estaban seguros de que nadie se lo creería. Y para no exponerse a la risa y escarnio del pueblo, valía más callar. Y silenciosos esperaron muchos años. Tres décadas transcurrieron, ya que hasta que alcanzó la edad de treinta años, el Señor Jesús era vecino de Nazaret, sin desplegar ministerio espiritual alguno.

Como todos los demás niños El también aprendía a andar

y hablar, y en Nazaret jugaba con los demás niños, no cabe duda alguna.

No podemos decir con certitud que Jesús tenía hermanos. La Biblia nos habla algunas veces de los hermanos de Jesús. Algunos teólogos dicen que la Biblia así alude a sus primos, algunos opinan que se trata de verdaderos hermanos y hermanas del Señor Jesús, o sea que María tuvo más hijos. Esto si es posible, puesto que el relato bíblico no alude a un hijo unigénito de María, sino dice que Jesús fue el hijo PRIMOGÉNITO de María.

Todos estamos de acuerdo en que Jesús pasó su niñez y juventud en Nazaret, como joven que no mostraba nada extraordinario. Y los vecinos de Nazaret solían hablar de El como si fuese hijo de José. Sin embargo, la Biblia nos dice claramente que no fue "hijo de José," sino el "Hijo de Dios," el Salvador.

A pesar de todo, había una diferencia enorme entre el Señor Jesús y los demás niños y jóvenes de Nazaret. Estos últimos habían pecado, mientras Jesús no pecó nunca. Los demás, de vez en cuando, eran desobedientes y traviosos, lo que el Señor Jesús no fue nunca. Además es inconcebible que alguna vez Jesús se haya mostrado travieso. Cuando los demás se peleaban, Jesús no se mezclaba en las peleas. Mientras todo niño y joven es castigado de vez en cuando, a Jesús nunca tenían que castigarle, por no haber merecido castigo alguno. No porque fuese un niño mimado, sino porque en realidad no cometía pecados.

En esto no se fijaban los vecinos de Nazaret. A lo mejor habrán pensado alguna vez: ¡Qué niño tan singular ese Jesús! Tenía el carácter muy suave, y no ofendía nunca a nadie. Esto sí lo habrán visto; para ellos, sin embargo, era el "hijo de José, el carpintero."

Es extraño que el Mesías prometido haya vivido tanto entre su pueblo, sin que nadie se haya dado cuenta de su presencia. ¿No fue, entonces, una gran humillación para el Señor Jesús el que todo el mundo le considerase como hijo de José? Pero por mucho que haya sido Hijo de Dios, no se defendió nunca, sino que seguía callado. Sin ofenderse aceptaba la

humillación, ya que en todo se hizo semejante a los hombres, pero sin cometer pecados.

En realidad, queridos amigos míos, el Señor Jesús tenía que ser sin pecado. De otro modo no hubiera sido el Cordero de Dios sin mancha para pagar las deudas de otras personas, colgado en el madero. Para salvar a gente que yacía en el pecado, tenía que estar exento del pecado. Según la Ley divina un sólo pecado Le hubiera constituido pecador, por lo cual el Señor Jesús también hubiera tenido que sufrir y morir por su propio pecado, sin poder salvar a otros de sus pecados. Sin embargo, durante toda su niñez y juventud Jesús obedeció a la santa Ley de Dios, sin faltar en nada. Y por su obediencia al extremo, cumplió perfecta y enteramente la Ley divina transgredida por la raza humana.

En cuanto a lo que puede haber ocurrido en el transcurso del tiempo antes de cumplir los treinta años de edad, lo ignoramos por completo, menos una sola historia, un solo acontecimiento que la Biblia relata respecto a la juventud del Señor Jesús. Y el suceso al que nos referimos es de suma importancia, porque nos revela algo acerca del crecimiento espiritual del Señor Jesús, ya que, siendo hombre, tenía que crecer hasta alcanzar toda la sabiduría de Dios.



Vamos a contar algo del viaje al Templo que los israelitas solían emprender tres veces al año, con ocasión de las grandes fiestas. Según el calendario judío la Pascua era la fiesta más importante, y para celebrar la Pascua toda la familia israelita iba al Templo, menos los niños pequeños, los cuales quedaban en casa.

Según la costumbre de aquel entonces, los jóvenes podían acompañar a sus padres por primera vez cuando habían cumplido los doce años de edad. Cuando por primera vez se les permitía viajar a Jerusalén, ardían en deseos de ir a ver lo que habían oído hablar tanto.

José y María también iban al Templo, año tras año, para celebrar la Pascua. Los primeros años, mientras el Señor Jesús era demasiado joven para viajar, se quedaba en Nazaret, muy probablemente bajo la custodia de algún pariente que, sin duda, tendría en Nazaret.

Al final Jesús alcanza la edad de doce años, a partir de la cual puede acompañar a sus padres a Jerusalén por primera vez. Así pues, la familia está cerrando las puertas de la casita, del taller, para irse de viaje. Sin embargo, no viajaban solos, sino acompañados de todos los demás vecinos de Nazaret que se propusieron ir a celebrar la Pascua. Además de ser más agradable, esta forma de viajar era menos peligrosa, y en caso de necesidad podían ayudarse mutuamente durante el viaje. Dicha comitiva no se componía de vecinos de Nazaret solamente, sino que los de otros pueblos también se juntaban a ella. Cuanto más iban acercándose a Jerusalén, más se aumentaba la compañía, pues más y más gente iba uniéndose a ella.

Y en medio de esta gran comitiva de peregrinos, el joven Jesús, que tiene doce años ahora, va andando también. Su alma se llena de santa devoción, porque está caminando hacia... la Casa de su Padre.

Al final se acercan a los muros de Jerusalén. Van subiendo la última montaña, y la inmensa comitiva no tarda en entrar en la metrópoli, donde todos van a celebrar la Pascua. Miles y miles de corderos pascuales son inmolados, y mucha sangre es vertida. El Señor Jesús también pasa por el atrio del Templo. Con su venida al Templo se cumple la profecía de Malaquías, en la cual el profeta declaró: "Vendrá súbitamente a su Templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros" Mal. 3:1.



Ahora el Señor Jesús ha venido a su Templo y va andando por los atrios de la monumental Casa del Señor, sin que nadie lo sepa, ya que todo el mundo piensa en Jesús como hijo de José. Y

los corderos pascuales son inmolados y comidos. Después de la Pascua las comitivas de peregrinos vuelven a formarse para emprender el viaje de regreso a sus pueblos respectivos.

José y María también salen de Jerusalén. Pero el Señor Jesús no les acompaña. ¿Dónde se habrá quedado? Al principio no se preocupan mucho porque hay mucha gente que va acompañándolos, por lo cual es más que probable que el joven Jesús esté en compañía de gente de su parentela o de algunos amigos. Por ello María y José no tienen reparos en salir de la capital con las demás gentes. Sin embargo, no dejan de mirar por todos lados para ver si encuentran a Jesús.

A todos los conocidos que encuentran les preguntan si han visto al joven. Pero nadie parece haberle visto en ningún sitio. Por ello siguen buscando, sin encontrarle. Al cabo de cierto tiempo, la inquietud se apodera de ellos, porque el asunto va haciéndose algo insólito. Al anochecer todavía no lo han encontrado. Tienen miedo que le haya ocurrido algún accidente. O, quizás, se habrá quedado atrás, en Jerusalén.



*Comitiva de israelitas en camino de Jerusalén para celebrar la Pascua*

A lo mejor está andando por las calles y callejones de la capital, llorando y buscando a su madre.

Al día siguiente José y María vuelven a Jerusalén, porque tienen que encontrarle en algún sitio, y sin haberle encontrado no pueden, como buenos padres, volver a Nazaret. Por ello, muy inquietos, van buscando por todos lados... y al tercer día de su salida de Jerusalén vuelven a encontrarle. ¿Está llorando? No, ni en lo más mínimo. ¿Sabéis dónde le encontraron?

En el Templo, contiguos al cual había varios salones, en uno de los cuales, unos escribas estaban sentados dando lecciones a un grupo de jóvenes oriundos, según toda probabilidad, de la capital misma. Y entre dichos alumnos... Jesús está escuchando y haciendo preguntas a dichos escribas sobre varios asuntos. Los escribas también hacen preguntas a Jesús, y El les contesta tan sabiamente, que los doctos escribas quedan atónitos. Se maravillan de sus preguntas y contestaciones. Entonces, de repente, José y María entran en el salón. Le están buscando con mucha ansiedad y por ello, María, al verle sentado allí tan quieto, se enfada diciendo: "Hijo mío, ¿porqué nos has hecho así? He aquí tu padre y yo te hemos buscado con angustia." Es como si quisiese decir: "¿Qué estás haciendo aquí? ¿No comprendes que hemos estado inquietos?" En realidad María no está acostumbrada a tal actitud por parte de Jesús.

Jesús, sin embargo, la mira quieto y sin excitarse contesta:

"¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?"

No es una respuesta impertinente. ¡Muy al contrario! Porque Jesús quería más bien decirle a su madre: "¡Mamá, mi Padre es Dios! No he venido al mundo para hacer tu voluntad, sino la de mi Padre. He venido a adquirir salvación para mi pueblo. ¿No lo sabías...? Tú sabes, mamá, para qué Me hice hombre..."

María tenía que aprender que no podía dirigir a Jesús según su propio parecer. María tenía que aprender a resignarse al hecho de que Jesús había venido a pagar por los pecados de su propia madre también.

A pesar de todo, se levanta enseguida, y como hijo sumiso y obediente, vuelve a Nazaret con José y María. Como hijo queda, pues, sumiso a sus padres.

¿Y nosotros? Nosotros a veces entristecemos a nuestros padres, algunos menos, algunos más. ¿Por qué? Porque tenemos el corazón duro y pecaminoso.

El Señor Jesús, pese a su dignidad de Hijo de Dios, no quería ofender a sus padres y los acompaña. En verdad Jesús no tenía el corazón duro y malo, sino puro y exento de pecado.



Después de este suceso Jesús sigue en Nazaret por dieciocho años más. Nada sabemos acerca de sus actividades durante todos estos años. Seguramente habrá ayudado a su padre en el taller; quizás ha sido carpintero también. La Biblia no dice nada al respecto; es una mera conjetura nuestra.

De esta conjetura, sin embargo, sacamos una lección muy importante, porque en la actualidad hay jóvenes que se avergüenzan del trabajo manual. No quieren trabajar con sus manos, quieren ser intelectuales. ¿Ser carpintero, albañil, pintor...? Oh, no, es trabajo demasiado humilde. Pero tal como conocemos al Señor Jesús por las Escrituras, es concebible que haya sido lo bastante humilde para hacerse carpintero, en vez de presentarse al pueblo como doctor, escriba, intelectual o lo que sea.

El trabajo manual no es una vergüenza. ¡Ni mucho menos! No cabe duda que el Señor Jesús, pese a su dignidad real y divina, trabajó con sus manos. Todo el mundo está de acuerdo en que el buen carpintero vale más que, por ejemplo, el médico o pastor que no lo sea por vocación. Y delante de Dios el más docto y sabio no vale más que cualquier albañil o carpintero, con tal de que sea salvo por gracia y que haga su trabajo por amor de Dios.

Queridos amigos míos, no nos avergoncemos, pues, del trabajo manual, ni queramos enorgullecernos por pertenecer a la clase superior de los que hayan cursado alguna carrera, por muy importante que sea en nuestra sociedad humana, sino aprendamos del Señor Jesús que siendo el Rey de reyes y Salvador del mundo fue manso y humilde de corazón, humillándose a hacer cualquier trabajo, hasta el más humilde.

## Capítulo 8

# LA PREDICACIÓN DE JUAN EL BAUTISTA

---

---

**Mateo 3:1-6**

**Marcos 1:1-8**

**Lucas 3:1-18**

Cuando un rey, una reina o un presidente va de viaje, un coche de lujo se para delante del Palacio y sube el dignitario. La portezuela se cierra y el coche arranca. Muy a menudo, el coche va acompañado por una escolta de policías motorizada que le acompañan delante y detrás del coche. Es una medida de seguridad, a la par de ser una señal de respeto. ¿Para preparar las carreteras...? No, no es ésta la tarea de la policía, ya que en todo el país hay autopistas y carreteras bien arregladas.

En la tierra de Canaán y en todo el Oriente, en aquel entonces, no había carreteras tan magníficas. No había adoquinados, firmes de asfalto ni de hormigón. Los firmes empedrados son de invención más reciente.

En épocas de mucha lluvia, las carreteras estaban llenas de baches bastante profundos, porque el fondo se lo habían llevado las aguas. En las serranías, dichas carreteras estaban llenas de grandes piedras que venían rodando desde las montañas. Y en las comarcas donde las carreteras serpenteaban por los bos-

ques y selvas, el paso quedaba cortado con harta frecuencia por árboles que habían caído rotos por la violencia de las tempestades.

No cabe duda, pues, que en aquel entonces los viajes resultaban bastante peligrosos. No había automóviles, de modo que los reyes y príncipes tenían que contentarse con carruajes. Por ello los miembros de las familias reales se valían de un mensajero que corría delante del carruaje real. Y cuando, en algún sitio, había baches, el mismo mensajero los tapaba para que el carruaje real no fuese a caer en alguno de ellos. Las piedras que bloqueaban la carretera eran quitadas por el hombre que corría delante, para que el carruaje no chocase contra ellas y para evitar todo accidente. Si el paso estaba bloqueado por un árbol caído, el mensajero lo quitaba. Si un hombre no lograba arreglarlo solo, cualquier transeúnte, o la gente de las cercanías, estaban obligados a prestar ayuda. La tarea del mensajero consistía, pues, en preparar y enderezar la carretera que el rey eligiera para viajar.

Por añadidura, el mensajero estaba encargado de anunciar la venida del rey, a fin de que los súbditos rindiesen homenaje al monarca aclamándole cuando pasara en su carruaje.

El mensajero, pues, no se anunciaba a sí mismo, sino al que venía tras él. Los habitantes del país no tenían que mirar al mensajero, sino esperar a lo largo de la carretera hasta que viniese el rey. La gente tenía que perder de vista a la humilde persona del mensajero para tener las miradas fijas en el rey que había de llegar. La persona del mensajero era, pues, de poca importancia; mucho más importante era la apariencia de Su Majestad.

En los países orientales, dicho mensajero se llamaba **PRE-CURSOR**.

El Señor Jesús, Rey de reyes, sin embargo, nació en un establo de Belén. En toda la tierra de Canaán casi nadie lo sabía. Los judíos, en realidad, esperaban la venida del Mesías, pero, según ellos, había de venir a fundar un reino **TERRENAL**, con la finalidad de echar fuera a los romanos, ocupantes tan odiados en

aquel entonces. El Mesías, según los judíos, se constituiría Rey de Israel, para restablecer el antiguo reinado de David, en el que los judíos vivían tranquilos y prósperos. Así pensaban acerca del Mesías venidero, por lo menos, los fariseos y escribas se lo habían enseñado así. Por suerte, todos se equivocaron, porque el Señor Jesús no vino a establecer un reino terrenal, sino CELESTIAL. El Señor Jesús no vino a luchar contra los romanos, sino contra Satanás y todas las potestades diabólicas que nos circundan. El Rey de reyes no vino a herir al emperador romano, sino a herir en la cabeza a la antigua serpiente, que es el Diablo y Satanás. El Mesías vendría para salvar a los pecadores, constituyéndose Señor y Salvador de su pueblo elegido.

Así llegamos a comprender por qué los judíos no esperaban un Rey de esta clase. Un Salvador, no; un libertador político, sí. Estaban esperando con ansia la venida de un rey terrenal. Dios, sin embargo, en su bondad envió un mensajero, un Precursor, para que proclamase la venida del Rey.

Desde luego, el precursor no tenía por tarea la de preparar las carreteras para hacerlas transitables, sino la de enderezar un camino en los corazones del pueblo israelita. Asimismo, su tarea consistía en anunciar a los judíos que a los ojos de Dios eran grandes pecadores caídos bajo la maldición de Dios y que por eso merecían ser echados en las tinieblas de afuera, en el lugar de perdición eterna. El precursor tuvo que indicarles la gran deuda que tenían contraída delante de Dios. Tuvo que anunciarles que por sus pecados habían enojado al santo Dios y que, pecando, seguían provocando la ira de Dios. El pueblo de Israel tuvo que sentir su estado de perdición, convencerse de que estaban perdidos en delitos y pecados, por los cuales serían castigados por un Dios santo y justo, al cual habían ofendido y afrentado.

Amén de todo esto, el precursor tuvo que anunciar la venida del Rey, el cual tenía el poder de salvar al pueblo de sus pecados y de eximirlo del castigo eterno, y pregonarles que la única posibilidad de escapar a la ira venidera consistía en creer en el Hijo de Dios, Salvador de los perdidos.

¡Qué gran tarea la del precursor del Señor Jesús! En primer lugar, tuvo que indicarles la aplastante deuda que tenían contraída y, en segundo lugar, tuvo que anunciar la venida del Rey que tenía el poder de salvar a los pecadores de la perdición eterna. Los judíos tenían que convencerse de la necesidad de un Salvador.

El pensamiento tan profundamente arraigado en la mente de los judíos de que el Mesías vendría a establecer un reino terrenal, tenía que ser quitado de raíz. En verdad era necesario anunciar a los judíos que no habían de ser librados del yugo de los romanos, sino del de un enemigo mil veces más peligroso: Del Diablo y de la esclavitud del pecado.

Por ello Dios les envió un precursor que anunciase la venida del Salvador.

Resulta, pues, que la senda tenía que ser enderezada en los corazones, ya que el corazón que no está preparado en debida forma no recibirá nunca el mensaje de la salvación obrada por nuestro Señor Jesucristo.



Vayamos al Jordán en nuestros pensamientos.

Nos encontramos ahora muy cerca del lugar donde, muchos siglos atrás, los israelitas pisaron tierra de Canaán acaudillados por Josué. Aunque ha transcurrido mucho tiempo desde aquella entrada gloriosa, sigue erguido, en Gilgal, el monumento compuesto de doce piedras.

Al llegar a orillas del Jordán, nos damos cuenta de que no estamos solos. Hay mucha gente congregada alrededor de un hombre. Prevalece un silencio casi sepulcral. Todos escuchan con tensa atención el mensaje que está predicando. Escuchad ahora el llamamiento pronunciado en alta y clara voz:

“¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!” En este mensaje notamos desde el principio que el predicador no se refiere al reino terrenal que el pueblo había esperado, sino al reino de los cielos.

Pronunciadas estas palabras, intercala una pausa para dar a los muchos oyentes un momento para pensar en el mensaje que acaba de dar. Pero sin perder mucho tiempo sigue hablando: "¡Viene! ¡Viene tras mí!"

Pero ¿quién ha de venir...? Pues bien, el Rey y Salvador. El predicador es el precursor del Señor Jesús, llamado por Dios para que prepare el camino del Mesías. ¡Qué aspecto más singular tiene! El traje que viste es extremadamente humilde; no tiene más que un abrigo hecho de pelo de camello y un cinto de cuero alrededor de sus lomos. Varios siglos antes, el profeta Elías iba vestido de la misma manera; y por ciertos conceptos, el predicador se parecía a Elías.

Pero, ¿quién era ese precursor? Es muy fácil adivinar ahora. El que conoce la Biblia, por poco que sea, inmediatamente comprenderá que se trata aquí de Juan, hijo de Zacarías y Elisabet. Treinta años han transcurrido desde que, en la casita de Zacarías, nació un niño al que pusieron por nombre "Juan." Este niño, ahora, es un hombre alto y fuerte de treinta años. En cuanto a la juventud de Juan lo ignoramos todo.

Es muy probable que, muertos sus padres, se haya retirado de su pueblo para ir a vivir en el desierto, en búsqueda de la soledad lejos del hervidero de la gente. Había allí una comarca solitaria, estéril y desierta.

Lo que ha hecho en el desierto, no lo sabemos, pero podemos estar más que seguros que habrá dedicado mucho tiempo a la oración. Tampoco sabemos cuánto tiempo ha pasado allá en el desierto; quizá habrá estado allí por largos años. La única cosa que la Palabra de Dios nos revela, es que Juan comía langostas y miel silvestre.

Los habitantes de la tierra de Canaán tenían la costumbre de comer langostas, las cuales aliñaban para asarlas.

Asimismo, en los países orientales abundan los enjambres de abejas silvestres, que viven en los árboles huecos o en las hendiduras de las peñas. Del Antiguo Testamento nos acordamos de que Sansón encontró miel en el cuerpo de un león. Allá en el desierto también había abejas silvestres, y parte de su

miel constituía el alimento de Juan. No comía otra cosa. De este modo, nos damos cuenta de que las comidas de Juan deben de haber sido extremadamente frugales.

Alcanzados los treinta años de edad, Dios le mandó predicar; Juan, también, pues, estaba esperando el llamamiento del Señor.

De repente, llegó a orillas del Jordán y se puso a predicar, haciendo hincapié en la necesidad de que cada uno confesase sus pecados y se convirtiese a Dios. Juan, por añadidura, bautizaba en el río, lo cual le valió el sobrenombre de "Bautista."

Como un reguero de pólvora que se prende, la noticia del nuevo profeta iba difundiéndose por toda la nación. Los judíos, al enterarse del hecho, quedaron atónitos. ¿Un nuevo profeta...? El último profeta fue Malaquías, pero hacía más de cuatro siglos que murió. No era, pues, nada extraño el que muchos judíos fueran al Jordán para escucharle. Tenían mucha curiosidad por saber lo que el singular profeta les anunciaría.



De todas las regiones del país acudían al insólito lugar de predicación, allá a orillas del Jordán.

Esto también, nos explica el que todo un gentío se haya congregado alrededor de Juan. Y ¿cuál es el mensaje? Ya lo hemos dicho: “¡Arrepentíos...!” Tienen que arrepentirse, convertirse a Dios y desprenderse de la vida de pecados. Además escuchan el anuncio de la inminente venida del Mesías y Rey.

¿Cuál es la reacción de los judíos? ¿Hacen caso del mensaje tan serio de Juan...? ¡Qué va! Muchos no le hacen caso. Escuchan, sí, pero los corazones siguen impenitentes. Pero también hay quienes inclinan la cabeza y se ponen a meditar sobre el significado del mensaje que Juan les trae en el nombre del Señor. Y el Señor santifica la predicación en sus corazones.

Cuando Juan hace constar que todos son pecadores y ofensores de Dios por causa de sus pecados, son movidos a inclinar la cabeza, reconociéndose pecadores delante de Dios. Ellos no se burlan de Juan, muy al contrario, porque en su fuero interno sienten y reconocen que es verdad lo que Juan les dice.



*La predicación de Juan el Bautista*

Luego se adelantan y confiesan sus pecados, reconociendo que merecen el castigo eterno de Dios. Reconocen no merecer más que el infierno. Quedan afligidos por causa del pecado. Arrepentidos, bajan al agua para ser bautizados por Juan. Juntamente con Juan bajan al río, y a continuación Juan los sumerge un breve momento. La inmersión, al igual que la aspersion que reciben en la frente los bebés en muchas iglesias es señal de la purificación de nuestros cuerpos por el agua, mientras nuestras almas y conciencias tienen que ser limpiadas y purificadas por la sangre derramada del Señor Jesucristo.

Y cuando, aplastados bajo el peso de sus pecados, reconocieron haber merecido la muerte eterna, y que en realidad incurrían en tan severa condena delante de Dios, Juan les indicó al Salvador que no tardaría en venir. Los corazones de dichos oyentes fueron abiertos para recibir al Salvador: Precisaban al Señor Jesús.

He aquí, pues, la manera en que Juan iba preparando el camino del Señor Jesús en los corazones de los pecadores convencidos de pecado, los cuales, penitentes, anhelaban ver al gran Rey, el cual, además de ser poderosísimo, podía salvarles de la perdición eterna.

Día tras día resonaba la voz del predicador muy seria: "¡Arrepentíos, arrepentíos!" Juan no se cansaba de repetir cada vez esta misma advertencia.

Gente de todas las clases sociales se acerca a Juan: Ricos y pobres, jóvenes y viejos. Ciudadanos de Jerusalén, muy distinguidos, como también publicanos. Soldados y pobres pescadores del norte del país.

Para toda esta gente, Juan no tiene más que un sólo mensaje: ¡Arrepentíos!" y "Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar, encorvado, la correa de su calzado." No, Juan no predica para vanagloriarse, sino que en todo su mensaje se refiere al Rey, cuyo honor busca. A Juan tienen que pasarle por alto y tienen que esperar al Señor Jesús hasta que venga.

En realidad, como el precursor que iba corriendo delante del carruaje de un rey terrenal, Juan iba corriendo delante del Rey celestial preparando el camino delante de El.

---

### **Mateo 3:7-12**

De repente, respetuosa, se divide la muchedumbre que rodea a Juan, para dejar el paso libre a los que se acercan...

Viene un grupo de fariseos y saduceos muy distinguidos que quieren hacer unas preguntas a Juan. La misma clase de dignatarios a los que se refiere el segundo capítulo de esta Historia Bíblica.

Los muchos oyentes hacen una profunda inclinación de cabeza, ya que todo el pueblo reverencia a estos distinguidos hombres piadosos, representantes de la religión oficial.

Juan, sin embargo, no les hace ninguna reverencia.

Cuando se acercan a él, los mira con sus facciones extremadamente serias. Para los jefes religiosos, también, tiene un mensaje, pero muy claro e inequívoco:

“¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?”

¡Qué sentencia más aplastante! Y casi nos preguntaríamos si Juan, según las reglas de la más elemental urbanidad y educación, tiene el derecho de tratar de este modo a los líderes religiosos de su nación. ¿Verdad? Porque en vez de tratarlos a cuerpo de rey, en vez de inclinar su cabeza por respeto a ellos, Juan los llama: “¡Raza de víboras!”

Pero Juan sabe algo más que nosotros. Por advertencia divina Juan sabe de antemano que los fariseos y saduceos han venido a verle y a escucharle, no por respeto a su predicación, sino que el corazón de dichos hombres era malo en gran manera. Ellos, en realidad, se creían santos, tan piadosos, que no necesitaban para nada al Salvador. Por sus propios méritos, creían ganar el Cielo. No sólo a sí mismos, sino a toda la nación

habían engañado con su presunción y doctrina. Ellos, los dignatarios religiosos, tenían la culpa de que la nación judía estuviera esperando un rey terrenal en vez de celestial, porque así habían enseñado al pueblo. Toda su predicación sobre el presunto rey terrenal era, pues, mentira y engaño. El profeta Isaías y los demás profetas del Antiguo Testamento habían profetizado otra cosa.

Por ello Juan los trata con tanta dureza. Su alma se indigna con tanta falsedad e hipocresía. Es como si dijera: "Vosotros pensáis que no necesitáis al Señor Jesús, pero os equivocáis de medio a medio. Vosotros os perderéis y la ira de Dios os alcanzará."

También dice a los ilustrísimos fariseos y saduceos que tienen que convertirse, ellos también tienen que ser redargüidos de pecado y de castigo.

Los distinguidos judíos se enfadan. No creen lo que Juan les está predicando. ¿Creer? - ¡Qué va! Muy airados se niegan a escuchar a Juan.

Pero en este mismo momento Juan les amonesta a escucharle, después de la solemne advertencia que acaba de hacerles. Juan prosigue su discurso diciendo que, cuando en un huerto hay un árbol que no lleva fruto, el hortelano al final lo cortará y quemará, ya que un árbol que va creciendo sin producir nada, ocupa un lugar donde otro árbol podría estar, más fructífero que el primero. Entonces el hortelano pone el hacha a la raíz del mismo árbol. Es un ejemplo, una parábola, con la cual Juan quiere decir: "De la misma manera Dios va a cortaros a vosotros si no queréis escuchar, y la muerte no tardará en venir a vosotros; por muy fariseos y saduceos que seáis, también os alcanzará a vosotros. Para vosotros ya no habrá escape. Cuando venga el Rey prometido, escuchadle pidiéndole que os salve de la perdición."

¡Qué predicación más fuerte! - ¿Verdad? - Pero Juan era predicador fiel que no hacía acepción de personas. Para él no había ricos ni pobres; todos eran iguales.

¡Ojalá fuera así en las iglesias de hoy! Los predicadores

que se atreven a decirlo todo según el Espíritu de Dios les dicta no son populares, ya lo sabemos.

A nosotros todos, jóvenes y viejos, la Palabra de Dios nos dirige esta misma advertencia: En cada culto resuena el mismo mensaje solemne de la necesidad del arrepentimiento de cada cual. No queremos arrepentirnos, ni siquiera podemos: Todo nuestro ser, orgulloso, por supuesto, se opone al arrepentimiento. Sin embargo Dios lo exige por nuestra parte, queramos o no, lo que en nuestros corazones da lugar a mucha aflicción. Somos pecadores, sí, pero siempre tenemos alguna excusa, con la cual, a lo mejor, lograremos engañarnos a nosotros mismos, o a nuestro prójimo, pero Dios no se dejará engañar por nosotros.

Lo que nos hace falta a nosotros, es que nuestros corazones estén preparados - cual caminos ásperos y escabrosos - para que el Señor Jesús pueda entrar. Ahora ya no se predica la venida del Rey a su nación, a este mundo, sino que la predicación actual dice que el Rey ha venido. El mensaje de salvación viene a nosotros ahora, y no más tarde. Asimismo, la salvación ya no es para el futuro, sino para el tiempo presente.

Pero ¿de qué nos sirve si este mensaje no entra en nuestro corazón? - ¡No sirve para nada! Entonces será la perdición eterna a pesar del Cristo predicado. No basta que sea el Salvador, sino que tiene que ser NUESTRO Salvador personal. Aquí, pues, distinguimos la fe personal de la religión universal.

Pidamos, pues, a Dios que prepare un sitio en nuestro corazón, para transformarlo en morada suya en la que pueda habitar por Su Espíritu.

¿Y si no queremos escuchar? Entonces también para nosotros el hacha ya está puesta a la raíz del árbol de nuestra vida. Llegará la muerte cuando menos lo esperamos, y entonces será demasiado tarde para arrepentirnos.

¡Cuál advertencia muy solemne para nosotros, la predicación de Juan el Bautista!

## Capítulo 9

# EL SEÑOR JESÚS, BAUTIZADO POR JUAN

---

---

## EL BAUTISTA

---

---

**Mateo 3:13-17**

**Marcos 1:9-11**

**Lucas 3:21 y 22**

Como de costumbre Juan el Bautista vuelve al Jordán para predicar. Hace seis meses ya que se dirigió al público por primera vez, y durante seis meses ha ido preparando el camino como precursor del Rey de reyes. Mucha gente ha venido a escucharle, y cada día viene mucha más. Pero para toda esa gente no tiene más que un solo mensaje, el de: "¡Arrepentíos!"

He aquí, otro hombre se acerca. Para éste, sin embargo, no tiene el mensaje del arrepentimiento. ¿Y por qué no?

El forastero se acerca a Juan para pedirle algo. La petición es negada por Juan el Bautista; no puede acceder al ruego del forastero.

Pero... ¿quién es ése forastero? - Es del norte del país, del menospreciado pueblo de Nazaret. Es el... Señor Jesús, por los vecinos de su pueblo llamado hijo de José. Sin embargo, la

Palabra de Dios nos enseña que no es hijo de José, sino Hijo unigénito de Dios.

Alcanzados los treinta años de edad, el Señor Jesús sale de su pueblo rumbo al Jordán, donde quiere ser bautizado por Juan el Bautista.

Pero el bautismo Le es negado cortésmente; Juan no quiere bautizarle. El alma del precursor se llena de un santo acatamiento cuando se encuentra en presencia del Rey celestial.

“¿Bautizar al Señor Jesús?” - “¡Nó, nunca!” Para comprender la situación hay que leer la contestación que Juan da al Señor Jesús: “Yo necesito ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?”

Es como si Juan dijera: “¡A mí no me corresponde bautizarte a Ti, sino que Tú tienes que bautizarme a mí!”

De manera convincente, en tono muy suave, el Señor Jesús dice: “Deja ahora,” lo que quiere decir: “No sigas negando y haz lo que te pido.”

Ahora Juan ya no se atreve a oponerse más, y juntos los dos bajan a las aguas del Jordán, donde Juan bautiza al Señor Jesús.

Decidme ahora: ¿Por qué hubo de ser bautizado el Señor Jesús?

Toda la demás gente confiesa sus pecados antes de bautizarse; se reconocen pecadores antes de que se les conceda el bautismo en señal de que necesitan la limpieza de sus pecados.

Pero el Señor no tenía pecados. En realidad, Jesús no precisaba bautizarse. Pero ¿por qué, pues, se bautizó?

Bautizándose el Señor Jesús quería decir que se había cargado con todos los pecados de su pueblo. En vez de sus elegidos, iba a sufrir el castigo del pecado; iba a constituirse en propiciación por el pueblo de Dios sufriendo toda la ira de Dios por causa del pecado, de lo cual hemos hablado ya en el capítulo 5.

Pese a que el Señor Jesús no fuese pecador, y pese a que fuera Hombre divino, santo y justo, fue contado entre los pecadores y malhechores. ¡Qué humillación más grande para el Hijo de Dios! Pero la sufrió por amor de su pueblo elegido. Sufriendo dicha humillación, el Señor Jesús se bautizó.

— — — — —

Con ocasión del bautismo del Señor Jesús sucedieron más cosas. Debe haber sido un acontecimiento singular allá, a orillas del Jordán, en las aguas del cual Jesús fue sumergido por Juan. Después del bautismo Jesús sale enseguida del agua.

A su regreso a la orilla del río, los cielos se abren y baja una paloma. No es una paloma normal, en realidad, sino el Espíritu Santo, que, cual paloma, viene sobre Jesús y permanece sobre Él.

Y ahora ¡escuchad! Resuena una voz del cielo abierto, que dice: "ESTE ES MI HIJO AMADO, EN QUIEN TENGO COMPLACENCIA." ¿Quién dice ésto?

Es una declaración de Dios Padre, para acreditar a su Hijo. Dios vuelve a hablar aquí desde el cielo como hace siglos había hablado, en el monte Sinaí, cuando proclamó la santa Ley de los Diez mandamientos delante del pueblo de Israel. Juan ha escuchado maravillado; su alma se llena de una santa devoción y reverencia. Es muy probable, además, que los demás judíos, testigos de tan singular espectáculo, lo hayan oído también.

"¡Escucha, Israel! Jehová, vuestro Dios es un Dios santo y maravilloso." No sólo Juan dice que Jesús es Hijo de Dios, sino Dios mismo lo atestigua. Los judíos habían creído que Jesús era hijo de José, del humilde carpintero de Nazaret, pero aquí Dios mismo dice que Jesús es su Hijo amado. Aquí el Señor Jesús es honrado por su Padre. Aquí vislumbramos algo de la naturaleza divina del Señor Jesús.

Pero, por desgracia los judíos, no hicieron caso de aquella voz, y toda la nación israelita rechazó al Salvador.

También a nosotros esta historia quiere decirnos algo: Nos sirve de advertencia para que no desechemos al Señor Jesús. ¡Ojalá sea nuestro Señor y Salvador también, y no sólo para los creyentes de aquel pasado remoto!

## Capítulo 10

# == TENTADO POR EL DIABLO ==

**Mateo 4:1-11**

**Marcos 1:12 y 13**

**Lucas 4:1-13**

Mientras Adán se paseaba sin pecado en aquel maravilloso Paraíso, Dios hizo un Pacto con él. Dicho Pacto se llamaba PACTO DE OBRAS, encabezado por Adán. Si hubiera obedecido a Dios y a sus mandamientos, él mismo habría ganado la vida eterna por dicha obediencia.

Adán, por desgracia, desobedeció. Faltó comiendo del árbol del conocimiento del bien y del mal. Por esta desobediencia fue quebrantado el Pacto de Obras.

Dios, sin embargo, reveló el PACTO DE GRACIA en el mismo paraíso. La cabeza de dicho pacto es Cristo. En este mismo Pacto, Dios prometió que, más tarde, vendría el Salvador.

Adán ya no podía merecer la salvación, y desde Adán ningún ser humano puede alcanzar la salvación por sus propias obras.

El pueblo de Dios va al cielo, no por causa de sus obras, sino mediante la Gracia. Para adquirir la salvación, hará falta otro Hombre, y ese Otro será el Señor Jesús, el cual obedecerá hasta el fin. Él, asimismo, llevará el castigo en vez de su Pueblo de redimidos.

Ahora el Señor Jesús ha venido, y, según nos enseña la Biblia, el Diablo ha tratado, con harta frecuencia, de impedirle realizar su obra, pero todos sus intentos fracasaron. Hemos visto que, nacido el Señor Jesús, Satanás trató de matarle por medio de la matanza de niños en Belén.

Pero Dios le ganó esta vez a Satanás, puesto que, antes que empezase la matanza en Belén, el Niño Jesús estaba fuera del alcance del asesino, rumbo a Egipto. Otra vez los intentos de Satanás fracasaron.

Ahora el Señor Jesús es un hombre de treinta años de edad. El Diablo ya no puede impedir la venida del Señor, porque ya ha tenido lugar.

Es probable que los más jóvenes encuentren algo difícil esta historia, pero no podemos pasarla por alto. Muchas veces hemos hablado acerca del plan de salvación de Dios; ahora, también tenemos que considerar las asechanzas del Diablo para contrarrestar la obra del Dios.

En verdad, el Diablo logró seducir a Adán, cabeza del Pacto de Obras. Y si ahora también pudiese seducir al Señor Jesús, cabeza del Pacto de Gracia, el Diablo habría alcanzado la victoria final. Si el Diablo hubiera vencido, ningún ser humano podría salvarse. Y si el Señor Jesús hubiera cometido un solo pecado, no habría podido pagar por nosotros, y toda su pasión y muerte, habría tenido que sufrirlas por causa de su propio pecado, y nunca habría podido constituirse en propiciación por nuestros pecados. Estaríamos todos perdidos sin Salvador. Por eso el Diablo va a tentar al Señor Jesús. A los mejor, tendrá éxito, ¿quién sabe? En todo caso, se esforzará mucho por hacerlo. La única cosa que espera es que al final, el Señor Jesús desobedecerá a Dios... de modo que él salga vencedor y Dios fracasado. ¡A ver si Dios va a perder esta batalla decisiva...!

---

Un hombre solitario va caminando por un desierto lleno de barrancos profundos y escarpados, en el cual ningún ser humano puede vivir. Lo únicos seres que se encuentran son las fieras que se mueven con mucha cautela en búsqueda de alguna presa. Pero ¿quién es este peregrino en esa comarca estéril e inhospitalaria?... ¿Qué está haciendo allí? Es el Señor Jesús.

En el capítulo precedente hemos leído acerca del bautismo de Jesús por Juan el Bautista. Después del bautismo, el Señor Jesús no tarda en apartarse para retirarse a un lugar solitario al margen de la sociedad humana. ¿Y por qué? La Biblia lo dice claramente:

“Para ser tentado por el Diablo...”

Allí, el Hijo de Dios va andando por el desierto, circundado por las fieras. Días enteros, semanas enteras, está allí, solo. ¿Solo? No; el Diablo también está allí esforzándose por seducir al Señor Jesús.

¿No tiene ganas de comer? No; el Señor Jesús no come nada, ya que en el desierto, no hay nada que comer. Por cuarenta días con sus noches, el Señor permanece allí, sin comer nada en absoluto.

Igual que Moisés, que también pasó cuarenta días y cuarenta noches en el monte Sinaí sin comer ni beber, y que el profeta Elías, cuando, huyendo de Jezabel, fue al Monte Horeb, también pasó allí cuarenta días y cuarenta noches.

El Señor Jesús pasa cuarenta días y noches en aquel horrible desierto, sin provisiones de boca. Al cabo de dicho tiempo tiene hambre, como es lógico, porque tiene cuerpo humano igual que nosotros, que no puede prescindir de la comida.

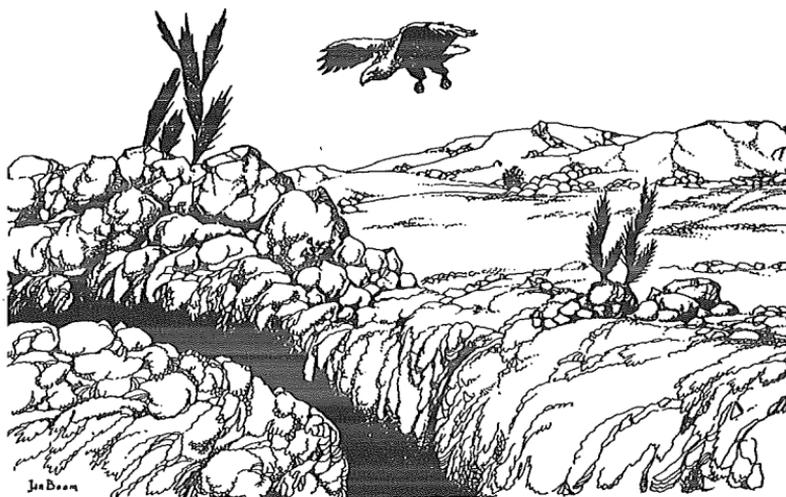
Así, pues, el Diablo quiere aprovecharse de este estado de flaqueza física, cuando Jesús tiene hambre y sed, para hacerle pecar.

Todo el desierto está cubierto de piedras grandes y pequeñas, y de repente el Diablo dice al Señor Jesús: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan”. Formulando así la propuesta, el diablo quiere decir: “¿Por qué estás aquí

hambriento y sediento? Si en realidad eres el Hijo de Dios, haz ver lo que puedes... ¡Muéstralo ahora cambiando estas piedras en sabrosos panes nutritivos, y cómete cuantos puedas!”

¿No tenía por lo menos un poco de razón el Diablo? ¿Qué os parece? Porque el Señor Jesús, siendo Él mismo, Dios omnipotente, verdaderamente no tenía por qué sufrir hambre. Pero Jesús no lo hace. ¿Es acaso por que no puede? No se trata aquí de poder o no poder, porque Jesús no es hombre únicamente, sino también Dios. Por ello tiene el poder de hacer todas las cosas. Más tarde, en los tomos sucesivos de esta Historia Bíblica, hablaremos de los milagros obrados por el Señor Jesucristo. Entonces nos daremos cuenta del poder que Jesús tiene para hacer. Literalmente, todas las cosas.

Aquí, sin embargo, Jesús se niega a hacer un milagro para su propio beneficio.



*El desierto donde el Señor Jesús fue tentado*

Aquí se niega a hacerlo porque el Diablo se lo pide. No hace nada por orden del Diablo. Ni tampoco quiere darle una

prueba de su poder divino. Conviene aquí leer, en la Biblia misma, la contestación que el Señor Jesús le da:

“Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Es como si el Señor dijera: “No, Diablo, no proveeré a mi propio sustento. Mi Padre, que está en los cielos, me atenderá a Mí. Si Dios no bendice los alimentos, no sacaré ningún provecho de ellos”.

De esto sacamos una lección importantísima. El Señor tiene que bendecir lo que comemos y bebemos. Por ello, nosotros también pedimos la bendición del Señor antes de comer. Mucha gente no pide esta bendición, porque piensa no precisar de la bendición del Señor. Otros no la piden por vergüenza. El Señor Jesús sabe que el pan no alimenta si no lleva la bendición de su Padre. El Padre sabe lo que el Hijo necesita; sabe que está hambriento. Si Jesús, pues, se proveyera El mismo de pan, sería como si desconfiara de su Padre. Esto, en realidad, sería pecado.

Y éste, precisamente, era el propósito del Diablo.

En esto vemos cuán peligrosas son las tentaciones de Satanás. El Señor Jesús sí sabía distinguir lo bueno de lo malo, lo que nosotros, muy a menudo, no sabemos. Por ello nos conviene pedir al Señor que nos dé sabiduría.

Fracasó, pues, el intento del Diablo de hacer pecar al Señor Jesús. Pero el Diablo no sería el Diablo si no tratara de lograr su fin de otra manera. ¡A ver si la próxima vez tiene más éxito!



He aquí los dos antagonistas en la azotea del Templo: El Señor Jesús, al lado del Diablo. “Sobre el pináculo del Templo”, como dice la Biblia, lo que quiere decir: Delante del antepecho que se encuentra alrededor de la azotea llana, en el lugar más alto del edificio.

Lo curioso de la historia es que, poco antes, Jesús ha estado en el desierto y que ahora está sobre el pináculo del Templo,

en Jerusalén. Pero ¿cómo puede Jesús estar en Jerusalén de repente?... La Biblia nos dice que el Diablo Le había llevado a la Santa Ciudad. Y Jesús, por lo visto, ha acompañado al Diablo.

Allí, pues, están mirando hacia el precipicio. El Templo estaba construido en la cúspide del monte, es decir, en un lugar alto. Además, los muros de la Casa del Señor eran altos también, por lo cual estaban mirando hacia un doble precipicio, tan profundo como para darnos vértigo.

De repente, el Diablo dice: "Si eres Hijo de Dios, échate abajo". En un lenguaje más moderno, diríamos: "Da un salto mortal..."

El Diablo vuelve a decir: "Si eres Hijo de Dios". Es como si el Diablo dijera: "Tú que te dices Hijo de Dios, ¡muéstralo!". El Diablo quiere que Jesús le haga ver que es Hijo de Dios... Sin embargo, el Príncipe de las tinieblas dice algo más. Se acuerda que la primera vez Jesús había citado un texto bíblico; por ello, ahora, el Diablo se vale de un texto bíblico también; porque el Diablo es muy buen conocedor de la Biblia, mejor que nosotros.

A ver lo que dice: "Porque escrito está: A sus ángeles mandará cerca de Ti, y en sus manos Te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra".

Citando este versículo del Salmo 91, el Diablo quiere decir: "No tengas miedo de matarte, porque Dios, Padre tuyo, mandará a sus ángeles que Te intercepten durante la caída y Te pongan en tierra sano y salvo".

¿Lo hará el Señor Jesús?... ¿Va a mostrarle al diablo que en realidad es Hijo de Dios?... Es lo que haríamos nosotros, ¿verdad? Porque al viejo hombre carnal le gusta la vanagloria. El honor y la adulación nos atraen, porque tenemos el corazón malo y orgulloso. Por un lance de honor lo arriesgamos todo, hasta nuestra vida.

El Señor Jesús, muy distinto de nosotros, no lo hace. Más aún: se niega a hacerlo terminantemente. ¿Y por qué? ¿Qué Le podría suceder? ¡No es pecado...! Así, por lo menos, es nuestro razonamiento humano, pero Dios no lo quiere, y por ello es pecado.

Asimismo, el Señor Jesús da a Satanás la contestación que le conviene: "Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios". Tentar a Dios quiere decir: exponerse al peligro sin que haya necesidad. Si el Señor Jesús diera tan atrevido salto desde lo más alto del pináculo del Templo, se expondría al peligro deliberadamente, lo que a los ojos de Dios es pecado. Por ello Jesús se niega a hacerlo.

En este suceso a nosotros también nos conviene aprender una lección: Nosotros sí, con harta frecuencia, tentamos al Señor. Sobre todo, los jóvenes se hacen culpables de esto, ya que, pensando en la juventud holandesa, para la que esta Historia Bíblica fue escrita originalmente, hay muchos jóvenes, (más que muchachas) que, en invierno, cuando bajan las temperaturas de modo que el agua de los ríos y estanques se hiela, van a patinar a sabiendas de que el hielo aún no está bastante fuerte. ¿Y por qué lo hacen? Es porque quieren ser muchachos fuertes y valientes. Queridos amigos míos, esto no es valentía, sino que actuando de esta manera tientan a Dios. Año tras año, hay quienes desaparecen en agujeros en el hielo, y se ahogan en el agua fría debajo del hielo.

Y en España habrá quienes suelen trepar a las faldas más escarpadas de las sierras en busca del peligro... o que, nadando, se alejan demasiado de la costa. En verdad, los jóvenes deportistas hacen toda clase de proezas, tal vez sin darse cuenta del peligro a que se exponen. Y por mucho que se trate de hazañas deportivas, no dejan de ser osadías peligrosas, por lo cual conviene a todo creyente cesar de tentar a Dios.

Volviendo a nuestro relato de las tentaciones de Jesús, hacemos constar que es bien cierto lo que el Diablo dice al citar el versículo del Salmo. Es cierto también que Dios sostendrá a su pueblo con sus manos. Sin embargo, en su cita, el Diablo, deliberadamente omite la frase siguiente: "Que te guarden en todos tus caminos" (véase Salmo 91:11). Pero para que los ángeles, por orden de Dios, puedan guardarnos en todos nuestros caminos, es necesario que haya caminos. Es patente que del pináculo del Templo al suelo no había camino, sino una

escalera. Lo que el Diablo quería no podía ser, por no haber camino.

De lo que procede vemos que el Diablo ha intentado torcer la Palabra de Dios; es su práctica cotidiana. El Diablo no se sirve de la Biblia para hacer uso de ella, sino para hacer abuso.

En este trozo abundan las advertencias más solemnes, que a nosotros nos sirven de lección.

Esta es, pues, la segunda tentativa de Satanás para inducir a Jesús a cometer algún pecado. Pero esta segunda tentación ha fracasado también.

Por ello el Diablo intenta un tercer ensayo.

---

Por tercera vez el Diablo lleva al Señor Jesús a otro lugar. No es que el Diablo tenga el poder de llevar al hijo de Dios donde quiera que vaya, sino, muy al contrario, es que Jesús está dispuesto a ir. En otros términos, Jesús acompaña al Diablo voluntariamente.

Ambos suben un monte, un monte muy alto, como dice la Palabra de Dios. No sabemos qué monte habrá sido, y no tiene ninguna importancia.

Cuando al final llegan a la cumbre, Satanás muestra al Señor Jesús todos los reinos del mundo. Todas las maravillas, glorias y riquezas del mundo se las muestra a Jesús. No sabemos cómo lo hizo; la Biblia sólo dice que las mostró "en un momento".

"A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos", dice el Príncipe de las tinieblas, "porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy". Es como si el Diablo dijera: "Esta gloria te la doy si tan solamente me la pides". Satanás, en realidad, quiere que Jesús caiga de rodillas delante de él para adorarle...

El Señor Jesucristo vino al mundo para luchar contra Satanás y todas las potestades satánicas que nos circundan. Jesús, a la verdad, sufrirá y morirá. Pero muriendo desmenuzará la cabeza de la antigua serpiente que es Satanás.

“Entonces (dice el Diablo) no debes sufrir y morir; no te inflijas tantas penas, que puedes tener una vida mucho más fácil. Todo te lo doy de balde. No tienes mas que pedírmelo a mí y todo te pertenecerá a Ti”

En este momento crítico, ningún ser humano se imaginará cuán enorme fue la tentación, porque nosotros, seres humanos, no escogemos una vida de aflicciones y sufrimientos. Cuando hay miedo de escape, siempre tratamos de salvarnos de las penas y congojas. Esto es muy legítimo a los ojos de los hombres.

Vamos a ver lo que hace el Señor Jesús. ¿Va a salvarse también de una vida de aflicciones y sufrimientos? No tiene más que postrarse de rodillas delante de Satanás para adorarle; Jesús puede deshacerse de toda una vida de padecimientos, y toda la gloria del mundo la conseguirá sin sufrimientos y sin tener que morir de una muerte tan ignominiosa como la de la cruz.

Gracias a Dios, queridos amigos míos, Jesús no lo hizo. ¿Adorar al Diablo? ¡En ninguna manera! No ha venido a este mundo para obtener la menor cosa de parte del Diablo, sino para vencer al Diablo.

Una sensación de santa indignación se apodera del Señor Jesús, porque, accediendo a la solicitud de Satanás, deshonoraría a su Padre celestial. ¡Ya basta!

“¡Vete de Mí, Satanás! (Exclama Jesús con divina autoridad), porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás”.

El Príncipe de las tinieblas se va... No puede por menos de marcharse ahora, porque ha fracasado el intento satánico de hacer pecar al Señor Jesús. Con el primer Adán tuvo éxito; con el segundo Adán (el Señor Jesucristo) fracasó. Satanás se marcha todo desilusionado.

El Señor Jesús queda atrás, solo. ¿Solo?... No, sino que ahora los cielos se abren y los ángeles de Dios bajan a aquel solitario desierto, tan apartado del resto del mundo. Y en la Biblia leemos que venían a servir al Señor. El Padre celestial mismo ha tenido cuidado de Él.

---

Este capítulo nos dice algo sobre la lucha que el Señor Jesús sostiene contra Satanás: el Señor no huye del Diablo, sino se opone a él, por lo cual fue al desierto para encontrar al Diablo, lo que es más bien un desafío.

Es sabido, además, que el Señor Jesús sale vencedor, y que por ser Hijo de Dios no puede pecar. Allá, en el desierto, en medio de los tormentos más infernales, se marcó el principio de la gran Salvación, cuya finalidad es la de redimir al pueblo de Dios de la esclavitud del Diablo. Jesús luchó contra el Príncipe de las tinieblas, por lo cual, con toda libertad, el pueblo de Dios podrá cantar las alabanzas a la honra y gloria de Dios por toda la eternidad.

Pero ahora surge para nosotros la cuestión de saber si Jesús es Salvador nuestro también. En verdad, si nuestras cadenas, por las que el Diablo nos tiene atados, no son quebrantadas por el Señor Jesús mismo, nadie será salvo, lo que, para toda la humanidad, significaría la condenación eterna juntamente con el Diablo. Pidamos, pues, noche y día, implorando la Gracia de Dios, Su socorro. Esta posibilidad de escape nos es dada mientras vivamos; no perdamos, pues, nuestro tiempo, que la vida humana es tan breve...

El Señor Jesús salió a pelear contra el Diablo, y Él entabló la lucha y... venció. Pero lo que el Diablo hizo con Jesús sigue haciéndolo con nosotros. El Diablo, con su ejército de demonios, incansablemente trata de seducirnos haciéndonos pecar. Y, por desgracia, con mucho acierto. Hemos de confesarlo avergonzados delante del trono de Dios. Al que se confía en Él, Dios mismo le dará las fuerzas necesarias para resistir al Diablo como Jesús resistió.

## Capítulo 11

# LOS PRIMEROS DISCIPULOS DEL SEÑOR JESÚS

**Juan 1: 19-28**

Volvamos a ver, una vez más, a Juan el Bautista, precursor del Señor Jesucristo, allá a orillas del Jordán, donde sigue predicando durante meses y meses. Sigue rodeado de mucha gente interesada en oír su predicación, tan solemne y severa. De repente, un grupo de hombres viene a molestarle. Paso a paso, van despejando un camino a través de la muchedumbre, hasta que, al final, se detienen cerca de Juan. Pero ¿quienes son esos hombres?... ¿Qué vienen a hacer?... Veamos. Es sabido que el pueblo israelita recibía sus enseñanzas de parte de los escribas y fariseos, los cuales se encargaban de la enseñanza popular de las leyes del Señor. Ellos, pues, eran los doctores y maestros del pueblo israelita. Y ahora, de repente, aparece otro maestro en escena. Un profeta que día tras día, predica delante de una inmensa congregación de gentes. El profeta no había pedido permiso a los fariseos para ir a predicar, sino que empezó por sí mismo, sin mandato eclesíástico alguno: Desempeñaba un verdadero ministerio espiritual. Además, el nuevo profeta predicaba de una manera totalmente distinta.

Los fariseos y saduceos, como hemos visto en los capítu-

los precedentes, exigían por parte del pueblo que cumplierse al pie de la letra las leyes del Señor. El nuevo profeta, sin embargo, predicaba el mensaje del arrepentimiento obligatorio para alcanzar la salvación.

Los fariseos se inquietaban, ya que, según ellos, si Juan continuaba predicando así, el pueblo judío ya no les escucharía a ellos, sino que iría a escuchar el mensaje del singular predicador del Jordán.

Por ello se inquietan y convocan una Asamblea del Tribunal Superior de Jerusalén. Dicho Tribunal en el que los fariseos y saduceos tenían voz y voto, se llamaba SANEDRIN, institución con la cual topamos muchas veces más en la historia del Nuevo testamento. Así, pues, la asamblea de los fariseos y saduceos se reúne en Jerusalén.

Helos aquí, reunidos en dicha Asamblea, los ilustres de la nación israelita, cuyos rostros muestran una gran confusión. Se les nota que están perplejos.

“Hombres, ¿qué haremos? pregunta uno de esos dignatarios de la religión, Así no podemos continuar”. Al final deciden nombrar una delegación compuesta de un grupo de sacerdotes y levitas representantes del Sanedrín, capacitados para interrogar a Juan el Bautista referente al mensaje que anuncia. En nombre del Sanedrín, tienen que ir al predicador para cerciorarse de su identidad y del mandato que tiene.

No tardan en emprender el viaje, y ahora se encuentran frente al predicador penitencial, el cual, pese a su humilde indumentaria, infunde respeto.

Juan espera callado a que se la hagan sus preguntas. El pueblo también está callado. Muchos estiran el cuello para oír lo que Juan responde a la ilustre delegación.

“¿Tú, quién eres?” (le preguntan), ¿Qué les contestará Juan?... ¿Va a hablarles del carácter sobrenatural de su nacimiento y de las señales ocurridas cuando nació?... ¡No! Juan no se vanagloria, sino que muy tranquilamente les contesta: “No soy el Cristo”.

Lo dice a propósito, porque ciertos fariseos y cierta gente

del pueblo creían que Juan era el Mesías, es decir, el Cristo. Confiesa honradamente que no es el Mesías: "El que así piensa se engaña".

A continuación, los sacerdotes y levitas le preguntan: "¿Pues quién eres? ¿Eres Elías?"

Muchos judíos creían que Elías había de volver algún día. Muy tranquilo, Juan contesta: "No soy Elías tampoco".

"¿Eres, pues, el profeta?" ..., insisten los interlocutores refiriéndose a la profecía de Moisés, según la cual Dios levantaría un profeta (Deuteronomio 18:15); la profecía Mosaica, en realidad, se refería al Mesías.

Una vez más, la contestación de Juan es negativa. Los delegados del Sanedrín se miran perplejos, porque de este modo no se enteran de nada.

Por ello preguntan: "¿Quién, pues, eres?..., porque tenemos que rendir cuentas de esta entrevista delante del Sanedrín, ¿Qué dices de ti mismo?"

Ahora tiene que hablar claro. Los delegados siguen insistiendo. Pues bien, Juan responderá.

"Yo soy la voz del que clama en el desierto", dice Juan, asombrado de que quisieran saber su nombre. "No soy más que una voz que clama y advierte".

Juan no quiere ser tomado por un predicador célebre. No se cree importante. Lo único que deben hacer es escuchar el mensaje que se les trae. Y este mensaje, podríamos decir, se resume en tres palabras: "El Rey viene".

Fariseos, no miréis a Juan, sino esperad con ansia la venida del Rey, del cual Juan es el precursor, y nada más.

"¡Sí! (prosigue Juan). Este Rey ya está en medio de vosotros, sin que vosotros Le conozcáis: Vosotros, a decir verdad, no sabéis quien es".

La ilustre delegación de Jerusalén vuelve a la capital, sin haber acertado a desentrañar el asunto. No comprenden a Juan, ni su mensaje tampoco. Se encogen de hombros y vuelven a la capital desilusionados. Nunca habían encontrado un hombre tan singular.

Ya se marchan. La gente cede el paso a los dignatarios del Sanedrín, los cuales salen de la escena.

---

### **Juan 1: 29-34**

Al día siguiente, cuando Juan está predicando a orillas del Jordán, de repente ve al Señor Jesús que se acerca. Ha vuelto del desierto, donde había sido tentado por el Diablo por cuarenta días y noches, y ahora Jesús va andando reposadamente a lo largo del río, en la dirección de Juan el Bautista.

Cuando Jesús se acerca, Juan Le señala con el dedo, diciendo a toda la muchedumbre: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Aquí Juan llama a Jesús "el Cordero de Dios".

¿Por qué este calificativo tan singular? Al pronunciarlo, Juan se refiere a los corderos que, en Israel, se sacrificaban en el altar. Igual que los corderos eran inmolados en el Templo para ser presentado en sacrificio expiatorio, Jesús también será inmolado algún día; será crucificado para pagar por los pecados de sus escogidos.

"He aquí (dice Juan) el Hijo de Dios, el Mesías esperado desde tantos siglos; he aquí el Rey cuya venida os he anunciado".

La Biblia no dice que sus muchos oyentes creyesen su declaración. ¿Por qué no?... ¿Y por qué no seguían a Jesús?... Porque ellos, según pensaban, no necesitaban un Salvador. La muchedumbre no había esperado un Salvador que salvase a los pecadores de sus pecados, sino más bien un libertador político que los librase de los romanos. Asimismo, los corazones del pueblo no tenían suficiente capacidad para recibir al Señor Jesús, y no creían necesitar para nada al Cordero de Dios.

---

## Juan 1: 35-43

“¡He aquí el Cordero de Dios!”, dice Juan el Bautista a dos de sus discípulos. Los tres están cerca del Jordán, mirando... Como el día anterior, el Señor Jesús vuelve a pasearse a lo largo del Jordán. Un día antes, Juan también había dicho:

“He aquí el Cordero de Dios”. De toda la muchedumbre nadie había seguido al Señor Jesús.

Al día siguiente, Juan vuelve a decir “He aquí el Cordero de Dios”.

Mientras antes lo decía a la gente que le rodeaba, ahora lo dice a dos de sus discípulos.

Y, ¡Mirad!, los dos se marchan y, dejando atrás a Juan, siguen a Jesús.

Pero ¿por qué siguen a Jesús, en vez de quedarse en compañía de Juan?

Esto se explica al darnos cuenta del carácter penitencial de la predicación de Juan, el cual seguía predicando el mensaje del arrepentimiento, haciendo hincapié en los pecados de cada cual. Todos lo habían oído, pero la mayoría de los oyentes no hacían caso del mensaje.

Los dos discípulos también habían escuchado la predicación solemne; en los corazones de los dos, Dios había obrado los frutos del arrepentimiento. Arrepentidos de su pecado, se han reconocido pecadores ante Dios, conscientes de su culpa. Comprendían que con su pecado habían enojado y ofendido a Dios. Su arrepentimiento era sincero, por lo cual sentían la necesidad de un Salvador. Por la obra del Espíritu Santo, sus corazones habían sido preparados para que el Salvador cupiese en ellos.

Y ahora que Juan les indicaba al Señor Jesús como el único Salvador, no tardan en seguir al Forastero que, muy reposadamente, va andando a lo largo del río. ¿Quiénes son estos dos hombres? No son de la crema de la sociedad, sino humildes pescadores. De estos discípulos, uno se llama Andrés; el otro (cuyo nombre no es mencionado en el Evangelio según San Juan) debe de haber sido Juan mismo, el futuro apóstol.

En el norte del país, a orillas del lago de Genesaret, estaban situados varios pueblos y aldeas; de dichos pueblos, Betsaida era uno de los más pequeños, del cual Juan y Andrés eran vecinos. Ellos también habían oído hablar de Juan el Bautista, y por mera curiosidad habían venido a escucharle. Y debido a que Dios los ha hecho sensibles a la predicación de Juan, se quedaron con él. Por ello eran discípulos de Juan el Bautista. En este mismo pasaje encontramos a dos hombres con el nombre de Juan. Uno no ha de confundirse con el otro; el uno es Juan el Bautista, precursor del Señor Jesús, el otro es pescador, oriundo de Betsaida; dos personas distintas.

Los dos predicadores siguen, pues, al Señor Jesús, el cual volviéndose, les pregunta: "¿Qué buscáis?". Nosotros diríamos: "¿Puedo serles útil en algo?".

Juan y Andrés, a lo mejor, se ruborizaron. En voz baja contestaron: "Maestro, ¿dónde moras?".

¡Vaya, qué pregunta más extraña! Querrán decir: "Maestro, quisiéramos hablar un rato contigo".

A lo cual, Jesús, en tono suave y gentil, les contesta: "¡Venid y ved!".

El Señor sabe muy bien lo que pasa en la mente de los dos interlocutores, y dice: "¡Seguidme, pues!".

Aquella noche, Juan y Andrés hablaron largo rato con el Señor Jesús. Desconocemos el tema de la conversación. Lo que sí sabemos es que los dos creyeron que el Señor Jesús era verdaderamente el Mesías, el Hijo de Dios. Ya no se apartarán de Él y serán los primeros discípulos del Señor Jesús. Por la fe han visto que Jesús es el Salvador, el Hijo de David prometido desde tantísimos siglos.

Andrés tenía un hermano que se llamaba Simón; sin tardanza alguna, va a verle y gozoso le dice: "Hemos encontrado al Mesías". Pide que le acompañe y trae a Simón al Señor Jesús. Habiendo, pues, encontrado al Mesías, no descansa hasta que su hermano pueda conocer al Hijo de Dios. Y cuando Simón llega ante Jesús, este último le da un nombre nuevo diciendo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás lla-

mado Pedro". Dicho nombre procede del vocablo piedra, lo que en arameo, idioma hablado en tierra de Canaán en aquél tiempo, corresponde a Cefas.

Pedro también se queda con el Señor Jesús. Pedro también ha creído que Jesús de Nazaret es verdaderamente el Mesías.

---

### Juan 1:44-51

Entre los muchos judíos que fueron al Jordán para escuchar al nuevo profeta Juan el Bautista, había otro pescador más, humilde como los demás, de Betsaida también. Felipe era su nombre, vecino, pues, de la misma aldea que Juan, Andrés y Simón Pedro. Felipe también será un discípulo del Señor Jesús.

¿Va a ver al Señor por su propio impulso?... No; el Señor mismo le llama. Para llamarle, el Señor no pronuncia más que una palabra, un imperativo: "¡Sígueme!".

Más no es necesario discutir, porque Felipe obedece inmediatamente y no sentirá pesar por haber seguido a Jesús; él también ha encontrado al Salvador.

Felipe tiene un amigo íntimo: Natanael. Va a verle enseñada, y tras buscar le encuentra debajo de una higuera. No cabe duda de que los dos amigos, Felipe y Natanael habían hablado acerca del Mesías con frecuencia, de modo que Felipe sabía que su amigo también estaba esperando con ansia la venida de ese Rey.

Muy gozoso, llama a Natanael diciéndole: "Hemos hallado a Aquel de quien escribió Moisés en la Ley, así como los profetas, es decir, al Mesías. ¿Y sabes quien es?... Jesús, hijo de José, de Nazaret".

Pero Natanael no está contento. Un gesto de incredulidad oscurece su rostro y muy sombrío exclama: "¿De Nazaret puede salir algo bueno?". Como si dijera: "¡Eso es imposible! ¿No nacerá en Belén el Mesías?... ¡Es inconcebible que un hom-

bre de ese pueblo de mala muerte como Nazaret sea el Mesías!. ¡No, Felipe, a mí no me vengas con cuentos!... ¡Te has equivocado, no puede ser!". Así protesta, meneando la cabeza desilusionado.

Y Felipe, ¿qué le contesta?... ¿Se defiende?... ¿trata de quitar la incredulidad de la mente de su amigo?... No, ni en lo más mínimo; Felipe no puede hacerlo; es cosa que Dios sólo sabe hacer. Por ello se limita a decir: "¡Ven y ve!". En nuestro lenguaje moderno, diríamos: "Ven conmigo y ya verás"

Natanael vacila en seguir a su amigo. Pero al acercarse a Jesús, Natanael oye lo que el Señor dice a los demás; "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño".

El Señor Jesús, a la verdad, conoce a Natanael, y sabe lo que ocurre en la mente de este hombre. Sabe que Natanael tiene miedo, reparos, porque en asuntos de la fe es fácil engañarse. No. Natanael no es indiferente, sino que teme un engaño.

Natanael oye lo que Jesús dice acerca de él, y extrañado pregunta: "¿De dónde me conoces?... ¡Es imposible conocerme sin haberme visto antes!"

Entonces Jesús quita todo resto de incredulidad del corazón de Natanael. Le hace ver que en realidad es Hijo de Dios, omnisciente:

"Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi".

Natanael mira al Señor Jesús desconcertado. Su alma se llena de un santo respeto. Este forastero ha de ser el Mesías; de otro modo, no sabría estas cosas. Natanael se da cuenta de que Jesús de Nazaret es verdaderamente el Hijo de Dios omnisciente. Ahora la mente se desembaraza de toda incredulidad, aunque todos sus problemas no hayan sido resueltos todavía. Sin embargo, ya no duda, sino que cree. Escuchad, ahora, lo que dice: "Rabí, Tú eres el Hijo de Dios; Tú eres el Rey de Israel".

Por sí mismo no podía creer, sino que el Señor Jesús le dio la fe. Este Natanael, en ciertos pasajes del Nuevo Testamento, también se llama Bartolomé.



*“Felipe llama a Natanael”*

Y hoy día pasa igual; por nosotros mismos no podemos creer. La fe en el Redentor, para conseguir salvación, es don de gracia. Para conseguirla hay que orar por que el Señor Jesús nos dé esta de que salva, acogiéndonos al sacrificio cruento de Cristo. Ojalá el Señor os concediera a todos vosotros un nuevo corazón, quitando de raíz toda incredulidad, puesto que, por naturaleza, el corazón humano es incrédulo y depravado, y no puede creer por sí mismo en el Señor Jesucristo.

El Señor Jesús lo hizo en la vida de Natanael; en nuestra vida también lo puede hacer.

## Capítulo 12

# = JESÚS, EN LAS BODAS DE CANÁ =

### Juan 2: 1-11

A tres horas de marcha hacia el norte de Nazaret, llegamos a la aldea de Caná. No es una aldea importante, y sus habitantes son de muy humilde condición.

En una de las casas de Caná, mucha gente, muy alegre, se reúne para celebrar las bodas de unos parientes y amigos. ¡Un día de gran gozo, de veras!

En tierra de Canaán las bodas duraban siete o catorce días, por lo cual es lógico que hayan de verificarse muchos preparativos varios días antes de empezar la fiesta. Pan, hortalizas, frutas, carne y vino se compran para celebrar la fiesta en debida forma, y ni que decir tiene que estos mismos preparativos habrán tenido lugar para las bodas a que se refiere este capítulo.

Es probable que María, madre del Señor Jesús, haya ido a Caná a ayudar unos cuantos días antes de la fiesta. No sabemos si José vivía aún en aquel entonces, pero es probable que hubiera fallecido, porque posteriormente al relato de Jesús en el Templo, su nombre ya no aparece en la Biblia. Sea lo que fuere, María estaba allí presente. Muchos escritores dicen que el joven matrimonio pertenecía a la parentela de María. Es una mera conjetura, pero es una posibilidad.

Por no haber sido gente rica, los novios no habían preparado muchos víveres. Nada más que lo estrictamente necesario para los convidados.

De repente, se enteran del regreso del Señor Jesús. No del Señor Jesús sólo, sino que viene acompañado de cinco hombres. Los cinco discípulos que acaba de llamar, según hemos visto en el capítulo anterior, cuyos nombres son: Juan, Andrés, Simón Pedro, Felipe y Natanel.

A Natanael le conocen en Caná porque nació allí mismo. Desde Judea, el Señor Jesús había vuelto a Galilea.

Y al enterarse de que Jesús se encontraba en las cercanías, también le convidan a Él, así como a sus discípulos. Jesús acepta la invitación y va a la fiesta con sus discípulos.

Los discípulos habrán quedado atónitos al ver a su nuevo Maestro aceptar sin titubeos una invitación para ir a la fiesta, ya que la manera de vivir de su anterior maestro, Juan el Bautista, a la verdad, sin cesar hacía hincapié en los pecados al traer su mensaje de arrepentimiento. El Bautista pasaba mucho tiempo ayunando, lo que quiere decir que, tal vez, durante días enteros no comía. El Bautista había llamado su atención hacia el Cordero de Dios. Y ahora los mismos discípulos están en compañía del Rey de reyes, y la primera cosa que hace es presenciar unas bodas...

Pero siguen a Jesús a la fiesta. De este modo, de repente, hay seis huéspedes más. Y al hacer sus compras quizás no habían contado con tanta gente.



Helos allí, alegres, en casa del joven matrimonio. No eran unas bodas paganas donde cundiera la borrachera, porque Jesús estaba en medio de ellos.

¡Cuántas bodas no se celebran en el mundo entero en las que no convidan al Señor Jesús, sino al Diablo! No es, pues, nada extraño que una fiesta sin Dios degenera en desenfreno y borrachera. Hay bailes y juegos hasta la madrugada del día

siguiente, sin referirnos a otras prácticas indecentes... Las bodas, desde luego, no son un entierro, todo menos esto. La alegría, mientras sea sana, es legítima, sobre todo cuando un joven matrimonio experimenta el gran día de su vida. La alegría es muy buena cosa, mientras sea concebible que Jesús también pueda estar en medio de los convidados.

Podemos estar seguros de que las bodas de Caná, habrán sido una fiesta alegre y gozosa. También bebían vino. ¿Cómo no? Pero en Caná llegó el momento del apuro. Se agotaron las reservas de vino, lo que era una vergüenza para toda la familia. Resulta, pues, que no habían comprado bastante, porque quizás les faltó el dinero para ello.

María, madre de Jesús, se enteró del apuro, y lo encontró muy embarazoso. Se avergonzaba de la situación por causas de los demás convidados.

Muy cerca de María, quizás a su lado, estaba Jesús sentado. Una buena idea se le ocurrió a María: Jesús, su Hijo, estaba presente, el cual, por ser Hijo de Dios, Rey de reyes, el Todopoderoso, podría hacer todas las cosas.

Varios siglos atrás, el profeta Elías también había sacado de apuros a una pobre viuda. Y lo hizo de manera maravillosa. De una pequeña vasija salió aceite en cantidad suficiente para llenar un gran número de cántaros muy grandes, de modo que la pobre mujer pudo vender aceite no sólo para pagar todas sus deudas, sino también para vivir sin tener que acongojarse diariamente.

Si un milagro semejante pudiera hacerse aquí en Caná, sacaría de apuros al pobre esposo. Sería maravilloso, máxime cuando el Señor Jesús podía hacer todas las cosas. María no dudaba del poder de Jesús... y creyó haber encontrado la solución. Fue a ver a Jesús nada más que para decirle que se había agotado el vino. Nada más que para darle una ligera indicación...

Se inclina hacia Él para susurrarle al oído: "No tienen vino". Al hacerlo quería decir: "¡Anda!... ¡Ayúdanos un poco, danos vino, haz un milagro!". Es que María quería que Jesús hiciese ver a toda la gente que era Hijo de Dios.

¿Y qué le contestó Jesús?... Vamos a leer en el Evangelio según San Juan lo que Jesús contestó: "¿Qué tienes conmigo, mujer?... Aún no ha venido mi hora".

Pero ¿falta Jesús el respeto a su madre?... ¿También tratáis a vuestra madre de "mujer"?... ¡Cierto que no! Sería una vergüenza. Una brutalidad sin igual.

La brutalidad, sin embargo, no cabía en el carácter divino de Jesús. Y en el trato con su madre, Jesús no fue nunca brutal, y al dar esta contestación no era brutal tampoco.

Aquí, en este pasaje bíblico, la traducción no cuadra bien. Ya sabemos que el Nuevo Testamento se escribió en griego, y en griego hay un solo vocablo idéntico para "mujer", "maestra" y "señora". Por ello podríamos más bien considerarlo como el tratamiento de Señora, lo que equivaldría a una forma de cortesía.

Sin embargo, María hizo algo ilícito, ya que, por mucho que María fuese su madre, tenía que aprender que Jesús no estaba al servicio de su madre, sino al de su Padre Celestial. Y en este servicio, que se basaba en relaciones divinas por entero. María no tenía nada que ver. A la luz de esta situación, nos es fácil comprender el porqué de la respuesta de Jesús, que, a primer vista, podría parecernos poco cortés.

Que conste, pues, que Jesús era perfectamente cortés en todos sus tratos humanos. Además, según el texto bíblico, la petición no fue denegada a María, sino que Jesús no dijo más que: "Aún no ha venido mi hora".

Por lo demás, María no se enfadó, sino que seguía esperando que Jesús fuese a ayudar al pobre esposo atribulado. Veamos lo que María dice a los criados: "Haced todo lo que os dijere...". Es como si dijera: "Si Jesús os manda hacer algo, no se lo neguéis, sino obedeced sin tardanza",

Después María se puso a esperar, curiosa por saber lo que iba a suceder, y enseguida vemos que las esperanzas de María no fueron frustradas...

-----

Los pobres esposos estaban en apuros. El vino se agotó, y no tenían dinero para comprar más. No sabían que rumbo tomar. Aquí cesó toda la alegría de las bodas.

De repente, los criados se mostraron ocupadísimos, pero ¿qué estaban haciendo?

En casa, quizás cerca de la puerta, había seis grandes tinajas de piedra para agua, según nos explica el apóstol San Juan, "conforme al rito de la purificación de los judíos". Es decir, para la limpieza ritual de la casa, para purificar todos los enseres. Pero entonces las tinajas estaban vacías. Jesús vino a decir a los criados: "Llenad estas tinajas de agua".

No tardaron en obedecer. No había tuberías en aquél entonces, por lo cual tuvieron que sacar el agua de un pozo para llenar las tinajas. Se apresuraron a llenarlas hasta el borde, sin preguntarse el porqué de su trabajo. Sin perder el tiempo razonando, cumplían su deber, y cuando las tinajas estuvieron llenas, se lo dijeron a Jesús.

Entonces el Señor les mandó sacar algo de las tinajas para llevarlo al maestresala. El maestresala, en Israel, era el encargado de las bodas, que arreglaba toda la fiesta.

En los países occidentales también conocemos una clase de maestresala encargado de las fiestas como las bodas, con la única diferencia de que hoy los llamamos "maestros de ceremonia". Dicha orden fue ejecutada por los criados inmediatamente. Pero ¿qué tenía que hacer el maestresala con el agua? No les hacía falta agua, sino vino...

Al acercarse al maestresala, los criados se dieron cuenta que no llevaban agua, sino vino, ya que, entre tanto, el agua se había transformado en vino. Y no solamente un poquitín, las pocas gotas que llevaban, sino toda el agua de las tinajas se había convertido en vino.

Queridos amigos míos, aquí tenemos una prueba convincente de la omnipotencia de Dios. Lo que ningún ser humano puede hacer, Dios puede hacerlo.

El maestresala lo prueba, lo saborea..., una vez más bebe unas gotitas... ¡Qué vino tan delicioso!

Y maravillado llama al esposo para decirle: "Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; más tú has reservado el buen vino hasta ahora".

En realidad, cuando el Señor Jesús da una cosa, da lo mejor. No se contenta con darnos algo inferior: La Creación también fue buena en gran manera, perfecta. Lo que Dios hace es perfecto, incluso en Caná. De repente, hay vino con profusión para todos los convidados. Las tinajas están llenas del mejor vino que se pueda imaginar.

¡Qué esposos más felices! Jesús los ha sacado de apuros de manera maravillosa. Con esto no habían contado.

Los discípulos y los demás convidados también se dieron cuenta de lo ocurrido, y no podemos imaginarnos cuán asombrados quedarían al enterarse del milagro.

La Palabra de Dios dice que los discípulos creyeron en Él. Ahora se dan cuenta de que no se han equivocado; han visto que Jesús, a la verdad, es Hijo de Dios.

El Señor Jesús, sin embargo, no lo hizo sólo para sacar de apuros a los pobres esposos. Haciendo el milagro, tenía otro propósito: el de revelar su gloria. Por medio de señales y milagros quiere dar pruebas convincentes al pueblo de Israel, para que todos crean que Él y ningún otro es el Mesías.

A nosotros también nos conviene sacar enseñanzas de lo antes dicho. Nos conviene pedir al Señor Jesús que nos ayude en los asuntos de nuestra vida cotidiana. ¿Os hace falta alguna cosa? Doblad, pues, las rodillas delante del Trono de Gracia para que os conceda lo que habéis de menester. Es cierto que de vez en cuando pedimos cosas que para nosotros no serán ventajosas, sino peligrosas, y que a lo mejor significarían nuestra perdición. Si tal es el caso, el Señor omnisciente, que sabe todas las cosas, no accede a nuestro ruego.

Pero si, humildes, nos acercamos a Él para pedirle alguna cosa que sea necesaria y sobre todos a la gloria de Dios, Él oirá nuestras oraciones.

En Caná, aquella aldea de Galilea, también lo hizo: Allí el

Señor Jesucristo hizo uso de su poder divino para aumentar el gozo y la alegría de los esposos y amigos.

Este es el primer milagro hecho por el Señor Jesús, y con Él iremos adelante para ver su gloria.

## Capítulo 13

# == LA PASCUA EN JERUSALÉN ==

**Juan 2:12-22**

Por toda la tierra de Canaán, del norte al sur, millares y millares de judíos están dispuestos para ir de viaje. Hasta los judíos de la dispersión, fuera de Canaán, esparcidos por todos el Imperio Romano, están saliendo de sus casas para ir a Jerusalén. ¿Y por qué? ¿Qué va a hacer en Jerusalén? El versículo 13 de Juan 2 nos revela todo el secreto: "Estaba cerca la Pascua de los Judíos".

Más que cualquier otra fiesta, los judíos solían celebrar ésta, por ser la fiesta más importante. Por millares, pues, viajaban a la metrópoli.

En el séptimo capítulo de esta Historia Bíblica (Nuevo Testamento), titulado "Jesús, en la Casa de su Padre", hemos dicho ya que los peregrinos que venían desde muy lejos se juntaban en comitiva para hacer el viaje juntos. De este modo, la capital experimentaba una verdadera invasión de gentes que llegaban al mismo tiempo para celebrar la Pascua. Desde el destierro babilónico, el pueblo judío ya no servía a los ídolos, de modo que la concurrencia resultaba enorme, porque todos los que en alguna manera podían viajar, emprendían el viaje, de modo que todos los pueblos de Israel quedaban desiertos y abandonados. Antes del destierro, la concurrencia no era tan grande, porque muchos iban a servir a los ídolos,

a Baal, y no sentían ninguna necesidad espiritual o religiosa de ir a celebrar la Pascua de Jehová.

Había, pues, un enorme vaivén en la ciudad, sobre todo alrededor del Templo, ya que allí los israelitas solían traer sus corderos pascuales como ofrendas por sus pecados.

Entonces el cordero asado se comía con panes sin levadura y hierbas amargas, como acto conmemorativo de la maravillosa salida de Egipto, unos quince siglos atrás.

Los que venían desde lejos no podían llevar consigo un cordero pascual. Hubiera sido una pérdida de tiempo enorme, además de resultar demasiado agotador para los animales un viaje tan largo. Asimismo, los peregrinos podían ahorrarse todo este cansancio y pérdida de tiempo llevando dinero para, a su llegada a la capital, comprar un cordero pascual. Las leyes divinas les concedían esta facilidad. (véase Deuteronomio 14:24-26)

Por ello los ganaderos de los alrededores de Jerusalén se dedicaban a la cría de animales para ofrendas, incluso los corderos pascuales, los cuales vendían a sus compatriotas que venían desde lejos, unos pocos días antes de la Pascua.

El abuso no consistía, pues, en el comercio de animales, sino en que dicho tráfico tenía lugar en el atrio mismo de la Casa del Señor. De este modo, el Templo fue reducido a un mercado con todos los gritos de los comerciantes, el balido de los corderos y las ofertas de los compradores, lo cual llenaba todo el lugar santo de un ruido y jaleo casi infernal...

Y los sacerdotes, en vez de prohibir este tráfico, lo permitían. Y vosotros, queridos amigos míos, ¿cómo os portáis en la Casa del Señor?

También había allí comerciantes que traían al Templo jaulas llenas de palomas, para venderlas a los pobres que no podían permitirse la compra de un cordero.

Asimismo, cada judío tenía que echar una dádiva en el tesoro, inmensa alcancía colocada cerca de una de las muchas puertas de entrada. El dinero servía para la conservación del Templo y el servicio del Señor.

Los israelitas del extranjero, sin embargo, no tenían dine-

ro válido en la Santa Ciudad. Lo que traían era dinero romano que llevaba la efigie e inscripción del emperador romano, y por ser dinero extranjero no podían echar en el tesoro las monedas que traían.

Por ello, en el atrio mismo del Templo había banqueros, es decir, cambistas de dinero, que cambiaban las monedas romanas por otras judaicas. Dichos cambistas, desde luego, sacaban una fuerte ganancia del cambio. ¡Oh, no!, los servicios no los prestaban de balde...

Así podemos imaginarnos el ruido ensordecedor que había en el atrio de la Casa de Dios. En realidad, era una vergüenza, porque el Templo no era casa de mercado, sino de oración.

De repente, entra un Forastero, el cual mira todo este tráfico y se enfada al oír la chillería y los gritos de los comerciantes. Una santa indignación se apodera de Él y sus ojos chispean de ira.

¡Qué barbaridad! ¿No hay otro lugar para este comercio fuera del atrio del Templo?

Por lo cual se hace un azote de cuerdas para echar fuera a todos esos alborotadores.

Y el gentío (pasmado) queda quieto. Nadie vuelve a chillar, y llenos de espanto miran al singular Forastero. No se atreven a oponerse a Él y se marcha... Todos los comerciantes, con sus rebaños de corderos que, despavoridos, dan balidos, son echados fuera por el Forastero... Volcando las mesas de los cambistas esparce sus monedas, y a los que vendían palomas les dice: "¡Quitad de aquí esto!".

Nadie se atreve a contradecirle, ya que de toda la persona del Forastero se desprende un poder irresistible. No hay pero que valga. Y al poco tiempo se hace un silencio insólito en el atrio del Templo. Pero ¿quién es ese Forastero?...

No puede ser otros sino Jesucristo, el que también vino a Jerusalén para celebrar la Pascua. Pero ahora ya no viene como Niño, sino como Hombre, el cual, al ver tanto ladrón esparcido por el atrio del Templo, se estremece de santa ira e indignación. La noble alma de Jesús no puede sufrir un desorden de esta clase.

"¡No hagáis de la Casa de mi Padre casa de mercado!"

Estas son las palabras de autoridad divina, pronunciadas en tono de mando: "¡Dejad el Templo!". Se marchan, o, mejor dicho, son echados fuera.

Después, calmados un poco los judíos, le preguntan al Señor Jesús: "¿Quién te ha mandado hacer esto?... ¡Muéstranos tu derecho, tu autoridad para hacerlo!... ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto?".

El Señor Jesús los mira muy tranquilo y les contesta en tono serio: ""Destruid este Templo, y en tres días lo levantaré". Ahora se ríen con escarnio.

"¿Qué nos dices?"... Le dicen: "En cuarenta y seis años fue edificado este Templo, ¿y Tú en tres días lo levantarás?".

No creen lo que dice. No Le comprenden. Toman la cosa a broma, y cuando, tres años más tarde, tienen preso al Señor Jesús, no han olvidado el suceso todavía.

El Señor, sin embargo, no se refería al Templo hecho de piedras, sino al templo de su cuerpo. Este templo, a la verdad, será crucificado. Tendrá que morir, y será sepultado. Pero a los tres días de muerto resucitará de entre los muertos: Nuestra Pascua cristiana de Resurrección.

Esta será, pues, la señal y prueba del derecho que el Señor Jesús tiene de echar fuera del Templo a los comerciantes y cambistas.

Esta señal, para los judíos, estaba sellada y escondida, por lo cual no la comprendían. Y por no comprenderla se burlaban de las palabras solemnes del Señor.

— — — — —

## **Juan 2: 23-24**

El Señor Jesucristo pasó en Jerusalén los días de la Pascua, y, según parece, obró varios milagros, ya que en la Biblia leemos que muchos creyeron en su Nombre al ver las señales que hizo. No sabemos qué clase de señales han sido, la Biblia no dice nada al respecto; la única cosa que nos es revelada es la

Purificación del Templo. Sin embargo, al referirse a las señales, el apóstol emplea el plural; habrá sido más de una señal.

Muchos creyeron en su Nombre. Muchos creyeron que Jesús era el Mesías, sin creerlo verdaderamente, sino para cierto tiempo y nada más. Ya que, tres años más tarde, esta misma gente gritará hasta enronquecer: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”.

Los discípulos del Señor quedarían contentos. Acaso pensaron: “Eso está bien; toda la nación tiene que creer en el Señor Jesús. Todos tendrán que reconocerle como el Mesías de Israel”.

El Señor, sin embargo, no está contento. ¿Por qué no estaría contento?... Es por que Él sabe de antemano que no tienen el corazón sincero. Porque Jesús sabe lo que pasa en el corazón humano.

Los corazones de los judíos siguen sin regenerar, malos y pecaminosos como antes. Lo que los discípulos ignoran, el Señor Jesús lo sabe, y el conocedor de los corazones no está contento.

Queridos amigos míos, nosotros podemos engañar a los hombres, a nuestros semejantes, pero no a Dios. Porque Dios no presta atención a nuestras palabras, sino a nuestro corazón. Dios sabe si nuestros corazones están regenerados o si siguen malos como antes.

-----

### **Juan 3: 1-21**

Jerusalén ha vuelto a calmarse del alboroto ocurrido a raíz de la Purificación del Templo. No es que los peregrinos de la Pascua ya hayan salidos de la capital, pero todos duermen por ser de noche. Las puertas de todas las casas están cerradas, y los propietarios, con sus huéspedes, están dormidos. Las calles están vacías y desiertas.

¿Todos dormidos? Todos, menos uno. Una puerta se abre y, muy silencioso, un hombre sale. Aligera el paso para llegar pronto a la casa donde quiere entrevistarse con alguien. En la casa señalada entra, cierra la puerta tras sí, silencioso, para ver al que estaba dentro...

¿Quién es ese hombre?... ¿Y qué va a hacer a tan altas horas de la noche?

La Purificación del Templo por el Señor Jesús ha sido el tema general de muchísimas conversaciones en toda la ciudad. Han quedado asombrados al ver lo que Jesús hacía y al escuchar lo que les decía. Había echado a los vendedores y cambistas fuera del Templo, y, por añadidura, había aludido a su ministerio mesiánico.

No sólo el pueblo, los vecinos de la capital y los numerosos huéspedes, sino también los sacerdotes, los escribas, los ilustres fariseos y saduceos, están discutiendo sobre las extrañas actuaciones del singular Forastero. En el Consejo superior de los israelitas, en el Sanedrín, están discutiendo los acontecimientos de los últimos días.

Sin embargo, no hablan con respeto y reverencia acerca de Jesús. ¡Ni mucho menos! Los jefes del pueblo hablan de Él con desdén y escarnio.

¿Qué?... ¡Aqué!l hombrécito de un pueblo de mala muerte como es Nazaret, allá en el norte del país!... ¿Será Él, el Mesías?... ¡Ni hablar! Porque el Mesías, el Hijo de David, no saldrá de Nazaret, sino de Belén, ciudad de David... "Este Jesús de Nazaret debe ser un impostor, no cabe duda". Por ello se proponen no perderle de vista, para que no se escape del control del ilustrísimo Colegio metropolitano. ¡Qué hombre más presuntuoso! Querrá constituirse en jefe de Jerusalén...; se imaginará que todos tendrán que escucharle a Él y que irá a cantarles las cuarenta. ¡Seguramente que sí! Pero el hombre se equivocará, porque son ellos los jefes del pueblo y no permitirán que alguien se meta en asuntos que sólo le tocan al Sanedrín.

Toda clase de malos intentos surgen en los corazones de los "piadosos" fariseos, y al referirse a Jesús hablan con supremo desdén y burla.

Pero no todos están de acuerdo con ellos. Hay un hombre muy pensativo, fariseo también. En silencio escucha a sus compañeros, y mientras ellos van discutiendo, muchas preguntas surgen en su corazón. Este hombre se llama NICODEMO, miembro también del Sanedrín.

Al oír los insultos e injurias que los demás fariseos profieren, no se pone de su lado. Sobre todo, no se atreve a decir, como ellos, que Jesús es un impostor. Sin embargo, cuando sus compañeros dicen que el Mesías ha de salir de Belén, parece que tienen razón. Es cierto que el Mesías saldrá de Belén, los profetas lo han declarado terminantemente; sus declaraciones no dan lugar a otra interpretación.

Pero decir que es impostor... ¡No puede ser!..., porque un impostor no puede mostrar las señales y milagros que Jesús hizo.

El pobre Nicodemo queda perplejo. No sabe qué rumbo tomar. Se acongoja sin encontrar solución a sus problemas. Ojalá pudiera ir a entrevistarse con ese Rabí Jesús de Nazaret. Pero no se atreve a hacerlo porque... ¿qué dirá la gente, los fariseos, si le



*Nicodemo va a encontrar a Jesús*

ven? ¿Y qué pensarán los miembros del Sanedrín si se enteran que va a entrevistarse con Jesús? ¡Oh, no!... ¡Nunca! Se burlarán de él...; no, el gran doctor y catedrático de teología Nicodemo no quiere perder su reputación. Tiene vergüenza de ir a ver al Señor Jesús.

Sin embargo, no logra sosegar. No puede deshacerse de sus pensamientos, que le causan más y más congojas y zozobras. ¿Qué hará pues?... Irá a ver al Señor Jesús de noche, cuando nadie le pueda ver.

Inquirió exactamente el paradero de Jesús en la capital, para saber dónde podía encontrar al profeta.

Después de anochecer, va a verle; quizás Jesús no duerme aún. En todo caso, va a ver si puede entrevistarse con Él. He aquí a Nicodemo a la puerta de la casa donde Jesús vive. Llama y entra. Y con acierto, porque Jesús no se ha acostado todavía.

Por ser tarde, nos extraña bastante el que Jesús no se haya acostado aún. ¿No está cansado?... ¿No se cansa nunca?.

El Señor Jesús, como los demás hombres, precisa descanso. Porque durante su peregrinaje terrenal es hombre como todos nosotros. Pero ¿por qué no se ha acostado todavía? A lo mejor, está esperando a alguien... ¿Esperar?... ¿A quién?... Pues bien, a Nicodemo. Jesús es Hijo de Dios, y como tal es omnisciente y sabe de antemano que Nicodemo viene a visitarle. También sabe que Nicodemo no se atreve a entrevistarse con Él de día, por miedo a los judíos. A pesar de todo Jesús espera.

Nosotros, en circunstancias idénticas, no hubiéramos esperado a Nicodemo. ¿Verdad? Nosotros diríamos: "Si no te atreves a venir de día, no vengas a visitarme de noche tampoco. Voy a acostarme, que mañana será otro día. No me sobra tiempo de momento".

El Señor Jesús, sin embargo, no razona de este modo. Nuestro razonamiento es humano y desprovisto de compasión hacía nuestro prójimo. Y por desconocer sus dificultades, ni siquiera le hacemos caso. El razonamiento de Jesús, sin embargo, es divino. Frente a nuestra maldad, Jesús es bueno y nos siguió esperando...

Con toda sinceridad, hemos de admitir que, con harta fre-

cuencia, también nos avergonzamos del Nombre del Señor y del servicio al Maestro, por miedo a lo que dirán nuestros amigos.

Helos allí sentados, el uno frente al otro. Ahora están solos, nadie estorba, de modo que podrán hablar libremente.

Nicodemo no tarda en entablar la conversación diciendo: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como Maestro; porque nadie puede hacer esas señales que Tú haces si no está Dios con él".

Al pronunciar estas palabras, espera que el Señor Jesús va a decirle exactamente quién es, lo que hace, de dónde procede y que se propone hacer a continuación. En resumen, Jesús le dará explicaciones e informes completos. Con curiosidad está mirando a Jesús, y con ansía espera su contestación.

"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios", tal es la contestación que Jesús da a Nicodemo, en tono suave.

Nicodemo mira a Jesús aturdido, porque Jesús no le resuelve su problema. En realidad, nunca hubiera esperado una respuesta de esta clase por parte de Jesús. Por añadidura, Nicodemo no comprende lo que Jesús le dice porque está por encima de la ciencia del gran jefe religioso.

Extrañado, contesta: "¿Nacer de nuevo? ¡Es imposible! Cuando el hombre ha llegado a viejo, ¿podrá volver a nacer?... ¡Es imposible que, cual niño recién nacido, vuelva a ponerse en la cuna!"

Pero el Señor no quería decir esto. Al referirse al nuevo nacimiento, no habla acerca del nacimiento del cuerpo, sino del nacimiento del alma. El corazón tiene que renovarse por Gracia.

Ahora se entabla una conversación que, sobre todo para los más jóvenes, no será nada fácil. No vamos a pasarla por alto, sino muy al contrario, trataremos de aclararla tanto como sea posible, para que todos lleguen a comprender el significado, con tal de que presten atención.

El Señor Jesús habla con Nicodemo sobre el nuevo nacimiento, el cual compara con el viento que sopla. Cuando en verano damos un paseo por los bosques, podemos oír el soplo

muy suave del viento en las hojas de los árboles. No vemos nada, pero el soplo muy suave sí lo oímos. No sabemos de dónde viene el viento ni a dónde va; la única cosa que percibimos, acústicamente, es un sonido muy ligero.

Lo mismo ocurre cuando Dios convierte un alma. Y cuando un nuevo corazón es dado a una persona, joven o vieja, no sabe explicar cómo se produjo el cambio, pero sí sabe que no puede seguir viviendo como antes. Cuando, por ejemplo, los amigos gastan bromas sobre cosas estúpidas y obscenas, y se ríen a carcajadas, ya no pueden hacer como antes. No decimos nada contra el humor sano; pero hemos de distinguir entre el humor sano y malsano. No quiere decir tampoco que siempre debemos estar de mal humor, la cara larga y triste. ¡No! Pero cuando surge el humor malsano y obsceno, el ser regenerado se siente infeliz y prefiere apartarse de cierta gente del mundo presente, enemigo de Dios. Apartado del mundo, el ser regenerado prefiere doblar las rodillas en un lugar solitario y con harta frecuencia se aflige al darse cuenta del pecado inherente a la naturaleza humana, pecado que en la vida de cada hombre, de cada mujer, de cada muchacho o muchacha, abunda sobremedida. ¡Oh, no!, el ser regenerado no llega a aclarar lo ocurrido, pero muy profundo en el corazón hay tristeza y un ansia de encontrar a Dios; en su corazón nace el amor hacia Dios.

De todas estas cosas no sabe nada Nicodemo, y refiriéndose a lo dicho por Jesús sobre el nuevo nacimiento de agua y del Espíritu de Dios, interrumpe para preguntar a Jesús: "¿Cómo puede hacerse esto?".

Al hacer esta pregunta, Nicodemo nos hace ver que no ha comprendido nada acerca de entrar en el Reino de Dios. De repente, se ve enfrentado con otro orden de cosas: En Israel (como hemos visto anteriormente) los niños eran recibidos dentro del Pacto de Abraham por medio de la circuncisión, a los ocho días de nacer, mientras aquí, según el orden presentado por Jesús, el hombre tiene que nacer de nuevo. Una cosa es un mero acto ritual; otra cosa es la entrega total y absoluta del hombre a Dios, lo que el hombre no logra experimentar sin nacer de nuevo de agua y Espíritu.

Como hemos visto, el soplo dulce y suave del viento de Dios no cabía dentro del criterio teológico de los judíos, ni en el de los teólogos modernos tampoco.

Nicodemo, con toda sinceridad, admite que no lo comprende. El hombre más humilde del mundo, sin embargo, lo comprenderá con tal de que Dios haya renovado su corazón. Nosotros, cristianos, creemos por la obra del testimonio intrínseco de la Palabra de Dios, el cual por el Espíritu Santo obra en nuestros corazones.

La misma gente religiosa, que no conoce más que la religión en la que nació, no recibe este testimonio (como Jesús mismo dice), por lo cual le falta a esta gente un eslabón esencial para completar la cadena de verdades bíblicas que tenemos que experimentar para entrar en el Reino de Dios. Este eslabón es explicado por Jesús a base de un relato sacado del Antiguo Testamento: Moisés, levantando la serpiente de bronce en el desierto. Según dicho relato, el que miraba a la serpiente de bronce no moría por el efecto del veneno de las serpientes ardientes. (Léase Números 21:4.9).

Y en la dispensación del Nuevo Testamento, el que mira a Jesús colgado en la cruz no se perderá, sino que tendrá vida eterna.

Refiriéndose a su muerte en cruz, en el diálogo con Nicodemo, Jesús pronuncia el monumental versículo que Lutero, más tarde, llamará la Biblia pequeña, por ser el resumen general de toda la Palabra de Dios:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”.

Y Jesús concluye el diálogo con Nicodemo añadiendo el mensaje central evangélico, declarando que “no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él”.

Y esta declaración constituirá el núcleo de la predicación del apóstol San Pablo.

## Capítulo 14

# == LA MUJER SAMARITANA ==

### Juan 4: 4-44

Antes de proseguir nuestra historia, tenemos que echar un vistazo al mapa de Palestina, para darnos una idea de la situación política de la tierra de Canaán en tiempo de Jesucristo. La parte del mediodía se llamaba JUDEA, la del centro SAMARIA y la del norte GALILEA. En dicha región norteña la población era israelita también, pero no de la clase adinerada como la de Judea, donde tenían la costumbre de tildar a Galilea de región mísera y desdeñable. En el centro de Galilea estaba situado Nazaret, pueblo de residencia del Señor Jesús. Al otro lado del Jordán, donde, en un pasado ya remoto, vivían las tribus de Rubén y de Gad y la media tribu de Manasés, se extendían dos provincias más: PEREA, al sur, y DECAPOLIS, al norte. Son nombres geográficos de suma importancia, porque en la lectura del Nuevo Testamento nos topamos con ellos con frecuencia. Por ello este capítulo va provisto de un mapa pequeño para darnos cuenta de la situación exacta de las ciudades y pueblos más importantes del país.

Los samaritanos y los judíos eran enemigos. Un joven israelita no se hubiera casado con una muchacha samaritana, y viceversa. Los que no hacían caso de la enemistad que reinaba uniéndose a la raza samaritana detestada, eran echados fuera de la comunidad israelita por los sumos sacerdotes de su pro-

pia nación Hasta tal punto iba el odio de los judíos por los samaritanos, que no querían tener trato alguno con ellos.

Pero los samaritanos también odiaban y detestaban a los judíos. Ya en tiempos de Nehemías los dos pueblos eran enemigos acérrimos; nadie había olvidado las asechanzas de Sanbalat, que concitaba a todo el ejército de Samaria contra los judíos recién repatriados de Babilonia cuando estaban reconstruyendo el Templo. Era una lucha tremenda en aquel entonces, y cuando el odio que una nación siente por otra se hace tradicional, es harto conocido lo que puede suceder. A este respecto, la historia mundial nos facilita muchísimos ejemplos.

El hecho de que los samaritanos vivieran en el centro de la tierra de Canaán les estorbaba mucho a los judíos. Si para celebrar las grandes fiestas viajaban de Galilea a la metrópoli, allá en Judea, el camino más directo los llevaba a través de Samaria. Los judíos sin embargo, evitaban el camino por Samaria por la sencilla razón de que no querían viajar por dicha región. Por ello pasaban el río Jordán, al sur del mar de Genesaret, para viajar por Decápolis y Perea hacia el sur, donde atravesaban otra vez el Jordán, y, pasando por Jericó, caminaban a Jerusalén. Por grande que fuera el rodeo, escogían el camino más largo, porque querían evitar a Samaria a toda costa.

Además, el viaje por Samaria resultaba bastante peligroso, muy a menudo, debido a que los samaritanos con frecuencia atacaban a los viajeros judíos para desvalijarlos. Peor aún, eran maltratados a golpes.

A causa de estos incidentes, el odio entre los judíos y samaritanos resultaba cada vez más fuerte, lo que a los ojos humanos es muy comprensible.

Antes de pasar a contar la bella historia que va a ser el objeto principal de este capítulo, he tenido que explicar todos estos detalles, ya que, en la Historia Bíblica, muy a menudo tenemos que conocer una historia para comprender otra.

Pasada la Pascua aludida en el capítulo anterior, los judíos que la habían celebrado han vuelto a sus respectivos pueblos de residencia. Los de Galilea también habían dejado la

metrópoli para volver a Galilea pasando por los territorios de Perea y Decápolis.

Todos los galileos, menos el Señor Jesús, el cual quedó atrás en Judea por cierto tiempo aún. No sabemos cuánto tiempo. Pero lo que sí sabemos es que, día tras día, mucha gente se congregaba alrededor del Señor para escuchar su predicación. Pero al enterarse del suceso, los fariseos de la capital no están contentos. Se consultan mutuamente para poner fin a las predicaciones al aire libre. Lo mismo ocurre siempre cuando un predicador no colegiado se pone a predicar anunciando cosas que estorben a los líderes religiosos del pueblo. Sea lo que fuere, el Señor Jesús terminó sus actividades por Judea y volvió a Galilea. A diferencia de sus compatriotas, Jesús no sale rumbo a los territorios transjordánicos, sino que pasa por Samaria..., a pesar del odio que los samaritanos sienten por los judíos. Jesús, sin embargo, no odia a los samaritanos; muy al contrario, va a verlos porque tiene algo que decirles. Incluso para los detestados y desdeñados samaritanos vino el Señor Jesús; todos nuestros prejuicios humanos, Jesús los pasa por alto. Porque la gracia de nuestro Señor Jesucristo es universal, y por muy interesante que pueda ser el estudio de las razas humanas, todas son iguales delante de Dios.

Acompañado de sus discípulos, Jesús va viajando por una tierra hostil. Hace un calor sofocante, y el viaje se hace largo y penoso. Además, habrán notado el cansancio también. Tenían que ir cuesta arriba y otra vez abajo, hasta que, a mediodía, cuando el sol está en el cenit, la compañía va acercándose a una ciudad samaritana llamada Sicar.

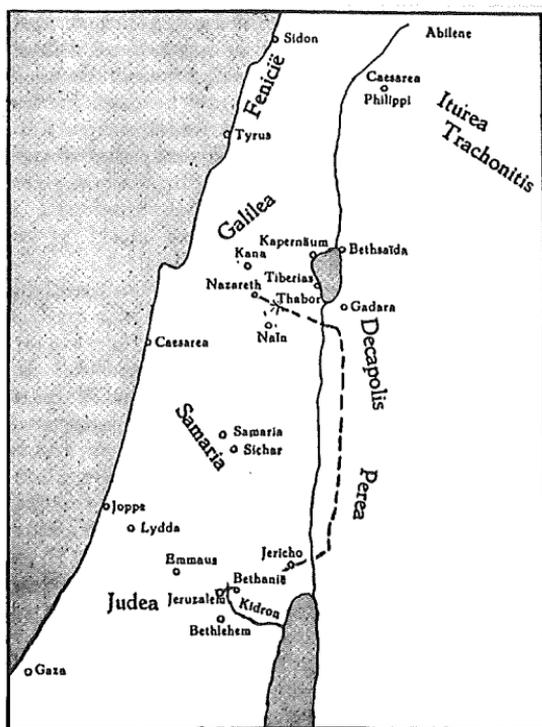
Muy cerca de Sicar había un pozo, el de Jacobo, cavado por el patriarca mismo. Se trataba, pues, de un monumento de la antigüedad. Pero por muy viejo que fuera el pozo, la gente seguía sacando agua fresca cada día.

Y Jesús, cansado del viaje, se sienta junto al pozo, mientras los discípulos van a hacer compras en la ciudad. Es la hora de comer. Y ellos tienen que comer también. Jesús queda atrás, solo, cansado y sediento. A sus pies, en la profundidad del pozo, murmura el agua fresca. Pero Jesús no puede sacar agua por no tener

cubo. Por ello sigue sentado allí, callado. Nada se mueve alrededor de Él, y Jesús, cansado, goza de este silencio regenerador.

En esto también nos damos cuenta de que Jesús era verdaderamente hombre.

De repente oye el paso ligero de una persona que se acerca. ¿Serán sus discípulos...? ¡No! Una mujer samaritana que lleva un cántaro en el hombro. A mediodía (a la hora sexta a la manera de contar de los judíos) viene a sacar agua. Sin decir palabra al forastero sentado junto al pozo, va llenando su cántaro para marcharse enseguida. Un solo vistazo le bastó para darse cuenta de que el forastero era un judío. Por ello ni siquiera se digna mirarle, por ser enemigo de su nación.



*La tierra de Canaán en tiempo de Jesucristo*

Sidon	=	Sidón	Tiberias	=	Tiberias
Lydda	=	Lida	Abilene	=	Abilinia
Nazareth	=	Nazaret	Emmaus	=	Emaús
Fenicië	=	Fenicia	Thabor	=	Tabor
Jericho	=	Jericó	Cesarea Philippi=	Cesarea de Filipo	
Gadara	=	Gadara	Bethanië	=	Betania
Caesarea	=	Cesarea	Jeruzalem	=	Jerusalén
Iturea	=	Iturea	Nai	=	Nafín
Kidron	=	Cedrón	Tranchonitis	=	Traconite
Decapoliç	=	Decapolis	Judea	=	Judea
Galilea	=	Galilea	Samaria	=	Samaria
Bethlehem	=	Belén	Kana	=	Caná
Sichar	=	Sicar	Gaza	=	Gaza
Kapernaüm	=	Capernaúm	Perea	=	Perea
Bethsaïda	=	Betsaida	Joppe	=	Jope

Nota: Los judíos de Galilea no querían viajar por Samaria cuando, para celebrar las grandes fiestas religiosas, iban a Jerusalén. Por ello solían dar un gran rodeo; la línea punteada, en nuestro mapa, indica el camino desviado por el que los galileos transitaban.

De repente, Jesús le pide a la mujer: “Dame de beber”. La samaritana se defiende y mira a Jesús maravillada. Asombrada al extremo, Le pregunta: “¿Cómo Tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?”

Algo que nunca hubiera esperado, que un judío se dignara a dirigirla la palabra... Porque un judío prefería morir antes que pedir un servicio a un samaritano, porque todo lo que los samaritanos hubieran podido darle era impuro según los ritos judíos. Por ello la pobre mujer está atónita, pero no Le da de beber...

El Señor Jesús le contesta diciendo: “Si tú conocieras el don de Dios y quién es El que te dice: Dame de beber, tú no habrías negado mi petición. Yo te hubiera tratado de un modo distinto, pero si me hubieras pedido a Mí, te habría dado agua viva”

A lo cual la samaritana contesta: “Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes Tú el agua viva?” A continuación Le pregunta a Jesús si acaso tiene agua que sea mejor que la que ella tiene, Jacob cavó el pozo, y él

mismo, sus hijos y sus ganados han bebido de este mismo pozo. “¿Acaso eres Tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo?”, prosigue hablando.

El Señor, con calma, le contesta: “Esta agua, sí, es buena, pero el que bebiere de ella volverá a tener sed, y tendrá que volver a beber. Más el que bebiere del agua que Yo le daré no tendrá sed jamás, sino el agua que Yo le daré será en Él una fuente de agua que salte para vida eterna”.

Ya comprenderéis que Jesús no se refiere al agua ordinaria que sacamos de los pozos o de los grifos en nuestras casas. ¡Cierto que no! El Señor se refiere al “agua viva” que es el don de gracia, que de muertos nos hace vivos. Al referirse al “agua viva”, el Señor Jesucristo se refiere al agua que brota de los manantiales de la gracia y sabiduría de Dios: el Espíritu Santo que en el día del Pentecostés vino a llenar los corazones de los discípulos. Y cuando el Espíritu de Dios se apodera de un ser humano, es como si brotaran aguas de su seno, y también el gran poder que iba acompañando la predicación de los apóstoles después de Pentecostés. Asimismo, la voz hebraica que en español se traduce por “borboteo”, en la versión griega del Antiguo Testamento se llama profeta. La profecía bíblica es, pues, un borboteo de agua viva...

“¿Agua viva?” La mujer samaritana no sabe lo que es. Por ello cree que Jesús se refiere al agua ordinaria. “Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed ni venga a sacarla...”, pide la mujer. No sabemos si ahora empieza a tomar interés en lo que le dice Jesús, pero también puede ser que no haya comprendido nada en absoluto, y que sólo quiera tener dicha agua para no volver a tener sed ella misma, y que ya no tenga que cansarse por ir a sacar agua del pozo a mediodía, cuando hace tanto calor. Sería demasiado fácil si por alguna intervención divina no tuviéramos que esforzarnos por ir en búsqueda de nuestras necesidades cotidianas.

Sí, pues, la mujer samaritana no comprende lo que el Señor Jesús le dice, hasta querer el sublime don del agua viva por mera pereza y comodidad, ¿cuál será la respuesta de Jesús? ¿Se levantará para marcharse de allí, porque, por mucho

que hablara, la pobre mujer no comprendería nada? Nosotros nos apartaríamos pensando que no vale la pena discutir con ella, que todos nuestros esfuerzos serían infructuosos, pero el Señor Jesús, a diferencia de todos nosotros, entabla una conversación pastoral diciendo:

“Ve, llama a tu marido y ven acá”.

De repente, la mujer inclina la cabeza, azorada, hasta a lo mejor se ruboriza. En tono muy suave, contesta: “No tengo marido”.

Con una mirada penetrante, Jesús mira a la mujer diciendo: “Bien has dicho: “No tengo marido”; porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad”.

Pero ¿cómo acierta Jesús a conocer la condición y vida de la mujer? No la conoce, no la ha visto antes, y a pesar de todo, Jesús sabe su manera de vivir. Al hacerlo dicha pregunta, muy sencilla, le hace ver a la mujer que ella vive en el pecado y que por cinco veces ha abandonado a su marido para casarse cada vez con otro. Esto es adulterio, lo que la Ley de Dios prohíbe. Al referirse al estado tan miserable de pecado en el que la mujer vive, Jesús le hace ver que sabe todas las cosas por ser Hijo de Dios.

Pero ahora la pobre mujer queda maravillada; el forastero debe ser algo más que un judío como los demás... “¡Señor!” (ahora le llama Señor). Me parece que Tú eres profeta. Dime, pues, ahora, quién tiene razón: Los judíos que dicen que el Templo de Jerusalén es el verdadero templo al que las ofrendas han de ser llevadas y el lugar donde se debe adorar, o nosotros, los samaritanos, que construimos otro templo en el monte de Gerizim, diciendo que en el lugar donde estuvo nuestro templo nos conviene adorar. ¿Quién, pues, tiene razón, tu pueblo o nuestro pueblo?”.

“Mujer (le contesta Jesús) créeme que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre”. En otros términos, ni en el monte de Gerizim, en el que los samaritanos habían construido su templo (el cual había sido destruido en el año 129 antes de Jesucristo), debía adorar, ni en el

Templo de Jerusalén, sino que al Señor Dios podía servirse y adorarse en cualquier lugar del mundo.

Y cuando vosotros, queridos muchachos y muchachas, queráis doblar las rodillas a solas delante de la cama, en vuestro dormitorio o en cualquier otro rincón escondido, vuestra oración tendrá el mismo valor que la que pronunciareis a las horas del culto, en la iglesia, o en las reuniones de oración. Dios está en todos los lugares, y cuando oráis, os ve y os oye dondequiera que estéis. Entonces nosotros ya no precisamos ir a un lugar determinado para elevar nuestras plegarias delante de Dios. Podemos hacerlo en cualquier lugar.

Por ello la idea de los santuarios, donde acuden los fieles no cabe dentro del criterio del Evangelio. En Jesús, Dios vino a nosotros para estar con nosotros siempre, en cualquier lugar.

En su conversación con la mujer samaritana, Jesús pronuncia palabras que, en la predicación del Evangelio por el mundo entero, son monumentos de sabiduría divina:

“Vosotros (dice a la mujer samaritana) adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos. Más la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que Le adoren. DIOS ES ESPÍRITU Y LOS QUE LE ADORAN, EN ESPÍRITU Y EN VERDAD ES NECESARIO QUE LE ADOREN...”

Al oír estas cosas, la mujer abre su corazón y dice a Jesús: “Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando Él venga nos declarará todas las cosas...”

A lo cual Jesús contesta: YO SOY, el que habla contigo”. Como clavada en el suelo la mujer pecadora se encuentra delante de Jesús, sin decir palabra. El corazón de la samaritana se llena de profundo respeto por el Judío que acaba de llamar su atención a la vida de pecadora que llevaba, el cual le ha dicho todo lo que ha hecho en su vida, sin haberla conocido; el que ahora le dice que es el Mesías, Rey de Israel esperado desde tantos y tantos siglos... Cree las palabras que el Salvador le ha dicho.

De repente son interrumpidos. Los discípulos que han ido a

la ciudad para hacer compras, vuelven en este mismo momento. Han tenido éxito, porque los samaritanos no se han negado a venderles unos víveres, y ahora vuelven al lugar donde está el Maestro. Acaso piensan que Jesús los estaba esperando con ansia... y ahora Le encuentran hablando con una mujer samaritana. No comprenden nada. Ellos, ciertamente, no hubieran entablado ninguna conversación con ella. Además, Jesús ya no parece cansado. La mirada de Jesús denota una gran alegría.

A pesar de todo, no se atreven a preguntarle quién es esa mujer, o lo que ha discutido con ella. Esperan, pues, callados. La mujer está perpleja. Casi no puede creer que el ameno y singular Forastero sea el Mesías. Acaso se había imaginado un personaje más austero.

El Señor Jesús ya no dice nada tampoco. Acaba de cumplir su obra en la vida de la samaritana, la cual, dejando atrás el cántaro junto al pozo, se marcha deprisa rumbo a la ciudad. Entretanto, los discípulos vienen a decir a Jesús: "Rabí, come". Esto quiere decir que Jesús tenía que comer de los víveres que acababan de comprar.

Jesús, sin embargo, se niega a comer; ya que no tiene apetito. ¡Qué cosa más extraña! ¿Le habría traído alguien algo de comer? A lo mejor, la samaritana Le habrá dado algo.

Pero no era así; Jesús no había comido todavía. Hay otras cosas que Le preocupan y que llenar todo su Ser.

En realidad, Jesús tiene otra comida que comer; la de hacer la voluntad del que Le envió, que consiste en acabar la obra de Dios. Actuando de esta manera, Jesús cumple lo que también en profeta Jeremías hizo al decir: "Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón..." (Véase Jeremías 15:16).

Más tarde, al declararse Pan de Vida, Jesús dirá que el que coma del pan vivo descendido del cielo vivirá para siempre. Y cuando Jesús va a ofrecer su propia carne por la vida del mundo, nos acordamos del prólogo del Evangelio según San Juan: El Verbo hecho carne. Sí, pues, nosotros llenamos todo nuestro ser comiendo este verbo, esta Palabra de Dios, estare-

mos en comunión con Él. Asimismo, vislumbramos aquí, bajo cierto aspecto, el gran misterio que nos es revelado en la Santa Cena, en la que comemos pan y bebemos vino (símbolos de la carne y de la sangre del Señor Jesucristo) para estar y permanecer en comunión con Dios por Jesucristo.

He aquí muchos samaritanos que se acercan al pozo junto al cual Jesús está sentado. ¿También vienen a sacar agua todos ellos...? ¡Cierto que no! Vienen a ver al singular viajero israelita. ¿Y por qué...? ¿Por quién se han enterado de que Jesús está sentado junto al pozo...?

Pues bien, la mujer samaritana se apresuró a volver a la ciudad para decir a quienquiera que encontrase que junto al pozo de Jacob estaba sentado un Forastero que a ella le había dicho todo lo que había hecho en su vida. “¿No sería éste el Cristo?” Ahora que ha encontrado al Mesías, quiere decírselo a todos los vecinos de Sicar, para que ellos también Le encuentren; va corriendo por las calles y los callejones de la ciudad, y a todo el mundo le dice la misma cosa.

Y los samaritanos que se enteran del suceso van sintiendo interés por aquel Forastero. Muchos creen lo que la mujer ha dicho, y van a ver al Hombre sentado junto al pozo y quieren hablar con Él.

El camino que lleva al pozo de Jacob se llena de gente.

El Señor Jesús los ve que se acercan y un gozo celestial llena su alma, y dice a sus discípulos: “¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega”.

La siega a la que Jesús alude no es la siega de trigo y cebada, sino la de almas. A la verdad, muchos de aquellos menospreciados samaritanos, detestados por los judíos, se convertirán a Dios. Dios está obrando en los corazones de dicha gente.

Por esta razón el corazón del Señor se llena de alegría ¿No es ésta la obra de Jesucristo? Y para cumplir esta obra vino al mundo, porque Jesús es el Salvador del mundo.

“¿Quieres venir con nosotros a la ciudad? le preguntan a Jesús, “¡Quédate con nosotros!”

El Señor Jesús no tarda en levantarse y los acompaña a la ciudad, para quedarse allí dos días. Después prosigue su viaje rumbo a Galilea. Pero muchos samaritanos se acordarán siempre de la breve estancia de Jesús en medio de ellos, ya que a raíz de la predicación de nuestro Señor muchas almas se convirtieron a Dios.

Muchos samaritanos están dando gritos de alegría, en el glorioso día eternal. En la eternidad alaban al Señor cantando salmos de alegría a la gloria del que una vez, cansado de una larga jornada, se sentó al lado del pozo de Jacob. ¡Cuán maravillosas son las sendas de Dios!

La obra del Señor Jesucristo no ha sido vana; muchos samaritanos, en realidad, creyeron que el Mesías algún día también pagaría por los pecados de ellos.

Aún en nuestro siglo XXI el Salvador sigue enviándonos a sus pastores y mensajeros, para que en el Nombre Santo de nuestro Dios nos anuncien el mensaje de arrepentimiento y de la conversión. Dios mismo nos entrega la Biblia, la eterna Palabra de Dios, para que cada día leamos en ella. ¿Será vana la obra de Dios en nuestros corazones? ¡Todo menos esto! Por que si la predicación de la Palabra de Dios no es de bendición, en nuestra vida terrenal, será de maldición, lo que quiere decir que el justo juicio de Dios será tanto más severo.

Si, pues, vamos a la eternidad inconversos, será para nosotros la perdición eterna. “¡Horrenda cosa es la de caer entre las manos del Dios vivo!”

Pero gracias a Dios, que nos ha dado un Salvador, para que, creyendo en Él y entregando nuestros corazones a Él, nos salvemos de la ira venidera.

¿Nos pasarán delante estos samaritanos...?

¡Ojalá tuvierais un nuevo corazón! Pedidle que venga a morar en nuestros corazones también, y que obre en vosotros. Sea ésta vuestra oración cotidiana, para que no permanezcáis indecisos, sino entreguéis vuestros corazones a Él.

## Capítulo 15

# ¡VE, TU HIJO VIVE!

**Juan 4: 45-54**

Cuando en esta vida terrenal todo va viento en popa, no necesitamos a Dios para nada. ¡Qué va! Cantamos y jugamos, comemos y bebemos, picardeamos y nos hacemos cada vez más turbulentos, no tenemos pesar alguno. Cuando todo va bien, mientras todo nos sonrío en esta vida, esta tierra, para nosotros no es un valle de lágrimas y llantos. Muy al contrario, gozamos del mundo que nos rodea. ¿Pensar en Dios, que nos da todas las cosas...? ¿Mostrarnos agradecidos hacia el Señor por todas sus bendiciones...? Es lo que olvidamos tantísimas veces. Porque, cuando todo va bien, pensamos que es normal y que así debe ser. Pensamos que todo esto nos corresponde por pleno derecho.

Es cierto que, como buenos creyentes, no nos acostaremos nunca sin haber doblado las rodillas. No dejamos de orar por la noche, desde luego, porque nos conviene hacerlo así. Es nuestra costumbre por ser cristianos, por lo cual seguimos orando diariamente. Pero lo hacemos con mucha prisa, y porque en este mundo todo corre aprisa, apresuramos nuestra oración, y cuando unos momentos más tarde estemos acostados, tal vez ni siquiera nos acordaremos si hemos orado o no... Por mucho que oremos, es como si no necesitáramos al Señor

de contentos que estamos con nuestra manera de vivir, mientras todo sonrío...

Pero, ¡ay de nosotros!, cuando las cosas toman otro rumbo. Cuando cual espesos nubarrones, los pesares vienen a amenazar nuestra dicha terrenal. Cuando, por ejemplo, caemos enfermos... O cuando, en verano, se acerca una tremenda tronada, o cuando sube una marea viva azotada por el viento, tan amenazadora que nos infunde pavor y espanto. Entonces, con frecuencia, nos ponemos a orar muy en serio. Entonces le toca al Señor ayudarnos, para guardarnos de toda desdicha, de la muerte. Entonces pensamos que mientras más oremos, más se apresurará el Señor a ayudarnos...

Y cuando, en realidad, el Señor oiga nuestras oraciones y nos ayude, ¿cuál será nuestra actitud...? ¿Volveremos a despedirnos del Señor, por no precisar más su ayuda? Por desgracia, hay que confesarlo humildemente, que las más de las veces tenemos un Dios para momentos de apuro, al cual volveremos la espalda cuando, en nuestra vida, la atmósfera se abonanza... ¡Nadie diga que no es verdad! ¡Somos todos iguales!

Nuestros corazones son impíos e ingratos, ya que, por naturaleza, cual ateos vivimos sin Dios en este mundo.

Muerto Herodes, aquel asesino de los niños de Belén, su reino fue dividido en cuatro partes. Al principio un hijo de Herodes reinaba en Judea, pero en los días de Jesús reinaba un gobernador, PONCIO PILATO, el cual gobernaba a Judea en nombre del Emperador romano. Otro hijo de Herodes reinaba en Galilea, el cual se llamaba Herodes también. El infanticida Herodes era un rey impío y ateo, lo mismo que su hijo Herodes que le sucedió. Hacía caso omiso de Dios, lo mismo que sus ayudantes, cortesanos y funcionarios. Ellos, mientras experimentaban gozo y alegría en la vida, mientras podían celebrar fiestas en el palacio real, iban bien. Más fiestas, más deleites...

En Capernaúm, ciudad situada al otro lado del lago de Genesaret, vivía un oficial del rey que desempeñaba un cargo importantísimo. Estaba casado y tenía un hijo único, al que amaba entrañablemente.

Los vecinos de dicha ciudad tenían un tema de conversación predilecto: Las hazañas de aquel nuevo Profeta Jesús de Nazaret. En realidad, los que habían vuelto de Jerusalén, donde habían celebrado la Pascua, se entusiasmaban de los hechos de Jesús en la capital. Habían dicho a sus vecinos cómo echó del Templo a los vendedores y cambistas, cuyas mesas había revuelto. Al decir estas cosas, claro que también hablaban acerca de las señales y milagros obrados por Jesús. Es muy probable que el oficial del rey también haya oído hablar acerca del Profeta. Pero, ¡vaya...!, por ser hombre de alta posición no hacía caso. ¿El Profeta, qué importancia tiene para los asuntos del Estado...? No le necesita para nada. A lo mejor, se habrá burlado de Jesús alguna vez conversando con la gente de su condición. El oficial, que tenía gran ascendiente cerca del rey, estaba contento y no quería más.

Y cuando al salir de su oficina volvía a casa, su mujer le atendía y su hijo iba a su encuentro jugando.

¿Por qué agradecerle al Señor toda esa dicha...? ¿No era por su propio mérito? El oficial del rey era como nosotros, mientras todo iba bien...

Pero llega el día que, vuelto a casa de su trabajo, su mujer le informa de una enfermedad bastante grave de su hijo. El oficial va a verle sin tardanza.

Entonces el hombre influyente se da cuenta de su flaqueza e impotencia delante de la alta fiebre que sufre su hijo, al ver el color rojo subido que la enfermedad le produjo.

Al principio el hombre habrá pensado que el niño no tardará en reponerse, cuando haya dormido bien. ¡Habrá jugado por las calles como un semisalvaje, como hacen todos los niños! ¡Se habrá resfriado! Son explicaciones lógicas por parte de un padre de familia, al ver a su hijo enfermo.

Pero el niño no se repone, sino más bien la fiebre sigue subiendo. El niño mueve la cabeza en la almohada, inquieto. Se ve cómo se pone a delirar y divagar bajo el efecto de la fiebre; de vez en cuando suelta un gemido, para luego menear las manos y la cabeza pronunciando palabras sueltas y confusas.

Al final los padres se inquietan, dándose más y más cuenta de la gravedad del caso. Es muy probable que hayan llamado a los médicos más doctos de la época, los cuales tampoco traen alivio alguno.

Pálido como un muerto y sin decir palabra, el padre está sentado al borde de la camita de su hijo moribundo. La madre se pone a llorar. Sus corazones se rompen de dolor y espanto al pensar en la muerte probable de su hijito. ¡Todo menos esto! Porque muerto el niño, no les restaría nada en la vida. No quieren ni pueden conciliarse con el pensamiento de perder a su hijo... Ojalá tuvieran medios para quitar esa horrible fiebre destructora de la vida humana...

¿Divertirse y deleitarse en los bienes de este mundo? ¡Imposible! Ahora el oficial no está para fiestas y tertulias; ahora las lágrimas le vienen a los ojos de miedo y horror.

¿No hay, pues, remedio? ¿No hay nadie que pueda ayudar a su hijito? ¿No pueden hacer otra cosa que esperar su muerte?

De repente se entera del regreso a Galilea del nuevo Profeta Jesús: Ha vuelto a Caná, donde había obrado el primer milagro cambiando el agua en vino. Dicha aldea distaba de Capernaúm unos treinta kilómetros, lo cual, en aquel entonces, cuando no había vehículos rápidos como tenemos en la actualidad, era una gran distancia.

De pronto, se le ocurre un pensamiento al padre acongojado: Aquel Profeta podría quizás sanar a su hijo... ¡Ojalá fuera verdad eso! En realidad, Jesús ya había hecho tantos milagros que su fama iba corriendo por todo el país. El oficial también se habría enterado de lo que pasó en Caná. Acaso no le hizo caso al principio, diciendo que no podía ser verdad. Acaso se habrá burlado un poco del Profeta... Hoy pasaría igual en nuestras iglesias si algo insólito (como un milagro) sucediera, no cabe ninguna duda.

Pero cuando todo va mal, el ser humano acude a todo lo que puede salvarle. En todo caso, ya no se burla del profeta desconocido. El oficial va convenciéndose más y más de que Jesús puede salvar a su hijito de la muerte. Si alguien puede intervenir en su favor, sólo Jesús puede ser.

El dignatario se levanta decidido: Iré a ver a Jesús. Se lo preguntará a Él. Ya no tiene miedo a lo que diga la gente, con tal de que su hijito se reponga. Unas pocas semanas antes no lo hubiera hecho ni por una fortuna. Pero ahora se encuentra en condiciones tan tristes porque su hijo único está muriendo. Ahora lo hace todo, con tal de procurar alivio al niño. Este es el más genuino amor paterno.

De madrugada se levanta y se dispone para salir de casa. Una vez más echa una mirada a su hijo moribundo, que, inquieto, se revuelca en su cama. Se le llenan los ojos de lágrimas al ver a su hijo desahuciado. Y cobrando ánimo, sale, aun sin saber si volverá a ver a su hijo vivo.

El Señor Jesús ha pasado dos días con los samaritanos, para luego volver a Galilea. A Caná, como ya hemos visto.

Corre el rumor por toda la región: "¡Ha vuelto Jesús!" Muchos van a verle. No se han olvidado del primer milagro, y aligeran el paso para volver a verle pronto. Quizás por mera curiosidad, porque a lo mejor volverá a obrar milagros... Y al poco tiempo de vuelto a Galilea, Jesús está rodeado de gente.

Es la una de la tarde, o las siete, según la hora hebrea. Un hombre se acerca corriendo y, resuelto, pasa por entre la muchedumbre. Es el oficial de Capernaúm que salió de madrugada para encontrar a Jesús y que ha ido corriendo varias horas antes de llegar. Además, el camino de Capernaúm a Caná va cuesta arriba, porque Capernaúm está situada abajo, al pie de la montaña, mientras Caná está situada en la serranía misma, por ello le costó mucho al hombre llegar al lugar donde está Jesús.

Ha sido una jornada agotadora, pero al fin y al cabo, llega al destino. Pero, a lo mejor, ni siquiera nota el cansancio, porque ha ido propulsado por el miedo a que su hijo pudiera fallecer si llegara demasiado tarde. Esto, sin duda, le habrá dado las fuerzas necesarias para realizar tantas horas de marcha cuesta arriba.

Helo aquí, ahora, delante del Señor Jesús, suplicándole que venga con él a su casa para sanar a su hijo de su enfermedad mortal. Lleno de angustia, espera la reacción de Jesús, para saber si vendrá o no vendrá con él.

Inmediatamente, el Señor ve la cara acongojada del noble; se da cuenta del dolor que atormenta el corazón de este padre. Pero también se da cuenta de que por mera necesidad interesada ha venido a verle, no tanto para oír su mensaje...

Por ello Jesús dice: "Si no vieres señales y prodigios, no creeréis..." Es como si el Señor dijera; "Sí, señor, ahora viene a verme a Mí, porque su hijo está enfermo, para que Yo vaya a sanarle... Pero a mi mensaje no dais crédito; sois todos iguales: Para que creáis tengo que producir señales y prodigios". Es, pues, un suave reproche que dirige al noble oficial, porque no ha venido a Jesús para conseguir bendiciones eternas. No ha venido para tener vida eterna, para obtener el perdón del pecado, sino más bien para tener una bendición terrenal. El oficial no viene a Jesús tampoco en señal de arrepentimiento, ni para vivir a la honra y gloria de Dios en lo sucesivo, sino para obtener la sanidad de su hijo. Lo que Jesús dice es verdad. No sólo en los tiempos de la antigüedad, sino hoy mismo pasa igual. Pero Jesús ni siquiera da una contestación a la súplica del padre acongojado. ¿Qué hará el hombre? ¿Volverá a casa pensando que Jesús no accederá a su ruego? ¿Se enfadará porque Jesús no se dispone inmediatamente a acompañarle?

¡No! El oficial sigue en presencia del Señor y repite su súplica: "Señor, desciende antes que mi hijo muera". No se aparta porque está convencido de que éste es el único remedio para su hijo. Si no viene Jesús, el hijo morirá.

Se hace un silencio profundo. Todo el mundo espera ansioso cómo terminará el asunto. Tienen curiosidad por saber si Jesús va a acompañar al noble oficial. El camino a Capernaúm es muy largo, ya lo sabemos, aunque vaya cuesta abajo. Por ello el oficial dice a Jesús que descienda.

Al final, ¿desechará Jesús al oficial porque por mero oportunismo ha venido a encontrarle? Así harían quizá los cristianos del siglo XXI, pero Cristo no lo hace así. El corazón de Jesús está lleno de misericordia. Sin embargo, Jesús no baja a Capernaúm. No es necesario. Porque, presente o ausente, el

Rey de reyes tiene potestad para intervenir. A grandes distancias, Jesús puede sanar a una persona: No hay regla general. No hay actitud ni ademán que cuente, sino únicamente la comunión que el Hijo tiene con el Padre. Ojalá tuviéramos esta misma disposición espiritual frente a Dios; nosotros tendríamos un gran poder también, y la Iglesia de Cristo sería completamente distinta.

“¡Vete! –dice Jesús al oficial-. ¡Tu hijo vive!”

La reacción de mucha gente religiosa de hoy a tal contestación de Jesús, sería acaso una actitud de incredulidad: Del dicho al hecho hay gran trecho... ¡Como si Jesús fuera un hombre como nosotros! En realidad, abundan en nuestras iglesias los que opinan así. Si hoy en día Jesús dijera a ciertos creyentes la misma cosa, vacilarían en creer. Acaso tendrían más confianza si Jesús fuera con ellos, pero ante un tono de mando que sale de la boca de Jesús como si quisiese imponer el silencio a la enfermedad, para reñirla, el mundo religioso, en general, se muestra muy incrédulo.

Y el oficial (que obedece a órdenes militares), ¿qué hace? ¿Creerá o no creerá lo que le dice Jesús?

La Biblia, a este respecto, es muy clara; el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue...

Con tal contestación por parte de Jesús, el oficial no contaba. El pensaba más bien que Jesús iba a acompañarle a casa, a Capernaúm. Pero ahora, ¡una contestación de esta clase! Pero de Jesús se desprende una autoridad enorme. Cuando Jesús pronuncia una sentencia, no deja lugar a la menor duda. En todo caso, el corazón del oficial, irreligioso, desde luego, se llena de fe suficiente para creer que es verdad lo que dice el nuevo Profeta. Jesús mismo obra dicha fe en el corazón del hombre. El miedo aterrador se va y el hombre se sosiega. Un descanso bienhechor llena su corazón. Siente que algo ha pasado, y cree.

¡Ya no hay peligro! Volverá a ver a su hijo vivo, sano y salvo. La fe es algo extraño: Cuando creemos verdaderamente que alguna cosa ha de suceder, ya no estamos acongojados, y nuestra alma descansa en Jesús, en plena convicción y confianza.

Sosegado, no tarda en volver a casa. No va a correr ahora para averiguar si es cierto lo que Jesús acaba de decirle, porque en su fuero interno sabe que es así. ¿Por qué, pues, tendría tanta prisa...? ¡Ya no es necesario! Sobre todo porque el camino de regreso va cuesta abajo, resultará más fácil que el de ida. Sin embargo, no podrá llegar a Capernaúm antes del día siguiente.

Antes de llegar a su pueblo de residencia, sus siervos vienen a su encuentro gozosos, y desde lejos le dicen con voces de júbilo: "¡Tu hijo vive!"

Y ahora lo más importante es preguntar a los siervos a qué hora el niño ha comenzado a mejorar, quizás para excluir cualquier duda. Hoy, por ejemplo, hasta la gente religiosa diría que el alivio se produjo por mera casualidad. Y los siervos contestan: "Ayer, a las siete, le dejó la fiebre".

Las siete, como hemos visto anteriormente, corresponden a la una de la tarde según nuestro reloj occidental. Y el padre entiende que es exactamente la hora en que Jesús le dijo: "Tu hijo vive".



*"El oficial del rey encuentra a sus siervos"*

Ahora podemos imaginarnos que el oficial ha ido acercándose a su casa con alegría, que la puerta se ha abierto y que una madre y esposa antes acongojada ha venido a su encuentro dando voces de júbilo, diciendo: “¡Ven y ve, nuestro hijo está sano y salvo; se ha repuesto repentinamente!”

El hijito también se habrá acercado para saludar a su papá, con ojos claros y refulgentes. Reunida la familia, se habrán saludado con fuertes abrazos.

Cuando Jesús obra, no lo hace a medias: La obra del Señor es perfecta. Pensemos en el vino de Caná. Aquí, en esta familia, la obra ha sido perfecta también.

En este día reina la alegría en la casa del oficial del rey. No cabe duda de que, con profunda emoción, habrá contado a sus familiares los acontecimientos del día anterior, de cómo ha llegado a Caná, lo que Jesús le ha dicho y de cómo ha vuelto a casa con la fe cierta de que su hijo, al instante, se había repuesto... por orden de Jesús.

Todos habrán escuchado con un silencio profundo.

La mujer también habrá contado la otra parte de la historia, de cómo había estado sentada al lecho de su hijito moribundo, llorando y pensando en la reacción probable del Profeta... Pero entonces también dice que pronto se manifestó el alivio y que la respiración, antes agitada, de repente fue calmándose.

Cesaron los gemidos y desapareció el rubor intenso de la cara del niño. Los ojos deslucidos y casi quebrantados del hijito volvieron de repente a ser claros. Acaso habrá gritado: “¡Mamá, estoy mejor!”

Sea como fuere, aquí están los padres del hijito, muy felices. Sus corazones se llenan de un santo respeto y reverencia al pensar en el gran Profeta. En realidad, ha sido más que un mero respeto, pues en la Biblia leemos la frase importantísima que dice: “Creyó él y toda su casa”.

Creyeron, pues, que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios, el Mesías esperado desde tantísimos siglos. El oficial acudió a Jesús para conseguir una bendición terrenal, a la que se añadió otra celestial para toda la familia. Esta familia nos da envidia...

## Capítulo 16

### = EN LA SINAGOGA DE NAZARET =

**Mateo 13: 53-58**

**Marcos 6: 1-6**

**Lucas 4: 14-30**

¡El pueblo de Nazaret celebra el sábado!

Las casitas del pueblo están esparcidas apaciblemente por toda la vertiente de la serranía. Es un día tranquilo y sin movimiento. Ningún vecino de Nazaret va a trabajar, por ser el día de reposo, el sábado de Jehová. Nada más que la labor estrictamente necesaria es hecha. Los campesinos, desde luego, tienen que atender al ganado, pero no hacen más de lo imprescindible. Nadie, por ejemplo, se dedicará a las faenas del campo.

Por la mañana de este sábado, los vecinos muestran un sentimiento de alegre curiosidad. Muy de prisa se disponen para ir a la sinagoga, porque en Nazaret también había sinagoga, en la que los judíos piadosos solían reunirse cada sábado para escuchar la lectura del Antiguo Testamento, ya que el Nuevo Testamento aún no existía en aquel entonces. En general, le tocaba al jefe de la sinagoga leer las porciones indicadas de la Palabra de Dios.

Así, pues, nos damos cuenta de que los habitantes de Nazaret eran creyentes asiduos del culto, cada sábado, más que los cristianos del siglo presente.

Este sábado, hay otro motivo que les incita a ir a la sinagoga, algo que les atrae más que de costumbre. ¿Y por qué?

Pues bien, se han enterado de que Jesús, hijo de José, ha vuelto al pueblo. A la verdad, todo el mundo Le conocía en Nazaret, jóvenes y ancianos, pequeños y grandes. Este hecho no ha de extrañarnos, sabedores como somos de que por treinta años casi, Jesús había vivido en este pueblo. Le han visto andar por las calles día tras día llevando, quizás, una caja de herramientas en el hombro. No detestaban a Jesús, esto no, pero, ¡vaya!, ha sido siempre algo distinto de los demás vecinos. A ninguno de ellos ha hecho mal alguno, ni tampoco ha tratado a alguien injustamente.

Pero unos meses atrás salió del pueblo repentinamente, y después de su salida han oído de Él cosas verdaderamente extrañas. De Nazaret también muchos fueron a Jerusalén para celebrar la Pascua. Allí mismo, en la capital, en el Templo, vieron sus hechos, los milagros y señales que Jesús realizó ante sus ojos. A su regreso a Nazaret, los peregrinos no han dejado de hablar de Jesús.

Sobre todo durante este último tiempo, los rumores más extraños han corrido por Nazaret. En Caná, aquí, muy cerca, cambió agua en vino, lo cual, a la verdad, había hecho antes de que los vecinos de Nazaret presenciaran las tan extrañas señales en Jerusalén. Pero ahora acaba de sanar al hijo de un oficial de Capernaúm de una manera no menos maravillosa. No había dicho más que: "¡Ve, tu hijo vive!" Y lo más extraordinario era que Jesús no sólo pronunció estas palabras, sino que se cumplieron al instante. Para ellos era un caso sin precedente.

Ahora Jesús está en Nazaret. ¿Ha de extrañarnos el que los vecinos se consuman de curiosidad? ¿Ha de extrañarnos, además, el que más gente que de costumbre vaya a la sinagoga en dicho sábado? El que esté en condiciones para ir, irá.

La gente, pues, no tarda en llenar el camino a la sinagoga; discutiendo animadamente, van al sitio donde podrán escuchar el mensaje de Jesús, Hijo de Dios. Van empujados por la curiosidad, y no sedientos de la Palabra de Dios.

La sinagoga no tarda en llenarse de gente que espera. No habrá habido un silencio reverente, sino más bien unos ratos de animada discusión, a lo que en nuestros templos y salas de reunión no estamos acostumbrados. Nosotros nos acercamos a los sitios que nos correspondan callados, recogiéndonos en espera del comienzo del culto. Por lo menos, nos conviene hacerlo así.

De repente todo el mundo calla, las miradas fijas en Jesús, que acaba de levantarse en señal de querer decir algo. El Jefe de la sinagoga le entrega el libro del profeta Isaías.

En aquél entonces, los libros no estaban hechos como los que en la actualidad tenemos; el arte de la imprenta fue inventado mucho más tarde. En la antigüedad tenían que contentarse, pues, con grandes rollos de papel o, mejor dicho, de papiro o pergamino. Así también el libro bíblico estaba escrito. Las hojas del pergamino se enrollaban esmeradamente. Para cada libro tenían un rollo distinto. Y cuando, en el pasaje aludido, leemos acerca del rollo del profeta Isaías que el jefe de la sinagoga entregó a Jesús, se trató, pues, del rollo en el que las profecías de Isaías estaban escritas.

Con silencio profundo, Jesús abre el rollo de pergamino y se pone a leer:

“El Espíritu del Señor está sobre Mí,  
Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres;  
Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;  
A pregonar libertad a los cautivos,  
Y vista a los ciegos;  
A poner en libertad a los oprimidos;  
A predicar el año agradable del Señor”.

Leído este pasaje, vuelve a enrollar el pergamino, lo devuelve al jefe de la sinagoga y se sienta.

Un silencio aún más profundo llena la sinagoga, porque ahora Jesús va a hablar sobre el pasaje de la Palabra de Dios que acaba de leer.

“Hoy (comienza Jesús a decirles) se ha cumplido esta escritura delante de vosotros”.

A continuación les explica el significado de las palabras de Isaías, para aclararles el porqué de la profecía que acaba de leer. Les habla a sus conciudadanos del Evangelio que es predicado a los pobres..., lo que ellos comprenden muy bien, porque la mayoría de ellos son muy pobres, y tienen que trabajar mucho, muchísimo, para lograr ganar un pedacito de pan.

Pero lo que no comprenden es que Isaías, y ahora también Jesús, se refiera a otra clase de pobreza. Sólo piensan en la pobreza terrenal, mientras Jesús, en su mensaje, se refiere a la pobreza espiritual, Jesús se refiere a los hombres y mujeres que se afligen por sus pecados.

Además, Jesús les explica lo que significa el estar “quebrantado de corazón”. En Nazaret, como en todos los sitios del mundo, habrá habido personas que estaban de luto. El mundo está lleno de personas que tienen el corazón quebrantado.

Esto, sin embargo, no es más que el aspecto exterior del mensaje: El Señor Jesús, sobre todo, alude a los que se afligen por su pecado, cuya contrición les incita a buscar a Dios. Y, en realidad, los que así se allegan a Dios por Cristo alcanzarán sanidad y consuelo. El Señor les perdonará los pecados.

Esto, por desgracia, no lo comprende la mayoría de la gente. Ni, incluso, la gente más religiosa.

De este modo el Señor Jesús prosigue hablando. Habla acerca de los presos que han de ser soltados; acerca de ciegos que han de recobrar la vista; acerca de los vencidos y quebrantados que han de ser levantados de su miseria.

El Señor Jesús habla muy tranquilo, en tono muy suave, de una manera extremadamente sencilla, para que todo el mundo lo pueda comprender. Lo que dice, lo dice de todo corazón, porque lo dice en serio.

No es, pues, nada extraño que los vecinos de Nazaret hayan escuchado con profundo silencio. Porque la manera de hablar de Jesús es distinta de la del jefe de la sinagoga. Es cierto que este último también les predicaba algún sermón, pero

les hablaba con docta frialdad, lejos de estar conmovido por el estado tan mísero en que el mundo está hundido. En realidad, los líderes religiosos de Israel estaban llenos de las leyes del Antiguo Testamento, por supuesto, y sin cesar decían al pueblo lo que debía hacer y lo que debían dejar de hacer...

Unos rigoristas que sólo transmitían sus dictatoriales órdenes al pueblo, pero que tenían el corazón frío... Jesús, al contrario, les hablaba directo al corazón.

Al oír lo cual los vecinos de Nazaret se miran. Y haciéndose señales, quizás aprobasen el discurso de Jesús.

La Biblia dice que todos daban buen testimonio de Jesús. Esto quiere decir que aprobaban el discurso de Jesús y que Le querían mucho. Estaban maravillados de las palabras tan agradables que pronunciaba.

Pero entre querer mucho a Jesús y creer en Él hay una diferencia enorme, ya que cuando Jesús alude a su ministerio mesiánico la congregación se asusta. ¡Qué! ¿El Hijo de José, aquel humilde carpintero, va a ser nuestro Mesías...? En realidad, el Señor Jesús acaba de decir que la profecía leída en el libro de Isaías está cumplida. Acaba de decir que había venido para cumplir lo que está escrito acerca de Él. El discurso ameno, sí, pero el ministerio mesiánico, ¡no! ¿Qué, pues, se imagina? Y, por añadidura, tenía el descaro de decirlo abiertamente...

Dicha declaración bastó para alborotar a toda la muchedumbre congregada en la sinagoga. Airados, se dicen: "¿No es éste el hijo de José?" "¿Cómo, pues, tiene el descaro de llamarse Hijo de Dios?"

El Señor Jesús sabe lo que les ocurre; comprende que han surgido pensamientos hostiles..., se niegan a creer sus palabras y se oponen al mesiazgo de Jesús, por lo cual ya no vale la pena seguir hablando, ya que los corazones de los Nazarenos se muestran inaccesibles para el mensaje de Jesús. Sin embargo, Jesús les da la cariñosa pero solemne advertencia de que no Le desechen. Además, les ha hecho ver que sabe todas las cosas.

“Sin duda, me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Si en realidad eres el Mesías, pruébalo. Haz, pues un milagro en tu propia tierra; que aquí, en Nazaret, hay muchos enfermos también. Sana, pues, a los enfermos de tu propio pueblo, en vez de sanar a los de Capernaúm”.

Jesús, al decir esto, tiene razón. Son éstos exactamente los pensamientos que han surgido en los corazones de los nazarenos..., ya que creen conocer a Jesús demasiado bien. Por lo menos, así opinan, y eso es precisamente lo que les impide creer que Jesús es el Mesías.

A continuación, Jesús les dice por qué no puede obrar señales y milagros en Nazaret; ellos mismos tienen la culpa, debido a su incredulidad. Por ello cita ejemplos de la historia para explicarles el porqué, diciendo:

“En los días de Elías, cuando cundía el hambre en la tierra de Canaán, porque por tres años y seis meses no había caído ni una gota de lluvia, había muchas viudas en Israel. Elías, sin embargo, no fue enviado a una viuda Israelita, sino a una que vivía en Sarepta, de Sidón (o Sarfat, en hebrero), es decir, fuera del territorio de Israel, en tierra pagana. ¿Y por qué? Por la sencilla razón de que en Israel incluso las viudas no creían que Elías era un profeta de Jehová, y preferían servir a los ídolos introducidos en Israel por Jezabel”.

Por añadidura, Jesús sacará otro ejemplo más de la historia del pueblo de Israel:

“En los días de Eliseo, asimismo, había muchos leprosos en Israel. Pero ni un solo leproso israelita fue sanado, sino únicamente Naamán, general sirio, el cual fue purificado de dicha enfermedad incurable. ¿Y por qué? Por la sencilla razón de que los leprosos israelitas ninguno se dignó ir a ver a Eliseo para conseguir sanidad, porque no creían en Eliseo. Pero Naamán, el hombre pagano, sí fue a ver a Eliseo, y de incurable que fue, volvió sanado.

¡Qué advertencia más solemne! Es como si el Señor Jesús dijera: “¡Pueblo mío, escuchadme todos y no hagáis lo que las viudas y los leprosos en Israel hicieron siglos atrás!”

Diciendo esto, declara responsables a los vecinos de Nazaret, responsables de que Jesús no pueda sanar a los enfermos de su propio pueblo. No es la culpa de Jesús, sino por la incredulidad del pueblo.

¿Y qué contestan a Jesús? ¿Se arrepienten los nazarenos...? Veamos lo que ocurre: Un verdadero alboroto en plena sinagoga de Nazaret. El gentío no cabe en sí de ira, y, enfadados, se levantan de sus asientos. Es como un hervidero de gente; airados, aprietan los puños y, chispeando de cólera, asaltan al manso Jesús para golpearle. Con fogosa violencia. Le echan de la sinagoga para llevarle hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificado Nazaret, donde había un precipicio profundo escarpado.

Allí mismo quieren despeñarle para que se estrelle contra las peñas agudas del fondo del precipicio. El asesinato quieren perpetrarlo añadiendo palabras duras de ira y escarnio. ¡A ver lo que hará Jesús...!

Al parecer, sin oposición alguna, Jesús se deja arrastrar por el gentío rabioso. Pero, ¿qué...? ¿Jesús no puede defenderse contra tal violencia...? ¿Se encuentra entregado a su poder sin más ni más...?

¡Ni en lo más mínimo! El Rey de reyes va hasta cierto punto y no se deja arrastrar más allá. Bastaría una palabra de su boca para hacer caer a todo el gentío muerto, y cesarían para siempre sus gritos y escarnios. Una palabra bastaría para hacer caer del cielo un relámpago o un fuego devorador sobre aquellos religiosos escarnecedores dispuestos a cometer un crimen.

Pero Jesús no va a abusar de su poder; y absteniéndose del uso del poder del Rey de reyes que tenía, de antemano se distancia de la iglesia llamada cristiana que, más tarde, no dejará de desenvainar la espada para defenderse. Porque Jesús, en realidad, tiene poder ilimitado, mientras que la iglesia cristiana, desprovista de poder divino, recurrirá al brazo seglar.

El Señor Jesucristo, según vemos en este capítulo, no recurre nunca a la fuerza; no ha venido a perder y destruir a la humanidad, sino a salvarla. Hasta cierto punto, Jesús se

deja arrastrar, pero llegado a la cumbre, de repente el Señor se yergue, y por mucho que arde el odio en sus corazones, tienen que soltar a Jesús... ¿Y por qué? Ellos no podrán explicarlo nunca. Jesús no se arranca de ellos con violencia. No los trata a puntapiés ni a puñetazos. Estos métodos, muy humanos, no son dignos del Hijo de Dios; y sus perseguidores tienen que soltarle.

Y muy tranquilo, Jesús les vuelve la espalda, y por en medio del furioso gentío, sale para volver a bajar. De este modo, les hace ver algo de su poder divino, sin que ellos puedan hacer la menor cosa.

En sus corazones sí han matado al Mesías. Para perpetrar el crimen sólo les restaba darle el golpe fatal para que cayese en el precipicio. Los nazarenos querían ver una señal, un milagro; ahora ellos mismos están presenciando un milagro mayor del que hubieran querido ver. Un milagro, sin embargo, que para ellos no es de bendición, sino más bien de maldición. Un milagro que separa a los nazarenos de Jesús... Salido Jesús, vuelven a sus casas. No sabemos si han quedado impresionados, porque la Biblia no dice que ni uno de los nazarenos se haya arrepentido, ni que hayan vuelto a pedirle perdón al Señor Jesús. De intento, han rechazado al Mesías Salvador..., además de ser un sábado. No se han preguntado a sí mismos si, apoderándose del Señor para hacerle perecer, no han hecho algún trabajo con él y han violado el sábado...

## Capítulo 17

# == LA OBRA DEL GRAN MÉDICO ==

**Marcos 1: 21-28**

**Lucas 4:31-37**

Muchas ciudades y aldeas estaban situadas alrededor del Mar de Galilea, en las que el Señor Jesús llevaba a cabo una campaña de predicación. Allá precisamente, en aquella desdeñada provincia de Galilea, en la que los piadosos fariseos de Jerusalén no querían para nada obrar, el Señor Jesús encontró el campo más predilecto de evangelización. Allí mismo hizo la mayoría de los milagros. De día, Jesús solía caminar por las ciudades y aldeas de los alrededores, para volver a Capernaúm de noche.

Asimismo, en sábado, el Señor fue a predicar con frecuencia en la sinagoga de Capernaúm.

A Nazaret no quería volver; allí le habían desechado, como hemos visto en el capítulo anterior. Allí querían despreciarlo en el precipicio; los vecinos de Nazaret no querían ni necesitaban para nada a Jesús. Ellos Le rechazaron, y la Biblia no nos revela si Jesús ha vuelto jamás a su pueblo de residencia anterior. En aquel horrible sábado, Jesús se apartó de sus conciudadanos para siempre.

Capernaúm era, pues, la ciudad en la que solía pasar las noches y donde acudía al culto en la sinagoga, en la cual también predicó el sábado.

Vamos a ver, pues, en nuestro pensamiento, lo que pasaba en dicha sinagoga el día sábado. Lo peculiar era el hecho de que la sinagoga de Capernaúm fue construida por un centurión romano.

La sinagoga está llena de gente. Los vecinos de Capernaúm están congregados en la casa de Dios para escuchar el mensaje del Señor Jesús, ya que los días de descanso muy a menudo los pasa en Capernaúm, donde los judíos escuchan la predicación del Señor muy gustosos. En Capernaúm también hay gente que queda maravillada de las palabras agradables del Salvador, cuya voz suave escuchan silenciosos y atentos, porque Jesús pronuncia palabras de consuelo.

Y en este sábado Jesús vuelve a hablar. La concurrencia está muy quieta y, conteniendo el aliento, va siguiendo la predicación del Hijo de Dios.

De repente se asustan porque el silencio bienhechor de la sinagoga es interrumpido bruscamente por un grito ronco soltado por uno de lo concurrentes.

Todo el mundo mira con espanto lo que ocurre a aquel infortunado.

Allí, en plena sinagoga, hay un hombre que tiene un espíritu inmundo, es decir, un demonio. En los días de la peregrinación del Señor Jesús, numerosos endemoniados se manifestaban, es decir, hombres en los que el diablo había entrado, prueba patente de que el diablo es una realidad también. Cuanto más Jesús iba revelando su Mesiazgo, más se iba el diablo manifestando también. En aquel entonces, los endemoniados se manifestaban dondequiera que fuera: En las calles, en los campos, incluso en la casa de Dios. Hoy los encierran en los manicomios cuando van haciéndose demasiado molestos a la sociedad humana. Cuando el Diablo se apodera de un ser humano, el maligno reina en todas las esferas de su vida. Y cuando un endemoniado se pone a hablar, no es el hombre quien habla, sino el Diablo, o el demonio, por boca del infortunado. De este modo, el Diablo también habló una vez en el Paraíso por medio de la serpiente, y hoy mismo el Diablo sigue hablando por boca de endemoniados.

Entonces, en el sábado aludido en este relato, hay un hombre que tiene un espíritu inmundo (como la Biblia dice textualmente), el cual exclama a gran voz: "¡Déjanos! ¡Qué tienes con nosotros, Jesús Nazareno! ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quien eres, el Santo de Dios". Esta voz nos revela dos hechos sorprendentes: primero, el espíritu inmundo dentro del hombre, le hace hablar un lenguaje claro e inteligible; segundo, el demonio habla de cosas que el pobre hombre no hubiera sabido pronunciar. El Diablo sabe mucho más que el hombre, e incluso conoce al Señor Jesús. El Diablo conoce al que tiene la potestad divina para vencer no sólo al diablo mismo, sino también a todas sus huestes infernales. El diablo declara manifiestamente que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. Toda la gente lo puede oír. Jesús, sin embargo, no tolera que los demonios digan que es Hijo de Dios y Mesías. Para demostrar quién es ante la nación judaica, no necesita para nada la ayuda del Príncipe de las tinieblas. Por ello, en severo tono de mando, el Señor dice: "¡Cállate y sal de él!"

Esto no lo dice el Señor Jesús al infortunado hombre, sino el espíritu maligno que entró en el hombre. Y el demonio tiene que obedecer, y no se atreve a oponerse a Jesús. Pero antes de que el demonio salga del hombre, trata de matarle, y hay que ver al infortunado que cae convulsionándose. La Biblia dice que el espíritu inmundo le sacudió con violencia (Marcos 1:26).

Los proyectos infames del Diablo, una vez más, han fracasado, ya que el Señor Jesús no sólo echa fuera a los demonios, sino también vela por la vida de los desdichados de esta tierra.

El que antes fue endemoniado ahora se levanta sanado por completo. Satanás tiene que soltar su presa.

En el capítulo anterior leímos que en la sinagoga de Nazaret, Jesús, al leer el pasaje del Profeta Isaías, se refirió a los cautivos y oprimidos que tenían que ser puestos en libertad. Aquí mismo dicha profecía empieza a cumplirse: Este pobre hombre, cautivo y oprimido por el Diablo, alcanza la libertad por orden del Hijo de Dios. El espíritu maligno tuvo que soltarle, porque Jesús lo echó fuera.

Los vecinos de Capernaúm lo han mirado pasmados, asombrados en gran manera porque incluso los espíritus inmundos obedecen a Jesús, y vueltos a casa siguen hablando sobre el suceso en la sinagoga, de modo que no sólo en la ciudad, sino también en toda la comarca, esta conversación está a la orden del día.

**Mateo 8: 14 y 15**

**Marcos 1: 29-31**

**Lucas 4: 38 y 39**

El Señor Jesús también sale de la sinagoga para ir a la casa donde vivía Simón Pedro. Pedro estaba casado y su suegra vivía con él.

Y cuando Jesús entra en la casa nota un ambiente depresivo, lo que siempre ocurre cuando alguien está enfermo. La pobre mujer está acostada en su cama con fiebre altísima, demasiado débil para levantarse.

Apenas Jesús ha entrado en la casa, se apresuran a pedir su asistencia en este caso de urgencia, sabedores de que Jesús tiene potestad para sanar enfermos. En sus mentes no albergan dudas en cuanto al poder de Jesús, sino que creen en su poder divino.

¿El que echó fuera a los demonios no tendrá potestad para sanar a esta enferma? Confiando, pues, sin titubeos, se lo piden.

Y Jesús no niega su petición, y sin tardanza alguna se acerca a la cama donde la enferma está acostada, inclina su cabeza hacia ella, reprende a la fiebre (es decir, riñe al espíritu de enfermedad) y extiende su mano hacia ella para levantarla de su lecho. Pronunciada la palabra poderosa del Rey de reyes, la enfermedad es vencida y la enferma se repone. Cuando nosotros pasamos unos cuantos días de fiebre, estamos débiles. Por ello Jesús no sólo le quita la enfermedad, sino que le da las fuerzas que necesita para volver a levantarse. A continuación, la suegra de Pedro se levanta para dedicarse a su tarea, la de preparar la comida. La Biblia dice que les servía.

Ya estamos en presencia del segundo milagro que Jesús hace en este mismo sábado.

**Mateo 8: 16 y 17**

**Marcos 1: 32-35**

**Lucas 4: 40 y 41**

La noche se acerca en tierra de Israel, y poco a poco el sol se oculta en el horizonte occidental cual bola encendida, encarnada, y después del breve crepúsculo, las calles de Capernaúm se llenan de gente. Todo el mundo sale de sus casas a tomar el aire fresco, pero la presencia de una muchedumbre también muestra la miseria física y mental que hay en este mundo. He aquí un ciego que va andando y palpando con mucha cautela. Unos pasos más allá, un cojo va caminando con pena. Y allá, a la esquina, hay unos hombres que llevan una camilla en la que un enfermo está acostado. Y al otro lado del callejón, vemos unos hombres fuertes que tratan de dominar a un endemoniado que, con movimientos convulsivos de los brazos y de las piernas, trata de soltarse; se nota que a dichos hombres, por muy fuerte que sean, les cuesta un trabajo enorme el poder retener al endemoniado... porque los endemoniados tienen una fuerza colosal. Las caras de los hombres están cubiertas de sudor.

¿Pero de dónde viene toda esa gente? ¿Y por qué todo el mundo sale de sus casas después del sol? Esto es fácil adivinarlo, ya que para los judíos el día terminaba a la puesta del sol, y ahora, para ellos, se termina el sábado, en el que no les era permitido trabajar. La puesta del sol marcaba, pues, el principio del nuevo día.

Es ahora el momento que toda esa gente había esperado: El de poder salir de sus casas sin transgredir la ley del sábado. Como en todas las ciudades del mundo, en Capernaúm había muchos enfermos y miserables. Se habían enterado de cómo

Jesús, en el culto matutino, había sanado al endemoniado en la sinagoga, y ahora vienen en busca de la casa donde Jesús pasará la noche. Van a verle para ser sanados de sus enfermedades.

¡A ver lo que Jesús dice! ¿Los despachará con unas buenas palabras, porque el día ya ha declinado y porque está cansado?

¿Les dirá que vuelvan mañana?

¡No! Jesús no despacha a nadie con buenas palabras, sino que recibe a todos los que acuden a Él.

El ciego, al final, logró alcanzar al Señor Jesús, y ahora pide socorro. Y el que iba caminando con tanta pena, palpando, ahora vuelve a su casa con pasos firmes. Ha recobrado la vista, de la que había estado privado por tanto tiempo.

Y el que anda por las calles vacilante, cojeando, con muletas, también va a llamar a la puerta, y en esta misma noche vuelve a casa gozoso, sin muletas. Jesús le ha sanado enteramente.



*Los enfermos van a encontrar al Señor Jesús*

Y allí un grupo de hombres que llevan una camilla vacía. Vacía, sí, porque el enfermo acostado en ella ahora marcha con ellos..., sanado.

Los hombres también vuelven a casa, pero sin el endemoniado. Ahora vuelven a casa muy tranquilos, y el que antes estaba endemoniado va con ellos, sin demonio, porque este último tuvo que huir. El Diablo tuvo que soltar su presa por orden del Rey de reyes.

Todos los que acuden a Jesús salen sanados, cualquiera que haya sido su enfermedad o dolencia, Jesús romper todas las cadenas, incluso las de la enfermedad.

¡Oh, qué gran gozo y alegría reinaba ahora, en esta noche, en Capernaúm! Muchos enfermos incurables han experimentado la sanidad por Jesucristo.

Pero, como ocurre muy a menudo, muchos se contentaron con el bienestar físico, sin pensar en el poder de Jesús para salvar a los pecadores de los lazos del pecado y de la perdición eterna. A lo mejor, creen que no precisan dicha salvación, por ser espiritual. Y puesto que la mayoría de la gente no tiene interés en la vida espiritual, no necesita a Jesús para nada... Ni siquiera creían que Jesús era el Salvador, el Mesías.

No sabemos si estos pocos felices, que experimentaron la sanidad por obra de Jesucristo y que fueron librados de sus enfermedades y flaquezas físicas, también consiguieron el perdón de sus pecados para poseer la vida eterna. La Biblia no nos facilita este detalle, pero lo que sí sabemos es que el mundo es extremadamente ingrato.

Pocas horas más tarde Jesús saldrá por las puertas de Capernaúm, va en busca de un lugar solitario y desierto, y cuando la gente busca a Jesús, le encuentra allá mismo. Quieren retenerle, para que no se vaya...

Pero terminada la obra en Capernaúm les dirá a los ciudadanos de dicha ciudad que su ministerio mesiánico consiste en recorrer todo el país para llevar el mensaje del Reino de Dios a la demás ciudades, también.

## Capítulo 18

# = UNA BENDICIÓN INESPERADA =

### Lucas 5: 1-11

Las hazañas del nuevo Profeta de Nazaret formaban el tema de las conversaciones de muchísimos galileos, mientras en la mente de ellos surgía el pensamiento de ir a escucharle alguna vez.

Por ello se preparaban para ir al sitio donde Jesús está; el paradero de Jesús es conocido, por lo cual Jesús se encuentra rodeado de muchísima gente día tras día. Los oyentes vienen a escucharle porque esperan ver algún milagro, pero también para oírle hablar, porque tienen ganas de escucharle, ya que su mensaje es diferente del de los fariseos y escribas. A Él tienen que escucharle.

Su predicación era muy sencilla, de modo que todo el mundo, hasta el más inculto, podía entenderle.

Un día por la mañana, Jesús va caminando a lo largo del lago de Genesaret. A orillas del lago hay dos barcas atadas, barcas pesqueras cuyos propietarios acaban de volver de la pesca. Por desgracia, no fue una pesca abundante, ni mucho menos; ni un pez han sacado del agua. ¡Qué desilusión más grande! Las barcas están vacías.

De una de dichas barcas, los pescadores han bajado para lavar las redes en la orilla, mientras los de la otra barca están echando la red al agua.

Los hombres que están lavando las redes, ya los conocemos: Son Andrés y Simón Pedro. Dos discípulos del Señor Jesús, y debido a que su Maestro se había parado en Capernaúm, ellos vinieron a casa y volvieron a pescar.

Jesús sigue caminando muy tranquilo, hasta que de repente la calma se interrumpe y un gentío viene a agolparse sobre Él: Todos han venido desde Capernaúm y de las aldeas de los alrededores. Se habían enterado de su paradero, por lo cual vienen a encontrarle. La muchedumbre va haciéndose más y más numerosa.

Los de detrás estiran el cuello y tratan de ver a Jesús más de cerca, para que nada se les escape. Temen que, por estar tan distantes, no podrán oírle bien, y por ello procuran adelantar tanto como puedan, hasta tal punto que los de delante casi aprietan a Jesús. De este modo no puede hablar; la muchedumbre está demasiado cerca.

Por ello Jesús sube en la barca de Pedro y Andrés, rogándoles que la aparten de tierra un poco. Los discípulos no tardan en acceder a su ruego.

Ahora Jesús está en la barca, de modo que el gentío ya no puede apretarle, y es probable que haya hecho una señal a la muchedumbre para que se siente. Y cuando al final todo está quieto, y ya no hay aprietos, Él también se sienta en la barca misma, desde donde se pone a enseñar a la muchedumbre. Nosotros, en términos modernos, diríamos que Jesús está predicando.

Desconocemos por completo el tema de la predicación; no está revelada en la Palabra de Dios, ni tampoco sabemos cuánto tiempo Jesús ha hablado. Pero lo que sí es cierto es que los muchos oyentes han escuchado sus palabras en un silencio profundo. Terminado el mensaje, el Señor Jesús despide a la multitud, y de repente dice a Pedro: "Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar".

Los dos pescadores, sin embarco, no tienen muchas ganas de volver a pescar. No es nada asombroso, ya que acaban de volver de la pesca sin haber cogido nada. Durante toda la

noche habían trabajado sin resultado alguno. Ni un pez han logrado sacar con sus redes, hasta que, al final, abandonaron la tarea desilusionados. Y mientras los hombres siguen en tal estado de ánimo, Jesús les manda volver a pescar. ¡Oh, no, no tienen muchas ganas de volver a echar las redes! Pero no se atreven a decirlo.

Pedro, sí le contesta a Jesús: “Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; más en tu palabra, echaré la red”.

Es sabido que la noche es el mejor tiempo para pescar. Y durante toda la noche habían trabajado sin éxito, y ahora, ¿cogerán algo de día? Humanamente, parece una tontería. Sin embargo, porque Jesús mismo les manda pescar, vuelven a hacerlo, ya que Él es Todopoderoso. El que da órdenes de hacer alguna cosa, ¿defraudará la esperanza que sus siervos albergan?

¡No! Esto no pueden creerlo, por lo cual obedecen, y dentro de su corazón vive la esperanza de que esta vez tendrán más éxito.

Esta nueva esperanza no queda defraudada, ya que cuando quieren sacar la red del agua, se dan cuenta de que han encerrado tantos peces que la red se rompe. No pudiendo recoger la pesca solos, hacen señas a los compañeros que están en la otra barca para que vengan a ayudarles.

Los compañeros se acercan sin tardanza, y aunando las fuerzas logran sacar la red, rota por supuesto, y llenan la barca de peces...

Pero la barca no es de suficiente cabida para una pesca tan abundante, por lo menos no una barca sola. Por ello echan una parte de la pesca en la bodega de la segunda barca, la cual se llena como la primera, hasta el punto de casi hundirse. ¡Qué bendición más rica!

Maravillado, Pedro está mirando, un poco azorado: Piensa que, por cierto, no mereció tanto...

Pedro, por fuerte que parezca, no puede contenerse de admiración y cae de rodillas delante de Jesús, y casi en tono de

adoración dice: “¡Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador!”. Pedro no se juzga digno de tan inesperada bendición.

Y cuando en nuestra vida ocurre tal cosa, todo debe ser a la gloria y honra de Dios.

Y para volver a nuestro relato, cabe decir que Jesús ha comprendido perfectamente bien lo que pasó en el corazón de Pedro; por ello el Señor dice: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres”.

Cada palabra de Jesús tiene su significado. Pedro, como los demás discípulos, pescadores como él, no podrán seguir pescando como antes. Ellos tendrán otro oficio, el de predicar la Palabra de Dios, y Dios mismo se encargará de bendecir la predicación de sus siervos para que por medio de ella las almas se conviertan en lo sucesivo. Predicando el Evangelio, se constituirán en “pescadores de hombres”.

## Capítulo 19

# “SEÑOR, SI QUIERES, PUEDES LIMPIARME”

**Mateo 8: 2-4**

**Marcos 1: 40-45**

**Lucas 5: 12-16**

¡Que privilegio más grande el de encontrarse en buenas condiciones de salud!

En realidad, los que tienen buena salud física ni siquiera se dan cuenta de su privilegio; muy vivarachos, llevan una vida alegre, sin congojas. Pero hay que preguntarle a ese joven, o a esa muchacha enferma, o a “fulano de tal” que tiene la desdicha de estar confinado en su lecho de enfermedad por años enteros, si tiene ganas de jugar o de volver a trabajar para ganar el sustento de su familia... Entonces nos da mucha pena ver en los ojos del desdichado el ansia de volver a levantarse y el pesar de quedar allí inactivo por tanto tiempo.

Ahora vamos a preguntarnos el porqué de las muchas enfermedades y dolencias y el porqué del buen estado de salud (ojalá sea así) de la mayoría de nuestros jóvenes lectores. ¿Sois acaso mejores que los pobres desdichados...? La enfermedad es algo terrible, pero que no deja de haber una diferencia enorme entre una enfermedad y otra. Además, los niños

son atendidos muy cariñosamente por los padres; y muchas veces mamá se esmera en preparar muchas cositas especiales para el niño enfermo, que no da a los hermanitos y hermanitas que tienen buena salud.

En Oriente, desgraciadamente, cundía una enfermedad terrible que, en ciertos países, existe hasta hoy: la LEPRO, una de las enfermedades más horribles que uno pueda imaginar. En la actualidad, afortunadamente, la ciencia médica dispone de remedios para curar a estos enfermos mientras la enfermedad no haya alcanzado un grado demasiado adelantado. Pero en la antigüedad hasta el médico más sabio era impotente ante la lepra. Lenta y paulatinamente, todo el cuerpo se cubre de úlceras, hasta que al final los dedos de las manos y de los pies, o las manos y los pies mismos, caen ulcerados. Los dientes se caen de las encías; he aquí el horrible cuadro patológico de dicha enfermedad, la cual no sólo mutila al enfermo, sino que le causa un dolor agudo. Tal vez las úlceras pican de una manera intolerable. Una picazón así, producida por la sarna, hizo sentar a Job en medio de ceniza, y rasgarse con un pedazo de tiesto.

Lo peor era el hecho que los leprosos en Israel no podían permanecer en sus propias casas. Tenían que salir de la aldea o ciudad de residencia para retirarse a alguna cueva allá en las serranías. Eran hombres impuros. Nadie podía acercarse a ellos para atenderlos y vendar las asquerosas y repugnantes llagas y úlceras. Porque haciendo tal cosa, la persona que lo hiciera, se volvería impura también.

Además de ser dolorosa también, la lepra era contagiosa, lo que quiere decir que el que no se apartase del leproso, muchas veces un ser querido, se contaminaba también.

Nadie, pues, visitaba a los pobres desgraciados. Y cuando por casualidad un forastero se acercaba a ellos estaban obligados a advertirle gritando: ¡Impuro, impuro! Además cada leproso llevaba una carraca para advertir a los que acertasen cruzarse en su camino.

Y cuando una persona de buena salud oía el sonido de la

carraca, huía corriendo para alejarse de aquel lugar perjudicial.

El estado del leproso iba empeorando más y más, hasta que los desgraciados experimentaban el alivio de la muerte, que era para ellos una liberación de los horribles dolores que sufrían.

Muy a menudo iban mendigando o recibían algún sustento de sus familiares, aunque éstos no les trajesen comida directamente. No podía ser, de otro modo se habrían contaminado también. Entonces ponían los alimentos en el suelo, a cierta distancia del leproso. Puesta la comida en el lugar determinado, se apresuraban a apartarse para que el enfermo pudiese ir a recogerla.

Entre enfermos si había contactos frecuentes; entre ellos no se sentían tan solitarios, además uno podía ayudar a otro. Pero fuera de esta convivencia los desdichados ya no tenían nada.

Aún en la actualidad abundan los leprosos en Oriente y en África, pero ahora, como ya hemos dicho, la ciencia médica está mucho más adelantada. Hay por ejemplo, médicos misioneros que van a atender a los enfermos por amor de Cristo. En la antigüedad no había medicamentos ni nada que pudiese ser útil a los leprosos, de modo que sólo les restaba esperar la muerte.

Era una enfermedad incurable, ya lo sabemos: Sólo Dios podía quitarla. Y cuando Dios concedía la sanidad a un leproso, este último tenía que ir a mostrarse al sacerdote para sufrir un reconocimiento concienzudo. Cuando el reconocimiento revelaba que el enfermo en realidad había sanado, el sanado traía la ofrenda apropiada y, traída ésta, el sacerdote lo declaraba puro. Entonces podía volver a su hogar, para estar con su familia.

Pero tengo que decir, también, que casos de sanidad de esta índole eran extremadamente raros. Por lo menos, la Biblia no revela nada al respecto. Casi todos los enfermos sabían que tras una vida de sufrimientos horribles, tarde o temprano la muerte pondría fin a su vida, a consecuencia de la lepra.

Estas explicaciones nos hacían falta para comprender el relato sacado de la Palabra de Dios que va a seguir a continuación.

---

Por uno de los caminos de Galilea un hombre va caminando bastante de prisa. Tiene el rostro inclinado, mientras la mayor parte de su cara está cubierta por una toalla. Sin mirar a derecha ni a izquierda sigue marchando. Con timidez, presta atención a todo rumor que oye. El hombre marcha rumbo a una ciudad de Galilea, donde quiere encontrar al poderoso Profeta Jesús.

¿Cuál es su finalidad?... ¿Qué mensaje trae al Señor?... La Biblia nos dice que es un leproso; sólo o en compañía de otros leprosos, no lo sabemos.

Allá en la serranía, en una casucha o cueva solitaria, lejos de su familia y de sus amigos, lleva una vida muy triste y sombría. No hay sanidad para él: Su suerte será la muerte cierta. La enfermedad va empeorando, hasta que al final la muerte venga a librarle de su dolor.

Pero por muy apartado que haya estado, se ha enterado de la obra de un nuevo Profeta que desempeña su ministerio allá en Galilea y que predica en las ciudades, pueblos y aldeas de dicha provincia. Se ha enterado de que dicho Profeta obra milagros, muchos milagros. Los mudos hablan, los cojos y paralíticos recobran fuerzas por la autoridad de la poderosa palabra de Jesús de Nazaret, y los endemoniados son librados del poder del Diablo. En una palabra, todos los enfermos son sanados por Él.

Acaso el primer pensamiento del pobre hombre haya sido, que no era verdad, o que era exagerado. Pero se ha dado cuenta de que no es así, de que la gente no había exagerado. No sabemos quién se lo ha dicho, pero lo que ha oído en su cueva o casucha, le ha puesto pensativo. Y si ha estado en compañía de otros leprosos, les habrá hablado del asunto, no cabe duda. Sea lo que fuere, ya no podía deshacerse del pensamiento de

que Jesús podía sanarle... Pensamiento bastante insólito, ya que todo el mundo sabía que la lepra era incurable. La única cosa, el único porvenir, para él, era una muerte cruel y dolorosa.

Nada sabemos del carácter de este hombre, sino que tenía una fe firme, de otro modo no hubiera podido creer que el Profeta, por muy pedroso que fuese, podría limpiarle de la lepra. El solo pensamiento parecía una ilusión, algo que no podía ser. Pero la fe verdadera triunfa de la duda, y en tal estado de ánimo nace la esperanza en el corazón. Y la esperanza toma la forma de una firme confianza, y la convicción de que para él también hay remedio, salvación, sanidad. Llegado a tal punto nacen anhelos en su corazón de ir a encontrar al Señor Jesús, para pedírselo a Él. Pero ¿dónde encontrar a Jesús?

¿En la soledad de su casucha, de su cueva?...

Otra solución sería la de ir a encontrar a Jesús en el lugar de su paradero, con tal de que lo supiera. No se atreve a ir a ver a Jesús, porque el contacto social con la gente le está prohibido, por ser impuro. A pesar de todo, no puede deshacerse de este pensamiento. Al final decide ir, por lo cual le vemos ahora caminando hacia Jesús.

Al final llega al lugar donde está Jesús, pero casi siempre estaba rodeado de una muchedumbre de gente que va a escuchar su predicación y... para ser testigos oculares de sus milagros.

¡Ojalá pudiera hablar a Jesús un rato sólo! Entonces Le pediría que le sanara. Jesús podía hacerlo, no cabía duda, pero ¿quería hacerlo?... Dentro de su corazón nace la fe en la Omnipotencia de Dios. Quizá el leproso lo habrá visto todo desde lejos, pero no puede acercarse a Jesús sin que alguien se dé cuenta de su presencia.

No sabemos lo que el pobre ha pensado, pero de repente cobra ánimo, se levanta y se acerca... No tiene nada que perder; si Jesús se niega a atenderle, bueno, volverá a su sombría casucha o cueva para esperar la muerte. Pero... si Jesús no niega su petición, de modo que le concede la salud física limpiándole de su lepra, ¡qué maravilla será!



*El leproso va a encontrar a Jesús*

Con paso resuelto se acerca al Profeta. Los oyentes se apartan asustados, por no querer entrar en contacto con el impuro para no ser contaminados ellos mismos. A lo mejor habrán insultado al pobre, debido a su descaro de presentarse en medio de ellos...

Cualquiera que haya sido la reacción por parte del pueblo, el hombre no le ha hecho caso. Aunque para acercarse a Jesús tenía que violar la Ley del Antiguo Testamento, que prohibía a los leprosos el trato humano, con tal de conseguir la sanidad de su cuerpo lo afronta todo. Esto, una vez más, demuestra que para acercarnos a Jesús tenemos que hacerlo tal como somos,

sin disfrazarnos de santos y piadosos. Porque Jesús lo ve todo, y si con toda sinceridad le decimos todo al Señor, su Gracia no será propicia.

En todo caso el leproso dobla las rodillas delante de Jesús y, con la cara bajada hacia tierra, ruega al Señor: "Si Tú quieres, puedes limpiarme". El leproso cree que Jesús tiene el poder de limpiarle de la lepra. Y ahora, pronunciada la petición, espera la reacción de Jesús, de la cual dependerá todo el resto de su vida: Volver a su estado mísero allá en la casucha o en la cueva, o recobrar la salud por orden de Jesús. ¿Qué dirá Jesús?... ¿Le mirará de reojo?... ¡No! Gracias a Dios, Jesús no se asusta al ver al leproso, sino que, siendo Rey de reyes al que todo poder ha sido dado, el Señor se inclina para tocarle, sin mancharse, sin constituirse impuro según la Ley de Dios. Todo ser humano menos el Señor Jesús se hubiera vuelto impuro en este mismo momento debido al pecado e impurezas inherentes a la naturaleza humana. Jesús solo, por no tener pecado, puede hacerlo impunemente. Por estar exento del pecado, no está predispuesto para las consecuencias del pecado, es decir las enfermedades.

El Señor Jesús, el Puro, toca al impuro y permanece puro. El contacto personal con Jesús, sin embargo, no se limita a la imposición de manos. Jesús le dirige la palabra al leproso en tono lleno de compasión y misericordia: "Quiero, sé limpio".

Y al instante se va la horrible enfermedad incurable, de modo que el enfermo siente su cuerpo regenerado. Es como si sintiera circulación de nueva sangre por sus venas; un nuevo ser, enteramente sano del cuerpo. Definitiva y completamente sano, no para cierto tiempo, sino para toda su vida.

Como hombre enfermo se arrodilló, y un hombre sanado vuelve a levantarse. ¡Qué maravilla! Casi no podemos imaginarnos lo que puede haber pasado en el alma del hombre que, ahora, es feliz.

Un sentimiento de reverente acatamiento habrá llenado todo su ser, al ver al poderosísimo Profeta que no ha despachado como todo hombre religioso hubiera hecho. Un Profeta que sana y salva perfectamente.

“No digas a nadie lo que ha ocurrido ahora” dice el Salvador-, “sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación, según mandó Moisés, para testimonio a ellos”.

Sanado, tiene que salir de la presencia del Maestro inmediatamente, para actuar según la Ley (véase Levítico 14: 1-32), según la cual el sacerdote tenía que cumplir el rito de purificación.

Pero en vez de callar, el hombre está tan contento que va diciendo a todo el mundo lo que Jesús ha hecho. Aunque Jesús le haya mandado callar, él va testificando. En esto vemos que los milagros no han sido obrados por Jesús como motivos para alcanzar mayor publicidad, sino muy al contrario, para librar al hombre de la potestad del Enemigo.

En la Biblia, la lepra es una imagen del pecado. Es, pues, una gracia de Dios la de impedir que los hombres sufran de la lepra por ser pecaminosos.

En el sentido bíblico, somos todos leprosos, todos, sin diferencia alguna. Nacidos en el pecado, también vivimos en el pecado. Alguien dirá que no es verdad, por no estar leproso en el sentido médico. Ya hemos comprendido, pues, que la lepra es un tipo del estado de pecado, en el que toda la vida humana, irregenerada, por supuesto, se desenvuelve. La lepra penetra todas las partes del cuerpo humano, igual que el pecado penetra todas las esferas de la vida humana. Asimismo, la lepra es incurable, como también el pecado. Nadie, en este mundo, por muy sabio y poderoso que sea, puede salvarnos del pecado. Dios sólo puede libraros de la potestad del pecado.

El leproso morirá irremisiblemente. El pecador también morirá a consecuencia del pecado. Dios, en realidad, ha dicho: “El día que de él (es decir, del árbol de la ciencia del bien y del mal) comieres, ciertamente morirás” Y lo que Dios declara se cumplirá.

La lepra destruía todo el cuerpo, y el pecado también destruye al hombre. El pecado no sólo destruye el cuerpo, sino también el alma.

Al leproso le echaban fuera de la ciudad o aldea de su resi-

dencia. Debido al pecado cometido, Adán y Eva también fueron echados fuera del maravilloso Paraíso.

El leproso tenía que vivir separado de todos sus familiares que quería y amaba. Por el pecado vivimos separados de Dios. Ningún hombre puede salvarnos del pecado, sino Jesús sólo, el Salvador, que tiene potestad de quebrantar las cadenas del pecado. De la misma manera que el leproso tenía que ser limpiado de tan horrible enfermedad, nosotros también tenemos que ser limpiados y librados de todos nuestros pecados para conseguir la vida eterna.

La lepra hacía al hombre impuro, repugnante, y daba asco a todo el mundo. El pecado también nos hace impuros, repugnantes a los ojos de Dios.

La sangre de nuestro Señor Jesucristo, ella sola, nos limpia de todo pecado.

El leproso, el cual ha sido el tema central de este capítulo, no se acercó a Jesús diciendo: "¡Tú tienes que limpiarme; es mi pleno derecho!" No, muy al contrario, el leproso se acercó a Jesús como un ser impuro, como un ser que no tenía derecho en absoluto. De este modo también nos conviene acercarnos a Dios, como seres impuros destituidos de todo derecho, para que Jesús nos salve por gracia divina, favor inesperado.

El leproso pidió Gracia; lo que precisaba era compasión, misericordia. Dicha Gracia también nos conviene solicitarla, sin que el Señor esté obligado a concedérsela. Porque sin ser injusto podría abandonarnos a la perdición eterna.

Ojalá comprendáis ahora el significado de la lepra como tipo bíblico del pecado. Y ahora, queridos amigos míos, vuestra petición más saludable será la del leproso: "Señor, si Tú quieres, puedes limpiarme".

## Capítulo 20

# == EL PARALÍTICO SANADO ==

**Mateo 9: 1-8**

**Marcos 2: 1-12**

**Lucas 5: 17-26**

Las calles de Capernaúm están otra vez llenas de gente. Todo el mundo va andando en la misma dirección. Se ve que tienen prisa para llegar a una casa situada en una de dichas calles. La puerta está abierta, y por la puerta abierta la gente entra en la casa. Hay concurrencia; no sólo el salón está lleno de gente, sino también en el corredor y en el vestíbulo hay gente. En la calle misma hay un hervidero de gente, ansiosa de oír alguna palabra de lo que se está hablando...

Pero ¿por qué toda esta gente? ¿Por qué tanta ansia para oír por lo menos unos trocitos del discurso?

Ya sabemos que de día el Señor Jesús solía ir a predicar a las ciudades y aldeas de Galilea, y que, de noche, las más de las veces, volvía a Capernaúm para dormir en esta ciudad. De vez en cuando se ausentaba para dar un par de fechas, o para una temporada más larga, pero al final siempre volvía a Capernaúm.

Y esta vez también ha vuelto el Señor Jesús. Alguien Le ha visto, y el rumor no ha tardado en correr por toda la ciudad. Como un reguero de pólvora que se prende, la noticia ha ido corriendo, y muchos quieren volver a oírle.

Por ello, todo el mundo quiere entrar en la casa..., porque el Señor Jesús está allí, y allí mismo está predicando. Los que tienen que permanecer fuera, en la calle, están ansiosos de oír algo; no había altavoces en aquel entonces, por lo cual la gente tenía que solucionar el asunto de otro modo.

No es que toda esa gente tenga necesidad del Señor Jesús, ni mucho menos. No todos creían que Jesús era el Mesías, el Salvador. La mayoría de ellos ha ido por mera curiosidad de presenciar un milagro, como los espectadores de un partido de fútbol esperan ver algún gol... A otros les gustaba oírle hablar, porque su modo de predicar era tan distinto del que los demás predicadores, como, por ejemplo, los escribas. Por esta razón, la mayoría de ellos ha ido a escucharle. Pero no por curiosidad espiritual.

Cabe decir que en tierra de Canaán las casas eran distintas de las que tenemos en la actualidad. Allá, en oriente, las casas tenían los tejados llanos, y en muchos sitios del mundo árabe el estilo de construcción sigue siendo casi igual en este siglo presente. En realidad, nuestras casas, en general, tienen tejados cubiertos de tejas rojas o azules. En oriente, los tejados tenían el aspecto de azoteas, sobre las que se podía andar.

El interior de las casas también era distinto del de la mayoría de las casas europeas. Había patios con palmeras y flores, una especie de jardín, y alrededor del patio estaban situados los cuartos. La casa en la que el Señor Jesús fue a predicar también debe de haber sido una casa con patio en el centro.

Pero ahora, entremos en la casa en nuestro pensamiento; helo sentado allí, al Profeta de Nazaret. Su rostro es serio, y su manera de predicar es suave, tranquila, pero lo que dice es claro. No hay ambigüedades en su discurso. Sin cesar Jesús hace hincapié en la necesidad de la conversión, para conseguir un nuevo corazón. Incansablemente se refiere, y vuelve a referirse, al perdón de los pecados como condición de base para conseguir vida eterna. Lo que está predicando es el Evangelio, un mensaje de alegría, de buenas nuevas.

Todo está tranquilo, y todo el mundo escucha con aten-

ción. Alrededor de Él, los oyentes sentados en filas en forma de arco. El salón, sin embargo, no es de suficiente cabida para que todos puedan encontrar asiento. Los que no han encontrado asiento están de pie.

Pero lo más interesante es ver a unos hombres sentados muy cerca de Jesús, vestidos de blanco y con barbas muy largas. Son unos fariseos, los cuales han traído bastante larga jornada para venir a escuchar a Jesús. Días enteros han ido caminando a pie o montados en animales, desde el Sur de Judea o de la capital misma.



*Hervidero de gente en las calles*

Pero ¿porqué han venido desde tan lejos hasta Capernaúm...? ¿Acaso porque quieren escuchar a Jesús para conseguir el perdón de los pecados...? ¿Creían del todo en el Señor Jesús...?

¡Todo menos esto! Los fariseos detestaban al Señor Jesús. ¿El perdón de los pecados? ¡Ni hablar! Ellos se creían capaces de merecer el Cielo por sus propias obras. ¿Crear en el Señor Jesús...? ¡Qué va! Ellos muy al contrario, creían que Jesús era un impostor, un falso doctor...

Pero ¿por qué, pues, hicieron un viaje tan largo y penoso? Es fácil adivinar: En Jerusalén se habían enterado de que Jesús iba rodeado de gente diariamente y que la muchedumbre iba a escucharle. Celosos como eran, no aguantaban más, y querían poner fin a las actividades de Jesús. Y ahora han venido pensando encontrar en Jesús algún punto para levantar una queja en contra de Él. Acaso cometerá una grave falta. A lo mejor, transgredirá las leyes de Moisés. Usaban, pues, de cualquier pretexto o rodeo para coger a Jesús en algún punto para poder matarle. Si encontraran medio para cogerle en la menor cosa, podrían acabar con Él. ¡Oh, los celos religiosos, el peor azote para los verdaderos hijos de Dios! Jesús mismo tenía que aguantarlos, y los que siguen sus huellas sufrirán el mismo azote...

Helos ahí, sentados, escuchando con suma atención. Sus ojos no muestran amor ni simpatía y sus corazones están llenos de odio.

El Señor Jesús no lo ignora, y sabe que los fariseos han venido a cogerle, caso de serles posible. Jesús sabe todas las cosas, aun cuando los demonios vengán disfrazados de piedad. Nosotros, con mucha frecuencia, no nos damos cuenta de las asechanzas del Diablo. Y cuando, por ejemplo, el maestro o la maestra de la escuela están dando clase, no se dan cuenta de lo que pasa en la mente de los alumnos. Tal vez parecen escuchar con mucha atención, mientras están pensando en otras cosas, de modo que ni siquiera oyen lo que el maestro o la maestra están diciendo.

El Señor Jesús, al contrario, escudriña las mentes. Él conoce incluso nuestros pensamientos. A Él no le iremos con cuen-

tos. Por ello Jesús sabía perfectamente bien que los corazones de los fariseos rebosaban de odio y recelos. Sabía que albergaban toda clase de pensamientos malos en sus mentes corrompidas. Pero no se lo decía, y actuaba como si no se hubiese dado cuenta de nada.

El Señor tenía una paciencia enorme, e incluso se digna hablar a los malos fariseos, diciéndoles que para ellos mismos había posibilidades de arrepentimiento y conversión.

Pero de repente el silencio es interrumpido, porque la congregación oye pasos de hombres en el tejado. Todo el mundo mira hacia arriba. La atención de la gente ha quedado desviada un tanto; de repente, entra un rayo de luz por la abertura hecha en el tejado. Unos hombres van soltando tejas, hasta que desde el interior de la casa se puede ver a cuatro hombres encima del tejado. Nosotros, a lo mejor, lo encontraríamos bastante inoportuno, una falta de respeto. Así, por lo menos, podría parecernos a nosotros, pero no era así.

Claro que la gente no ha comprendido nada, pero abajo en el salón había Uno que lo sabía todo. Pero Él no se enfada por ello. Él no muestra curiosidad por saber lo que pasa porque de antemano lo sabe.

Y cuando la abertura practicada es bastante grande, ya no se oye el ruido de levantar tejas, y, con mucha cautela, los cuatro hombres bajan una especie de estera bastante espesa por la abertura; un "lecho", como dice la Biblia.

No era un lecho de construcción parecida a la de nuestras camas. Era más bien una estera algo espesa con cuerdas atados a los cuatro ángulos. Y con esas cuerdas están bajando el lecho hasta donde está Jesús.

El Señor Jesús interrumpe su discurso, porque al ver este espectáculo nadie escucha. El Señor está esperando con paciencia, mientras toda la gente está mirando al techo pasmada.

Al final, el lecho es puesto en el suelo, exactamente delante de los pies de Jesús, y en el lecho un hombre está acostado. Pero ¿quién es...?, y ¿por qué le han bajado desde el tejado...?

El hombre es un pobre desdichado, paralítico. No sólo el

pie o la mano están paralizados, sino que todo el cuerpo lo está... El que puede correr y saltar, jugar y retozar, no puede imaginarse lo que significa el no poderse mover. El pobre hombre no podía nunca salir de casa, ni siquiera trabajar para sustentarse. Afortunadamente, tenía unos amigos fieles que se esforzaban en sacarle fuera, acostado en su lecho, de modo que por lo menos pudiese disfrutar la luz del sol, lo que le había causado un bien enorme.

Y vosotros, queridos amigos jóvenes, ¿cómo os portáis en el trato con personas desdichadas como el paralítico de nuestro relato...? ¿Las molestáis, las insultáis en plena calle...? Espero que no: Sería un acto impío. Hay que tomar ejemplo de los amigos del paralítico de nuestro relato: Ellos llevaron a su amigo paralítico a todos los sitios, porque se habían compadecido de él.

Y cuando, en su casa o fuera de ella, el paralítico estaba acostado en su lecho, podía pensar tranquilamente en un sinfín de cosas, y por cierto habrá pensado en su enfermedad y en el porqué de tanta miseria en este mundo. Cuando Dios creó los cielos y la tierra, no cundía la miseria y no había dolor ni espanto. Pero más tarde el hombre pecó, y el pecado nos ha acarreado todo ese dolor. A consecuencia del pecado hay tanta enfermedad en este mundo, y debido a él hay tantos niños y jóvenes que lloran lamentando la pérdida de un papá, de una mamá. Y por causa del mismo pecado los hospitales están llenos de enfermos...

Mucha gente se muestra muy rebelde culpando a Dios de todo esto, como si Él fuera la causa del pecado y del poderío del pecado en este mundo. Cabe hacer constar aquí, sin embargo, que si la enfermedad es una de las consecuencias del pecado, no es necesariamente la culpa del enfermo mismo que sufra de algún mal. El mismo, es muy probable que no haya cometido algún pecado en particular. Pero no deja de ser un hecho patente que el mundo entero yace en el pecado. El pecado no es tan solamente un estado, una condición, sino más bien un poder terrible; la desobediencia a Dios, la rebeldía, la incredulidad y el mero hecho de vivir fuera de la comunión de Dios. Es un problema que incumbe a toda la humanidad.

El parálítico de nuestro relato, sin embargo, no se queja de Dios, en realidad, no tiene la culpa de su dolor, sino que la raíz de todo mal está en el hombre mismo. El parálítico, pues, sabe que ante Dios es pecador. Sabe que muchas veces ha provocado la santa ira de Dios; pero su condición pecaminosa no la descubrió él, sino Dios mismo le convenció de pecado, y reconociéndose culpable delante de Dios, se arrepiente de su pecado. Reiterémoslo, el parálítico no se queja de Dios, sino está convencido de que, siendo pecador, la enfermedad es la consecuencia lógica del pecado inherente a su naturaleza humana. Dios sigue siendo bueno hacia él y le mantiene en vida. Tiene amigos que le atienden.

Muchas veces habrá orado a Dios que le brinde el perdón de sus pecados, y que transforme su alma. Ciertos pasajes de nuestro relato nos dan a entender que tenía un corazón arrepentido. Su contricción era verdadera, genuina, no tanto por la tristeza a causa de su enfermedad, sino porque reconociéndose pecador se halló a sí mismo culpable ante el Dios de bondad. Dentro de su corazón amaba a Dios, amor que Dios mismo ha puesto en él. Porque el hombre natural odia a Dios, como enemigo de Dios que es. El amor hacia Dios es dádiva de Dios, ya que el hombre natural no puede amar a Dios, por mucho que lo quiera.

Pero llega el día que, acostado en su lecho de enfermedad se entera de la presencia en la ciudad del nuevo Profeta. Los amigos se lo habrán dicho. También se entera de los muchos milagros hechos por dicho Profeta, y de su predicación. Le dicen que Jesús de Nazaret había dicho a la muchedumbre que Él había venido a salvar al pueblo del pecado. También se entera de la declaración del Profeta, según la cual el Mesías de Israel, el Salvador que había venido a salvar a los pecadores de la perdición eterna para trasladarlos al Reino de la Gloria de Dios.

El hombre queda atónito al oír el relato de sus amigos, y lo que es mucho más importante aún, lo cree. Cree que es verdad lo que Jesús predica. Cree que verdaderamente Jesús es el Salvador, el Hijo de Dios. También cree que puede librarle de

todo pecado, del yugo del pecado; cree en el perdón de los pecados por Jesucristo.

Ojalá pudiera ir a escuchar a Jesús... Ojalá pudiera encontrar a Jesús. Por desgracia, humanamente, es imposible. No puede moverse, y mucho menos podrá ir a pasar a través de tan inmensa muchedumbre.

Pero él sigue pensando en la necesidad de encontrar a Jesús, y tiene anhelos de verle, de escuchar su mensaje. Su alma está impaciente por encontrar al Salvador.

Y ahora... se ha cumplido el ardiente deseo de encontrarse en presencia de Jesús, acostado a sus pies. Acaso habrá pedido a sus amigos que le trajesen allí, no lo sabemos, pero en todo caso es un acto genial. Despejar un camino por medio de tan compacta muchedumbre, era imposible. Por ello tenían que inventar otro método, el de subir al tejado para practicar una abertura quitando unas cuantas tejas...

De todos modos el paralítico está dentro; en el salón prevalece un silencio profundo. Jesús aún no ha proseguido hablando, el público está callado y el paralítico no ha dicho nada tampoco. Pero ¿qué dirá Jesús...? ¿Va a decirle por qué ha venido a molestarle? A lo mejor el pobre hombre habrá quedado algo azorado, pero en presencia de Jesús no es necesario hablar, porque Jesús sabe de antemano lo que pasa en el corazón.

Jesús ve que el hombre no ha venido tan solamente para ser sanado, para luego salir deprisa. ¡No! Este hombre ha venido por Jesús mismo. Ha venido porque precisa a Jesús como Salvador. Viene arrepentido, para conseguir el perdón de sus pecados.

Conmoverlo de pasión Jesús le ve acostado a sus pies. Concedor de los corazones, el Señor dice al paralítico: "Hombre, tus pecados te son perdonados".

Era exactamente lo que el paralítico precisaba, y una paz maravillosa inunda su corazón. Una paz indescriptible que produce en él una felicidad que no es de este mundo.

Los fariseos oyen lo que Jesús acaba de decir. A ellos lo dicho por Jesús no les produce esta felicidad divina, sino mucho disgusto. Se enfadan pensando dentro de sí: "¿Qué

blasfemia!... ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?"

Hasta cierto punto, queridos amigos míos, tiene razón; Dios sólo tiene el poder de perdonar pecados. Ningún hombre puede absolver al pecador.



*El paralítico bajado por el tejado*

Pero los fariseos pasan por alto una cosa de suma importancia: Jesús es Hijo de Dios, por lo cual tiene divina autoridad para absolver al pecador. Pero los fariseos se niegan a creer que Jesús es el Hijo de Dios, por lo cual se enfadan. Sin embargo, no dicen nada, sólo lo piensan.

El Señor Jesús, sin embargo, pasa a revelarles ahora que es conocedor de sus pensamientos y que no pueden ocultar sus sentimientos hostiles, Jesús les demuestra su omnisciencia y les da una prueba convincente de que en realidad es el Hijo de Dios, el Mesías prometido desde tantísimos siglos.

-“¿Qué caviláis en vuestros corazones?” les pregunta de repente a los fariseos airados- “Vosotros pensáis que no tengo derecho a decir esto ¿verdad?... Pensáis que no es verdad lo que digo; vosotros pensáis que sólo digo una cosa así para engañar al hombre... Pero voy a demostraros que no miento”

Entonces el Señor Jesús vuelve a dirigirse al paralítico: “Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa”.

No sólo a los fariseos contemporáneos suyos, de su peregrinación en esta tierra, sino a nosotros que vivimos veinte siglos más tarde, Jesús demuestra que siendo Hijo de Dios, tiene potestad en la tierra para perdonar pecados. Al demostrarlo anticipó su Sacrificio Expiatorio que iba a traer a Dios a los que creyeran en Él

Pero, queridos amigos míos, mandar a un paralítico tomar su lecho e irse a su casa, es una cosa, pero otra es la de obedecer dicha orden que, para un paralítico, es imposible. Pero lo que Jesús dice, lo hace. Sin titubeos ni regateos. La enfermedad se va y los brazos y los pies del hombre son fortalecidos de modo que al instante pueda marchar.

No podemos comprobar la absolución del pecador teológica o filosóficamente, pero la sanidad de un paralítico tan instantánea, sí podemos constatarla. Sólo Dios puede hacer obras de esta clase.

Sin embargo, la Biblia no revela si el paralítico pidió a Jesús que le sanase; al parecer no dijo nada en absoluto. El acto del hombre con sus amigos ha sido más elocuente que mil palabras, un acto de fe. Jesús, al ver la fe de ellos, no tardó en actuar.

Sanado y fortalecido el hombre enrolla su lecho y sale de la casa. Y los fariseos, ¿están convencidos ahora del mesiazgo de Jesús? No más que antes. El que no quiere ver no verá nunca, y no se dejará convencer. Los fariseos no han creído antes, y no creerán después. Han odiado a Jesús antes del suceso, y le odiarán mucho más después. Ni las palabras, ni los hechos de Jesús les convencen, porque las palabras del Salvador son palabras de Gracia, y sus hechos son hechos de Misericordia.

Los demás oyentes se han dado cuenta de la potestad divina de que dispone Jesús, y están atónitos. La Biblia dice que glorificaban a Dios y que, llenos de temor, decían que habían visto maravillas.

¿Han creído en Dios en realidad, o lo han hecho por mero asombro?... ¿Por convicción o por mero consenso mental? La mayoría de ellos, quizás, no habrán creído verdaderamente, como casi siempre ocurre cuando un milagro, una maravilla, se produce. Mientras el milagro no sea el producto mismo de la fe y confianza en Dios, no convencerá nunca al mundo.

Para el paralítico mismo ha sido una experiencia de fe, así como para sus amigos. Pero la Biblia dice que ellos creyeron de antemano, antes de que el milagro se produjese.

A nosotros nos conviene ahora sacar la lección siguiente: El Señor Jesús actuaba por Amor y Misericordia. Jesús considera al hombre encorvado bajo el pesado yugo y servidumbre del pecado, con todas las consecuencias terribles del pecado inherente a la naturaleza humana. Jesús en nuestra vida, viene a quitarnos el yugo del pecado y a quebrantar las cadenas de la servidumbre, para que en Él tengamos plena libertad.

Y si nosotros, cristianos del siglo XXI, amamos a nuestro mundo como Jesús amó al suyo, el mundo se dará cuenta de que hemos comprendido algo de Dios, y por misericordia, por amor al prójimo, haremos las obras de Jesús. Juntos, amándonos mutuamente, nos fortaleceremos día tras día, revestidos nosotros mismos de la potestad de Dios, por Jesucristo, que nos hace falta para proclamar y extender el Reino de Dios en este mundo.

## Capítulo 21

# LA CONVERSIÓN DE UN PUBLICANO

**Mateo 9:9**

**Marcos 2: 13 y 14**

**Lucas 5: 27 y 28**

En varios capítulos anteriores hemos hecho alusión a los romanos que en la época de la peregrinación del Señor Jesucristo gobernaban en Palestina, la cual era pues, tierra ocupada y los judíos no eran una nación independiente. Los romanos avasallaron a los judíos, por lo que no es de extrañar que éstos los odiaran. Esperaban con ansia el día de su liberación. Querían volver a ser una nación libre e independiente y anhelaban deshacerse de sus opresores, Además, los judíos tenían que pagar tributos a los romanos.

Nosotros también pagamos impuestos, lo que no es nada extraordinario. Pero la diferencia es que no tenemos que pagarlos a un ocupante, sino a nuestro propio gobierno, a nuestras autoridades que los perciben. Pero si nuestro país fuese ocupado, por algún ejército extranjero, nuestros impuestos serían percibidos por nuestros enemigos, los ocupantes. Entonces cambiaría todo el asunto. Entonces nos opondríamos a pagar impuestos, de modo que la potestad ocupante tendría que tomar medi-

das coercitivas para hacernos pagar. Entonces nuestro dinero ya no serviría para el sustento de nuestra propia nación, sino serviría para los fines que decidiera el enemigo. Nuestras propiedades ya no serían empleadas para nuestro bien, para el adelantamiento económico de nuestra nación, de nuestras instituciones e industrias nacionales.

Así comprendemos el por qué de la actitud hostil que los judíos adoptaban frente a los romanos, y por qué se mostraban reacios a pagar los tributos públicos, los cuales eran cobrados por la fuerza.

Pero también había judíos, oportunistas por supuesto, que decían a los romanos más o menos esto: "Vosotros ya no tendréis que cobrar los impuestos, nosotros lo haremos por nosotros. Vamos a prestaros asistencia". Estos eran colaboradores que estaban en buenas relaciones con los enemigos de su propia nación.

Ni que decir tiene que los judíos no se dedicaban a dicho trabajo desinteresadamente. No, muy al contrario, ellos tenían buen cuidado de sacar fuertes ganancias de su trabajo. Para lograr sus fines lucrativos cobraban tributos exorbitantes, y de este modo estafaban a sus propios compatriotas. Entregaban a los romanos las cantidades que les correspondían, mientras ellos se quedaban con el resto. En muy poco tiempo lograban enriquecerse con sus torpes ganancias; eran ladrones, y nada más. Dichos PUBLICANOS, que así eran llamados estos judíos, se portaban como enemigos de sus propios compatriotas.

Este era el motivo del gran odio que los judíos profesaban a los publicanos; a los que detestaban aún más que los romanos. Nadie hablaba con ellos con gentileza ni en términos de amistad. Nadie les ayudaba para sacarles de apuros cuando tenían dificultades. Todos sentían dentro de sus corazones un profundo desprecio hacia estos desalmados colaboradores. Cuando se topaban con un publicano, los judíos escupían en el suelo con desdén y volvían la cabeza al otro lado. Y en realidad, los publicanos no merecían otra cosa, por la clase de individuos que eran.

— — — — —

A corta distancia de Capernaúm, en la importante carretera de Egipto a Damasco, capital de Siria, se encontraba una especie de aduana, la cual, en el relato bíblico, se llama "banco de tributos públicos". En dicha carretera de gran tráfico internacional, había siempre mucho tránsito de caravanas de un país a otro. Los mercaderes también estaban sujetos a pagar impuestos a los romanos.

En dicho despacho estaba sentado un hombre que ejercía la profesión de publicano, el cual se llamaba Leví. Pero igual que muchos compatriotas suyos, por el trato que tenían con muchos extranjeros, también tenía nombre griego: El de Mateo. En realidad, la Biblia también le llama así; pero en nuestro relato, sin embargo, seguiremos llamándole por su nombre hebreo.

En aquel despacho Leví ocupaba un sitio estupendo, donde iba realizando muy buenos negocios. Sus ingresos eran enormes. Por ello no hemos de extrañarnos del mucho dinero que había ganado en un periodo relativamente breve. Considerando las ganancias que realizaba, tenía en muy poco el odio que los propios vecinos de Capernaúm le profesaban; si le menospreciaban por causa de su oficio, al él no le importaba nada, con tal de ganar mucho dinero, la única cosa que le interesaba.

Cuando todo el mundo le miraba de reojo, él sonreía con falsedad pensando coger a sus vecinos imponiéndoles tributos más gravosos aún. Su corazón sólo albergaba pensamientos de odio y maldad contra sus propios compatriotas.

-¿Amigos?- ¡No! No tenía amigos, ni nadie solía saludar a Leví en la calle. Nadie le quería, menos los demás publicanos de Capernaúm. Entre publicanos, claro, organizaban fiestecitas, tertulias, banquetes. Se invitaban mutuamente. El resto de la población, sin embargo, le odiaba y despreciaba, a lo cual Leví iba acostumbrándose, como materialista que era.

¡Helo allí sentado al banco de los tributos públicos! Es muy probable que el dinero esté amontonado en su mesa tras cobrar tanto impuesto. Quizás está calculando la cantidad que ha ganado en el transcurso del día. Al mismo tiempo está mirando a la carretera para ver si otros mercaderes vienen acercándose, y aumenten un poco más las ganancias.

De repente una muchedumbre se acerca, la cual llama su atención. Algo insólito que no había visto antes. Pero al acercarse la comitiva se da cuenta de la presencia del nuevo Profeta de Nazaret rodeado de mucha gente.

También habrá oído hablar del Señor Jesús, no cabe duda. Habrá oído el relato de los muchos milagros que Jesús ha hecho en las cercanías.

Leví está intrigado por saber lo que ocurre. No es que él se interese en lo más mínimo por el Profeta. ¡Qué va! -¿Quién es ese Jesús? ¡Nadie! Para él ganar montones de dinero es lo más importante. ¿Por qué ir a ver a Jesús...? ¡Ni hablar! Tiene otras cosas que hacer. Para un encuentro de esta índole no le sobra tiempo, ni tampoco quiere ir a verle.



*Leví sentado al banco de los tributos públicos*

Pero ahora, puesto que Jesús pasa por delante de su despacho, está intrigado en saber cómo es ese Profeta milagroso. Ahora se le presenta una buena oportunidad para verle desde muy cerca; no tiene que perder tiempo yendo a ver a Jesús.

La cabeza de la comitiva va pasando por delante de la garita del publicano; la mayoría de los hombres ni siquiera se dignan mirarle, sino que pasan como si no hubiese nadie en dicha garita, mientras en los ojos de los que le dan un vistazo no ve más que una expresión de odio y desdén, Algunos quizás escupieron en tierra en señal de desprecio. Leví, sin embargo, no dice nada sino que contesta con una sonrisa sarcástica.

De pronto Jesús se acerca. Leví se asusta al verse frente a Jesús. Jesús se para y mira a Leví cara a cara. Los ojos de Jesús son distintos de los demás: En ellos Leví no descubre ningún rastro de odio o desdén, sino una expresión de amor y misericordia.

¿Amor...? Leví por cierto no había esperado que alguien le amase. Se rompe la impenetrable coraza de insensibilidad e indiferencia de la que Leví se había armado. La mirada de Jesús cambia todo el hombre interior; ante el testimonio de amor, Leví se conmueve.

¿Amor...? Oh, Leví podría pedirlo con sollozos. Y ¿por qué? No puede dar explicaciones, pero de repente se produce un cambio radical en su vida. Empieza a ver la vida de otro modo: Todo ese odio y desdén por parte del pueblo, lo había merecido. Toda su conducta era digna de odio. Ahora el hombre se da cuenta de que no el pueblo, sino él, tiene la culpa de todo. Pero, ¿qué...?

¿Amor...? ¡No lo merecía! -Y ¿porqué el Profeta le está mirando con Amor y Misericordia?- Leví no lo sabe, no llega a comprenderlo por no ser digno de tal manifestación de Amor.

De repente el dinero ha perdido todo su valor en la vida de nuestro publicano: Muy al contrario, le da asco. Tiene vergüenza de toda su manera de vivir tan impía. Su corazón también se llena de amor: De amor hacia aquel Jesús para el desconocido que tiene misericordia del vil pecador que es el publicano.

Y cuando Jesús le dice esa única palabra, un imperativo: "¡Sígueme!", el publicano no tarda en levantarse, y sale de su

despacho para seguir a Jesús, el cual le atrae irresistiblemente.

Queridos amigos, así ocurre cada vez que Dios convierte un hombre. En nuestros corazones albergamos odio hacia Dios: Creemos que el Señor nunca hace bien las cosas. En tiempos de adversidad nos enfadamos contra Dios. Nos ponemos a refunfuñar, tal vez se nos ocurre maldecir a Dios. Tal vez no lleguemos a pronunciar tal maldición, pero dentro de nuestros corazones surgen malos pensamientos, impíos, y le echamos la culpa de todo a Dios.

Sin embargo, cuando Dios viene a renovar nuestro corazón inundándolo con su amor, todas las cosas cambian. Entonces Dios no sigue siendo el culpable en nuestras mentes, sino que descubrimos nuestras propias culpas. Entonces llegamos a conocernos a nosotros mismos, reconociéndonos pecadores delante de Dios y merecedores del infierno y de la condenación eterna. Entonces nos maravilla el seguir con vida, y que hasta ahora Dios nos haya guardado y protegido

¿Habéis sentido esta experiencia? Ojalá vosotros hayáis sentido también tal experiencia de regeneración de vuestro ser, de nuestra vida interior.

De repente, Leví se reconoció pecador ante Dios y los hombres. Por sí mismo nunca los habría aprendido, muy al contrario, hasta su muerte habría seguido estafando a sus conciudadanos. Pero el Señor Jesús se lo enseñó por obra del Espíritu Santo.

Ahora va andando en pos de Jesús, los ojos lagrimosos; lágrimas de dolor y arrepentimiento brotan en ellos, por causa de la vida mala e impía que acaba de dejar.

-----

**Matero 9: 10-13**

**Lucas 5: 29-32**

**Marcos 2: 15-17**

En una de las casas más bonitas de Capernaúm vivía el publicano Leví.

Llamado fuera de la garita por el Señor Jesús, le ofreció banquete. Los convidados estaban sentados en largos bancos colocados en el salón, y los criados servían platos deliciosos. Nosotros, en nuestros países occidentales, nos sentamos en sillas colocadas alrededor de una mesa, pero en oriente los convidados se recostaban en bancos largos y anchos, apoyándose en un brazo y mirando a la mesa donde estaban los platos. En dichos bancos, parecidos más o menos a nuestros divanes, los huéspedes estaban recostados muy cómodos, con los pies extendidos un poco fuera del banco.

En el salón de la casa de Leví muchos convidados estaban alrededor de dichas mesas cargadas de regios platos. Pero ¿de dónde venía toda esa gente?

No eran fariseos ni escribas, porque éstos no querían comer en casa de un publicano. ¡Ni hablar! Los demás judíos de Capernaúm no querían ser de la partida tampoco. Entonces, ¿quiénes eran...? Era la compañía de publicanos, reunidos de Capernaúm y alrededores. Y en medio de dichos publicanos, colaboradores de los romanos, hombre sospechoso, estaba sentado el Señor Jesús con sus discípulos.... Jesús es convidado también; come con los publicanos, ya que Leví le había asignado un sitio de honor...

De repente, se oye un rumor a la puerta de entrada, como de deslizamiento de pies. Unas cuantas personas entran en el salón: Unos señores vestidos con trajes largos y blancos.

-¿Convidados también?- ¡Ni mucho menos! Son unos intrusos que, por ser altos dignatarios, creían tener todos los derechos... son fariseos y escribas. Sus caras mostraban miradas desabridas y descontentas... se enfadaban al ver al Señor Jesús sentado en medio de esos detestables publicanos. Para ellos es un escándalo, y con desprecio habrán pensado: "¡Vaya! Si ese varón fuera tan santo como dice, no iría a comer con todos esos publicanos y pecadores..." Culpan al Señor Jesús, porque ellos no querían tener trato alguno con los publicanos. Ellos hubieran tenido vergüenza de ir a comer con gente tan depravada moralmente como eran los publicanos.

-¡Hay que ver a ese Jesús! es como los publicanos. Es de la misma pasta, quiere trabar amistad con los enemigos de los judíos...” Así razonaban entre sí, iban airándose más y más e iban sintiendo cada vez más indignación por la conducta del Señor Jesús...

Hasta que al final, ya no pueden ocultar su furor. Sin embargo no se atreven a atacar al Señor Jesús por su comportamiento que, en su opinión, era extremadamente extraño e inexplicable. Pero se ponen a reñir a los discípulos de nuestro Señor que también son de la partida.

En tono airado preguntan a los discípulos: “¿Qué es esto que Él como y bebe con los publicanos y pecadores?”

¿Qué contestación tienen que dar a los Jefes del pueblo? Por sí mismos no lo habrían hecho, pero su Maestro ha aceptado el convite y ellos han ido con Él... Aún sin saber el porqué. Es muy probable que hayan quedado azorados, sin defenderse ante la acusación de los fariseos y escribas.

Sin embargo, no tienen que defenderse. Jesús mismo acepta el desafío, porque ha oído todas las acusaciones de los fariseos y escribas. Y muy tranquilo les contesta: “los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores”.

Por esta sabia contestación vemos que Jesús no negaba lo que los fariseos habían dicho con odio, porque era cierto que los publicanos eran pecadores. En esto los fariseos no se habían equivocado, pero lo que Jesús quería decir a los dignatarios religiosos era: “Para hombres malos y depravados, corrompidos e impíos, he venido; para salvarlos de sus pecados, por muy graves que sean”.

Los jefes religiosos no comprendieron esta declaración. Se creían demasiado piadosos, demasiado justos para tener trato con ellos. En vez de ganarlos para Dios, los menospreciaban.

Estas palabras tan sencillas del Señor Jesús encerraban una grave advertencia a los fariseos: El Señor Jesucristo no es Salvador de justos, sino de injustos. Los justos, en realidad, no precisan al Salvador, sino los pecadores perdidos, los cuales quiere salvar de la perdición eterna. Los quiere salvar de la ira venidera de Dios.

-----

**Mateo 9: 14.17**

**Marcos 2: 18-22**

**Lucas 5: 33-39**

De pronto otro grupo de hombres se acerca. Es muy probable que haya relación entre la discusión con los fariseos y las preguntas que a continuación van a hacer a Jesús. Es probable, asimismo, que en el banquete en casa de Leví haya tenido lugar un día de ayuno y que, atónitos al ver a Jesús tomando parte en un banquete, cierta gente se haya extrañado. Ese segundo grupo de hombres no era gente orgullosa como los fariseos y escribas. No estaban furiosos, sino que se extrañaban del suceso. Pero... ¿quiénes eran esos hombres? Eran discípulos de Juan el Bautista, precursor del Señor Jesucristo.

No se extrañaban tanto al ver a Jesús hablando con publicanos; dicha clase de conversación la comprendían, porque su maestro también solía hablar a toda clase de gente. Los publicanos, a la verdad, también venían a hablar con Juan el Bautista, el cual sin cesar les exhortaba al arrepentimiento. En el trato con dicha gente Juan se mostraba extremadamente severo.

Pero el hecho de que Jesús se muestre tan amable para con los publicanos, no llegan a comprenderlo los discípulos de Juan. Su maestro solía vituperar a los publicanos, mientras, Jesús, ahora, come y bebe con ellos. Por ello han quedado tan sorprendidos. Por ello han venido a hacer toda clase de preguntas.

Los fariseos estaban llenos de odio hacia la persona de Jesús, mientras que en los corazones de los discípulos de Juan no había odio. Los fariseos arremetían contra los discípulos, mientras los discípulos de Juan se dirigieron directamente a Jesús. Los fariseos riñen y acusan. Los discípulos de Juan, en cambio, piden explicaciones.

Viene, pues, a decir a Jesús: "Los discípulos de nuestro maestro ayunaban muy a menudo, pero tus discípulos no ayunan. ¿Por qué no lo hacen?"

Con esta pregunta quieren decir: "Nuestro maestro nos enseñó a afligirnos por causa de nuestros pecados, pero en tus discípulos no vemos ni rastro de contrición".

A ellos también Jesús les dio una contestación: "¿Por qué mis discípulos tienen que afligirse mientras tanto que el Salvador está con ellos? Más tarde, cuando Yo les sea quitado para ser clavado en la cruz, entonces mis discípulos se afligirán y se lamentarán.

Así, pues, nos damos cuenta de cómo continúa la Pasión del Señor Jesucristo. Tiene más y más enemigos y nadie parece comprenderlo. Él va por encima del entendimiento humano: Él es el Mesías y Salvador.

Aquel impío Leví -convertido- no ha vuelto a trabajar en su garita de tributos públicos, ya que como hombre regenerado ya no podía ejercer el oficio de publicano. Se hizo discípulo de Jesucristo y, más tarde, aparecerá bajo el nombre de Mateo, y como discípulo de Cristo será el autor del Evangelio según San Mateo.

¡Qué cambio tan enorme en la vida de un hombre!

Esta historia encierra una enseñanza importantísima para nosotros también. Porque muchos son los que se llaman cristianos y que se deleitan en una vida de pecado... Es cierto que no conviene pensar que somos demasiado malos -que hemos pecado demasiado- para convertirnos a Dios. Eso es lo que el Diablo nos hace creer. En realidad el Señor Jesús ha venido para salvar pecadores. Esto sin embargo, no quiere decir que debemos vivir a nuestro propio gusto. No, muy al contrario. En el libro del Eclesiastés, o Predicador, capítulo 12, último versículo, leemos textualmente: "Dios traerá toda obra a juicio juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala". Pero aunque vosotros seáis pecadores notorios en vuestro pueblo o aldea, hay esperanzas para vosotros.

Pedid, pues, a Dios que os revele los pecados más secretos de vuestra vida, y que prepare un sitio para el Salvador en vuestros corazones. Porque reconociéndonos culpables ante Dios, conoceremos quienes somos a los ojos de Dios. Pero entendamos bien: Nosotros no podemos convertirnos a nosotros mismos, es obra del Espíritu Santo que obra en nuestras almas y conciencias por la Gracia soberana de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

## Capítulo 22

# EL QUE ESTUVO PARALÍTICO ===== TREINTA Y OCHO AÑOS =====

**Juan 5: 1-9**

¡Cuánto dolor hay en este mundo!

Hay que ver el dolor, la aflicción que reina en nuestros hospitales. Miles y miles de seres humanos, jóvenes y ancianos, altos y bajos, acostados en largas filas de lechos de enfermedad. Nos da pena verlos, incluso los locos en los manicomios... Los pobres dementes hundidos en su miseria mental y espiritual, desprovistos por completo de inteligencia y que pasan años enteros en su mísero estado de alienación mental: Enfermos que pasan allí toda su vida. Y si supiéramos los sufrimientos que los presos soportan en todas las cárceles del mundo nos daría miedo. Desde luego, hay inocentes que sufren duras penas, pero la mayoría de los delincuentes encerrados en los numerosos establecimientos penitenciarios, han sido convictos de toda clase de delitos y crímenes. Nosotros, sin embargo, no tenemos ningún derecho a juzgarlos, porque no conocemos los motivos que los han conducido a la perpetración del tal delito o crimen.

Uno, por ejemplo, ha tenido malos compañeros, y bajo su influencia abandonó la senda de la virtud. Ellos le han puesto en lugares que para él no eran convenientes. ¿Qué clase de

amigos o amigas tenéis vosotros? Otro quedó huérfano de padre o madre en su juventud, y por falta de amor paternal o maternal vino a parar en compañías que al final le indujeron a cometer los crímenes o delitos por los que ha sido condenado a reclusión. De este modo pudiéramos escribir libros enteros.

Nosotros, dentro del círculo más bien restringido en que nos desenvolvemos, no vemos más que una parte ínfima de los sufrimientos de este mundo. Toda la miseria que cunde por doquier, todos los dolores y angustias, son consecuencias del pecado.

En la actualidad, gracias a Dios, han sido constituidas muchas instituciones para socorrer a los pobres y miserables. Los locos son atendidos, y en las cárceles hacen todo lo que pueden para educar a los delincuentes, para darles la posibilidad de empezar una nueva página de su vida. Para que, puestos en libertad, puedan andar en la senda de la virtud con toda honradez. En nuestros hospitales hay muchos médicos y enfermeras que se dedican a la tarea ímproba de ayudar y atender a los enfermos tanto como es posible. De día y de noche se esfuerzan por atenderlos; muchos de nosotros lo sabemos por propia experiencia. Uno es operado, otro es cuidado por causa de una enfermedad quizás de menor gravedad. Por ellos cabe decir que nuestros hospitales son una verdadera bendición para todo el pueblo.

En un pasado no tan remoto no había hospitales, o muy pocos e insuficientes si los consideramos a la luz de la medicina moderna. Pero siempre ha habido enfermos, en gran número, por desgracia. Desatendidos, sobre todos en tiempo de epidemias, cuando los enfermos morían como moscas.

En la época de la gran peregrinación del Señor Jesús en este mundo había un hospital en Jerusalén. Cerca de la Puerta de las Ovejas había un estanque, alrededor del cual había cinco pórticos. Dicho hospital se llamó Betesda.

Pero allí los enfermos no estaban acostados en camas pintadas de blanco. No había médicos ni enfermeras. Betesda no era pues, un hospital o clínica, como los que conocemos en la actualidad. Pero por muy deficiente que fuese, estaba lleno de enfermos. Nosotros, gente del siglo XXI, no ingresaríamos en

un hospital sin servicio médico ni instrumental, ni enfermeras; en nuestras casas estaríamos más a gusto. ¿Verdad?

Pero allá en Betesda ocurría de vez en cuando algo que tal vez no ocurre en nuestros hospitales; un milagro, de modo que de tiempo en tiempo un enfermo sanaba por completo. Sano de cuerpo, el dichoso enfermo podía irse a su casa. Pero ¿cómo se producía una sanidad de esta clase?

El pasaje bíblico aludido nos da amplios pormenores: De vez en cuando un ángel descendía del Cielo para agitar el agua del estanque. Es muy probable que nadie haya visto jamás al ángel, pero su presencia era notada por el movimiento del agua, algo parecido a una ola del mar, o como si alguien agita-se el agua con mucha fuerza. Esto, para los enfermos, era la señal de la presencia del ángel, la cual esperaban con ansia.

Cuando sucedía tal movimiento cada uno trataba de acercarse al estanque tan rápidamente como le fuese posible. Unos iban corriendo, otros iban arrastrándose por el suelo. El que se zambullía primero conseguía plena sanidad.



*El estanque de Betesda*

Una vez un cojo saltó al agua, tras moverse muy difícilmente con sus muletas; otra vez un ciego se acercó primero. También ocurrió que un moribundo fue llevado al estanque por sus amigos. Tan pronto como el agua se agitaba, un solo enfermo conseguía sanidad, los demás tenían que esperar al próximo movimiento.

Nadie sabía la hora de la llegada del ángel; tal vez de mañana, tal vez de noche. Mientras esperaban al mensajero del Cielo, los infortunados estaban inquietos, curiosos por saber quién sería sanado la siguiente aparición con impaciencia, porque todos sabían que nadie podía encontrar sanidad antes de que se produjese la próxima agitación del agua.

A pesar de la ausencia de doctores en Betesda, había allí un excelente remedio: Una medicina genuinamente divina y celestial.

¡Cuán inmensa bondad de Dios para con el pueblo culpable y pecaminoso!

De vez en cuando, Dios enviaba un mensajero celestial para sanar un enfermo de su dolencia; cuán agradecido tenía que estar el pueblo de Israel por tal inmerecida bendición divina.



Con nuestro pensamiento vamos a visitar ahora el famoso estanque de Betesda. La Biblia nos sirve de guía. Hay mucha gente en Jerusalén: Una fiesta de los judíos, como el apóstol Juan nos explica. Con toda probabilidad era la Pascua. Miles y miles de judíos de toda la nación están reunidos en la metrópoli. Además, es un día de sábado.

Pasamos, pues, por largas filas de enfermos que yacen en sus lechos esperando que se mueva el agua. Hay muchos visitantes también: Familiares y amigos que vienen a visitar a los suyos, como ocurre en nuestros hospitales a la hora de las visitas. Para los enfermos son las horas más agradables del día.

En este sábado hay gran número de visitantes allá en Betesda. Se entablan conversaciones muy animadas. De vez en cuando se oye una risa.

Pero... hay que ver en aquél rinconcito de uno de los cinco pórticos, un enfermo extendido en una estera. Lo más humilde que uno puede imaginar. El hombre no tiene visitas; nadie viene a atenderle. Quieto y entusiasmado, el hombre está acostado observando el ir y venir de la gente. El disgusto y la aflicción se leen en su cara.

¿Disgusto, aflicción...? ¿Y por qué?

Queridos amigos, el pobre está acostado allí desde hace muchos años. El también fue a Betesda pensando ser sanado alguna vez. Cada vez ha hecho lo que podía para acercarse al estanque a raíz de la agitación del agua y ser el primero en zambullirse, pero nunca ha tenido éxito. Antes de alcanzar el borde del estanque, hay otro que baja al agua sanadora. Cada vez, desilusionado, vuelve hacia atrás esperando el próximo movimiento del agua, para luego intentar hacerlo de nuevo.

Semanas... meses, años han pasado. Centenares de enfermos han venido después de él y salido antes que él. Por mucho tiempo ha esperado con muchísima paciencia, y sin cesar ha albergado en su corazón la esperanza de que, al final, él tendría éxito también, y que algún día sería el primero... Vana esperanza aquella, hasta que al final iba perdiendo el ánimo, porque ha estado acostado allí -¡no os asustéis!- desde hace treinta y ocho años. Y durante todo este tiempo nadie se ha dignado ayudarlo. Así pueden ser nuestros prójimos: Ninguna ayuda, ninguna caridad.

-¡Oh no!. Allí le han dejado, allí yace abandonado a su suerte. Es, pues, comprensible que el hombre haya estado tan triste, tras experimentar tantas desilusiones. ¿No nos afligiríamos si tal vez fuera nuestra suerte también...? Fijaos un solo momento cuál debía de ser el estado de ánimo de un hombre enfermo por treinta y ocho años, sólo en este mundo. Nada menos que un infierno terrenal. Los muchos visitantes de Betesda no lo saben, nadie lo sabe... ¿Nadie?

— — — — —

De repente un Hombre fija su mirada en nuestro pobre enfermo y se acerca a él. Le conoce, pero para el pobre hombre habrá sido una extraña sorpresa la de entrar en conversación con el Forastero.

Hasta entonces, nadie ha hecho caso de este hombre caduco nadie conoce sus pensamientos. Nadie, menos el Forastero que viene a verle, porque sabe exactamente lo que pasa en el corazón del enfermo. Es... el Señor Jesús. Cuando Él viene algo cambiará.

Jesús también había ido a Jerusalén para celebrar la fiesta. Y ahora, el día de sábado, va dando una vuelta por Betesda; va a ver el sitio de la miseria humana.

El solitario mira a Jesús como si quisiese preguntarle mil cosas. ¿Qué quiere este Forastero tan singular? Porque el interés que Jesús ha tomado en este hombre no deja de sorprenderle.

Sin más ni más Jesús va al grano preguntándole: “¿Quieres ser sano?”

¡Qué pregunta más rara a oídos de un hombre que por treinta y ocho años ha estado tendido en su lecho de enfermedad! Ni que decir que un hombre tal no tiene más que un deseo: Ser sano.

El paralítico contesta desalentado: “Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy otro descende antes que yo...”

De este modo el pobre hombre siempre llega tarde. ¡Qué vergüenza para los vecinos de Jerusalén, que ninguno de ellos se haya dignado ayudar al pobre enfermo! El paralítico de Capernaúm sí tenía amigos que le ayudaron: Cuatro hombres que lo hicieron todo para traer a su amigo paralítico a los pies de Jesús. Pero en Jerusalén, donde abundan los “piadosos” fariseos, ni uno quiso llevar a este infortunado al agua que está a unos pocos pasos de donde yace.

Pero a diferencia de todos los demás visitantes, Jesús no vuelve atrás cuando el enfermo le da una respuesta tan desanimada, que revela su desesperación. No, muy al contrario,

Jesús de repente dice: “¡Levántate, toma tu lecho y anda!” Y el Señor Jesucristo, al pronunciar estas palabras con divino poder, también le concede las fuerzas necesarias para ejecutar tal orden.

He aquí, el paralítico vuelve a levantarse después de treinta y ocho años de enfermedad. En todo su cuerpo ha sentido la sensación de un renuevo de fuerzas físicas. Cree lo que Jesús le dice, aún sin conocerle. Hasta entonces el Gran Médico ha sido para él un Forastero desconocido que le había mandado levantarse.

A continuación, el feliz hombre se inclina para enrollar la estera en la que había estado acostado tantos años. Pero cuando se vuelve a levantar para llevar la estera, ya no ve al Señor Jesús. Ni siquiera sabe quién le ha sanado. Cuando Jesús hace un milagro no se manifiesta a la muchedumbre para llamar la atención a las obras maravillosas que hace; Jesús no hace alarde de su poder sobrehumano.

Curado por milagro divino, el que fue paralítico sale del “hospital” de Betesda con la estera enrollada bajo su brazo. Feliz, porque tras treinta y ocho largos años de enfermedad e inmovilidad, y perdidas esperanzas, no había esperado en vano, siendo sanado por la poderosa palabra del Señor Jesús.

### **Juan 5:10-47**

“¿No sabes que hoy es día de reposo?”

Muy tranquilo el paralítico sanado anda por las calles, cuando de repente unos judíos -quizás fariseos- se acercan a él furiosos y en áspero tono de reproche le dicen: “¡Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho!” Hoy quizás diríamos: “No puedes hacerlo; está prohibido!”

A lo cual el hombre contesta sin ambages: “El que me sanó, Él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda”.

Al dar dicha contestación es como si echase leña al fuego, y

con perspicacia vuelven a preguntarle: "Pero ¿quién es el que te dijo toma tu lecho y anda? ¿Quién te sanó a ti? A eso no sabe contestar, porque no conocía a Jesús. No sabía que aquel Forastero era Jesús.

Un poco más tarde, el que fue parálítico va andando en el Templo, adonde quizás ha ido para traer su sacrificio de acción de gracias por su sanidad milagrosa. El relato bíblico no da ese detalle, pero es más que probable que para ello haya ido al Templo. En todo caso puede ahora celebrar la fiesta juntamente con los demás israelitas, por primera vez desde hace treinta y ocho años. ¡Qué maravilla!

De pronto Jesús se acerca a él en tono suave le dice: "Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor".

De esta declaración terminante del Señor Jesús, concluimos que el hombre debe haber cometido o practicado algún pecado grave, y que su enfermedad haya sido una consecuencia de su pecado. No sabemos cuál pueda haber sido el pecado, pero para nosotros ha de ser una advertencia también del hecho que la práctica del pecado, mientras tengamos plena conciencia de nuestros actos, nos puede acarrear alguna enfermedad.

En todo caso, el Señor Jesús advierte al hombre de las consecuencias del pecado, que pueden ser muy graves. Para él ha sido una advertencia tan suave como solemne, pero dada por amor: "Para que no te venga alguna cosa peor". El Señor Jesús se lo dice en su propio interés.

Después de la breve entrevista con Jesús el hombre no tarda en dirigirse a los judíos que le habían censurado el hecho de haber llevado su lecho en día sábado, diciéndoles que ahora sabe quién le ha sanado, que ha sido Jesús.

Pero ¿por qué va a decírselo a los judíos? ¿Quiere traicionar a Jesús...? Hay quienes opinan que lo hizo, no para traicionarle, sino más bien para honrar a Jesús, para testificar de Sus obras maravillosas. La Biblia, sin embargo, no dice nada al respecto, por lo que no conocemos los motivos exactos del hombre.

Cuando los judíos “piadosos” se enteran de que Jesús de Nazaret ha dicho al hombre que lleve su lecho en sábado, sus corazones se llenan de rencor y maldad. Van a buscar a Jesús para perseguirle. Intentan prenderle con la finalidad de matarle... Y ¿por qué? ¿Qué mal ha hecho?

Y todos estos malos intentos sólo porque los judíos piensan que Jesús deliberadamente hace cosas que no es lícito hacer en sábado. En realidad, los judíos opinan que Jesús está profanando el sábado a sabiendas. Y ahora quieren matarle, porque según la Ley de Dios, tal como leemos en el Antiguo Testamento, un hombre así tiene que ser apedreado (Éxodo 31:15)

Pero los enemigos del Señor se equivocan: Jesús está lejos de profanar el sábado, sino más bien lo santifica. El rigorismo religioso lo prohíbe todo, incluso el hacer obras a la gloria de Dios... Los judíos querían ser más “papistas” que el Papa.

Es cierto que no se debe trabajar en el día de reposo por Dios instituidos. Las escuelas están cerradas, y las fábricas y oficinas también. Pero hay cosas que tienen que hacerse todos los días; por ejemplo el campesino tiene que atender a sus ganados; el médico visitar a los enfermos según la gravedad del caso, y las enfermeras tienen que cuidar a los enfermos. Es trabajo de ABSOLUTA NECESIDAD, el cual debe hacerse todos los días, incluido el día de reposo.

El Señor sanó al infortunado paralítico en un sábado, pero para Jesús esto no era trabajo en el sentido de trabajar para ganarse el sustento, ni de cualquier trabajo profesional, sino una obra de misericordia con la cual no había profanado el sábado.

Pero Jesús da a los judíos la contestación que les conviene; “Mi padre hasta ahora trabaja, y Yo trabajo” Es muy probable que los judíos no hayan comprendido el significado de dichas palabras. Porque... ¿quién es el Padre de Jesús? Para saberlo hay que escuchar y aceptar. Los judíos, menos unas pocas excepciones, rechazaban el mensaje de Jesús valiéndose de toda clase de subterfugios. Por ello los interlocutores de Jesús

en el Templo se niegan a creer que Dios es el Padre de Jesús, porque el reconocimiento de tal hecho, presupone la fe en Él. Jesús, al dar dicha contestación, se refiere a Dios que mantiene en vida al mundo entero, a Dios que lo gobierna todo, del cual Jesús confiesa ser Hijo, y que, siendo el unigénito Hijo de Dios, es el Mesías de Israel.

Los judíos comprenden la declaración de Jesús y se ponen cada vez más furiosos. ¿Qué pasa ahora? ¿Jesús de Nazaret nuestro Mesías...? No lo creen, no quieren creerlo, antes rechazan a Jesús acusándole con blasfemia.

A continuación Jesús habla a los judíos acerca de la autoridad del Hijo de Dios, y si en realidad hubieran creído a los profetas, también habrían creído en Él. Jesús, en su exposición, va mucho más lejos: No sólo tiene el poder de sanar enfermos, sino también el de la resurrección de los muertos, el de restablecer todas las cosas. En realidad por el pecado vino la flaqueza, por la flaqueza la enfermedad, y por la enfermedad la muerte; todas ellas consecuencias de la caída del hombre en el pecado. Cristo, a la verdad, no vino como libertador político del pueblo de Israel, sino que quiere salvarlo por entero. Y con Israel, Dios, por Jesucristo, quiere salvar al mundo entero. Entonces cada milagro por El hecho, es una señal de acercamiento al Reino de Dios, y por éste del restablecimiento de todas las cosas por la abolición radical del pecado, sino también de todas las consecuencias del pecado.

Dicho ministerio sacerdotal y salvador de Cristo más tarde será el sagrado oficio de la Iglesia de Cristo, el de hacer las obras que Cristo hizo durante su peregrinación en este mundo. Y según el mandamiento de nuestro Jefe Supremo las obras a hacer por nosotros, los creyentes, no han de ser menos poderosas que las de Cristo mismo. En realidad Cristo mandó a los apóstoles, y por extensión a su Iglesia, la congregación de los creyentes, que por Él hiciésemos obras mayores para la extensión del Reino de Dios.

## Capítulo 23

# EL HOMBRE DE LA MANO SECA = SANADO EN EL DÍA DE REPOSO =

**Mateo 12: 1-8**

**Marcos 2:23-28**

**Lucas 6:1-5**

¿Os causa alegría el domingo?

¡Que pregunta más rara! Y tenéis razón, esta pregunta es algo rara. Muchos no quieren ni pueden dar una contestación, porque en realidad hay muchos que detestan el domingo, aunque no lo digan expresamente. Están contentos cuando ha pasado el domingo. Nadie se atreve a decirlo explícitamente, pero hay jóvenes que dicen que el domingo es el día más aburrido de toda la semana.

Pero ahora surge la pregunta para saber si Dios, en realidad instituyó el día de reposo nada más para que la juventud se aburra soberanamente. ¿Cuál será el significado, la finalidad del domingo? La Biblia nos dice que el día de reposo nos fue dado para nuestro bien, lo creamos o no.

Es sabido que la Biblia se refiere al sábado como día de reposo, al que alude con frecuencia. Antes, en el país de Canaán el día de reposo coincidía con el sábado, y no con el domingo. Aunque haya habido cambio de día, el significado del día de reposo ha sido siempre el mismo.

Dios instituyó el día de reposo, porque en seis días creó Dios el cielo y la tierra y todo lo que encierra, y descansó el día séptimo. Desde entonces los hombres han tenido el deber, por ordenanza divina, de celebrar un día de reposo cada semana. Mejor aún; nos permite celebrarlo. Es para nosotros una bendición, un beneficio. Por ello Dios nos dio un día de descanso, en el que se nos permite descansar de nuestras obras, de nuestro trabajo cotidiano. Si no hubiera día de reposo, nunca podríamos descansar. En realidad si no tuviéramos tal obligación, tendríamos que trabajar sin cesar. Dios, sin embargo, se muestra muy bondadoso para con nosotros concediéndonos un día de la semana, en el que también, se abren las puertas de la casa de Dios. Entonces con tranquilidad podemos escuchar el mensaje de la Palabra de Dios en nuestras iglesias, el cual nos es predicado por nuestros pastores.

Este día es el Día de Dios, por Dios mismo instituido para el culto de predicación.

Debido a nuestra vida de pecado, sin embargo, ya no queremos obedecer a Dios: Hay que ver que pasa en nuestras iglesias. El bienestar de la gente ha influido tanto en la mente de los cristianos, que muchos prefieren ir de paseo, en vez de ir al culto.

El día de reposo nos ha sido dado para ir a escuchar el mensaje del Evangelio: Tenemos el privilegio y la obligación de escucharlo. Muchos cristianos -que por lo menos se llaman así- hacen uso del domingo, nada más que para pasarlo en sus propios deleites.

Para muchos este capítulo sonará algo duro, áspero. Nos conviene saber, sin embargo, que para nosotros el domingo es una BENDICION.

Este prólogo al presente capítulo, es necesario para comprender la lección espiritual que nos quiere dar.



En un día de reposo, tranquilo, unos transeúntes pasan por los caminos de Canaán, allá en Galilea. A lo largo del cami-

no, a ambos lados, los campos están sembrados de trigo. El grano está ya madurando, y los campesinos no tardarán en segar para luego recoger la cosecha.

¿Quiénes son esos transeúntes...? Los textos citados nos revelan que el Señor Jesús va acompañado de unos discípulos suyos, y de unos pocos judíos que van caminando con ellos.

De repente unos discípulos se ponen a coger espigas, las restriegan con las manos, quitan el tamo soplando y a continuación comen los sabrosos granos. Tenían hambre y por ello se comen unos granos.

Pero ¡ay de los pobres! Que entre los judíos que caminan con ellos, también hay unos fariseos. Ellos lo ven y los rasgos de sus caras revelan el descontento. Jesús también ha visto lo que sus discípulos hacían, pero al parecer no les dice nada, sino que anda con ellos sin darle importancia. Pero los fariseos se escandalizan del silencio por parte de Jesús. Entonces, si Jesús no les dice nada, ellos se encargarán de censurarlo.

En tono muy áspero dicen a Jesús: "He aquí, tus discípulos hacen lo que no es lícito en el día de reposo".

El Señor Jesús sufre, pues, una reprimenda por parte de los fariseos que quieren obligar a Jesús a prohibírsele a sus discípulos. Pero ¿por qué? ¿No es lícito hacerlo? ¿Dónde está escrito en las leyes por Dios impuestas a Israel?

Aquí está el problema: Lo que los discípulos han hecho no está prohibido por ninguna Ley del Antiguo Testamento, sino que los fariseos habían añadido muchísimos mandamientos humanos. En realidad los fariseos querían decir: "Recoger espigas equivale a una cosecha, y el restregar espigas equivale a la trilla..." Es una barbaridad, pero el rigorismo religioso es capaz de imponer cualquier ley o mandamiento. Es cierto que el campesino no debe cosechar en el día del Señor, o sea, el domingo, o el día de reposo de los judíos. ¡Claro que no ! Pero es una realidad que lo que los discípulos estaban haciendo no era cosechar ni trillar.

Por ello, muy tranquilo el Señor Jesús contesta: "¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre?" Y a continuación les cuenta un trozo de la historia

de David, cuando tuvo que huir de Saúl (1º Samuel, cap 21) comió de los panes de la proposición, es decir pan sagrado, que sólo los sacerdotes podían comer. Sin embargo el sacerdote Ahimelec le dio dichos panes para él y sus compañeros hambrientos. Pero ¿por qué lo hizo...? ¿Podía hacerlo...? En tal caso sí, porque no había más remedio. No había otro pan ni otros alimentos, y David y sus acompañantes, hambrientos todos, tenían que comer. Por ello el sacerdote le dio los panes sagrados a David.

Con dicha referencia a la historia bíblica el Señor Jesús quiere explicar que, bajo ciertas circunstancias, son admisibles ciertas cosas que en tiempos normales nunca se harían.

Lo mismo ocurrió aquí, en nuestro relato. Los discípulos tenían hambre. A lo mejor no habían comido nada durante todo el día, por lo cual sí podían recoger algunas espigas para comer los granos. Además no era aquí cuestión de cosechar ni de trillar.

Los fariseos no saben dar ninguna contestación y no siguen discutiendo sobre dicho particular. Dentro de sus corazones, sin embargo, están disgustados con el Señor Jesús, y llenos de odio siguen caminando con Él.

Si los Judíos al final detestaban el sábado, el día de reposo, era más bien por culpa de los fariseos. Porque sus leyes y mandamientos, por ellos mismos inventados, hacían la vida del pueblo casi imposible. Esta no era la finalidad de las leyes del sábado. Jesús a la verdad no ha venido a anular el sábado ni a profanarlo, pero tampoco hizo caso de los sofismas de los muy doctos y "piadosos" fariseos y escribas.

---

**Mateo 12: 9-14**

**Marcos 3: 1-6**

**Lucas 6:6-11**

El Señor Jesús tenía la costumbre de ir a la sinagoga en los días de sábado, y de ir a predicar al pueblo. Lo hizo en Nazaret, lo hizo en Capernaúm, y en este sábado vuelve a hacerlo.

Ocurrió, pues, en otro día de reposo, que Jesús volvió a predicar en alguna sinagoga. Cuando el pueblo se enteraba de la presencia de Jesús en las cercanías, había muy buena asistencia a los cultos, porque la predicación del profeta de Nazaret tenía algo particular, como la de uno que tiene mucho poder y fuerzas de convicción. En todo caso gustaba al pueblo ir a escucharle, más que a los demás predicadores.

Pero la misma sinagoga también está poblada de fariseos... furiosos. ¿Furiosos, por qué...? Porque no pueden sufrir el que el pueblo tenga más ganas de ir a escuchar al Señor Jesús que a ellos mismos. En este respecto la humanidad no ha cambiado. Los fariseos tienen celos de Jesús. "¡No, a Jesús sino a nosotros tienen que escuchar!" Por ello quieren poner término a esta situación que tanto les molestaba, y están mirando para poder coger a Jesús en alguna falta, en alguna trasgresión... para poder acusarle, para poder advertir al pueblo que tenga cuidado con ese Jesús.

Por ello han ido a la sinagoga; no para escuchar su mensaje, sino para cogerle en algo. Ellos, por cierto, no piden a Dios que bendiga la predicación, para que resulte de bendición para muchas almas. No piden a Dios que conceda al pueblo y a ellos mismos la Gracia divina de la conversión y del arrepentimiento. No, muy al contrario, ellos acuden llenos de odio. Si tuvieran el poder legal, no tendrían reparos en asesinar a Jesús. La religión, cuando es demasiado ortodoxa, puede ser extremadamente cruel.

Y vosotros, ¿también acudís al culto el domingo, el día de reposo? -¿Con ganas o a regañadientes?- Porque papá y mamá os obligan a ir...? ¿Oráis a Dios que bendiga el mensaje que el Pastor va a traer en el Nombre del Señor?

En nuestro pensamiento, ya vemos sentados a los fariseos, las miradas fijas en el Señor Jesús. Le están espiando y acechando, por si al fin, logran cogerle en alguna palabra o algún hecho.

La concurrencia está compuesta de gente de todas las clases sociales: Pobres y adinerados, jóvenes y ancianos.

Pero hay que ver allí, un hombre infortunado que tiene la mano seca. ¡Qué mala suerte! Una mano seca y amojamada por completo, probablemente a consecuencia de un accidente. Según Lucas 6:6 era la mano derecha: peor aún, porque el hombre casi no podría trabajar para ganarse la vida. Todo trabajo tendría que hacerlo con la mano izquierda.

Los fariseos también han visto al hombre y piensan: "A ver si Jesús se atreve a sanar al hombre en el día de reposo..." Sus corazones se llenan de malos pensamientos, por supuesto indignos de jefes religiosos de la nación.

De repente, Jesús se dirige al infortunado: "Levántate, y ponte en medio". Y él se levanta, conforme a las palabras del Señor Jesús, quizás asombrado, sin comprender nada.

En toda la sinagoga reina un silencio profundo, y todo el mundo está intrigado por saber lo que va a suceder...

Entonces mira con severidad a los fariseos furiosos preguntándoles: "¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿Salvar la vida o quitarla?" Y callándose, Jesús mira a todos alrededor... ¡a ver que le contestarán!

Porque el Señor sabe los pensamientos secretos e íntimos de los hombres. Por ello les hace esta pregunta.

Unos habrán dicho que, por cierto, es lícito hacer bien en día de reposo... Pero los fariseos no contestan, de momento están mudos.

Jesús prosigue hablando: "¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano y la levante? ¡Cierto que lo hará!" Nadie dejará al pobre animal ahogarse en el hoyo. Todo ser humano la sacará de allí. ¿verdad?

Si, pues, es lícito salvar a un animal, Jesús dice que también es lícito salvar un hombre en día de reposo, porque un hombre vale más que una oveja...

Otra vez reina el silencio; los fariseos siguen callados, pues saben que Jesús tiene razón. Sin admitirlo, desde luego. Hay que verlos, furiosos...

El Señor Jesús se aflige al darse cuenta de la maldad de

dichos fariseos, pero al mismo tiempo se enoja. A los fariseos los mira con indignación, como si quisiera decir: ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza!

Aquí, pues, de pie en la sinagoga, Jesús está a la vez afligido y airado al ver la dureza de corazón de los fariseos.

Pero al pobre hombre que sigue de pie delante de Jesús, dice: "¡Extiende tu mano!" El hombre lo hace y... la mano le es restaurada sana como la otra. ¡Qué maravilla en la vida de un hombre medio inválido! Desde ahora puede servirse de las dos manos para trabajar.



*Los fariseos deliberan sobre cómo matar a Jesús*

Pero hay que ver a los fariseos... Ellos se han enfadado, y furiosos se apartan para tomar consejo contra Jesús, y ¿por qué?... Sólo porque ha sanado al hombre en un día de reposo, lo que, según los fariseos, es una profanación del sábado. Fuera de la sinagoga siguen discutiendo... sobre la manera más conveniente de matar a Jesús. Quieren destruirle porque Jesús no actúa según el criterio de las leyes y mandamientos impuestos por los líderes religiosos.

Una vez más nos damos cuenta de los excesos del rigorismo religioso, el cual no tiene nada que ver con una sana ortodoxia, con tal de que uno quiera vivir estrictamente según el criterio de fe establecido por Dios. Pero al tratarse de reglamentos promulgados por los hombres, en este caso por los fariseos, tal vez los líderes religiosos exigen por parte del pueblo una ciega reverencia y obediencia, aunque para ejecutar dichos reglamentos tengan que transgredir las leyes del Amor de Dios, como ha ocurrido en la sinagoga.

## Capítulo 24

### = OVEJAS QUE NO TIENEN PASTOR =

**Mateo 9:35-10:1-42**

**Marcos 3: 13-39**

**Lucas 6:12-16**

Como en otros capítulos, en el presente también nos vemos enfrentados a una serie de misterios que contienen los textos bíblicos citados arriba. En realidad las dificultades, en la lectura de la Biblia, surgen cada vez que topamos con temas que nos parecen algo raros. El lector asiduo de la Palabra de Dios sabrá subsanar todos los problemas, de doctrina por ejemplo, que se le presentan, porque también podemos contar con la ayuda del Espíritu Santo de Dios que nos hace sabios para vida eterna.

El tema que a continuación vamos a tratar puede ilustrarse mejor con un rebaño de ovejas que van pastando tranquilamente, o que se acuestan a la sombra de unos árboles. El pastor que las apacienta cuida de ellas, para que no se aparten, que no se extravíen y que no sufran ningún accidente. El pastor las protege y defiende contra las fieras. Muy de mañana sale del redil con sus ovejas y al anochecer las vuelve al redil, donde tienen un lugar seguro durante la noche.

Pero si el pastor se apartara, abandonando el rebaño a su suerte, ¿volverían todas las ovejas al redil sanas y salvas?

Cierto que no. En nuestros países industrializados y mecanizados correrían el peligro de ser atropelladas por los numerosos automóviles que circulan. Y en tierra de Canaán estarían expuestas a las fieras que en aquel entonces abundaban en los campos. Ya estamos conformes: Un rebaño sin pastor se expone al peligro.

---

El Señor Jesús se retiró a un lugar solitario cerca del lago de Genesaret. La razón de dicho retiro tenía que ver con las amenazas de los fariseos, los cuales intentaban matarle. El pueblo, por el contrario, lejos de querer matar a Jesús, vino a escucharle. Trajeron enfermos para que Jesús los sanase: Paralíticos, ciegos, mudos, cojos o endemoniados, leprosos... una concentración de miseria humana.

Lo peculiar de Jesús ha sido y sigue siendo el hecho de que nadie acude a Él en vano, y de que Él siempre se complace en ayudar a quienes precisan de su ayuda, es decir, a los que creen en Él confiados de que Él, por ser Todo-Poderoso, puede sanarlos de todo mal: Psíquico y físico.

Una vez más, el Señor no tarda en tener compañía; no de algún hombre solitario, sino de una gran muchedumbre. Han venido de varias regiones del país, no sólo de Galilea, sino también de Judea y de allende el Jordán. Han oído hablar mucho del Señor Jesús, y ahora vienen a verle personalmente, y muchos enfermos e infortunados se acercan a Él, para conseguir sanidad.

Jesús está a la orilla del agua.

La gente va apretándose para estar tan cerca como sea posible del Señor Jesús. Unos pobres enfermos se esfuerzan por tocar por lo menos el borde del manto. Y, ¿por qué lo hacen...? Porque creen que tocándole serán sanados. Falta el canto de una uña para que el Señor sea empujado al agua.

Por ello Jesús manda traer una barca que permanezca en la proximidad, para que, si fuese necesario, pueda subir en

ella. Jesús sana a todos los enfermos; los endemoniados son librados de los espíritus inmundos que les atormentan. Tanta miseria humana a la que Jesús se ve enfrentado, y por lo que el mesiazgo de Jesús va afirmándose más y más. Jesús no es predicador sólo para predicar doctrinas ortodoxas, no predica sólo con sus labios, sino toda su Persona predica.. Cuando Jesús predica, el Cielo y la Tierra, incluso el infierno, se conmueven. Por ello se producen tantos milagros. Milagros que a los ojos de los hombres son maravillas, pero a los ojos de Dios son señales "normales", es decir, según las normas de Dios.

La miseria humana es consecuencia del pecado. Pero no por ello Jesús viene a condenar, sino a salvar. Por ello el corazón de Jesús se conmueve al ver la muchedumbre que se pierde cual rebaño sin pastor.

Pero, ¿qué quiere decir Jesús con ello? En el lenguaje bíblico los hombres son comparados con frecuencia a ovejas que tienen necesidad de pastor. Por esto mismo los que se encargan de la grey de Dios se llaman pastores, los cuales tienen por oficio el de predicar la Palabra de Dios y de adoctinar al pueblo.

Pero aquella gente era una muchedumbre sin pastor. El hecho de que en Israel haya habido gente sin pastor, demuestra el estado anormal del pueblo en aquel entonces, Había doctores de religión, sí, pero no había pastores. Altos dignatarios religiosos, que se apacentaban a si mismos y abandonaban al pueblo a su propia suerte. En vez de anunciar la venida del Mesías y Salvador, engañaban al pueblo diciendo que practicando la Ley y haciendo buenas obras, la nación podía salvarse. Pero en vez de salvarse se hundió en lo más profundo de la miseria humana.

Pero ahora viene el Gran Pastor de las ovejas, el que en realidad tiene compasión del pueblo. No sólo quiso Él sanar enfermos y librar endemoniados, sino darles buenos pastores y doctores para perpetuar su obra. Predicadores que sí dijeran al pueblo que son pecadores y que por ello tienen necesidad

del único Salvador. Esto no lo hacían los fariseos, sino que únicamente enseñaban al pueblo las leyes de Moisés.

---

Y cuando al anochecer la muchedumbre se ha marchado, el Señor Jesús sube a una montaña; de noche, cuando todo el mundo duerme, Jesús no duerme. Porque de noche hace cosas que no puede hacer de día: Se dedica a la oración. Porque el Señor Jesús solía orar con frecuencia. ¿Nosotros también? De no ser así, ésta puede ser una explicación de nuestra falta de poder. El Señor Jesús solía hacer muy largas oraciones, no como los fariseos y escribas lo hacían, porque ellos lo hacían de día, cuando más gente había en la calle, para que todo el mundo los viese. Pero aquello no era orar, ni mucho menos... Jesús, al contrario, lo hacía de noche, en un lugar solitario, donde nadie podía verle, sino Dios solo. El fin y objeto de sus oraciones no ha sido mencionado en la Palabra de Dios.

¿Qué tal nuestra manera y costumbre de orar? ¿Es algo rápida porque no encontramos un rato libre para velar en oración...? ¿O tal vez oramos muy en serio...? Si no lo tomamos en serio, no tenemos comunión con Dios.

Aquí, también, Jesús se hinca de rodillas en una montaña, solo. Aunque ignoremos los motivos y la finalidad de tan frecuentes oraciones, podemos estar seguros de que ha orado por la pobre nación de Israel, por el pueblo, por el rebaño sin pastor. Porque en dicho pueblo había almas que tenían que ser salvas.

La mañana siguiente el Señor Jesús llama a sus discípulos... no sólo a los que tiene, sino que llama a unos más, hasta tener doce en total, cuyos nombres paso a nombrar a continuación, dada la importancia que tiene el conocer estos nombres:

Los doce discípulos, también llamados apóstoles, son: SIMON PEDRO y ANDRES; JUAN y JACOBO, hijos de Zebedeo; FELIPE y BARTOLOME; TOMAS y MATEO, JACO-

BO hijo de Alfeo, y TADEO, el cual también se llama Lebeo; SIMON EL CANANITA y JUDAS ISCARIOTE.

¿Y Natanaél? -preguntará alguno de vosotros-. Es cierto que fue discípulo del Señor, pero él se llamó también Bartolomé. El mismo hombre tenía dos nombres, lo mismo que Mateo, el cual era Leví el publicano, que estaba sentado en el banco de los públicos tributos cuando Jesús le llamó. (Véase capítulo 21)

Para cumplir su obra, Jesús había reunido doce hombres los cuales están sentados alrededor del Maestro en el césped, para escuchar callados el discurso de su Preceptor. Por cierto, no eran hombres ricos o ilustres según las normas de este mundo, sino más bien pertenecían a la clase social más humilde de la nación. Pescadores la mayoría de ellos, y un publicano. En realidad nosotros no llegamos a comprender el porqué de tal elección: En las más de las iglesias constituidas del siglo presente, los hombres tan humildes no tienen nada que hacer, ¿verdad? En realidad los cristianos del siglo XXI eligen hombres más sabios, más doctos, sin fijarse demasiado en los resultados de la obra que desarrollan.

El Señor Jesús dice al grupo de discípulos lo que tienen que hacer; el Maestro les encarga una obra: La de ir a predicar. No a los gentiles, de momento, ni a los samaritanos, sino a su propia nación.

A lo mejor los judíos no creerán. A pesar de todo, tienen que mostrar las pruebas de su misión; el mundo debe saber que Jesús les ha mandado a predicar. Por ello tienen que hacer milagros al igual que Jesús; sanar enfermos, limpiar leprosos, echar fuera a los demonios e incluso resucitar a los muertos... Son cosas que no podrán hacer en su nombre propio, pero podrán hacerlo en el Nombre del divino Rey Jesús.

Es probable que los discípulos hayan quedado atónitos al escuchar las palabras de Jesús. Quizás unos discípulos habrán querido empezar sin tardanza alguna, porque una obra de esta índole debe parecerles estupenda, fascinadora. Pero el Señor tiene algo más que decirles: Es muy probable que algunos

hayan pensado que todo el pueblo iba a creer su predicación, porque -según el mandamiento de Jesús- tenían que ejercer el poder divino por Jesús mismo impartido.

“No” -dice Jesús- “si tal es vuestro pensamiento, os equivo-cáis. Los escribas y los fariseos me odian a Mí, y a vosotros os odiarán también. Os perseguirán, os encarcelarán e intentarán mataros. ¡No penséis que vais a ser honrados! ¡Ni mucho menos! Os menospreciarán, os escarnecerán y os tratarán a latigazos”.

Los discípulos escuchan silenciosos. Pero cuando Jesús les dice esto se amedrentan. Sus corazones se llenan de miedo y espanto. A lo mejor se habrán mirado mutuamente pensando que va a ser muy mal asunto... Están como clavados en el suelo, sin decir una sola palabra.

Pero Jesús sabe lo que pasa en sus corazones. Conoce los pensamientos que se les ocurren. Por ello, ahora, Jesús pasa a alentarlos, según está escrito en el Evangelio según Mateo capítulo 10: “No tengas miedo, no temáis a los que pueden causaros daño...”

“No tengáis miedo...” Palabras que Jesús sigue pronun-ciando hoy día, porque nosotros nos amedrentamos también al darnos cuenta del odio de que somos objeto en este mundo. Los azotes, por cierto, los sufrimos. Hay siervos de Dios que pasan verdaderas agonías porque el enemigo trata a toda costa de desbaratar la Obra de Dios. Jesús lo sabe, y por ello alienta a los discípulos asegurándoles que Él, por ser el Gran Rey, los protegerá, y los guardará. Dios se cuida incluso de los pajarillos, y se cuidará también de ellos. Tendrá cuidado de prote-gerlos y socorrerlos en caso de apuro.

Jesús de todo corazón habló a sus discípulos acerca de su nueva obra, la cual para ellos, será una tarea enteramente nueva. Ya no se dedicarán a sus trabajos profesionales, sino que, cual pastores y preceptores, enseñarán al pueblo todo lo que han aprendido de Jesús.

Y ellos salieron a predicar haciendo milagros en el Nombre de Jesús, de los cuales volveremos a ocuparnos más detenidamente en capítulos sucesivos.

## Capítulo 25

# JESÚS ENSEÑA AL PUEBLO EN UN MONTE

---

---

**Mateo 5, 6 y 7:1-23**

**Lucas 6:17-46**

Rodeado por sus doce discípulos, Jesús baja de la montaña, pero al llegar abajo se fija en la inmensa muchedumbre que ha venido a escucharle. Muchos habían venido para ser sanados de sus enfermedades, lo que Jesús no tarda en hacer. Todos son librados de cualquier mal o dolencia que sufran, como nos relata en el capítulo 6 del Evangelio según San Lucas. Viendo la multitud Jesús vuelve a subir al monte, y llegado a un punto propicio, algo más arriba, se sienta en el césped de la ladera. El pueblo se da cuenta en seguida de que el Señor Jesús vuelve a predicar. Cesa el vocerío de la muchedumbre, y todos quedan silenciosos, porque ellos –quizá los más humildes de la nación– quieren oír lo que Jesús tiene que decirles.

Porque la predicación de Jesús es totalmente distinta de la a que, el pueblo está acostumbrado por parte de los fariseos y escribas. Cuando Jesús habla no pueden por menos que escuchar, porque su manera de hablar es muy sencilla.

Vamos, pues, a juntarnos a aquellos judíos, por lo menos en nuestro pensamiento. Nosotros también queremos oír lo que Jesús

tiene que decirnos. Casi seguro que podremos aprender mucho de Jesús.

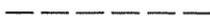
Cuando todos están silenciosos, el Señor Jesús levanta la cabeza, y muy tranquilo mira la muchedumbre y se pone a hablar:

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurado...”

No vamos a reproducir aquí toda la predicación ya que vosotros podréis leerla textualmente en vuestras Biblias, en los capítulos 5, 6 y 7 del Evangelio según San Mateo. Prescindiremos, pues, de copiar dichos capítulos. Pero esto no os dispensa de leerlos. Sin haber leído la porción de texto aludida, difícilmente comprenderéis el significado de lo que vamos a decir a continuación.

En realidad, esta Historia Bíblica no ha sido escrita para evitaros leer la Palabra de Dios, sino muy al contrario para estimularlos a leerla más y más. El deseo más ardiente del autor de esta obra es que sus lectores hagan mayor uso de la Biblia, y que comprendan mejor su mensaje.

Por ello pasamos a tratar, por lo menos, unos trozos sueltos de la “carta magna” de la Iglesia de Cristo, es decir, del SERMON DEL MONTE.



En la ley de Moisés leemos: “No matarás”. A dicho mandamiento Jesús agrega: “Cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio”. Pero, ¿qué quiere decir Jesús con esta nueva sentencia?

Claro que no está permitido matar a una persona, y el que lo hace es un asesino. Y como tal es juzgado y puesto en la cárcel o, en ciertos países, condenado a muerte y ejecutado. Pero lo que tal vez no sabemos es que no es lícito tampoco el odio y el rencor que tal vez guardamos a otra persona. Por desgracia, es algo que ocurre con frecuencia. ¡Cuán fácilmente insultamos a nuestro prójimo cuando dice o hace algo que no es de

nuestro agrado! En cuanto al rencor, tal vez silencioso, que albergamos en nuestros corazones, cabe decir que produce el efecto de un veneno mortal que ha sido la causa de la muerte espiritual de tantísimas congregaciones e iglesias cristianas. Nos damos cuenta de cómo, por el odio o rencor, somos capaces de destruir una obra del Señor... y de que por ello nos constituimos reos de destrucción de lo que el Señor ha creado, y condenables delante de Dios.

Incluso los niños en el colegio, que muchas veces pronuncian verdaderos insultos a sus amiguitos y amiguitas, y que pronto, quizás una hora más tarde, vuelven a jugar juntos. ¿Y los insultos? Ya no piensan en ellos, se han olvidado de ellos. Sin embargo, Dios no los olvida, por lo cual tendremos que rendir cuentas de cada palabra mala que hayamos pronunciado contra nuestro prójimo, a no ser que hayamos pedido perdón a Dios... Las palabras de Jesús, sobre dicho particular, fueron una seria advertencia para los israelitas... y para nosotros también.

Un poco más tarde Jesús se refiere a los juramentos diciendo: "No juréis en ninguna manera".

¿Qué es jurar? Según la costumbre del país, levantamos dos o tres dedos hacia el cielo para invocar a Dios, para que Él sea nuestro testigo. Es lo que los judíos hacían muy a menudo. El Rey Saúl, por ejemplo, juró con mucha frecuencia. Y David también prestó varios juramentos.

Y cuando hoy día una persona es citada delante de un juez como testigo, ella también juramenta levantando dos dedos, o la mano y pronunciando la fórmula de: "Así Dios me ayude". El notario, el oficial, el traductor e intérprete se juramenta de la misma manera. Pero al pronunciar dicha fórmula quiere decir que dirá la verdad y que no hará declaraciones falsas o erróneas. El juramento de esta clase no tiene, pues nada pecaminoso.

Sin embargo, mucha gente suele prestar juramentos inútiles. Los judíos lo hacían con frecuencia, ¿y nosotros?... Vamos a citar un ejemplo, al cual podríamos agregar muchos ejemplos

más. Un niño del colegio cuenta algo, mientras sus compañeros están escuchando. Pero cuando ellos no se lo creen, el joven hace hincapié en lo que acaba de decir. Entonces se pone a jurar diciendo: "¡Pero así es! ¡Es la verdad!"

Parece tonto este ejemplo, pero en realidad puede calificarse de juramento. El chico sabe bien que es mentira, pero con su firme declaración quiere confirmar que es "verdad"... Es este juego con la verdad, a sabiendas de que es mentira, el que causa tanto daño espiritual a nuestra vida y a la sociedad humana. Dios sólo es la Verdad, y por mucho que juremos no podemos elevar nuestras mentiras (tal vez muy pequeñas), a la dignidad que tiene la Verdad. Delante de Dios es un grave pecado jurar en falso, por lo cual en el pasaje aludido, el Señor lo toma muy en serio diciendo: "¡No juréis en ninguna manera!" Nuestro sí debe ser sí, y nuestro no, no.

Nosotros nos enfadamos inmediatamente cuando nuestro prójimo nos causa algún mal. Los adultos tienen sus métodos para cebar su ira, y los niños del colegio se pelean y pegan mutuamente. Y con un puntapié y un puñetazo arreglan sus cuentas. Claro, entre hombres, jóvenes y viejos, nadie aguanta ni la menor cosa de parte de su prójimo. Por ahí no pasa. Por naturaleza somos vengativos, como si fuera un caso de honor personal. Y los códigos de convivencia admiten la venganza; las historias de caballería andante de la Edad Media lo prueban, como los lances de honor que aún no han desaparecido del mundo. El mundo admite la práctica de la venganza, pero Jesucristo dice: "No resistáis al que es malo; antes, cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra".

Pero es exactamente lo que nosotros no queremos hacer. ¡Ni hablar! Nosotros no vacilamos en pegar golpes tremendos al que nos hiera, porque nosotros odiamos y detestamos a nuestros enemigos. El Señor Jesús, a este respecto, no se muestra muy de nuestro gusto al darnos el nuevo mandamiento de amar a nuestros enemigos, hacer bien a los que nos aborrecen... Es extremadamente difícil, porque el amor al enemigo no es innato en la naturaleza humana, Jesús, en rea-

lidad, enseña que nos conviene PERDONAR al que por odio nos causa todo el mal que puede.

Por difícil que sea, el Señor lo que pide de nuestra parte es un mandamiento divino.

Ahora, otro capítulo que va a causarnos problemas: el de la ORACIÓN. ¿Oramos con frecuencia? ¿Oramos con fe? ¿Oramos con insistencia? Para comenzar, ahí están estas tres preguntas hechas a nuestra conciencia cristiana.

Los fariseos oraban mucho, muchísimo. Horas enteras estaban orando en las esquinas de las calles. Y ¿por qué lo hacían...? Lo hacían para que la gente los viera, y para ser honrados por ellos.

“No es ésa la manera de orar” -dice el Señor Jesús-, “porque eso no es orar, sino un simple acto de hipocresía”.

Cuando oramos no debemos hacerlo para agradar a los hombres, sino para conversar con Dios. Y para hablar a Dios nos conviene hacerlo a solas, en un lugar secreto, donde sólo Dios pueda vernos.

En nuestras oraciones podemos pedirle todo a Dios, todo lo que nos hace falta. Para ello no hemos de valernos de ninguna fórmula, sino que tenemos el poder de hablar con Dios libremente, como si habláramos con nuestros padres, o con un amigo íntimo. Sobre todo la intimidad es lo que Dios quiere; por Jesucristo quiere ser nuestro Amigo más íntimo, al cual podemos decir todas las cosas que nos preocupan.

Para llegar a tal grado de intimidad con Dios nos conviene pedir un nuevo corazón; al que Se lo pida, Dios se lo dará. No sólo podemos orar por cosas espirituales, sino también por cosas materiales, como nuestra comida y bebida, el vestir y, claro, también para que Dios nos dé sabiduría en nuestro trabajo cotidiano. Mientras más dependamos de Él, mayor comunión conseguiremos con Él: Dios quiere ser nuestro todo.

En el Sermón del Monte Jesús también habló acerca de la oración y para enseñarnos a orar nos dio la ORACIÓN DOMINICAL para que nos sirva como modelo, y no para rezar, ya que después del Sermón del Monte no volvemos a encontrar ni

la mera alusión a dicha oración, ni por el Señor Jesús, ni por los apóstoles. Claro que no hay nada más bíblico que ella, pero mientras más adelantamos en la vida espiritual, cuanto más nos esmeremos en marchar con Cristo, más sentiremos el deseo de hablar al Señor personalmente, sin hacer uso de ninguna fórmula de oración.

A continuación el Señor trata un tema que nos interesa a todos, jóvenes y viejos: el de haceros ricos. Las riquezas del mundo, ¡ay, que encantadoras! Que seamos cristianos o que no lo seamos, las riquezas nos encantan. El que tiene mucho dinero, puede comprar todo lo que quiere. Ya lo vemos con los niños pequeños que aún no pueden hablar, y ya quieren apoderarse de todo; más tarde los niños del colegio quieren tener los juguetes más bonitos. Y, ¡qué celos cuando los juguetes del uno resultan más bonitos que los del otro! O cuando un niño va mejor vestido que el otro. Sin embargo, nos damos cuenta de que en nuestra era de prosperidad el que lo posee todo no es el más feliz. Los bienes de este mundo no producen felicidad. Los más de los hombres no usan bien las riquezas, y el que las tiene es, quizás, menos feliz que el que no posee nada en este mundo.

Jesús, sin embargo, conoce distintas clases de riquezas. Por ello dice: "No os hagáis tesoros en la tierra..." Y, ¿por qué razón? Jesús mismo lo dice: es que en este mundo hay ladrones que minan y hurtan. Todo nuestro dinero puede ser robado de un momento a otro, y nuestros vestidos pueden ser roídos por la polilla, cuyas larvas anidan por doquier, para la destrucción de todos nuestros bienes. Además, cuando morimos no podemos llevarnos nada. Pero hay otra clase de riquezas que no se corrompen: Los tesoros hechos en los cielos. Allí no hay polilla ni ladrones.

El significado de las palabras de Jesús no es tan oscuro ni complicado, aunque sólo el hombre espiritual, por muy pequeño que sea, llegue a comprenderlo. El que recibe un nuevo corazón es más feliz que el que recibe una caja llena de monedas de oro. ¿por qué?. Jesús lo ha dicho: es porque todo el oro

puede ser robado, mientras que el nuevo corazón no puede ser robado por nadie. El oro tendremos que dejarlo aquí cuando llegue la hora de morir, pero el nuevo corazón es eterno. Esto sí podemos llevárnoslo al otro mundo. Por ello es como si Jesús quisiese decirnos: No pidáis riquezas, sino un cambio radical en nuestras vidas. La conversión de todo vuestro ser, por ser obra de Dios, tiene mucho más valor que todo el oro del mundo.

Los que tienen mucho dinero quieren guardarlo con ansia, por miedo a los ladrones. Pero el pueblo de Dios, Dios mismo se cuida de él y lo guarda. Los que pertenecen a Dios no tienen ni siquiera que afanarse por el sustento de su vida, porque Dios mismo se preocupa por ello.

En realidad Dios guarda a los pájaros que vuelan por el aire. Él los alimenta para que tengan todo lo que les hace falta. El Señor también se cuida de las flores de los campos, y alimenta a los peces del mar y a los animales de toda la tierra. Así Dios os atenderá también a vosotros, con tal de que le sirváis y viváis en el temor de Dios de verdad.

Y cuando los niños, al volver del colegio, piden un bocadillo a mamá, ¿Les dará una piedra? ¡Cierto que no! Y cuando, en la cocina hay un sabroso pedazo de pescado que tanto apetecen al niño, ¿le dará la mamá una serpiente que le muerda? ¡Cierto que no!

Sobre dicho particular el Señor Jesús les dice a sus oyentes -lo mismo que voy a deciros ahora- que Dios dará buenas cosas a los que se lo pidan. Pero hay que fijarse bien en lo que está escrito, es decir, "buenas cosas". Buenas cosas... ¿qué son buenas cosas? -Una sencilla explicación nos ayudará quizás a comprenderlo. Cuándo un niño pequeño pide un cuchillo, ¿se lo dará su mamá?- Cierto que no, por el peligro que representa para tal niño.

Y cuando nosotros pedimos a Dios cosas que para nosotros no son buenas, es más ventajoso para nosotros si el Señor no oye la petición. De otro modo no sería para nuestro bienestar, sino más bien para nuestra perdición. Por ello, cuando Dios

no nos concede lo que le pedimos, nos conviene examinar si la "cosa" hubiera sido en realidad buena y saludable para nosotros.

¡Qué riquezas espirituales nos son comunicadas en el Sermón del Monte! Estamos muy lejos de haber agotado las enseñanzas contenidas en dicho sermón, por lo cual nos conviene profundizar la Palabra de Dios leyendo en ella varias veces al día.



**Mateo 7:24-29**

**Lucas 6:47-49**

Terminado su discurso, el Señor Jesús agrega una enseñanza más, en forma de parábola. Una parábola no es un cuento, sino en realidad un mensaje al pueblo judío, con la finalidad de darle una solemne advertencia. Veamos cómo finaliza su sermón.

Hubo dos hombres que querían construir sendas casas. Uno de ellos se puso a colocar piedras sobre la arena, las cuales debían servirle de cimientos para los muros, y terminados los muros, lo cubrió todo con un tejado. Y he aquí, nuestro hombre ya está listo y puede jactarse ahora de haber construido una casa grande y bonita. Bastante atractiva, sobre todo, para ir a vivir en ella pronto, y está muy contento con su nueva casa...

El otro también quería construir una casa. Pero a diferencia del primero. Comenzó las obras cavando una zanja bastante profunda. Un trabajo muy duro, desde luego, porque tenía que cavar en la peña, que se encontraba por debajo de la arena. De este modo, el primero ya tenía su casa hecha y preparada para ir a vivir en ella, mientras el segundo aún seguía cavando. A lo mejor el primer constructor que ya había terminado la obra se burlaba de su compañero que estaba sudando al cavar la zanja, hasta que al final no podía profundizar más. Cuando

encontró la peña firme, se puso a edificar la casa. Pero, a diferencia del primero, él colocó las primeras piedras en la roca y luego, cual buen albañil, se puso a construir los muros, cada vez más altos. Al final, él también tenía una primorosa casa, como la del primero. Las fachadas de las dos casas no mostraban ninguna diferencia... hasta que ocurrió algo terrible.

Unas nubes muy oscuras se acercaron, luego llegaron los relámpagos y truenos, hasta que al final se levantó un temporal y cayó un gran diluvio. Las aguas crecieron como en una riada, y no tardaron en arremeter contra las dos casas. ¿Y entonces...?

Entonces... de repente una de las casas se derrumba con gran ruido, de modo que no quedan más que las ruinas, y el primer edificador yace hundido bajo las piedras...

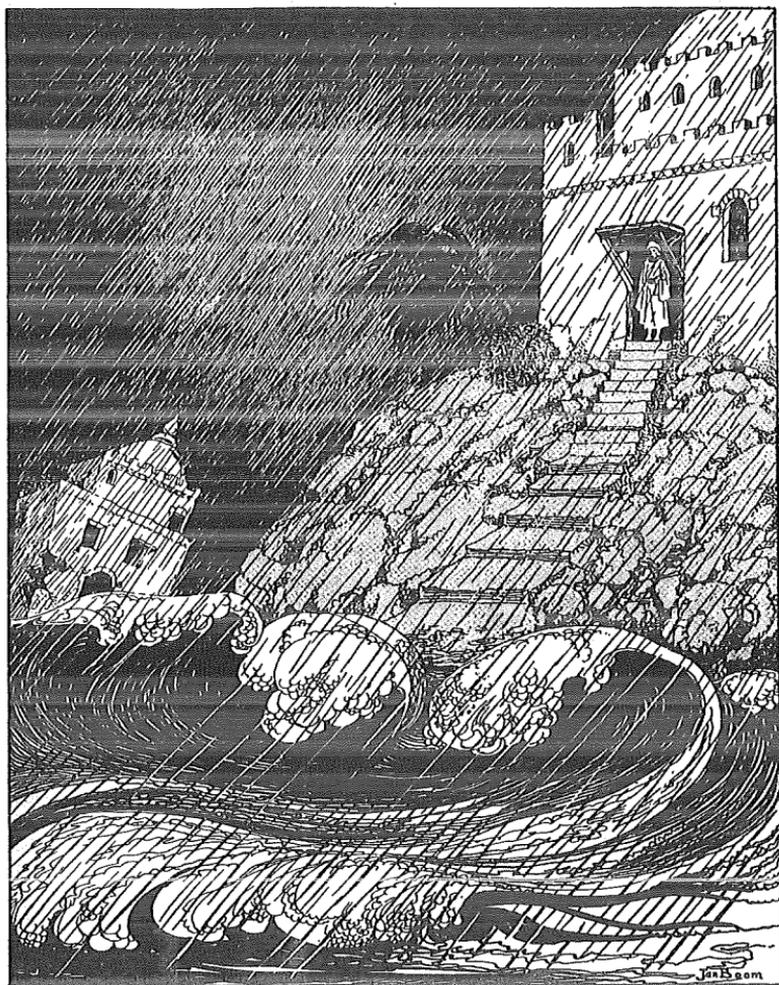
Ya lo comprendemos: era la casa fundada sobre la arena. Llegaron las aguas que arrastraron poco a poco toda la arena, socavaron por debajo de la base de la casa. Por ello la casa perdió toda la firmeza que parecía tener. Mientras no hubo temporal ni riada, no hubo problemas, pero un temporal fuerte, sin necesidad de ser tornado o un huracán, acaba con todas las cosas fundadas en la arena.

Pero la otra casa no se derrumbó, sino que permaneció firme a pesar del temporal, por la sencilla razón que el derrumbamiento era imposible, ya que la casa estaba edificada en la peña misma. Las aguas sí subieron, pero sin poder arrastra la peña. La peña permanecía en su lugar, lo mismo que la casa edificada encima de ella.

El primer constructor que había construido su casa en la arena fugaz, no era un arquitecto muy sabio. ¡Ni mucho menos! Pero el segundo, que se empeñó en construirla en una peña, aunque le costara más trabajo, fue sabio por haber procedido con cordura.

Mirad, queridos amigos míos, este relato, esta parábola, era parte del mensaje del Señor Jesús al pueblo, a la muchedumbre que le escuchaba. Al relatarla quería decir algo: debía servir de solemne advertencia. A nosotros no nos gustan las advertencias, ni a los judíos de entonces tampoco.

El hombre natural, religioso por supuesto, siempre tiene tendencia a rechazar las advertencias, aunque le vengán dirigidas de parte de Dios. El hombre religioso en realidad opina que mientras se abstenga de robar y jurar, o de cometer cual-



*La casa del hombre prudente, y la del insensato*

quier otro pecado, siempre agradecerá a Dios, con tal de que cumpla con sus deberes religiosos y que vaya a la Iglesia... Los judíos también vivían con la presunción de que, practicando la religión, podrían merecerse el cielo... y así proseguían durante toda su vida... hasta que, al final, cuando iban a morir, se daban cuenta de que se habían equivocado. Porque no salieron de esta vida terrenal para ir rumbo al cielo, sino al infierno, al lugar de tormentos.

Es, pues, una equivocación de mucha gente religiosa el creer que pueden prescindir del Salvador, porque, según creen, viven con toda honradez según el criterio de la religión. El que no se salve por la gracia de Jesucristo, nunca alcanzará salvación.- Nosotros no podemos nunca merecernos el cielo, ni el ser más santo tampoco, a menos que nos salvemos por Cristo Jesús, por cuyos méritos nos constituimos herederos de los bienes celestiales. Si el Señor Jesús es nuestro Salvador, entonces Él os guiará a la gloria celestial, que es eterna. La Biblia compara al Señor Jesús con una peña, y el que pone su confianza en ella será salvo.



Pronunciado el largo sermón el Señor Jesús queda quieto. Sus muchos oyentes están impresionados por la autoridad de las palabras que acaban de salir de su boca.

El Señor Jesús se levanta para bajar de la montaña, y para volver a Capernaúm. La gente también se levanta para seguirle. Muchos van con Él a Capernaúm, por no querer apartarse más de Él. ¡A ver si volverá a predicar allí! O, ¿quizás sanará a algún enfermo? En todo caso quieren presenciar el acto ya que, en realidad, los judíos de entonces son más espectadores que seguidores. Los más de ellos no ven en Él al Mesías Hijo de Dios y Salvador. Muchas personas Le siguen por mera curiosidad y nada más.

Escuchar a Jesús sin creer en Él verdaderamente, no basta. Él quiere salvarnos, pero también quiere que seamos suyos en un cien por cien, y que construyamos nuestra casa en la Roca firme que es Cristo.

## Capítulo 26

# EL NOBLE CENTURIÓN ROMANO Y SU CRIADO

**Mateo 8: 5-13**

**Lucas 7:1-10**

Rodeado de una gran muchedumbre, Jesús va andando por las calles de la ciudad de Capernaúm, cuando de repente la gente cede el paso a unos ancianos de los judíos que se acercan al Señor Jesús. ¡A ver lo que Le dirán! ¿Vendrán los fariseos como tantas veces a manifestar el odio que sienten en sus corazones, nada más que para buscar alguna razón para acusarle? ¡No, esta vez no!

Vienen a pedir algo al gran Profeta de Nazaret. Sus voces revelan un profundo dolor, y en tono muy grave le piden que les acompañe a la casa de un moribundo. Tienen mucha prisa. Tienen miedo de que Jesús pueda llegar demasiado tarde.

Pero, ¿Quién está enfermo? Debe ser un alto dignatario, de otro modo los ancianos de los judíos no se lo hubieran pedido a Jesús... Esto es por lo menos lo que pensamos nosotros, ¿verdad? Ya que en general los soberbios ancianos no eran buenos amigos de Jesús.

Pero esta vez nos equivocamos; el moribundo no es un hombre de la clase alta. Muy al contrario, era de los más humil-

des que había; un criado, un esclavo. Esclavo de un centurión romano.

A lo mejor no entendéis nada, y asombrados os preguntáis: ¿Un esclavo de un centurión romano...? ¿Y los ancianos de Israel se cuidan de él y le atienden...? ¡Parece mentira!" Pero por muy extraño que parezca, es verdad...

Los romanos y los judíos eran enemigos los unos de los otros. Los judíos odiaban a los romanos con un odio tenaz. Los romanos en realidad eran sus enemigos, extranjeros que según los judíos no tenían nada que hacer en la tierra de Canaán. Por ello los judíos anhelaban ver el momento de la liberación de los opresores extranjeros, y con impaciencia estaban esperando la venida del Mesías prometido, del cual pensaban que sería su libertador político... el cual les devolvería la libertad y la gloria nacional. Por ello es muy comprensible que los romanos no gozaran del trato más favorable entre los judíos, y muchas veces los judíos, llenos de ira, cerraban los puños. ¡Ojalá tuvieran el poder y la valentía para echar fuera a los opresores! Tanto los odiaban que, de haber sido algo más fuertes, hubieran asesinado a todos los romanos... como muy a menudo ocurre en países ocupados por las tropas de otra nación. Ejemplos de esta clase abundan en la historia mundial.

Pero los romanos también detestaban a los judíos. Los romanos ya se habían enseñoreado de todos los pueblos de la cuenca mediterránea, pero no había pueblo que causase más molestias a los romanos que el de Israel. Los ocupantes romanos tenían que ir con mucho cuidado por tierra de Canaán, porque no podían fiarse de los judíos. Era un pueblo peligroso. Hubo alborotos con frecuencia, y a menudo los judíos se sublevaban, de modo que los romanos se vieron forzados a estacionar grandes fuerzas militares en Palestina para subyugar al pueblo israelita.

Muy soberbios, los soldados romanos atravesaban las ciudades y los pueblos de Israel, y al darse cuenta del odio que los judíos les profesaban, los romanos los miraban con desdén, con sonrisas sarcásticas. De este modo hacían sentir a los judí-

os quienes eran los superiores, y en caso de alboroto, o de sublevación, los romanos se mostraban muy crueles en sus castigos.

El odio hacía imposible todo contacto o trato de amistad entre judíos y romanos. En caso de necesidad ningún judío solía dar la mano a un romano, y viceversa. Tal era, pues, la situación en los días de la peregrinación de Jesús.



En Capernaúm el ejército romano tenía un cuartel, el cual estaba bajo el mando de un centurión. Dicho oficial estaba encargado del mantenimiento del orden público en la ciudad. Incluso de la sumisión de los judíos a las órdenes dictadas por los romanos.

El centurión romano de Capernaúm parece ser distinto de los demás. Los judíos no eran sus enemigos, sino sus amigos. No se detestaban mutuamente, sino que se sentían unidos por inalterables lazos de amistad. Algo muy extraño. No era un hombre cruel como lo eran muchos compañeros suyos, sino que era un hombre noble, que ayudaba a los judíos tanto como podía.

Ya sabemos que en Capernaúm no había tanta gente adinerada como en Jerusalén. La mayoría de los vecinos de esta ciudad de Galilea eran pobres. El noble romano se dio cuenta de la condición más humilde de la población, y para crear un ambiente de confianza mutua, hizo construir una sinagoga. No sólo tuvo acierto en construirla, sino que él mismo pagó todos los gastos de la construcción de su propio bolsillo, de modo que el lugar de culto israelita era donación de un romano.

Los judíos estaban muy contentos con su sinagoga, no cabe duda, y se mostraban agradecidos hacia el noble romano, en vez de hacerle la vida imposible.

El centurión no trataba a los judíos con odio, ni a sus criados tampoco. Es un hecho conocido que los más de los romanos daban un trato muy duro incluso a sus criados israelitas,

los cuales por la menor falta que cometían incurrían en muy severos castigos. Pero el centurión de nuestro relato, cuyo nombre desconocemos, daba a sus siervos y criados un trato más bien paternal.

Pero enfermó uno de sus criados, hasta tal grado que se encontraba a punto de morir. Al verlo el centurión se afligió sobremanera, sobre todo porque él no se sentía capaz de curarlo y no quería perderlo.

De repente se entera del regreso a la ciudad del milagroso Profeta Jesús, y se le ocurre la idea de que el Profeta acaso tuviese poder para sanar a su criado.

Más aún: está convencido de que Jesús de Nazaret podrá ayudarle, porque se había enterado de las muchas curaciones obradas por la intervención de Jesús. Por ello el centurión no tiene dudas en cuanto al poder de Jesús para sanar a su criado. Pero, ¿querrá hacerlo...? No lo sabe, porque como romano se acuerda del mal que los romanos habían causado a los israelitas. Además, por ser pagano, pertenecía más bien al campo de enemigos de Israel... No, el centurión no se atrevía a ir a preguntárselo al profeta; no quisiera de ninguna forma molestar al Hombre de Dios.

Sin embargo, no puede deshacerse del pensamiento de que Jesús podría sanar a su siervo. Entonces como una chispa le viene una idea: va a ver a los ancianos de Israel para suplicarles que hagan el favor de preguntárselo a Jesús. Ellos a lo mejor lograrán persuadir a Jesús para que acceda al ruego del centurión.

Como el estado del enfermo va empeorando, el noble romano entiende que es imprescindible una acción inmediata. No tarda en ocuparse del asunto, y los ancianos de Israel se muestran dispuestos a ir a buscar a Jesús para preguntárselo. Están contentos de poder al fin hacer algo en señal de agradecimiento por lo que el centurión hizo para ellos.

Los ancianos se disponen a ir a ver al Señor Jesús, y no tardan en encontrarlo. "Señor -le preguntan- ¿Tienes la amabilidad de venir con nosotros para sanar al siervo del centurión?"

A continuación dicen a Jesús que el centurión es muy amigo del pueblo judío, y que él les había regalado la sinagoga. "Es digno de que le concedas esto..."

¿Qué hará Jesús...? ¿Se negará a hacerlo...? ¡No! Enseguida se dispone a seguir a los ancianos a la casa del noble romano. Es muy probable que algunos hayan corrido delante para transmitir la buena noticia al centurión: "¡El Señor viene!"

Al oírlo nuestro centurión se asusta. Sí, está contento por la buena noticia de la llegada de Jesús, pero, ¡qué hará tan gran Profeta en casa de un pagano como él...! No se siente digno de tanto honor, lo que, además, no es necesario. Porque Jesús es tan poderoso que una sola palabra de Su boca bastará para sanar a su criado. Una sola palabra de la boca del Omnipotente Profeta es suficiente para quitar la enfermedad mortal.

Y al acercarse Jesús a la casa del centurión, este último envía unos amigos para que le den el siguiente recado: "Señor no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo; por lo que ni aún me tuve por digno de venir a ti; pero di la palabra, y mi siervo será sano".

Por lo visto el centurión romano no duda ni un momento del poder de Jesús para sanar enfermos. El también es oficial que tiene soldados bajo sus órdenes, y cuando llama a uno de ellos inmediatamente obedece. Y cuando a otro dice que se marche, el soldado no tarda en marcharse. Y cuando da orden al tercero de hacer una cosa, al instante ejecute las órdenes. Todos se movilizan por lo que manda el centurión, aunque no es más que un ser humano. Si pues él, que es hombre, tiene tanta autoridad para hacerse obedecer al instante, ¿no tendrá Jesús autoridad suficiente para mandar y decidir sobre la vida o muerte, enfermedad y sanidad?

El romano no duda ni un momento de la autoridad divina de Jesús. Por ello envía sus amigos que vayan al encuentro de Jesús para darle ese recado de su parte.

Al enterarse de dicho recado Jesús queda maravillado, y dirigiéndose a los que le seguían les dice: "De cierto os digo, que ni aún en Israel he hallado tanta fe".

Los ancianos de Israel a lo mejor pensaban que Jesús los iba acompañando por causa de ellos mismos, porque se lo habían pedido tan cortésmente. Pero no es así, ni mucho menos. Al contrario, quedan avergonzados por las palabras del centurión pagano. Ellos no creen en el poder y autoridad del Señor Jesucristo; el extranjero sí cree en Él.

Pero aquí surge la pregunta de si un hombre tal puede aún calificarse de pagano; él creyó en la omnipotencia del Hijo de Dios. Es cierto que toda su educación había sido pagana, y que no era israelita, extranjero que no tenía nada que ver con el Pacto de Abraham. Los judíos sí habían sido educados según el criterio de la Palabra Divina; ellos tenían los libros de los profetas que tan claramente anunciaban la venida del Mesías. Si hubiese sido al contrario, que los judíos hubieran creído en Jesús en vez del romano, lo encontraríamos muy lógico. Pero los judíos tan concienzudamente adoctrinados rechazaron a Jesús como Mesías, mientras que el centurión romano creyó en Él. Actitud muy extraña aquélla, de la cual Jesús también se maravillaba.

Por ello el Señor Jesús advierte a los judíos que están con Él que no persistan en su incredulidad, a lo cual agrega "que vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los Cielos".

Es como si el Señor dijera: "No penséis que sólo los judíos llegarán al Cielo. ¡No! Muy al contrario, muchos paganos creerán en Mí en virtud de mi gracia, y todos sus pecados serán perdonados, mientras muchos judíos, por desgracia, no creerán en mí y se perderán en su incredulidad.

Ellos, los hijos carnales de Abraham, serán echados en las tinieblas de afuera, lo que quiere decir la perdición eterna. En los países orientales la gente hasta hoy en día sigue siendo muy temerosa de la oscuridad, y ningún oriental quiere acostarse en ella, por lo cual encienden una lámpara, por muy pequeña que sea. Por ello el solo pensamiento de verse echados en las tinieblas de afuera llenó a los judíos de espanto.

Muchos gentiles serán los primeros en el Reino de Dios, mientras muchos judíos, conocedores de las profecías del Antiguo Testamento y en medio de los cuales el Señor Jesús predicó confirmando su predicación con milagros, se perderán para siempre.

A continuación Jesús vuelve a dirigirse al centurión romano diciéndole: "¡Ve, y como creíste, te sea hecho!"

A su regreso a casa todos se dieron cuenta de que el siervo moribundo había sido sanado, no a medias, sino enteramente. La muerte tuvo que huir ante la palabra poderosa del Rey de Reyes. El día de luto y tristeza fue transformado en día de alegría y victoria. Un santo respeto y reverencia llenó el corazón del centurión al pensar en Jesús de Nazaret, Rey de Israel.



¿Y vosotros? -queridos amigos- ¿Sois mejores que los judíos de hace casi dos mil años? La Biblia, la Palabra de Dios, se encuentra en muchos hogares llamados cristianos. Pero lo importante no es el hecho de tener una Biblia en casa, sino que los que poseen la Biblia en realidad la lean y se sometan a sus enseñanzas.

Si tal es el caso, sois unos privilegiados en comparación con tantos amigos paganos, que no conocen la Biblia. Por desgracia los mayores paganos no se encuentran en Asia, ni en África, sino en la propia Europa que tiene el descaro de llamarse cristiana, donde muchos son miembros de alguna iglesia cristiana, pero sin someterse a la autoridad de la Palabra de Dios.

Pero bienaventurados los que regularmente acuden al culto, y que van a la Escuela Dominical para conseguir mayor instrucción. Pero en la escuela, en el colegio, en la oficina, en la fábrica, en el taller, ¿cuál es vuestro testimonio? ¿No os pasarán delante los paganos como el centurión romano tomó la delantera a los judíos?

Ojalá no tengáis que ruborizaros delante del trono de Dios cuando, en su justo juicio, pida razón de nuestro testimonio en este mundo.

**Acerca del autor:** Johan Vreugdenhil fue toda su vida maestro de escuela de Enseñanza General Básica en la Escuela Protestante Libre de Kampen, al Este de Holanda. Deseoso de que los niños conocieran la Biblia y consciente de que algunas de sus partes pueden resultar poco interesantes para los lectores jóvenes, inició la costumbre de empezar cada día la clase con una historia bíblica y para ayudar a los maestros de las otras clases, empezó a escribir las historias para que pudieran leerlas a los alumnos.

El autor de esta obra falleció en la década de 1970 pero en todas las escuelas protestantes de Holanda, los maestros empiezan la jornada con una clase de Historia Bíblica, hasta el día de hoy.

**Acerca de la obra:** Estas Historias Bíblicas traducidas a diversos idiomas forman una colección de ocho volúmenes y es una obra de fácil lectura y muchos maestros de Escuela Dominical lo usan para sus clases.

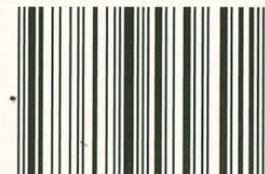
Los volúmenes del 1 al 4 corresponden al Antiguo Testamento y con los del 5 al 8 se completa el Nuevo Testamento. Cada capítulo del libro viene precedido de la cita bíblica a la cual corresponde la narración.

Estas Historias Bíblicas, escritas originalmente en holandés han sido traducidas a diversos idiomas y usadas con gran provecho espiritual entre la juventud.



EDITORIAL  PEREGRINO

ISBN 84-86589-69-X



9 788486 589691